

Libre 2

Fuentes México

Genet Entrevista

Goytisolo Novela en España

Rama en Hispanoamérica

Semprún Debate

Garmendia Libertad

Franqui Muñoz y

Claudín Socialismo

Barral Memorias

Blanco White Antología

Sarduy Diario indio

Poesía peruana Relatos Notas

JUAN GOYTISOLO

REIVINDICACIÓN DEL CONDE DON JULIAN

240 páginas, 20x12,5 tela 20F

JAVIER HERRERO LOS ORÍGENES DEL PENSAMIENTO REACCIONARIO ESPAÑOL

400 páginas, 15x21 rústica 36F

EDICIONES HISPANO AMERICANAS

26, rue Monsieur le Prince, Paris VIe

Libre

Revista crítica trimestral
del mundo de habla española

Número 2. Diciembre, enero, febrero, 1971-1972.

Colaboradores

Claribel Alegría
Rubén Bareiro Saguier
Carlos Barral
Fernando del Paso
Albina du Boisrouvray
Alfredo Bryce
Italo Calvino
Ernesto Cardenal
José María Castellet
Antonio Cisneros
Fernando Claudín
Julio Cortázar
José Donoso
Ariel Dorfman
Carlos Droguett
Jorge Edwards
Hans Magnus Enzensberger
Darwin Flakoll
Carlos Fuentes
Carlos Franqui

Gabriel García Márquez
Salvador Garmendia
Juan Gelman
Jean Genet
Jaime Gil de Biedma
Adriano González León
Juan Goytisolo
Luis Goytisolo
José Agustín Goytisolo
Rodolfo Hinostroza
Noé Jitrik
Roberto Juarroz
Enrique Lihn
Luis Loayza
Plinio Apuleyo Mendoza
Carlos Monsiváis
Daniel Moyano
Freddy Muñoz
Juan Nuño
José Miguel Oviedo

José Emilio Pacheco
Octavio Paz
Teodoro Petkoff
Nélida Piñón
Sergio Pitlor
Ángel Rama
Julio Ramón Ribeyro
Vicente Rojo
Severo Sarduy
Jorge Semprún
Susan Sontag
Antonio Skármeta
Nicolás Suescún
Antoni Tàpies
Marta Traba
Francisco Urondo
José Ángel Valente
Mario Vargas Llosa
Manuel Vázquez Montalbán
Sául Yurkievich

Este número aparece bajo
la dirección de Jorge Semprún

Jefe de redacción
Plinio Apuleyo Mendoza

Secretaría administrativa
Grecia de la Sobera

Publicación de Editions Libres S.A.
Oficina de Información en Francia
26, rue de Bièvre, París (5^e). Teléfono : 325.26.45
Sede social : Domaine de Sien, Echandens (Vaud)
Suiza.

Este número contiene :

Libertad y socialismo

Debate sobre el papel del intelectual y el alcance y contenido concretos de la libertad de creación en las sociedades socialistas.

Participan :

Fernando Claudín, antiguo dirigente de las Juventudes Socialistas Unificadas durante la guerra civil española, miembro del Comité Ejecutivo y del Secretariado del Partido Comunista Español, de donde fue excluido en 1964, autor de un ensayo sobre arte moderno (publicado en *Cuba Socialista* y en *Estética y Marxismo*, ediciones Era) y de *La crisis del movimiento comunista* (ediciones Ruedo Ibérico, 1970) ;

Carlos Franqui, ensayista político y crítico de arte cubano, antiguo dirigente del movimiento 26 de Julio, director de *Radio Rebelde* en la Sierra Maestra y posteriormente del diario *Revolución*, en La Habana ;

Salvador Garmendia, narrador y ensayista venezolano, miembro fundador del grupo *Sardio* e integrante del grupo *Techo de la Ballena* ;

Freddy Muñoz, venezolano, dirigente y teórico del MAS, autor de *Revolución sin dogma*, (ediciones Alsino, 1971.)

Entrevista con Jean Genet

Autor del prólogo a los *Hermanos de Soledad*, el escritor francés habla sobre el asesinato de Jackson y la lucha de los Black Panthers en los Estados Unidos.

La disyuntiva mexicana

Carlos Fuentes analiza la situación política de México, a partir de los acontecimientos de 1968.

La novela española contemporánea

¿Qué especie de fatalidad domina hoy en la literatura española ? A través de un estudio sobre la « crisis, silencio y cambio de rumbo » que advierte en ella, Juan Goytisolo busca dar respuesta a la exclamación de Moratín.

A quien leyere, extranjero

es un ensayo de Angel Rama sobre la nueva literatura hispanoamericana, escrito como introducción a la antología *Doors and Mirrors*, selección de Hortense Carpentier y Janet Brof.

José María Blanco White

Calificado de apóstata, renegado y antipatriota por Menéndez Pelayo, y censurado aún hoy en España, este escritor espa-

ñol expatriado (1775-1841) hace un análisis no sólo de su país, sino de la realidad política y social de su tiempo, que conserva toda su vigencia. Los textos que publicamos escritos originalmente en inglés, fueron traducidos y seleccionados por Juan Goytisolo.

Retrato a la sanguina sobre cartón gris.

Retrato de un personaje real de la Barcelona de los años 40, el texto que publicamos es fragmento del libro de memorias, en curso de elaboración, del poeta, crítico y editor Carlos Barral.

Diario indio

Fragmento de *Cobra*, novela del narrador y ensayista cubano Severo Sarduy, que será publicada por Editorial Sudamericana.

Heridos y contusos

Fragmento de la novela que bajo este nombre publicará Editorial Tiempo Nuevo, escrita en colaboración por Darwin Flakoll y Claribel Alegría, autores de *Cenizas de Izalco*.

Para que no entre la muerte

es un cuento de Daniel Moyano, narrador argentino, ganador del Premio Primera Plana, 1969, con la novela *El oscuro*.

Caléndula

es un cuento de Rubén Bareiro Saguier, poeta y narrador paraguayo, ganador, del premio Casa de las Americas, 1971, con el libro *Ojo por diente*.

El día que enterramos las armas

es un cuento del narrador colombiano Plinio Apuleyo Mendoza, que pertenece al libro *El desertor*, próximo a ser editado por la Editorial Síntesis 2000.

Oriente Próximo

es un cuento, presentado en su versión original brasileña, de la escritora Nélida Piñón.

Antología de poesía peruana

Incluye los nombres de Martín Adán, Emilio Adolfo Westphalen, Jorge Eduardo Eielson, Antonio Cisneros, Mirko Lauer y Rodolfo Hinostroza.

Las aventuras de la soledad

Artículo de Marta Traba, sobre la nueva pintura colombiana.

Ideas

Libertad y socialismo

Fernando Claudín

Carlos Franqui

Salvador Garmendia

Freddy Muñoz

Jean Genet

Entrevista

Carlos Fuentes

México

Juan Goytisolo

La novela española contemporánea

Angel Rama

A quien leyere, extranjero

José María Blanco White

Antología

Al presentar en el primer número de Libre un completo « dossier » sobre el caso Padilla, anunciamos el propósito de abrir un debate, que dejando atrás los aspectos anecdóticos de este episodio, se detuviera en sus posibles derivaciones ideológicas. Las contrapuestas opiniones que publicamos en aquel « dossier » giraron casi siempre en torno a las circunstancias de la detención y posterior autocritica de Padilla, así como a las reacciones que estos hechos suscitaron entre los intelectuales de Europa y América Latina y entre los dirigentes del gobierno cubano. La discusión abierta entonces mostró de soslayo divergencias significativas en los problemas de fondo: la relación entre cultura y sociedad, el papel del intelectual y el alcance y contenido concretos de la libertad de creación y de la libertad de crítica en la sociedad socialista. Sobre estos puntos, pues, hemos querido centrar el debate.

Es inevitable desde luego que la discusión propuesta implique definiciones acerca del socialismo, sus objetivos y medios. Nos parece incluso conveniente darle al debate un alcance tan amplio. Son tantas las opciones, formas y tipos de gestión que se observan en la construcción de esta nueva sociedad, tan complejas y variadas sus contradicciones, que la adhesión al socialismo exige no sólo una conciencia solidaria sino también una conciencia crítica.

¿ Es oportuno este debate? Creemos que sí. Por una parte nos parece que la lucha contra el imperialismo no excluye el análisis y la discusión de las contradicciones del mundo socialista. Por otra, la sola aceptación de la alternativa revolucionaria implica hoy necesarias definiciones frente a las opciones existentes o potenciales del socialismo. Abordar estos problemas no es una manera de especular en abstracto sobre el futuro: es ante todo una forma de contribuir a la actual lucha revolucionaria, buscando un lúcido esclarecimiento de sus aspiraciones.

Publicamos a continuación el cuestionario del debate y las respuestas de Fernando Claudín, Salvador Garmendia, Carlos Franqui y Freddy Muñoz.

El reciente caso Padilla ha planteado una vez más el problema en las relaciones entre el escritor y

la revolución, y de manera más general el problema de la libertad y de la legalidad dentro del socialismo.

Algunos interrogantes surgen al respecto:

a) ¿ Debe exigirse al escritor de un país socialista que sus libros tengan un contenido revolucionario específico o reflejen al menos de manera positiva la nueva realidad política y social en la que vive? ¿ Debe reconocérsele una libertad de creación sin ninguna suerte de exigencia previa?

b) El marxismo-leninismo reconoce la conveniencia de la crítica y el debate como medio de superar las contradicciones que vayan presentándose en una sociedad socialista. ¿ Hasta dónde puede llegar la libertad de crítica? ¿ Las instituciones existentes ofrecen medios válidos para que ésta pueda ejercerse?

c) Teóricos marxistas que han analizado las contradicciones de las sociedades y regímenes socialistas, advierten un fenómeno: el excesivo centralismo administrativo, que asfixia la iniciativa de la clase obrera en la gestión de la economía y consolida el poder de la burocracia, se traduce también en un alto grado de centralización política. Formas de represión y autoritarismo, que a falta de denominación mejor se conocen como stalinismo, son expresiones típicas de tal situación. Se observa igualmente que las tendencias represivas propias de la burocracia tienden a entrar en conflicto con los sectores intelectuales, cuya formación y nivel de cultura los hacen más sensibles a los problemas de la democratización socialista.

¿ Cuál es su concepto sobre esta apreciación?

¿ Coincide usted en que se trata de un fenómeno circunscrito a la U.R.S.S.?

¿ Subsiste como tendencia en otros países socialistas?

d) En el terreno legal, existen definiciones aceptables del delito contrarrevolucionario y procedimientos adecuados para juzgarlo?

La problemática de la libertad en el socialismo no puede abordarse todavía, a los cincuenta años y pico de la Revolución de Octubre, más que en un plano teórico abstracto, puesto que en rigor el socialismo no existe aún como realidad material, como formación social. Ciertamente, ante nosotros tenemos un abigarrado conjunto de regímenes salidos de revoluciones anticapitalistas y antimperialistas, cuyos partidos gobernantes declaran haber edificado el socialismo o estar en camino de hacerlo. Pero como bien decía Marx « es necesario distinguir entre la fraseología y las pretensiones de los partidos y su constitución e intereses verdaderos, entre lo que ellos se imaginan ser y lo que son en realidad ». Por otra parte, la diversidad de situaciones existentes en dichos países hace difícil una respuesta unificada a los « interrogantes » de Libre, y tampoco es posible una respuesta diferenciada en breve espacio. De ahí que la nuestra sea muy incompleta y demasiado general. Procederemos apartado por apartado.

a) Entre las « exigencias » a que se ve confrontado el escritor en los países llamados socialistas podemos hacer la siguiente distinción:

— Las que provienen de la masa de lectores, de la crítica especializada, etc., sin ir acompañadas de coacción material sobre el escritor;

— Las que el Partido—Estado intenta imponer al escritor con medios coactivos materiales: monopolio editorial, censura, policía, cárceles, campos, o cualquier otro recurso del variadísimo arsenal represivo que conocemos, últimamente enriquecido con el asilo psiquiátrico para intelectuales « anormales ».

Las exigencias del primer tipo existen en cualquier tipo de sociedad y sobre todo en una sociedad revolucionaria (dado el despertar cultural de las masas, la aparición de nuevos problemas, etc.). En su conjunto constituyen la « demanda social » al escritor, que por su heterogeneidad y diversidad, cuando puede expresarse libremente, lo mismo contribuye a fecundar la literatura minoritaria y experimental que la más tradicional y accesible al nivel del lector medio. La libertad de creación no es otra cosa que la libertad del escritor para responder en los términos que le son propios a esa « demanda social », unida a la posibilidad práctica de difundir su obra.

El segundo tipo de exigencias es incompatible con la literatura, como con cualquier actividad creadora. El dirigente político revolucionario—

antes y después de la toma del poder, pero sobre todo después—debe tener muy presente esta reflexión de Gramsci: « si el mundo cultural por el que lucha es una realidad viva, necesaria, su expansividad será irresistible, encontrará sus artistas. Pero si, a pesar de la presión, su irresistibilidad no se manifiesta, no opera, quiere decirse que se trata de un mundo ficticio y postizo, de una lucubración gratuita, producto de mediocres quejosos de que los hombres de mayor estatura no estén de acuerdo con ellos. » A golpes de censura y policía no se crea cultura. Se fabrican « asalariados del pensamiento oficial », según la exacta expresión del Che. Aherrojar la libertad de creación es tan profundamente reaccionario como privar a los trabajadores de las libertades políticas y sindicales, de libertad para dirigir la producción, el Estado y la sociedad en general; tan reaccionario como coartar la libertad de investigación científica, cuyas fronteras no deben ser definidas más que por la investigación misma, como las de la creación artística sólo deben ser definidas por la propia creación. Tal era la opinión de Marx y de todos los marxistas anteriores a Stalin. ¿ Y puede ser otra la opinión de cualquiera que se considere marxista o simplemente progresista? La dictadura sobre la cultura de los « asalariados del pensamiento oficial » desemboca indefectiblemente en oscurantismo, por muchos oropelesseudorrevolucionarios y justificacionesseudoclasistas oseudodialécticas con que se disfrace. La castración del escritor es la castración del lector. En lugar de favorecer la presión de la sociedad sobre la literatura pone a la literatura, convertida en instrumento mistificador, por encima de la sociedad. Impide a las masas conocer y juzgar, y por lo tanto exigir con conocimiento de causa. Sin libertad de creación no hay creación de la libertad; no hay autocreación del hombre nuevo, de una sociedad igualitaria y libre.

En un texto que tiene ya ciento veintinueve años pero conserva palpitante actualidad, Marx caracterizó magistralmente el efecto desmoralizador de la prensa y la literatura sometidas a la censura: « La mayor de todas las taras—la hipocresía—es su acompañante inseparable. Y de esta tara fundamental derivan todos sus demás defectos, no quedando ni átomo de virtud; de ahí deriva su tara más repugnante, incluso desde el punto de vista estético: su conformismo. El gobierno no escucha más que su propia voz, sabe que no oye más que su voz, y pese a ello mantiene este autoen-

gaño, como si escuchara la voz del pueblo, y exige también que se respalde ese autoengaño. Por su parte el pueblo, o bien cae en la superstición política, por un lado, y en el escepticismo político, por otro, o bien vuelve totalmente la espalda a la vida del Estado y se transforma en un tropel de gentes que se limitan a vivir su vida privada.» «La censura—agrega—mata el espíritu público.» ¿Qué diría Marx del efecto combinado de la censura, la policía, los campos, los asilos psiquiátricos y las tristemente famosas «autocríticas»?

b) De la «libertad de crítica» puede decirse lo mismo que de la «libertad de creación» o de la «libertad de investigación». Sus límites no debe determinarlos más que la crítica misma, que surge siempre de una confrontación del hombre con la realidad. Trazárselos artificialmente—y más aún policíacamente—es asfixiar las iniciativas y energías populares. Crítica, investigación, creación, son tres momentos indisolubles de la búsqueda de la verdad y, por tanto, de la búsqueda de soluciones a la construcción de una sociedad transparente a sí misma, como ha de ser, por definición, la sociedad comunista. «La crítica—decía Engels hacia el final de su vida—es el elemento vital del movimiento obrero. ¿Cómo puede impedir él mismo la crítica o intentar prohibir las discusiones?» Crítica y discusión auténticas, no rituales y paródicas como las instauradas por el estalinismo en el movimiento comunista. Si la crítica y autocrítica verdaderas, libres, vitalizan el movimiento revolucionario, las «críticas» y «autocríticas» de esencia y forma inquisitorial lo desmoralizan y descomponen.

La represión de la crítica en el partido revolucionario y en la construcción del socialismo conduce inevitablemente a la burocratización y cosificación de los organismos, a la dominación de los dirigentes sobre los dirigidos, y en definitiva al surgimiento de nuevas—o el renacimiento de viejas—formas de sujeción del hombre por el hombre. La revolución que teme la crítica empieza a dejar de ser revolución.

Pero, ¿y la crítica procedente de los reaccionarios? La crítica de los reaccionarios es tan necesaria a la revolución—y en ocasiones más—que la crítica de los revolucionarios. El tolerarla no excluye la represión contra los que violen la legalidad instaurada por la revolución, pero esta legalidad no debe impedir, o servir de pretexto para impedir, la crítica del adversario.

Es importante subrayar que la represión de las libertades de crítica, de creación y de investigación no es la característica de los años más difíciles de la revolución rusa, sino del período en que aparentemente se había consolidado. Tras esta apariencia se ocultaba, en realidad, la regresión de la revolución, la instauración de un nuevo orden represivo sobre las masas. Análogo fenómeno se ha repetido ulteriormente en otras latitudes. Y es que el asesinato físico o intelectual del poeta y del crítico suele ser signo premonitorio del asesinato de la revolución.

Y puesto que se trata de crítica y de literatura, preguntémosnos: ¿para qué sirve la literatura no crítica? Y también: una literatura conformista, ¿es siquiera literatura?

c) Refiriéndonos concretamente a la Unión Soviética, el conjunto de fenómenos aludidos en este apartado no es más que la expresión de una realidad más profunda: la inexistencia no sólo del socialismo sino de una evolución al socialismo. Al menos, si entendemos el socialismo como Marx: régimen de transición al comunismo en el que los trabajadores, dueños de los medios de producción, comienzan a ser dueños de las condiciones económicas, políticas y culturales de su vida social; fase primera de la sociedad comunista, en la que aún subsisten determinadas formas de la división capitalista del trabajo, del derecho burgués, del Estado, etc., pero en el que estas supervivencias del pasado van siendo reducidas y finalmente liquidadas. Autoemancipación, autogobierno, autodeterminación, reunión de hombres libres, asociación libre e igualitaria de productores, etc.: tales son los conceptos más comunemente usados por Marx y Engels para definir la esencia de la sociedad comunista, tanto en su fase «inferior» como «superior». La diferencia entre ambas no es de naturaleza sino de grado. Cuando a veces utiliza el concepto de «dictadura del proletariado» Marx no indica otra cosa que el carácter clasista-proletario de la sociedad de transición, análogamente a como «dictadura de la burguesía» es significante, en el vocabulario científico marxista, del carácter clasista—burgués del régimen capitalista. Pero mientras que la dictadura de la burguesía es compatible tanto con las formas democrático-parlamentarias como con las dictatoriales en sentido corriente, la dictadura del proletariado es incompatible con estas últimas. Deja de existir, aunque siga existiendo aparentemente,

en cuanto no es también democracia proletaria, porque sin democracia proletaria la propiedad colectiva de los medios de producción se convierte en ficción jurídica que recubre su posesión real por una nueva clase, casta o grupo dominante: recubre la aparición de nuevas formas (entrevadas con las antiguas) de explotación y opresión del hombre por el hombre. La dictadura del proletariado deviene dictadura sobre el proletariado. Y es que el proletariado, como profunda y radicalmente dijo Marx, no puede emanciparse sin emancipar a los no proletarios; no puede instaurar y ampliar continuamente la libertad en su seno sin extenderla fuera de él. No tiene otra opción para reeducarse y reeducar a los demás, para crear el hombre nuevo de la sociedad de hombres libres e iguales. Resumiendo: el socialismo es orgánicamente indisoluble de la democracia y la libertad. Democracia y libertad concretas, limitadas, condicionadas, pero cuyo campo de realidad se dilata incomparablemente respecto al que pueden tener en la más avanzada de las democracias burguesas.

Partiendo de esta concepción marxiana del socialismo—que es también la del Lenin del «Estado y la Revolución»—parece evidente que el actual «socialismo» soviético tiene muy poco que ver con el socialismo y con los soviets. La regresión de la gran Revolución de Octubre, iniciada ya en tiempos de Lenin bajo la presión de poderosos factores objetivos, y también de ciertas concepciones teóricas (localizadas principalmente en la concepción leniniana del partido), se convirtió en tendencia dominante bajo Stalin. Su producto es el actual régimen, que si bien ha mejorado las condiciones materiales de las masas comparativamente al régimen zarista, si ha industrializado el país y difundido la cultura (pero una cultura cuyos valores difícilmente pueden considerarse socialistas), al mismo tiempo ha creado nuevos mecanismos de explotación y opresión de la gran mayoría por una nueva clase dominante. La represión que allí tiene lugar de la libertad de creación y de la libertad de crítica, como de todas las demás libertades, no es un accidente contradictorio con la esencia estructural y política del régimen: es inherente a su esencia. A partir de este régimen no puede avanzarse hacia la sociedad comunista más que pasando por una nueva revolución. Y la lucha que allí comienza por la libertad de creación y de crítica, por los derechos humanos y la democracia, forma parte de

la preparación de esa nueva revolución, que será obra ante todo del proletariado soviético, pero en la cual la *intelligentsia* volverá a tener un papel primordial, como lo tuvo en la preparación y realización de la Revolución de Octubre.

No voy a detenerme en lo que es bien sabido; cómo este régimen fue importado a otros países europeos, y cómo ha podido mantenerse allí por la fuerza de los tanques contra la voluntad de los pueblos. Todos ellos tienen ante sí la misma perspectiva que en 1968 pudo abrirse paso en Checoslovaquia: la transformación revolucionaria del sistema en un sentido realmente socialista. La importancia histórica de la revolución cultural china reside, precisamente, en el intento de encontrar la vía para que la revolución en un país atrasado no sucumba ante los tremendos factores objetivos que se encuentran en la base de la regresión de la revolución rusa. Pero este intento hay que verlo también críticamente, porque junto con ideas y actos que van evidentemente en la dirección indicada, aparecen otros (el monolitismo ideológico, el culto al «pensamiento de Mao», la mistificación de la historia y por tanto la mistificación del presente, etc.) que van en dirección exactamente opuesta. La revolución cubana también intentó encontrar una nueva vía, pero la involución iniciada en el período caracterizado por el alejamiento del Che y la aprobación por Fidel Castro de la invasión de Checoslovaquia no puede por menos de suscitar las más serias inquietudes. La tendencia esencial del 68 checoslovaco era la revolución socialista contra el régimen seudoesocialista. La aprobación del aplastamiento de ese intento es difícilmente conciliable con la fidelidad al marxismo o al fidelismo de los primeros años. El caso Padilla se inscribe en esa involución y es característico de ella. Lo mismo que la postulación del «monolitismo ideológico» y otros «monolitismos» en el reciente congreso de educación y cultura.

La crítica del sistema estaliniano, así en su versión rusa o en la de otros países, sea en la crítica de las tendencias neostalinianas que surgen aquí o allá, es absolutamente necesaria y vital para el renacer teórico y práctico del movimiento revolucionario a escala mundial, tanto en el capitalismo como en el llamado socialismo. Nadie más interesado que la burguesía y el imperialismo en mantener vigente la gran mistificación de que eso es el socialismo. Dicha crítica—que si es marxista no es simple repudio sino asimilación

positiva de la gran experiencia acumulada—puede entrar en contradicción *inmediata* con determinadas conveniencias tácticas de la acción en tal o cual país. Pero no hay otra solución que afrontar los efectos negativos de dicha contradicción explicando a las masas la verdad tal como es. Esconder la cabeza bajo el ala, negar lo que la propaganda burguesa difunde con fruición, simplemente porque lo difunde la propaganda burguesa, es hacer el juego a ésta y paliar las dificultades tácticas erigiendo en nuestro propio seno obstáculos estratégicos mucho más temibles y duraderos.

d) La experiencia histórica demuestra lo difícil

que es, por no decir imposible, encerrar el « *delito* » contrarrevolucionario en definiciones precisas. Lo decisivo es que la nueva legalidad instaurada por la revolución, además de proteger a ésta contra sus enemigos, proteja a cada ciudadano contra toda arbitrariedad del poder. Ambos aspectos no pueden disociarse, porque nada puede socavar más la base popular de la revolución que el imperio de la arbitrariedad. La garantía más eficaz contra ese peligro es la instauración de una democracia real y su continuo perfeccionamiento.

Fernando Claudín.

Respuesta de Carlos Franqui

Es el problema de la Revolución y no del Arte. El problema del escritor es un problema total y no aislado.

Yo desafío a que se me muestre un país socialista donde el pueblo haya sido informado correctamente de la revolución cultural china.

Revolución que ha puesto en evidencia toda la forma de construir el socialismo a la soviética, que ha destruido. Que ha sido apoyada por el pueblo chino, y que es uno de los acontecimientos fundamentales del mundo después de la revolución de Octubre.

A que se me muestre un país que conozca qué fue el socialismo humano de la Primavera de Praga, sofocado por los tanques imperialistas rusos.

Un país que sepa, no del heroísmo del Vietnam, sino de la forma diferente en que allí se lucha, y del abandono que sufre aquel país de los grandes-hermanos.

Un país que esté informado de la revolución cubana, de por qué es la primera revolución contestataria, donde un partido comunista no participó.

Un país donde el pensamiento, la acción y la obra del Che sean conocidos.

Uno sólo que haya informado de la rebelión obrera polaca.

Si Mao y si Che y si Gramsci o Rosa Luxemburgo están prohibidos en la inmensa mayoría de los países socialistas, y si como dice Raúl Castro, en reciente discurso atacando la revista marxista cubana, *Pensamiento Crítico* : « *Marx, Engels y Lenin, pueden leerse pero no interpretarse* », lo demás es obvio.

El mundo socialista es un mundo en conflicto.

Conflicto ruso-chino.

Conflicto ruso-checo.

Conflicto ruso-este.

Conflicto ruso-partidos comunistas europeos.

Conflictos de los P.C. y las nuevas generaciones contestatarias.

Conflicto de los reformistas latinoamericanos con los guerrilleros revolucionarios.

Conflicto ruso-Corea, Vietnam, Cuba, Yugoslavia, Rumania, Albania.

Conflicto del pueblo contra la burocracia represiva y aburguesada de los países socialistas.

Conflicto entre socialimperialismo y socialismo.

La revolución no tiene un sólo frente en el mundo : Tiene tres frentes :

Mundo colonial contra imperialismo yanqui y sus aliados.

Clase obrera y pueblos del mundo industrial contra el capitalismo.

Luchas de los pueblos del mundo socialista contra el socialimperialismo y la burocracia.

El arte no es una exigencia. Es una conciencia. Es una libertad. Y la libertad no es un don del cielo. Hay que pelearla como Jackson en los Estados Unidos, Revueltas en México, Solgenitzin en U.R.S.S., Norberto Fuentes en Cuba.

El « *segundo round* » fue en la sociedad « *Nuestro Tiempo* », fundada por mí y un grupo de jóvenes, con una intención antimperialista de combatir la vieja y aburguesada intelectualidad academicista urbana.

El partido la dividió y convirtió en un paraván frontista y politiquero, y en 1952, cuando el golpe de Batista, negó que allí se repartieran volantes subversivos.

Pero yo no me metí mis libritos bajo el brazo izquierdo para hacer pajaritas de papel como otra gente y continué luchando. Alternando el coctel molotov con los « *libritos* ».

Y así tuve la satisfacción de unir las arengas y armas de la guerra con los poemas de Neruda y de Vallejo y de León Felipe, de Miguel Hernández y de Martí, desde la Radio Rebelde de la Sierra Maestra, con el estímulo del Che y de Camilo, que a veces, con su voz guerrillera, leía poemas.

Mientras el propio Fidel más de una vez me « *nacionalizó* » un Beethoven, un Bach, para oírlos él, dejando pasar Varese, Stravinski o Schoenberg, más duros.

Y después del triunfo de la revolución esa apertura permitió los viajes de los Sartre, Mills, Neruda, Hismet, de los latinoamericanos y de tanto artista de todas partes, cuyos libros y testimonios divulgaron nuestra revolución por el mundo.

El tercer conflicto fue en 1961.

Los sectarios atacaron violentamente el periódico y el magazine cultural. Nos defendimos atacando.

Perdimos muchas cosas pero paramos momentáneamente el sectarismo y nos ganamos al menos el derecho de libertad de creación por varios años. Luego, el Salón de Mayo y el Congreso Cultural.

La exposición tuvo medio millón de visitantes y vio reunidas desde las vacas pop de Fidel, los cañones, la conga popular a la pintura de Picasso y Miró, hasta las más jóvenes corrientes plásticas contemporáneas.

Allí nació la galería de Arte Moderno, vieja funeraria burguesa convertida en museo-café que amenazaba extenderse por el Malecón y que la nueva

ofensiva sectaria del 68 terminó clausurando el mismo día que se dictó la ley seca. El conflicto sigue al rojo vivo.

El dilema es : o satélite soviético o revolución cultural a la cubana. Con pachanga, alegría y libertad. El pueblo que se rebeló contra España, el que inició la revolución contra los Estados Unidos, no ha aceptado a los « *socialimperialistas* » rusos.

Para mí, revolución, arte y literatura son dos formas de cambiar el mundo, dos constantes y una contradicción permanente y personal.

Entre arte, literatura y revolución, no hay relación sino contradicción, conflicto.

En las ocasiones en que un artista milita en la revolución sufre el conflicto al interior como al exterior.

El mundo como quisiera y el mundo como es.

La revolución es la fase de destrucción y toma del poder burgués, es una suma de actos y libertades individuales que se funden en una descomunal fuerza colectiva.

Es la unidad en la multidiversidad.

Es la fase primera. En la fase segunda, que dura unos diez años, si la revolución continúa y no se para, lo individual y lo colectivo se equilibran. En la fase tercera, si se sigue el patrón ruso, si se burocratiza, termina la discusión, el diálogo, la crítica, la información. Desaparece la voluntariedad de participación. Sólo se acepta la obediencia incondicional.

Los revolucionarios se mimetizan en burócratas, conservadores, administradores, jueces o policías, o terminan presos, muertos o exiliados.

Es la hora de la unidad « *monolítica* ».

Unidad en la uniformidad.

Y así como no hay ni libertad obrera ni sindicatos no puede haber artistas.

Por circunstancias de mi origen obrero, de cubano, y por vocación individual, he vivido una experiencia simultánea de revolucionario y de intelectual.

Mi primer conflicto estalló en 1945, en el periódico *Hoy*, órgano del P.C., del que era redactor, dirigido entonces por Aníbal Escalante, piedra que he encontrado dos veces en mi camino. Después de años organizando sindicatos, campesinos, estudiantes, huelgas y luchas, se me criticaba oficialmente por leer a Gorki, Mayakoski, Bujarin, Luxemburgo, Neruda, Vallejo, o por oír música.

Algunos de los libros que de luchador me habían conducido al marxismo me fueron requisados.

Yo pensaba : si actuar me hace revolucionario, si pensar me hace marxista, así que ahora que soy comunista no debo pensar más ni actuar : sólo obedecer.

No era un problema estético.

Era un problema político.

Por aquella época no se podía hablar contra el imperialismo yanqui, ni de lucha de clases ni de revolución : vivíamos bajo el browderismo y el pacto rusoyanqui de guerra.

El conflicto terminó con Escalante hablando de los pasos progresistas de Trujillo, y yo enrolándome en una expedición contra Trujillo, en la que encontré por primera vez a Fidel, y que terminó en la prisión de Columbia.

Romper con el reformismo del P.C. me permitió después participar en la revolución cubana, y después de la Revolución, la ruptura con el partido y los soviéticos ha sido la causa de mi principal conflicto. No sólo mío, que no tendría importancia, sino de la propia revolución y de su originalidad y del pueblo que la creó, en continua y antagónica discrepancia con los rusos y los « *rusófilos* ».

Respuesta

de

Salvador Garmendia

La proposición misma de la encuesta, encierra una aseveración polémica que rechazo en principio. ¿ Es que el caso *Padilla* plantea el problema de las relaciones entre el escritor y la revolución o de la libertad y la legalidad dentro del socialismo? Sabemos que Padilla no fue detenido por haber publicado un libro. *Fuera del juego* fue editado por la Uneac y difundido en toda Cuba. La interferencia de la Unión, al imponer un prólogo, que sigue pareciéndome cuando menos torpe e innecesario, lo mismo que el artículo publicado en *Verde Olivo*, trascendían a un temeroso u ofuscado intervencionismo que nos obligaba a permanecer alertas. No obstante, la actitud del gobierno cubano dispuso toda amenaza en tal sentido : Padilla continuó trabajando y escribiendo libremente, sus poemas aparecieron nuevamente en las revistas, el libro no fue retirado de la circulación. Después se produce la detención del poeta, acusado de actividades contrarrevolucionarias. Lo que haya de verdad o error en tales acusaciones, no es materia sobre la que podemos discernir a distancia y sin pleno conocimiento de causa ; si la autocrítica o *confesión* de Padilla fue o no sincera, lo sabremos alguna vez o no ; entre tanto, ningún síntoma de dirigismo oficialista se advierte en las publicaciones cubanas. Nunca como ahora, Cuba ha estado más lejos de lo que « *a falta de otra denominación mejor se conoce como estalinismo* » ; a doce años de revolución, nuevas conmociones sociales parecen anunciarse en un horizonte cercano. La revolución presente el virus del burocratismo, del estancamiento ideológico, del anquilosamiento institucional y prepara el camino para una revisión profunda de todos los estratos del poder socialista, que se cumpla por medio de una intensa movilización popular, una discusión clara y abierta en todos los niveles. La acción creadora de la mayoría del pueblo en la construcción del país (lo que en definitiva configura un hecho cultural trascendente), estalla en la zafra de los diez millones y comienza a organizar sus métodos en el reciente Congreso de Educadores. Aceptar lo que el encabezamiento de la encuesta propone es agravante para la revolución y constituye una interesada deformación de sus métodos. Algunos de los que hoy se escandalizan por la detención y posterior autocrítica de Padilla, no ignoran que desde hacía ya mucho tiempo, todo un aparato internacional se hallaba montado y listo para entrar en función apenas el gobierno cubano ejecutara la menor acción represiva contra

Padilla. La misma edición francesa de *Fuera del juego* se anunciaba bajo un slogan que trascendía a segundas intenciones : ¿ se puede ser poeta en la revolución? Centenares de oídos atentos esperaban recibir el más ligero rumor para precipitarse a las máquinas de escribir y lanzar al mundo los llamados a la conciencia de los intelectuales libres, los telegramas de protesta al Primer Ministro, las denuncias al estalinismo, al arte dirigido, a la represión ideológica, en medio del regocijo de las agencias noticiosas. El escándalo esperado se produjo, aunque al revés. El viraje inesperado de Padilla frustró las intenciones de quienes pacientemente habían esperado el acontecimiento, de modo que el lenguaje de los comunicados tuvo que ser modificado : se hablaría entonces de torturas, confesiones prefabricadas, procesos según el modelo de Moscú. Todo este asunto me parece vulgar y bochornoso.

En cuanto a la primera pregunta planteada, ésta trae a discusión el viejo asunto del arte dirigido. En los países socialistas europeos, esta situación es curiosamente contradictoria. Cada vez que he tenido oportunidad de hablar con un artista o escritor de los países del Este, he recibido una experiencia sórdida y decepcionante. Sin que haya conocido una sola excepción, los escritores de países socialistas de la órbita soviética, segregan un oscuro apoliticismo, cuando no un triste conformismo de burócratas satisfechos que aceptan disciplinadamente su misión. En muchos de ellos me ha repellido el cinismo, el más degradante desprecio por todo hecho revolucionario, por todo lo que signifique solidaridad revolucionaria. « ¿ Quiere usted dejar de ser marxista y revolucionario? Váyase a vivir un año a mi país », le oí decir a un cineasta joven de un país socialista europeo. Puede que todo esto parezca muy duro, pero es mi experiencia y a ella me remito. Todo me hace pensar que la ideología revolucionaria impuesta al arte y a la literatura en aquellos países, se manifiesta como una retórica ceñida que repite inalterablemente sus viejas fórmulas endurecidas y estériles, mientras los creadores jóvenes aprovechan las escasas brechas de liberalismo que otorga el sistema, para asomar sus pálidas imitaciones del arte occidental.

La pregunta que realmente me inquieta es ésta : ¿ En qué medida se modifica la conciencia de un escritor que participa en un proceso revolucionario? Esto es precisamente lo que se plantea en Cuba y lo que pase allí será de extraordinaria

importancia para lo que pueda ocurrir alguna vez en nuestros países. No comprendo cómo un artista verdadero pueda mantenerse indiferente o lerdo mientras la historia bulle a su alrededor; no lo fueron los artistas del pasado, cuya participación fue determinante en las grandes conmociones sociales. No comprendo cómo un precario individualismo (así se revista de posiciones críticas) pueda reclamar fueros al más ardiente proceso colectivo que haya vivido un país en América Latina. Si los artistas no son capaces de respirar otro aire que el del liberalismo burgués; si la libertad reclamada es esa parte miserable, urdida de complicidad y conformismo, que le asigna el sistema; si una revolución es, como alguien lo anunciara, un cataclismo y sus sacudidas no son suficientes para remover los esquemas de conciencia y las posturas convencionales de aquellos que reclaman para sí la mayor suma de sensibilidad y lucidez, entonces artistas y escritores serán piezas inútiles en un proceso revolucionario.

El tono burocrático de la encuesta, se espesa hasta la repelencia en los interrogantes *b* y *c*. «¿Hasta dónde puede llegar la libertad de crítica?» «Las instituciones existentes...» ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Debemos admitir, en consecuencia, que toda sociedad socialista debe perpetuarse en instituciones regimentadas, en aparatos de poder clasistas, más o menos rígidos, más o menos flexibles, que dosifiquen la ideología oficial y en último término determinen con precisión hasta dónde es posible la crítica, hasta dónde debe llegar la libertad de creación, como si el modelo de escritor impuesto por la sociedad burguesa constituyera una entidad inmodificable y la posibilidad del hombre nuevo, el surgimiento

de una nueva conciencia y una nueva actitud creadora estuvieran negados? Pareciera como si los redactores de la encuesta, ilusamente pretendieran recoger las fórmulas más eficaces y convincentes, que al ser aplicadas a la maquinaria estatal, hicieran posible mejorar y transformar los mecanismos de la burocracia socialista para hacerlos más flexibles, más tolerantes, de forma que los «sectores intelectuales» (aquellos «cuya información y nivel de cultura los hace más sensibles...»), puedan conservar sus fueros, sus privilegios de clase media, y de esta manera, la función del escritor se mantenga dentro de las reglas de juego que establece el liberalismo burgués.

Espero que nada de esto llegue a pasar en mi país y estoy convencido de que nada semejante llegará a pasar en Cuba. El ejemplo de la Revolución Cultural China está presente y los esfuerzos que Cuba realiza por incorporar decisivamente al pueblo a la creación de la cultura, aportarán nuevas experiencias para América Latina.

La última pregunta me sorprende. Si se trata de plantear el delito contrarrevolucionario «en el terreno legal», me considero absolutamente inepto para ello. Una discusión semejante encontraría cabida en una reunión de juristas, aunque tengo buenas razones para pensar que los pueblos en revolución no estarían muy dispuestos a escuchar las recomendaciones de estos expertos. De lo que sí estamos bien enterados es de los «procedimientos adecuados» que se utilizan para reprimir el delito revolucionario en nuestros países. El procedimiento es sumario y se emplea cotidianamente. Por otra parte, es evidente que una revolución encontrará siempre maneras eficaces de apartar los obstáculos que, de una o otra forma, le dificultan avanzar.

Respuesta

de

Freddy Muñoz

1) Entiendo que no existe actividad cultural «pura». En ella siempre está presente la influencia de lo ideológico (término al cual no le doy aquí una connotación negativa), aun cuando sean diversas las modalidades de su manifestación y la importancia de su efecto. En definitiva, el quehacer artístico—el literario, por ejemplo—se integra en la batalla social y política permanente, con las especificidades que derivan de su naturaleza propia.

Vistas así las cosas, es obvio para mí que al escritor revolucionario debe pedírsele asumir la condición de tal precisamente en la realización de su actividad específica, que es su vehículo fundamental de participación en la vida social. Es imposible, entonces, dejar de pensar que en el socialismo el escritor tiene la responsabilidad de contribuir con el trabajo en la esfera que le es propia a la construcción del mundo nuevo—que es un hecho económico, político, cultural y espiritual. Pero ¿qué quiere decir «contenido revolucionario específico» de la obra literaria, o «reflejar de manera positiva la nueva realidad»? Esta pregunta no encuentra una respuesta unívoca. Hay quienes, por ejemplo, identifican el socialismo con determinadas versiones concretas del mismo, y la causa socialista con tal o cual política o grupo en el poder. En ellos hay una manera de concebir el «reflejo positivo de la nueva realidad» y el «contenido revolucionario específico» de la creación literaria que se acerca sensiblemente a la idea de incondicionalidad con lo existente. Dondequiera que se tiene una visión acritica del socialismo y una concepción paternalista—autoritaria del partido revolucionario y el Estado, y de su relación con el pueblo, el papel del escritor difícilmente puede ser pensado sino como función exaltadora de la realidad vigente. En tal contexto es posible a veces producir obras de calidad, pero es imposible evitar la mediocridad y la chatura de las realizaciones por encargo. Es imposible, además, que el arte contribuya plenamente a formar la nueva conciencia, la nueva moral, la nueva actitud ante la vida.

Yo pienso, por mi parte, que bajo el socialismo no tiene por qué erigirse en modelo el escritor triunfalista o el embellecedor subjetivo, o el promotor de artificiales emociones que hagan olvidar las durezas de la vida. La nueva realidad es un tema fundamental para el escritor: lo es con su grandeza, su potencialidad, su acción liberadora; pero también con sus contradicciones, sus des-

garramientos, sus limitaciones, sus deformaciones. Al captarla y recrearla ¿por qué habría de hacerlo unilateralmente, es decir, falsamente?

Creo, en fin, que la exigencia al escritor no debe ser llevada al extremo aberrante de establecer obligaciones señaladas más o menos explícitamente por el Estado o la(s) organización(es) política(s) dirigente(s). En el plano de la política, una verdadera hegemonía sólo se adquiere, incluso después de haber alcanzado el poder, ganando a las mayorías a través del confrontamiento, renovando continuamente la capacidad de conducción, incrementando siempre la aptitud para hacer patrimonio de las masas las concepciones justas. En el terreno de la literatura (y del arte en general), la presencia dominante de las mejores orientaciones no puede ser lograda al margen del debate y la confrontación. La regimentación de la creación artística conduce al empobrecimiento de ésta y a relaciones críticas entre los intelectuales y las instituciones dirigentes.

2) No es posible dar una respuesta abstracta, sin tomar en cuenta los condicionamientos y las situaciones particulares.

Las dimensiones de la libertad de crítica siempre tendrán que ver con la modalidad de decisión de la victoria revolucionaria, con la composición del campo revolucionario y el peso relativo que en él tengan sus distintos integrantes, con el carácter y el grado de la resistencia de las fuerzas que antes dominaron la sociedad, con la magnitud y la naturaleza de la incidencia de los factores internacionales.

Debe decirse, además, que esa libertad de crítica es un hecho histórico, que no se da, ni puede darse, si hablamos ya de un país determinado, en todo momento en igual medida.

En términos generales, pienso que una cierta coacción y ciertas limitaciones a los derechos de los antiguos explotadores son seguramente inevitables y necesarios en los marcos de una revolución triunfante. Esta afirmación es perfectamente comprensible si se considera que las clases poseedoras no abandonan el poder tranquilamente, y que durante algún tiempo—pues el hecho revolucionario no se realiza de una sola vez—conservan posiciones utilizables en intentos restauradores. Pero aquella necesidad dista mucho de ser permanente: por el contrario, el hecho que la origina tiende a disminuir en importancia en la medida en que progresa la construcción de la nueva socie-

dad. Por otra parte, las medidas limitativas (que establecen el hasta dónde de la libertad de crítica) no son incondicionalmente justificables frente a toda crítica, independientemente de su procedencia, su naturaleza, su intención, e incluso su alcance.

Es absurdo desconocer la legitimidad y, muchas veces, la condición positiva de las críticas y de los movimientos sociales que se promueven en las sociedades socialistas teniendo como blanco sus errores o imperfecciones. En su tiempo, Lenin comprendió que si bien es históricamente afirmable la identidad entre los intereses de las masas y los del Estado socialista, en la práctica pueden darse y se dan contradicciones entre unos y otros, por limitaciones o deformaciones de la estructura económica o de la superestructura institucional. Fue esto precisamente lo que afirmó cuando en el célebre debate sobre los sindicatos, señaló como parte de la función de éstos la defensa de los trabajadores incluso frente al Estado. Los hechos muestran que realidades como esa continúan existiendo en nuestros días, a una escala muy considerable. ¿No es eso—entre otras cosas—lo que indican, por ejemplo, los todavía recientes acontecimientos de Polonia? Con ellos quedaron en evidencia—una vez más, después de la grave prueba de Checoslovaquia—carencias fundamentales de actual socialismo en diversos países; y se reafirmó la idea, tan cierta como frecuentemente ignorada, de que las limitaciones infundadas a la democracia deterioran el orden socialista y son fuente de profundas crisis en su interior.

En los tiempos presentes, en diversos países se abren paso, entre las fuerzas socialistas, concepciones pluralistas acerca de la dirección de la lucha revolucionaria y de la construcción de la nueva sociedad. Ello resulta de una realidad incontestable, según la cual corrientes distintas propugnan una opción socialista y participan en el combate por establecerla. En tales condiciones, viejas tesis sobre la hegemonía, estrechas y esquemáticas, deben ceder su lugar a un planteamiento teórico y a una política de convergencia. Pero ¿qué credibilidad pueden tener uno y otra si no están articulados con una clara definición programática sobre la libertad de crítica y de debate, sobre una democracia socialista auténticamente vivida?

Se me pregunta si las instituciones existentes ofrecen medios válidos para el ejercicio de la libertad de crítica. Hasta donde estoy informado puedo decir que en la mayoría de los países tales medios

están consagrados en los textos legales y forman parte de las definiciones institucionales. Pero me parece imposible afirmar que operan satisfactoriamente. En no pocos de esos países prevalecen tales concepciones sobre la democracia socialista, la defensa de las conquistas del socialismo y las relaciones del Partido Comunista y el Estado con las masas, que la participación de éstas en la gestión económica y política se encuentra sensiblemente limitada, así como su libertad de crítica.

3) Comparto la apreciación que ustedes hacen al formular la pregunta. El fenómeno a que se refieren existe, sí, y tiene una decisiva importancia en la vida del campo socialista. Su presencia data de mucho tiempo y no se circunscribe a la U.R.S.S., sino que se extiende considerablemente en el área donde se ha establecido el nuevo orden social. Más que comprobar la existencia del hecho, importa investigar sus raíces y el por qué de su vitalidad: de su prolongada duración y de su capacidad expansiva.

El término *stalinismo* ha adquirido carta de naturaleza y no carece completamente de pertinencia; pero el establecimiento de una relación causal unilateral y absoluta entre la conducta de Stalin y los grandes problemas originados en el mundo socialista que durante mucho tiempo estuvieron íntimamente asociados a él, sólo contribuye a desviar y oscurecer el análisis.

La realidad en cuestión se genera en un marco histórico y social determinado, que actúa como inevitable condicionante. En la Rusia Soviética inmediatamente posterior a la terminación de la guerra civil, la reconstrucción y la creación de las bases del socialismo exigían necesariamente una economía altamente centralizada; en otros planos, la defensa y consolidación del nuevo poder requerían una considerable centralización política así como una presencia prominente del Partido Comunista en todas las escalas del Aparato Estatal, en las funciones de gobierno en todos los niveles, en las organizaciones sociales, en la vida cultural. También eran necesarias una cierta dosis de coerción y determinadas limitaciones a las libertades ciudadanas. Las expresadas necesidades tenían, por lo demás, como fuente objetiva el que la nueva vida comenzaba a ser construida en un país atrasado, donde las fuerzas productivas no proporcionaban la más adecuada (a la luz de la teoría dogmáticamente pensada) base material para el socialismo, y donde amplios sectores de las clases

trabajadoras no habían sido preparados por el capitalismo para asumir la gestión de la sociedad. En tales condiciones, resultaban de hecho inevitables la formación de cierto aparato burocrático y una temporal postergación de la presencia dirigente de las masas. Muy tempranamente, Lenin, llegó a observar que los soviets, concebidos como órganos de los trabajadores, se comportaban como órganos para los trabajadores. La delegación del poder—que implica una injusta relación entre el Partido y las masas—había hecho su aparición; pero entonces alcanzaba un nivel no demasiado elevado.

En la época de Stalin, los caracteres de la política y la organización económica y política sociales que fueron imprescindibles en un período determinado del desarrollo socialista sufrieron graves deformaciones, se hicieron más agudos y se tornaron permanentes. Más aún: la dialéctica misma de las deformaciones condujo—y ha habido al respecto una abundante teorización, que ha dejado huellas muy profundas—a que tales caracteres fueran considerados como inherentes al socialismo, como una exigencia incondicional de su desarrollo, independientemente de los países y de las etapas históricas concretas.

¿Por qué tales deformaciones? ¿Por qué su permanencia? Sería tonto atribuir las a la acción *malintencionada* o a los *defectos* de tales o cuales personalidades. El enorme aparato dirigente que se creó inicialmente, en el contexto señalado, fue heredero de una política y de una estructura organizativa, que luego conservó y actualizó. Ese aparato, que dirigió la inmensa tarea de la construcción socialista, que condujo a su pueblo en empresas tan gigantescas como la guerra contra el nazismo y la edificación postbélica, se fue consolidando con el tiempo, a través de un proceso contradictorio en el cual los conflictos principales tenían lugar en su propio seno. Producto de una política y autor de ella, y habiendo cumplido por medio de ella la misión histórica de establecer una nueva sociedad, con el tiempo llegó a identificar el mantenimiento de esa política y su propio mantenimiento con los intereses esenciales del socialismo. De esta manera, se ha hecho resistente a los cambios y ha asumido una actitud conservadora frente a las exigencias de la renovación. No en el sentido de defender la intangibilidad absoluta del status, pero sí en el de poner un freno a las transformaciones y limitar su profundidad. La amplia democratización de la sociedad, el establecimiento de mayores libertades, la introducción de

reformas consecuentes que impliquen el aflojamiento de los controles que ejerce sobre la vida social (en resumen: la corrección radical de los errores del período staliniano y la puesta en correspondencia de las relaciones sociales y políticas bajo el socialismo con la nueva realidad del desarrollo alcanzado) le parecen otras tantas amenazas para la causa socialista.

¿Cómo explicar que la clase obrera y las masas trabajadoras en general no hayan actuado como sujeto social decisivo para impedir o limitar la ocurrencia de este proceso? Hay que comenzar por recordar qué tipo de país realizó la primera revolución socialista. Téngase presente, después, que la guerra civil destruyó una parte preciosa de la vanguardia proletaria y que la construcción de la maquinaria estatal sacó de las filas activas de la clase obrera a muchos de sus mejores cuadros, que pasaron precisamente a ser protagonistas de la burocratización inducida desde arriba. Compréndase, en fin, que para la gran mayoría del pueblo no se trataba ya de luchar para liquidar la explotación, sino de crear un mundo nuevo, precisamente aquél por el cual trabajaba el aparato dirigente del partido, aun con sus errores; que durante períodos decisivos de su historia, en los cuales estuvo en juego el destino mismo del socialismo, sus intereses estuvieron indisolublemente ligados a la actuación de ese aparato dirigente y de sus máximos exponentes; que la postergación de su iniciativa y de su participación directa en la gestión del poder no obstaron para que fueran resueltos muchos problemas fundamentales.

Que el fenómeno considerado no se haya circunscrito a las fronteras de la URSS, es bastante comprensible. Bajo la dirección de Stalin, en el entonces recién nacido campo socialista se creó un tipo tal de relaciones entre los Estados y los partidos gobernantes que la extrapolación de la experiencia soviética—la positiva y la negativa, la que podía tener validez más allá de los límites nacionales y la que no—tenía que producirse. Por las vías de la imposición y de la copia, el camino soviético fue erigido en modelo, y sólo mucho tiempo después se abrió paso el hecho de la diversificación. Además, muchos de los países que después de Rusia acometieron la empresa socialista presentaban un contexto social y económico que espontáneamente favorecía la adopción del modelo importado: en ellos predominaba el atraso y las condiciones económicas y sociales para el socia-

lismo no eran precisamente las óptimas. En el presente, la diversidad de políticas y modalidades de construcción es un hecho ya generalizado —y básicamente positivo, a mi juicio— en el campo socialista. Ello no obstante, todavía subsiste la realidad de los alineamientos y de la exportación de concepciones y prácticas desde tal o cual centro, asociada no pocas veces—y lamentablemente—a la prestación de solidaridad. Eso explica que todavía se produzcan situaciones que el socialismo de hoy no tenía necesariamente que sufrir. Pienso, sin embargo, que no hay razón suficiente para afirmar que lo que he caracterizado como graves deformaciones originadas en el período de Stalin sea consustancial al socialismo. Un verdadero análisis marxista de la cuestión (examen concreto de realidades concretas) permite justamente concluir que un marco determinado de realidades históricas y sociales actuó como un factor decisivo en la generación de ciertos fenómenos. Estos no tienen por qué producirse inevitablemente hoy, en un contexto diferente, y más aún cuando el socialismo constituye, incluso donde no es poder, una fuerza formidable y en expansión, que penetra en áreas sociales cada vez más diversas y numerosas. Y si en términos generales, el hecho de que las revoluciones necesiten vanguardias dirigentes lleva en sí el germen de deformaciones paternalistas, autoritarias, burocráticas (por la vía de la delegación que las masas

hagan en las vanguardias) la experiencia conocida no autoriza a abstraer una tendencia fatal en esa dirección: la lucha consciente contra el desarrollo de ese germen—que bien puede constituir una virtud de las vanguardias políticas y/o sociales— puede ser un factor clave en el mantenimiento del rumbo cierto. Por eso tiene tanta importancia la idea gramsciana de que la vanguardia política debe ser—en su vida interior, en su relación con las masas, en su concepto de hegemonía y en su práctica correspondiente, etc.—una prefiguración de la sociedad por la cual lucha. Quienes en el mundo capitalista aspiren a ejercer una función dirigente en la lucha revolucionaria están obligados, al formular su planteamiento de alternativa, a sostener una visión crítica del socialismo existente, y a prefigurar una sociedad que no copiará dogmáticamente modelos ajenos ni repetirá errores de ayer, superables por el socialismo que nazca en nuestros días. 4) Existen, creo, sobre todo en los países donde hay un sistema jurídico y una institucionalidad socialista sólidamente establecidos. Mas yo pienso que con eso no basta. La justicia, en un sentido riguroso, depende en buena medida de concepciones teórico-políticas sobre el socialismo, sus contradicciones, sus relaciones internas, su defensa, sus instituciones, etc. que no están recogidas en textos legales. También en ese terreno lo decisivo es la renovación del socialismo.

A propósito del asesinato de Jackson

Entrevista con Jean Genet

Educado en los ghettos de Chicago y Los Angeles, George Jackson fue detenido en 1960, a la edad de diez y ocho años, mientras conducía un automóvil robado por un camarada en una estación de gasolina. Mal aconsejado, engañado por la promesa de una condena leve, se declara culpable y se ve condenado a la pena máxima, peculiar del estado de California: prisión perpetua, salvo decisión contraria de una comisión de liberación por «buena conducta». Atrapado en una trampa de la que no podrá salir jamás, diez años de protesta contra la injusticia racial le transforman en un revolucionario: «una leyenda viva, que se ha propagado rápidamente en todo el sistema penitenciario norteamericano», según palabras del cofundador de los Black Panthers, Huey Newton. Las cartas desde la prisión, «Los hermanos de Soledad», publicadas a fines de 1970 en los Estados Unidos y traducidas después en varios países, trazan el itinerario moral y la toma de conciencia política de George Jackson, convirtiéndole de golpe en portavoz y profeta de la generación joven de negros norteamericanos. En enero de 1970, el mismo día que un jurado compuesto de blancos absuelve a un guardián de la prisión de San Quentin, en Soledad, del asesinato de tres prisioneros negros, las autoridades de la prisión descubren el cadáver de un carcelero, ejecutado verosímelmente en represalia. George Jackson y otros dos militantes revolucionarios negros, John Clutchette y Fleeta Drumgo, son acusados del crimen sin prueba alguna y, mientras Angela Davis, ex-profesora de filosofía en la Universidad de California en Los Angeles, excluida por su pertenencia al partido comunista, toma la defensa de los «hermanos de Soledad», el hermano menor de Jackson, Jonathan, indignado por la injusticia del sistema racista norteamericano, se presenta armado en el tribunal californiano de San Rafael durante el proceso de otros prisioneros negros e intenta liberarlos, llevándose al juez de rehén. La policía se lo impide, y el juez, Jonathan Jackson y dos de los presos son acribillados a balazos. Con el pretexto que las armas utilizadas por Jonathan fueron compradas por Angela Davis, la joven profesora negra es acusada de raptó y asesinato y, detenida meses más tarde por el F.B.I., aguarda en la prisión de San Diego un proceso que ha conmovido a la opinión mundial. El 21 de agosto de 1971, días antes del proceso de los tres «hermanos de Soledad», las autoridades penitenciarias de San Quentin, anunciaron la

muerte de George Jackson en una presunta tentativa de evasión en la que perecieron igualmente tres guardianes y dos detenidos blancos. La familia de Jackson y los movimientos revolucionarios y antiracistas de los Estados Unidos han denunciado inmediatamente el hecho, acusando a las autoridades de haber asesinado friamente a un hombre cuyo prestigio e influencia tenían. Libre ha entrevistado a Jean Genet, autor del prólogo a *Los hermanos de Soledad* y estrechamente identificado con la lucha de los Black Panthers y el movimiento revolucionario negro en los Estados Unidos.

L.—Las autoridades norteamericanas han presentado diferentes versiones, a menudo contradictorias, de lo sucedido en la cárcel de San Quentin el 21 de agosto. ¿Qué cree Vd. que ocurrió realmente?

J.G.—No me corresponde a mí responder, sino más bien plantear una serie de preguntas a las autoridades norteamericanas: ¿por qué los abogados ni la familia de Jackson pudieron ver el cuerpo sino al cabo de nueve días?; ¿por qué la tropa acordonó la cárcel de San Quentin durante seis días; ¿cómo fue posible introducir en la cárcel un revólver de 9 mm teniendo en cuenta que todos los visitantes y abogados son registrados cuidadosamente?; ¿por qué la policía dio diferentes versiones del hecho antes de atribuirlo a un motín en el que habían participado 28 presos negros?; ¿cómo pudieron los presos degollar a tres guardias armados y entrenados no a ser degollados sino a matar?; ¿por qué, si 28 presos negros tomaron parte en el motín, fue precisamente Jackson quien recibió un balazo en el cráneo?; ¿por qué Jackson, que tenía la posibilidad de probar su inocencia ante el tribunal, desperdició la ocasión que se le ofrecía?; ¿cómo es posible que un revolucionario consciente como Jackson pusiera en peligro la vida de sus dos co-acusados y rehusara la tribuna política de un proceso?; ¿cómo es posible que el guardián que notó algo sospechoso en el peinado de Jackson confundiera un revólver de 9 mm con un lápiz?; ¿por qué los mass-media norteamericanos, tan ávidos de sensacionalismo y habitualmente tan quisquillosos, han mostrado tan poco interés en señalar inverosimilitudes y contradicciones de la policía? Leyendo alguna de ellas, uno tiene la impresión de recorrer el guión de una mala película de la serie B: mujeres misteriosas que se desvanecen sin dejar huella, planos de fuga

olvidados en un pantalón, un empleado de tintero astuto que descubre la mano de Jackson en el plano olvidado del pantalón e informa a la policía... En las películas de James Bond, las situaciones son mucho más reales.

L.—Según usted, la eliminación de Jackson, ¿respondía a un plan preciso?

J.G.—Sin la menor duda. Los racistas estadounidenses se querían desembarazar de una presencia que les resultaba cada día más molesta, como eliminaron antes a Malcom X y Luther King en el momento en que se radicalizaron. Se sabe que a guardián de la prisión de San Quentin, telefoneó a una personalidad del partido demócrata, jactándose de la muerte de Jackson. Este era el primer negro que había denunciado desde dentro el monstruoso sistema penitenciario norteamericano, concitando contra él, el odio de los racistas. Basta con hojear las cartas de *Los hermanos de Soledad* para comprender las razones que determinaron su eliminación. El propio Jackson era plenamente consciente de la precariedad de su situación: sabía que diariamente corría el riesgo de ser asesinado y en una de sus cartas decía bromeando que era «el muerto más recalcitrante del universo». El menor error o paso en falso podía llevarle al otro mundo casi sin darse cuenta. Pero había aceptado la idea de sacrificarse por la causa de la revolución de su pueblo, y la única posibilidad que rechazaba era la de morir como un esclavo.

L.—¿Cómo entró usted en contacto con Jackson? Según creemos, las cartas no habían sido divulgadas cuando usted escribió la introducción...

J.G.—A primeros de 1970, durante mi estancia en California, la abogado de Jackson Fay Stender me habló de un militante revolucionario negro encarcelado en San Quentin, que había escrito una serie de cartas a la familia, abogados y amigos, aptas para ser editadas en forma de libro. Me dijo que, con un prólogo mío, sería más fácil encontrar un editor. Acepté inmediatamente sin conocer su contenido, por la sola razón que se trataba de un libro escrito por un hombre preso: también yo, hasta pasados los treinta años, pasé la mayor parte de mi vida en prisiones y reformatorios... Sólo después, al leer las páginas dactilografiadas, comprendí el gran valor revolucionario y literario del libro.

L.—La crítica estadounidense, incluso en las publicaciones del Establishment, ha subrayado la gran

calidad de las cartas. Algunos reseñadores han hablado, incluso, de un «verdadero acontecimiento en el campo de las letras».

J.G.—Aunque no poseo suficientemente el inglés y debo fiarme de la traducción, no me cabe la menor duda de que se trata de uno de los libros más importantes de los últimos años. La mejor literatura norteamericana la escriben hoy los negros y los blancos marginados, víctimas del sistema. Piensa en las cartas de Jackson, la autobiografía de Malcom X, el «Festín desnudo» de Borroughs...

L.—En 1970 dio usted una serie de conferencias en los Estados Unidos para recolectar fondos para los Black Panthers. ¿Por qué y cómo decidió usted militar por ellos?

J.G.—Hace dos años, uno de los representantes de los Panthers en Europa, me preguntó si podía hacer algo para impedir el traslado de Bobby Seale de San Francisco a New Haven, en donde debía ser juzgado por un crimen que no cometió y del que luego fue absuelto. El sistema represivo de Estados Unidos obliga a los Panthers a pagar fianzas enormes para obtener la libertad provisional de sus miembros, cuando caen en la cárcel. Desde el comienzo yo simpatizaba con el movimiento y decidí ir a los U.S.A. Como las autoridades me negaron el visado, entré sin permiso, por el Canadá, en las mismas barbas de un policía tan gordo como inepto. Una vez dentro, di una serie de conferencias en las universidades para coleccionar fondos para los Panthers. Mientras estaba en California, conocí a Angela Davis: fue ella quien tradujo mi intervención en la Universidad de Los Angeles. Estos meses en que conviví con los Panthers, comí y viajé con ellos, me convencieron de que se trataba de un movimiento revolucionario de una calidad excepcional. Lo que más admiro en ellos es su valor en afrontar la supremacía de los racistas blancos, aun a costa de su vida; su voluntad de crear una nueva cultura negra a partir del ghetto y no de las universidades (ni siquiera de las universidades negras); su odio implacable a la «civilización cristiana occidental»—un odio que, desde luego, yo comparto.

L.—¿Conocían los Panthers su obra teatral *Los Negros*? ¿Cuál era su opinión sobre ella?

J.G.—Algunos, desde luego, la habían leído. Angela Davis, por ejemplo, me dijo que la leyó dos veces. Una, cuando tenía sólo diez y seis o diez y siete

años y, más tarde, cuando se representó en los U.S.A. Me dijo que la primera vez le chocó: la imagen que yo daba del problema era demasiado brutal; pero los hechos y su propia experiencia posterior le convencieron de que tenía razón.

L.—Durante mucho tiempo fue conocido usted tan sólo como un autor escandaloso: el apologista del robo, la traición, la homosexualidad. El extenso libro que le consagró Sartre fue traducido con éxito en los Estados Unidos. ¿Lo habían leído los Panthers?

J.G.—Todos estaban al corriente de mi vida, y puedo afirmar que jamás tropecé con el menor asomo de un reproche moral. Al contrario, mi biografía me acercaba a ellos en la medida en que yo también fui un paria marginado por la sociedad. Un hombre de la calidad de Jackson escribió desde la cárcel que lamentaba no haber mentido, robado o estafado por la obediencia implícita que ello significaba a los cánones morales occidentales. David Milliard tenía en su cartera un ejemplar del libro de Sartre y a menudo discutía conmigo, en broma, acerca de él. A mi vuelta a Francia me pidió incluso un artículo sobre homosexualidad y revolución, para el periódico de los Panthers. Y ello no era sólo por influencia mía. Antes de conocerme, Huey Newton había preconizado la alianza de los Panthers con los diferentes grupos oprimidos por la sociedad americana, entre ellos los homosexuales del Gay Liberation Front. Los Panthers se han sacado de encima ese puritanismo cargante, de esencia cristiana, que los países socialistas han copiado de la burguesía.

L.—El comportamiento humano de los Panthers difiere, según usted, de los grupos políticos radicales de los países europeos. ¿Podría usted explicarnos de qué manera?

J.G.—Las diferencias son enormes. Existe entre los Panthers una espontaneidad, una libertad moral e intelectual, un sentido del humor que jamás he encontrado en Europa. Yo creo que ello se debe a que han barrido todos los residuos de cristianismo que siguen infectando los grupos revolucionarios europeos. Si el F.B.I. no me hubiera citado a comparecer por entrada ilegal en los U.S.A., con objeto de expulsarme del país, todavía estaría con ellos.

L.—Los movimientos feministas americanos acusan a los hombres de male chauvinism (chauvi-

nismo viril) ¿Cree usted que esta acusación podría extenderse a los Panthers?

J.G.—Honestamente, no. Si algunos movimientos negros siguen tratando a las mujeres como seres de segunda clase, ello no sucede con los Panthers. Tal vez había algo de eso en el grupo de Cleaver, pero en los últimos tiempos todos los vestigios del liderazgo clásico han sido eliminados. La evolución de Jackson, a lo largo de sus cartas, es sumamente significativa. Las mujeres participan activamente en el movimiento y educan a los niños en los ideales revolucionarios de los Panthers—en lugar de confiar su educación a sus enemigos mortales, los racistas norteamericanos, con su panoplia de dioses blancos, vírgenes blancas, santos blancos, principios blancos... Una de las características más positivas de los Panthers es la ausencia de líderes carismáticos, esa plaga que echa a perder tantos movimientos revolucionarios.

L.—¿Qué pensadores han influido en su ideología?

J.G.—Malcom X, Frantz Fanon, William Du Bois, Frederic Douglas... Gracias a ellos han podido comprender el desarraigo y pérdida de identidad de la nación negra americana, el hecho que el *Establishment* les hubiese cortado sus raíces, impuesto su lengua y sus nombres y apellidos y unas formas de vida alienadoras encaminadas a asegurar la supremacía blanca, occidental y cristiana... También leen a Marx, Lenin, Ho Chi Minh, Che Guevara, Giap. Los países con quienes mayor afinidad política sienten son el Vietnam y los regímenes progresistas africanos y árabes. Por ejemplo, sus relaciones con los palestinos son muy intensas. Al comienzo también les atraía mucho Cuba, pero ahora no, a causa de la influencia soviética.

L.—¿Cuál es el objetivo fundamental de los Panthers?

J.G.—Ante todo, luchan contra el racismo blanco norteamericano al tiempo que crean su propia cultura, una cultura libre de todo vestigio de esclavismo y «tio tomismo». Y como ello no es posible bajo el gobierno de los Nixon, Reagan y Hoover, se proponen transformar el país, con la ayuda de los demás movimientos radicales, en una sociedad socialista multirracial.

L.—A comienzos de 1971 pasó usted varios meses en Jordania con las guerrillas de Al Fataj y escribió luego algunos artículos sobre ellas. ¿Existe en su opinión vínculo o parecido entre los dos movimientos?

J.G.—Los Panthers y Al Fataj representan a dos naciones expoliadas, despojadas por el imperialismo de su propia identidad. En los miembros de uno y otro grupo he hallado la misma generosidad, el mismo espíritu de sacrificio, la misma ausencia de egocentrismo. La diferencia está en que mientras unos se baten en las montañas, con un armamento semipesado y tienen libertad de movimiento en las zonas que controlan, los Panthers actúan en la jungla de las ciudades, hostigados siempre por la policía racista estadounidense. Ello explica la tensión a la que se hallan sometidos, una mayor crispación nerviosa.

L.—En lugar de militar por los Panthers y los palestinos, ¿por qué no milita usted en el seno de los movimientos gauchistas o en el partido comunista francés?

J.G.—Por una razón muy simple. Porque ningún partido o grupo me lo ha pedido. Tal vez la imagen del ladrón y homosexual les lleva a tomar sus distancias respecto a un hombre como yo. Como dije antes, ni con los Panthers ni los palestinos ello ha sido un problema. Quizás han reconocido en mí a un *dammé de la terre* y ello ha reforzado, al contrario, nuestros lazos de solidaridad. Por otra parte, puedo decir que me siento mucho más próximo de Jackson muerto que de un francés muerto. Nunca me he sentido patriota francés. Francia es para mí un país como los demás. El patriotismo no es más que chovinismo y, a fin de cuentas, racismo. Y yo me siento mucho más cerca de los palestinos o de los Panthers que de los franceses. Cuando escribo en francés, tropiezo con la misma dificultad con que tropezaba Jackson al emplear la lengua inglesa: servirse de un idioma, unas palabras, una sintaxis que son del enemigo. Desde que comencé a escribir he escrito siempre contra mi propio país. Si pudiera, despojaría a los franceses de todo aquello de que se enorgullecen: Juana de Arco, Descartes, Luis XIV, etc. Me gustaría probar que Juana de Arco fue inglesa, Descartes alemán, etc. Por lo demás, ya sea con los Panthers, en Palestina o en Francia, el enemigo con quien tropiezo es siempre el mismo.

L.—¿El imperialismo?

J.G.—Sí, y concretamente, el imperialismo norteamericano. Los Estados Unidos son hoy directamente responsables de cuanto ocurre hoy en el

mundo. Milite donde milite, me encuentro siempre frente a armas norteamericanas, mercenarios norteamericanos, argumentos imperialistas y racistas norteamericanos. Mi odio a la sociedad yanqui es tal que, si vomitara, creo que vomitaría las estrellas de su bandera.

L.—¿Cree usted que hay una contradicción entre el *Genet de la leyenda sartriana*, el del autor teatral y el militante político de hoy?

J.G.—A primera vista puede parecer así, pero si reflexiono creo que hay una continuidad latente a lo largo de mi vida. Mi infancia en un orfanato del Estado y en los reformatorios para delincuentes jóvenes me predestinaba quizá a comprender el problema de los pueblos desarraigados como el palestino y el pueblo negro de Estados Unidos. Tampoco es una casualidad si escribí hace doce o trece años dos obras como *Los Negros* y *Los biombos* en donde planteaba la necesidad de una lucha revolucionaria de los negros y los argelinos. En cierto modo, mi militancia actual se inscribe en la lógica de las cosas.

L.—Después de la muerte brutal de Jackson, ¿qué se propone usted hacer?

J.G.—Hay que luchar ante todo para que Angela Davis y los dos co-acusados de Jackson no corran la misma suerte que éste. Angela, como Newton, como Seale y otros, corre un peligro gravísimo y es preciso movilizar a la opinión pública para impedir un nuevo crimen. En lo que concierne a Jackson, estoy seguro de que su muerte contribuirá al advenimiento de centenares, de miles de nuevos Jackson, determinados a luchar y morir por la causa del pueblo negro.

L.—¿Cómo ve usted el futuro del movimiento revolucionario negro norteamericano?

J.G.—Pese a la represión implacable de los racistas, los Panthers han logrado ya victorias enormes. Por de pronto, los jóvenes negros de Estados Unidos se sienten orgullosos de ser negros y se imponen a los blancos como tales. Se acabó la época en que empleaban cosméticos y se desrizaban el pelo. Ahora lo dejan suelto, provocadoramente, como esas maravillosas infantas que pintaba Velázquez, únicamente para hacerse ver, para mostrar que existen y son diferentes. Cuando un pueblo toma conciencia de su identidad y afirma sus propios valores, no puede ser vencido jamás.

Carlos Fuentes La Disyuntiva Mexicana

Los sucesos de 1968 significaron para México una crisis de crecimiento, de transformación y de conciencia sólo comparable a las que los manuales de historia y los monumentos públicos consagran como etapas definitivas de nuestra existencia nacional: Independencia, Reforma y Revolución. Todo lo que nuestro país es, concurrió, tácita o expresamente, a que el movimiento de 1968 fuese lo que fue. El malestar esquizoide de un país social y culturalmente dividido en dos, en el que el mundo industrial y urbano explota con múltiples formas de colonialismo interno al mundo campesino e indígena. El malestar económico de un país donde, sesenta años después de una revolución librada en nombre de la justicia social, ésta yace sepultada bajo las exigencias de un desarrollismo que concentra la riqueza en manos de una minoría. El malestar social de una colectividad dividida en clases con intereses opuestos pero en la que éstos no pueden manifestarse, pues en México oficialmente, no hay lucha, antagonismos o diversidades, sino «*unidad nacional*» en torno a los poderes de la Revolución Institucional. El malestar político, en fin y sobre todo, de un país mayoritariamente privado de cauces para la acción y la expresión públicas.

Es natural y explicable que los jóvenes protagonizaran la revuelta de 1968, en nombre propio y en nombre de la colectividad. En un país con uno de los incrementos demográficos más altos del mundo —3,5% anual— los menores de treinta años constituyen hoy la mitad de una población de cincuenta millones de habitantes; esto significa que veinticinco millones de mexicanos nacieron después de 1940, fecha en la que termina el proceso dinámico de la revolución mexicana; significa que veinticinco millones de mexicanos han sido testigos, no de la gesta armada, no de las grandes reivindicaciones y transformaciones ocurridas entre el signo de Emiliano Zapata y el de Lázaro Cárdenas, y que se basaron en la doble expectativa de una democracia activa y una justicia social como guías del desarrollo económico, sino de una política de simple desarrollo cuantitativo sin verdadero progreso político o social. La justificación original de la «*unidad nacional*» ya no es válida para los jóvenes; ellos no han sido testigos de una nación acosada por la reacción interna de los porfiristas expropiados y de los «*cristeros*» que desorejaban maestros rurales; todo lo contrario: asistieron al paulatino abandono de los principios agraristas y a la integración de nuevos latifundios al amparo

de las contrarreformas introducidas por el presidente Alemán a partir de 1946; ellos no han sido testigos de una nación acosada por las amenazas de intervención norteamericana para proteger las inversiones extranjeras y de las campañas de la prensa internacional contra un México sentado por el secretario de Estado Kellogg en el banquillo de los acusados; todo lo contrario: asistieron a la penetración gigantesca del capital norteamericano en México, a la amigable asociación y la absorción y dominio por los capitales norteamericanos de los capitales locales; ellos no conocieron las luchas políticas que, aún durante los regimenes de hombres tan «*fuertes*» como Obregón, Calles y Cárdenas, se desarrollaron con libertad de prensa y sin menoscabo del valor civil representado por hombres como Luis Cabrera y Aurelio Manrique; todo lo contrario: conocieron una prensa que para ellos es inseparable del adjetivo «*vendida*» y un proceso de corrupción generalizada, de silencio cómplice y de conciencias compradas a bajo precio; ellos no supieron de los enfrentamientos armados entre facciones que luchaban a morir pero abiertamente, sino de la supresión violenta, callada y sin explicaciones de los opositores obreros y campesinos. Ellos sólo conocieron todos los engaños y toda la mediocridad de las últimas tres décadas. Ellos sólo conocieron el desarrollo económico sin libertad política y sin justicia social.

Y si la forma política de México es la pirámide del Partido Revolucionario Institucional, con el presidente de la República en la cima y los sectores burocrático, obrero y campesino en escalones descendientes hacia la base, y la forma económica otra pirámide vecina con la oligarquía de industriales, comerciantes, banqueros y latifundistas en la cúspide y la masa campesina en la base, la forma social y cultural del país es un río, un flujo que corroe a las pirámides, embate contra ellas e intenta convertir la piedra en agua. El río contra la pirámide. El agua contra la piedra. Los jóvenes son, si no el cauce de esa corriente, sí la cresta de sus olas. La condición fugaz de la juventud les aboca a la impaciencia y al dinamismo; la condición privilegiada de estudiantes les permite pensar y actuar con intención totalizante, superando el dualismo estéril de su clase media de origen para conjugarlo y conectarlo todo: amor, cultura, política, economía, sociedad. Ven lo que no quieren; quieren lo que no ven. Conocen todos los engaños del sistema mexicano; rechazan sus

mediatizaciones, las concesiones que exige, las humillaciones que impone a cambio de las eventuales recompensas de tarjetas de crédito, «cuerros», champañiza, week-ends en Acapulco, casa en las Lomas y Mustang en el garage.

Es natural y explicable que estos jóvenes lucharan en la calle. ¿A dónde más podían acudir para hacerse escuchar? ¿Había cámaras legislativas donde auténticos representantes de los sectores sociales diesen voz a las inquietudes de sus representados? ¿Había periódicos que, en vez de proclamar cotidianamente la existencia de un «*milagro económico mexicano*», articulasen la crítica de los ciudadanos? ¿Había partidos políticos de oposición capaces de encauzar la suma de males que hemos indicado? ¿Podían existir esos partidos, si el poder público los condenaba de hecho a dos destinos: la mediatización con subsidios y curules, o la represión con mordaza y cárcel? Le bastaba a un joven mexicano, en 1968, haber nacido en 1948, para saber que no tenía, en cuanto ciudadano, a dónde acudir sino a la calle. Y un obrero, ¿podía acudir a los sindicatos blancos, a una C.T.M. de líderes más interesados en participar en los grandes negocios de los patrones que en defender los derechos de los agremiados? Y un campesino, ¿podía acudir a una C.N.C. o a un Departamento Agrario ciegos y sordos para todo lo que no sea la protección de los nuevos latifundios que acaparan el 75 % de las tierras y el 64 % del capital agrícola?

Los estudiantes decidieron ganar la calle, una calle que jamás pisan los dueños del poder en México, pero a la que envían, en su representación, a la policía, al cuerpo de granaderos, al ejército y a los grupos de choque paramilitares. Los jóvenes salieron a la calle para manifestar un hecho político; el más urgente, el más candente, el más claro y justificable. Salieron a decir que se oponían a los vicios del sistema imperante en México; que querían participar, en la creación de un país mejor; y que carecían de medios democráticos para hacerse escuchar.

La represión.

El sistema, inmediatamente, se encargó de darles la razón. Los medios de información se entregaron a su tarea favorita: la propalación de la mentira y la protección de un inmovilismo político que

disfraza una voraz movilidad mercantilista. La cámara de diputados se caracterizó hasta la náusea por su servilismo: queden los nombres de dos solones de pacotilla escritos con letras de lodo en los anales, tan abundantes, de la cortesanía política mexicana: Luis Farías y Octavio Hernández, marionetas con las que el gobierno pretendió dar un cariz leguleyo primero a la violación de la autonomía universitaria y luego a una represión sólo comparable a la de otro Díaz, Porfirio, en Cananea y Río Blanco. La Confederación de Trabajadores de México, a través de su senil capataz, Fidel Velázquez, amenazó con lanzar brigadas de choque contra el estudiantado. Y de principio a fin, del *bazukazo* contra la puerta de la Preparatoria el 30 de julio a la matanza del 2 de octubre en la plaza de las Tres Culturas, el gobierno no tuvo respuestas políticas para un problema político. No podía tenerlas; primero, por la naturaleza personal del presidente; segundo, por la naturaleza objetiva del sistema.

Surgido de los bajos fondos del cacicazgo ávilacachista en Puebla, acostumbrado a ascender cubriendo los crímenes de sangre y dinero de la plutocracia poblana, aprovechando las infinitas posibilidades de lacayismo que ofrece la política versallesca y confidencial creada por el P.R.I., escogido para la presidencia por discutibles méritos de servicial amistad hacia su predecesor López Mateos, casi por un capricho de éste, sin auténtica consulta con la ciudadanía en general o con los miembros del P.R.I. en particular, merced a un simple dictado por el que el rey en turno premia al más atento de sus cortesanos, el que arrima las sillas y finge entusiasmo por el box y las carreras de automóviles, y embriagado, una vez en el poder, por las posibilidades del lujo y la riqueza y el capricho sin sanción y la venganza impune contra todos los años de mediocridad, humillación, lambisconería, humilde casita de un piso en la villa de Guadalupe y dietas de chilaquiles y tacos de nenepele: menos culpable es el hombre que así cumplió sus ambiciones, menos el clima político que lo auspició, que todos nosotros, los ciudadanos que lo toleramos. Gustavo Díaz Ordás no podía responder ni con generosidad ni con comprensión ni con inteligencia al desafío de una juventud que ponía en entredicho el estado de cosas que permitió que llegara a la presidencia de la República un hombre apenas capaz de ejercer la presidencia municipal de San Andrés Chalchicomula.

¿Y podía responder con inteligencia y generosidad un sistema adormecido por treinta años de autoelogio, monolitismo, monólogo consigo mismo y remachados mitos de auto-engaño: unidad nacional, equilibrio político, milagro económico? A los ojos de este sistema, despertado de su dulce sueño como un Rip Van Winkle por la acción estudiantil, los jóvenes sólo podían ser alborotadores sin conciencia o agitadores con sueldo. ¿Quiénes más podrían atreverse a dudar de la bondad y perfección de un estado de cosas consagrado por la más pertinaz de las autocongratulaciones?

La conjunción de ese presidente y ese sistema sólo podía tener una respuesta: la represión, la más masiva, cruel y despiadada, represión física, moral, cultural, económica, política, humana, porque se desató contra las vidas de niños, jóvenes, mujeres y hasta simples espectadores de los acontecimientos; porque cuando no mató, humilló; porque sus blancos fueron no sólo la vida y la dignidad de millares de jóvenes que por vez primera afirmaban su ser humano, sino contra toda muestra de independencia y de inteligencia en nuestro país; porque sus víctimas no sólo fueron los muchachos asesinados, sino la propia legalidad que, hipócritamente, invocaba el presidente desde la tribuna del congreso mientras toda su política concreta la negaba: violando la autonomía del recinto universitario; cateando casas, controlando llamadas telefónicas, revisando bibliotecas privadas, ordenando arrestos ilegales de estudiantes e intelectuales, acarreado burócratas a manifestaciones prefabricadas, amenazando y cesando a oficinistas que no se plegaran a la sumisión borreguil, desatando campañas de calumnias y terrorismo contra escritores independientes, infiltrando provocadores en el movimiento estudiantil, espionando y delatando las actividades de todo ciudadano capaz de opinar sobre los acontecimientos, disfrazando de estudiantes a grupos de choque para destruir vitrinas y luego culpar a los universitarios y politécnicos, quebrantando todas las disposiciones vigentes sobre la detención preventiva y el procedimiento y el lumpenproletariado de la ciudad, ametrallando penal, montando un aparato de represión y provocación con elementos reclutados entre el hampa instituciones de cultura como El Colegio de México, autorizando dispendios para adquirir tanques, armas y disfraces para las fuerzas «*antimotines*» debidamente revisadas en parada por el entonces alcalde Corona del Rosal como si el país se preparase para resistir a una invasión extran-

jera, comprando a periodistas eternamente comprables y sobornando a «*filósofos*» cuya verdadera vocación es ser tapetes donde los poderosos se limpian los pies, acosando y privando de medios de vida a abogados defensores de la clase obrera; y asesinando, asesinando en una noche de brumas y ráfagas a niños de las secundarias, a muchachas, a hermanos, a novios, a jóvenes mexicanos que se atrevían a levantar la cabeza; asesinando no sólo todos los derechos constitucionales de manifestación y expresión, sino el máximo derecho a la vida, al ser; y asesinando con el engaño, copando, desde las sombras, cerrando las puertas de todos los refugios cercanos, civiles y eclesiásticos; y amenazando a los deudos de los jóvenes con más de un muerto en la familia si chistaban; y aplicando toques eléctricos en los sexos de las muchachas y pasando navajas sobre los miembros de los muchachos en los separos de la policía; y fingiendo fusilamientos con cartuchos de salva a los jóvenes capturados y conducidos al paredón con los ojos vendados esa madrugada, la madrugada del segundo Tlatelolco, allí mismo donde Pedro de Alvarado y sus huestes, ayer y hoy, «*acuchillan, alancean a la gente y le dan tajos, con las espadas los hieren; a otros les desgarran la cabeza; hechos grietas, desgarrados quedaron los cuerpos*».

«*No se alarmen; piensen que treinta muertitos en México son como un muertito en Francia*», declaró esa noche un portavoz del gobierno de México a los corresponsales extranjeros reunidos para reseñar, puesto que «*todo es posible en la paz*», la otra cara de la guerra florida, la Olimpiada de México. Pero más de treinta cadáveres yacían esa noche en las morgues improvisadas de hospitales, cuarteles y campamentos. ¿Cien, doscientos? La aritmética de la muerte no es lo mismo que el álgebra del crimen: bastaba uno, un muerto, un joven mexicano asesinado por el delito de pensar, aspirar, reír, luchar, criticar, vivir. Un médico amigo mío calculó que había quinientos cadáveres en la morgue donde fue a buscar a su hijo. Al encontrar su cuerpo perforado por las balas disparadas por la mano tendida de Díaz Ordás, pidió permiso para llevárselo y darle sepultura.

«*De aquí no sale un solo cadáver*» le contestó el oficial encargado del lugar; y añadió: «*Mañana muy tempranito serán incinerados todos. No va a haber un montón de cortejos fúnebres en los panteones.*»

« *La sangre... cual si fuera agua corría; como agua que se ha encharcado, y el hedor de la sangre se alzaba al aire, y de las entrañas que parecían arrastrarse.* » Sangre y zapatos regados en la plaza de Tlatelolco; cadáveres al pie de las pirámides aztecas de Tlatelolco; cadáveres amontonados ante la puerta de la iglesia que no se abrió porque el Arzobispo de México atendió la orden oficial: que no se dé refugio a las víctimas. Por lo menos, cuando Alvarado mató a los cantantes y a los danzantes en la fiesta de Tóxcatl, muchos pudieron refugiarse en los templos. Esta vez no; y el Arzobispo fue recompensado, en una de tantas ocasiones que regresó de Roma, con una manifestación pública en el Zócalo, violando las disposiciones legales que rigen el culto externo en México. Rascacielos perforados por las balas del ejército; y las fieras uniformadas entraron a los apartamentos de Tlatelolco y allí se ensañaron, persiguieron, arrestaron, mataron. No hubo refugio alguno contra el crimen. La orden, implacable, vindicativa, volvía a ser: « *Mátalos en caliente.* » Y luego, al día siguiente, « *Los empleados/Municipales lavan la sangre/en la plaza de los Sacrificios* », escribió Octavio Paz.

Claman los poetas de ayer y de hoy; lloran, sin poder hacer nada, los padres, las madres, los hermanos, las novias. Qué importa. El asesino dijo que llegaría hasta donde tuviera que llegar; llegó. El asesino se retira a una mansión que le costó al país más de cuarenta millones de pesos, con aparatos filtradores de aire contra el smog (¿ y el vaho de la sangre derramada? ¿ y el humo de los disparos? ¿ y la niebla de los gases lacrimógenos?), con sala de cine privada, con bañera de oro puro y muros de mármol sin vetas, como espejos. Para admirarse mejor. « *Todo es posible en la paz.* »

Javier Barros Sierra.

Los acontecimientos de 1968 descubrieron lo peor y lo mejor de México. La sucia sábana de indiferencia, despolitización y chistes que nos cubría a todos fue rasgada; salimos al aire. De un lado, la mediocridad y la vesania de un presidente y su corte de diputados, ministros, generales y regentes. Del otro, un rector y un estudiantado. Javier Barros Sierra heredó la rectoría de la Universidad cuando su predecesor, el ilustre doctor Ignacio

Chávez, fue atacado y vejado por pandilleros a sueldo de funcionarios públicos interesados en apartar a la Universidad de sus tareas educativas, morales, críticas y libertarias para convertirla en una fábrica de profesionistas dóciles e inconcientes, inócuos servidores del sistema. Se trataba de un método de eliminación caro al presidente, un método propio del caciquismo provinciano: tender trampas, presionar, humillar a quienes, como el alcalde Uruchurtu, sumaban excesivos poderes personales, o, como el presidente del P.R.I. Madrazo, intentaban una mínima democratización del pesado y monolítico aparato político del estado. Pero en el rector Barros Sierra encontró el presidente Días Ordás la horma de su zapato. Desde el principio de su gestión, el nuevo rector propició un clima de diálogo y libertad, de confianza y razón, de autocrítica y de relación responsable entre las autoridades universitarias y el estudiantado. Para Barros Sierra, la Universidad era el proyecto piloto de nuestro futuro: el microcosmos de una convivencia mexicana libre de cohecho, presión, violencia y mentira, un centro de debate razonado, de honestidad en todos los órdenes, de legalidad estricta, no sujeta a caprichos personales. Los valores de la comunidad universitaria, de esta manera, contrastaban radicalmente con los vicios de la comunidad nacional. Al estallar el conflicto estudiantil de 1968, Barros Sierra pudo comprender la justicia humana y política del movimiento de los jóvenes sin deformar o alentar indebidamente una acción autónoma y propia de los estudiantes, pero también sin condonar los excesos naturales de una acción naciente, que significaba la crítica original de un sistema desacomtumbrado al desacato, sino encauzándola, dentro de sus atributos de rector, por vías pacíficas y legales. La violencia fue siempre obra del aparato represivo: la policía, los granaderos, el ejército, los hampones disfrazados de estudiantes por el gobierno para cometer desmanes y fomentar el recelo y la impopularidad entre la población. Los estudiantes marcharon y manifestaron siempre en perfecto orden y en número hasta de quinientos mil, encabezados una vez por Barros Sierra entre las bocas de las ametralladoras y otra vez, en silencio, con esparadrapos sobre los labios, para significar, con humor crítico su condición de ciudadanos amordazados. Sólo se defendieron al ser atacados. Fue este orden, expresión de una profunda conciencia cívica, lo que más alarmó e irritó al gobierno: el rector y los estudiantes estaban ejerciendo, pací-

ficamente, derechos cívicos consagrados por la Constitución. El gobierno no encontraba resquicio para acusar legalmente a la comunidad universitaria. Fue el propio gobierno, entonces, el que acudió a la provocación, a la represión y a las más ruines maniobras políticas; invadió con tanques la Ciudad Universitaria y trató de llevar a la hoguera al rector Barros Sierra, lanzándole desde la cámara de diputados a los oradores más serviles, a los tinterillos envueltos en togas harapientas, a los locutores de radio que del elogio de un detergente pretendieron pasar al vituperio de un rector. Acusando a la Universidad de « *agitación* », era el gobierno el que verdaderamente se entregaba a una agitación con todos los medios a su alcance: P.R.I., C.T.M., senadores, diputados, grupos de choque, medios de información, « *plataformas de profesionales* », incluso oficinistas acarreados al zócalo y que imitando el balido de los borregos, se rebelaron contra su situación. Barros Sierra presentó su renuncia con palabras que no deben ser olvidadas: « *Estoy siendo objeto de toda una campaña de ataques personales, de calumnias, de injurias y de difamación. Es bien cierto que hasta hoy proceden de gentes menores, sin autoridad moral; pero en México todos sabemos a qué dictados obedecen.* » ¿Cuál era el crimen de Javier Barros Sierra? Él de creer que « *los problemas de los jóvenes sólo pueden resolverse por la vía de la educación, jamás por la fuerza, la violencia o la corrupción.* ».

Días Ordás pensaba exactamente lo contrario, y lo demostró. La represión oficial fue una victoria pírrica: gracias al terror, pudieron celebrarse unos juegos olímpicos dispendiosos y el gobierno pareció convertirse, de nuevo, en dueño de la situación. Pero al mismo tiempo, el sistema se arruinó a sí mismo: primero, demostró que carecía de respuestas políticas a un problema político; segundo, demostró la fragilidad de las justificaciones de su poder: la paz social y el equilibrio político, instantáneamente rotos por un movimiento juvenil que expresaba todo lo no dicho por sectores más vastos de la población; tercero, demostró que la estabilidad, lejos de sostenerse por sus propios méritos, requería el apoyo eficaz de las fuerzas represivas; cuarto, demostró que, lejos de constituir un caso excepcional y aislado de estabilidad en la América Latina convulsa, México estaba abierto a todas las luchas y contradicciones de nuestros hermanos; quinto, demostró que el ejército mexicano, en un momento dado, podía des-

pertar de una modorra procurada mediante grandes contratos y negocios a sus jefes e intervenir en la vida política a fin de preservar por la fuerza lo que la autoridad civil no podía conseguir con ineficaces actos políticos; sexto, demostró que México no estaba exento del peligro de un *gorilato* como los que se han impuesto en Brasil y Argentina y que la burguesía mexicana, cuyo único interés es hacer buenos negocios, no se opondría a la dictadura militar si en ella viese una protección superior a la del sistema continuista del P.R.I. Y en séptimo, aunque despertar de las fuerzas cívicas de México. Esto fue notorio en todos los sectores de nuestra vida. Ante todo, en la Universidad. La gestión democrática de Barrios Sierra rindió múltiples frutos. La Junta de Gobierno se negó a aceptar la renuncia del rector; apoyado por maestros y alumnos, Barros Sierra pudo salvar a la Universidad, preservar sus valores y sus fines y reforzarla contra el ataque que hubiese querido convertirla en guarida de gangsters y manada de borregos. El esfuerzo le costó la vida; en el momento de escribir estas líneas, pocos días después de la muerte de Javier Barros Sierra, sólo puedo decir que fue uno de los verdaderos grandes hombres del México contemporáneo y que nuestra deuda hacia él es tan impagable como la existencia misma que le debemos, pero tan pagable como el esfuerzo y la vigilancia que en su nombre ejercemos para defender y acrecentar los derechos democráticos en México.

El país despierta.

Pero si Barros Sierra y la Universidad fueron el ejemplo más claro de una decisión de afirmar los valores de un México renovado y de resistir las presiones de todos los vicios de un México caduco, las pruebas de que en nuestro país múltiples fuerzas sociales, políticas y culturales habían hecho su aparición fueron tan importantes como la lección central que ofrecieron: el aparato político mexicano, creado por Galles en 1929 para procurar la unidad nacional ante la reacción interna y la presión internacional, someter las ambiciones de las facciones militares y jerarquizar las demandas campesinas y obreras, supeditándolas a la meta del desarrollo económico, había degenerado en una estática maquinaria burocrática y electoral, pre-

servadora de los intereses creados e incapaz de dar cabida al pensamiento o a la acción de los mexicanos de 1968. Se consumó el divorcio entre la forma y la materia, entre el esquema y la vida, entre la inercia y la dinámica de nuestra realidad política y social. El movimiento de 1968 significó también un asalto juvenil contra las seculares fortalezas del paternalismo, de la divinización del presidente, de la abyección seudoreligiosa ante el jefe. Fue, en el caso del encuentro y colaboración entre estudiantes y campesinos en la población de Topilejo, una demostración de la posibilidad de colmar el abismo entre los dos Méxicos y establecer formas positivas de cooperación social y política para alcanzar objetivos concretos : la acción combinada de estudiantes y ciudadanos de la localidad obligó a una empresa de transportes responsable de un accidente a pagar las indemnizaciones que antes se había negado a proporcionar y a cambiar las unidades de transporte ; las propias autoridades aceptaron la exigencia de reparar el camino a Topilejo. Insisto en este hecho importantísimo : la izquierda democrática sólo puede tener éxito en México si se propone objetivos modestos pero concretos y continuados y que entrañen un acercamiento de los grupos democráticos de las ciudades—estudiantes, profesores, intelectuales, profesionistas—al mundo explotado e indefenso del campo y de las barriadas. Un marxismo mal digerido nos mantiene, con demasiada frecuencia, aprisionados en los esquemas abstractos o en la simple y apática expectativa de la catástrofe venidera, fatal y espontánea. El movimiento de 1968 también significó una saludable división de la clase intelectual del país. A partir de 1920, muchísimos intelectuales mexicanos prestaron sus servicios a un estado revolucionario y renovador : José Vasconcelos, Narciso Bassols, Alfonso Reyes, Enrique González Martínez, Genaro Estrada, Jaime Torres Bodet. A medida que las contradicciones entre las palabras revolucionarias y las acciones conservadoras se ahondaron, nuevas generaciones de intelectuales racionalizaron su colaboración con el poder, explicando que podían hacer más desde adentro que desde afuera y que, si abandonaban sus puestos, podrían ocuparlos funcionarios derechistas. Al mismo tiempo, como he explicado en páginas anteriores, se elaboraba entre los más jóvenes una cultura crítica en que las falsas disyuntivas de un sociologismo primario entre arte puro y arte comprometido, se disolvían en la unidad inseparable de

creación y crítica. A los nombres que antes cité, deben añadirse los que en los sesentas afirmaron su capacidad creadora : Gustavo Sáinz, Salvador Elizondo, Juan Manuel Torres, Héctor Manjarrez, Ulises Carrión, Gerardo de la Torre, Jorge Aguilar Mora, Ricardo Garibay, Jorge Ibarguengoitia, Manuel Echeverría y Parménides García Saldaña en la narrativa ; Elena Poniatowska, María Luisa Mendoza y Carlos Monsiváis en un periodismo superior, crónica del tiempo pero también ejercicio de la imaginación ; Jorge Fons, Luis Alcoriza, Sergio Olhovich, Salomón Laiter, Alberto Isaac, José Bolaños, Arturo Ripstein, Felipe Cazal, Gonzalo Martínez, José Estrada y Alfonso Arau en el cine ; José Carlos Becerra, Gerardo Deniz y Eduardo Lizalde en la poesía ; Vicente Leñero en el teatro y José Castillo en la dirección escénica ; Nieto, Coen, Friedeberg, Toledo y Helen Escobedo en las artes plásticas ; así como la continuada y brillante actividad de Fernando Benítez en la literatura social, de José Luis Cuevas en el arte, de Gastón García Cantú, Francisco Martínez de la Vega, José Alvarado y Daniel Cosío Villegas en el periodismo político, de Marco Antonio Montes de Oca y Tomás Segovia en la poesía, de Ramón Xirau y Luis Villoro en el ensayo, de José Emilio Pacheco en la novela, la crítica y la poesía, de Octavio Paz en la poesía y el ensayo. Obras tan disímolas como *Farabeuf* de Elizondo y *Gazapo* de Sainz y la película *Tú, yo, nosotros* del trío de directores Martínez-Torres-Fons, el *Homenaje a Quevedo* de Cuevas, los *Días de guardar* de Monsiváis y los poemas de *El tigre en la casa* de Lizalde dieron fe, a un tiempo, de la diversidad imaginativa de sus autores y de la pluralidad cultural de nuestro país ; fueron, sin proponérselo a veces y a veces intencionadamente, cargos vitales en contra del monolitismo retórico del poder. Mayoritariamente, estos intelectuales apoyaron al movimiento de 1968 como ciudadanos, porque en él vieron la promesa de un país más libre ; como creadores, además, defendían a la cultura contra la amenaza de un fascismo oficial que, inevitablemente, trataría de sofocar la crítica y uniformizar el pensamiento. Como artistas, sabían que el lenguaje es una renovada fundación del ser, una radiación constante de la conciencia, una exploración de las posibilidades humanas concretas y por ello un proyecto de lo desconocido : la represión negaba esto, concebía el lenguaje como petrificación, monólogo y obediencia ; como sumisión, retórica y coro adulatorio.

La ruptura más clara y digna de la inteligencia con el poder represivo la protagonizó Octavio Paz al renunciar al cargo de embajador de México en la India a raíz de la matanza de Tlatelolco. La naturaleza de la represión contra quienes se atrevían a soldar inteligencia y acción la comprobaron en carne viva, al ser privados de la libertad, José Revueltas, Heberto Castillo, Eli de Gortari y los jóvenes dirigentes estudiantiles : Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca, Luis González de Alba, Gilberto Guevara Niebla. La melancólica función de coros operísticos de un poder ensañado en contra de la independencia intelectual la cumplieron *La Traviata* (Salvador Novo, soprano) y *Rigoletto* (Martín Luis Guzmán, bajo), para no hablar de los mohinos periodistas, los filósofos con clasificación zoológica de urangután y mentalidad de chimpancé, los columnistas que a la importancia de llamarse Ernesto añadían la triste vocación de tesar, que como su nombre lo indica, quiere decir echar atrás los bueyes uncidos : autores de *mondritos*, delatores, simples comparsas de una sangrienta versión de *La hija del regimiento*.

La herencia de Díaz Ordás.

El país estaba despierto ; el sistema, arruinado. Para enfrentarse a esta situación, Díaz Ordás acudió a una doble táctica. El cloroformo tradicional ya no servía ; impulsado por un odio ciego a la inteligencia, a la independencia y a la juventud, el presidente se valió del crimen y el terror : la noche de Tlatelolco tuvo lugar el mismo día en que el rector Barros Sierra había logrado que las comisiones estudiantiles establecieran un diálogo con los representantes del gobierno, Jorge de la Vega Domínguez y Andrés Caso ; los jóvenes habían acudido a la plaza de las Tres Culturas con ánimo pacífico y con la decisión de manifestar su apoyo a los representantes del estudiantado. Habría diálogo, sí, pero con una juventud libre y fuerte que se manifestaba unida, no con pupilos y borregos. El presidente mandó cercar la plaza con tanques, apostó tiradores en las azoteas de los edificios, envió al batallón Olimpia a ocuparse desde antes de la manifestación varios pisos del edificio Chihuahua, para fingir un tiroteo entre facciones estudiantiles y hacer creer en una « autoagresión juvenil », dispersó provocadores y policías ves-

tidos de civil y distinguidos por un guante blanco entre los manifestantes, hizo que un helicóptero sobrevolara la plaza para dar la señal del inicio del fuego indiscriminado, engañó a los jóvenes, a sus líderes y a sus propios colaboradores. Cometió el crimen más terrible de la historia moderna de México, porque no sólo mató los cuerpos de los jóvenes, sino que quiso matar su espíritu. Convirtió en ocaso el amanecer de una generación de jóvenes mexicanos. La alegría, la confianza, la afirmación, la aspiración, la radiante *presencia* de los cuerpos y las palabras reales, se convirtieron esa noche del 2 de octubre en desesperación, llanto, resentimiento, ira, desaliento, fuga, miedo. El poeta León Felipe, pensando en España, había soñado con ganar la luz. Millares de jóvenes mexicanos habían llenado de luminosidad esta nuestra triste meseta de sangre y sacrificios, de conquistas y explotaciones, de esclavitudes y miedos, de saqueos e invasiones, de voces apagadas y rostros embozados y rumor de pies descalzos, la meseta hollada por tantas botas militares y ruedas de cañón y cruces penitenciales y bailes de polkas y herraduras de caballería yanqui y francesa : Díaz Ordás, en Tlatelolco, quiso devolver a toda una juventud a la fatalidad, a la tristeza, al vicio y a las fragmentaciones de nuestra historia. De hecho, quiso demostrar que cualquier aspiración, cualquier rebeldía contra el sistema, cualquier ejercicio legal y pacífico de los derechos cívicos, recibiría una respuesta inapelable : la muerte. La segunda táctica de Díaz Ordás, a fin de salvar al sistema, y de no verse obligado a entregar el poder al ejército sino de mantener la continuidad del P.R.I., consistió en integrar grupos de choque paramilitares que cumpliesen, dependiendo directamente de las autoridades, las funciones represivas. Contó para ello con la colaboración del alcalde de la ciudad, Corona del Rosal, del presidente del P.R.I., Martínez Domínguez y del procurador de Justicia, Sánchez Vargas, quien condenaba a penas de prisión hasta de treinta años y por todos los delitos imaginables a los estudiantes pero se mostraba ciego, sordo y mudo ante la integración de los cuerpos de represión extralegales. En Italia se llamaron *arditi* y *fasci di combattimento* ; *camisas amarillas* en la Rusia zarista ; *camelots du roi* en la Francia de entrambasguerras ; *cuerpos libres*, *Brigada Erckhardt* y finalmente *camisas pardas* en la Alemania prenatal. En México se llamaron porras, halcones, boinas rojas de Netzaxhualcóyotl : pandillas reclutadas entre

los jóvenes desocupados de las barriadas, lumpens, muchachos con antecedentes penales, pistoleros profesionales, la escoria de una ciudad rodeada por terribles cinturones de miseria y habitada por millares de jóvenes iletrados, sin horizontes, fáciles presas de la corrupción, de la promesa de acción y violencia, de la recompensa del resentimiento mediante un ilusorio acercamiento a los premios de una sociedad cuyos modelos de éxito aparecen cotidianamente en las páginas a colores de fiestas, amores, vacaciones y modas; toma una ametralladora, chavo, y puede que un día tenga esa vieja y ese carrazo. Los Olvidados de Buñuel convertidos en la Guardia de Hierro de Codreanu.

La disyuntiva era clara. Mientras el gobierno saliente de Díaz Ordás abocaba al país a una política de fuerza, represión, y fascismo nativo, el país mismo, objetivamente, revelaba una multitud de fuerzas nuevas que sólo podrían encontrar salida en una democracia mexicana. ¿Represión o democratización? Esta era la disyuntiva nacional a la cual debía enfrentarse el sucesor de Díaz Ordás, Luis Echeverría Álvarez.

La sucesión presidencial

Echeverría era un hombre formado por el sistema y dentro del sistema. Como Alemán, Ruiz Cortines, López Mateos y Díaz Ordás. Pero también como Cárdenas, elegido de dedo por el entonces Jefe máximo de la revolución, Calles, y en apariencia destinado, como sus antecesores Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez, a cumplir las ordenes del poder detrás del trono: « *Aquí vive el presidente; pero el que manda ahí enfrente.* (1) » Como sus antecesores inmediatos, Echeverría ascendió en la jerarquía oficial con la boca bien cerrada. Sin embargo desde que su candidatura fue anunciada de acuerdo con las consabidas reglas del juego priísta y apoyada por la marea de representantes de las « *fuerzas vivas* » que se abren paso a codazos para ofrecer su colaboración incondicional al futuro presidente, fue perceptible un sentimiento

(1) El caso del presidente Emilio Portes Gil merecería capítulo aparte. Este astuto político tamaulipeco, el Mikoyan mexicano, aceptó la premisa del Maximato sólo para encontrarle diarias excepciones y asumir múltiples iniciativas constructivas, entre ellas la concesión del estatuto autónomo de la Universidad, el impulso a la reforma agraria y la liquidación del conflicto « *chistera* ».

de alivio y un póstumo y renovado homenaje a la bandera maderista de la no-reelección: alivio negativo, pues Díaz Ordás abandonaba la presidencia; cualquiera que fuese su sucesor, no podía ser peor y, por simple comparación, saldría ganando.

Pero Echeverría, como Cárdenas, no se limitó a cumplir las formalidades de una campaña electoral ganada de antemano. Su gira electoral en 1960-1970 tuvo dos etapas distintivas. En la primera, efectuada en el centro y al norte de México, es obvio que este funcionario aislado durante seis años en la secretaría de gobernación entró en contacto con una realidad de carencias múltiples, de miseria generalizada, de temor a los poderes nacionales y locales coludidos con los explotadores privados, de crueles aplazamientos y aspiraciones sin cauce. Echeverría pasó por encima de la espesa fila de aduladores, oradores y caciques para preguntar y para oír: las dolencias se dejaron escuchar con voces titubeantes, temerosas, desacostumbradas a que se les prestara atención. En el clima de autoelogio y terrorismo creado por Díaz Ordás, resultaba intolerable escuchar ese cúmulo de quejas. Echeverría empezaba a salirse del juego; empezaba a demostrar cuál sería su opción ante la disyuntiva de democratizar o reprimir. En la Universidad de Morelia, debió aceptar las críticas severas del estudiantado y un homenaje a los caídos en Tlatelolco. Echeverría había ido demasiado lejos, demasiado pronto. Díaz Ordás y su secretario de la Defensa, el general García Barragán, se encolerizaron y seguramente llamaron al orden a Echeverría. La segunda etapa de la gira, hacia el sur, tuvo otro cariz: silencio, defensa del orden establecido, veladas amenazas.

Dados los poderes que suma el Ejecutivo en México, resulta increíble que, casi invariablemente, el presidente en turno escoja para sucederlo al miembro del gabinete que considera más leal hacia su persona, imaginando que en el heredero tendrá un pelele, una vestal o un canchero de pasadas hazañas. Moctezuma jamás abandonaba su palacio; y aunque los Tlatoanis recientes carezcan de albinos y pavorreales, viven igualmente aislados y amurallados por los aduladores. El ejemplo cardenista del contacto vivo con la población de México no fue seguido por sus sucesores. Cada presidente trató de pasarle el manto a un hombre de su confianza. Cárdenas invocó razones objetivas, de orden interno e internacional, para escoger a Avila Camacho y, además, respetó su investidura, actitud congruente y natural en el hombre que

había liquidado el maximato callista. Avila Camacho escogió a Miguel Alemán, hombre de confianza pero con fuerte personalidad propia; hubo amigable continuidad de intereses, pero el presidente era sólo Miguel Alemán. Alemán estuvo a punto de escuchar a las sirenas de la reelección, temió una repetición del asesinato de La Bombilla y pretendió continuarse *de facto* a través de Fernando Casas Alemán; una rebelión dentro del sistema, encabezada por Ramón Beteta, quien pronosticó un estallido nacional si se repetía el caso de don Ignacio Bonilla (alias Flor de Té) llevó a la presidencia a Ruiz Cortines, candidato negociado quien rápidamente cortó amarras con el alemanismo y afirmó su propio poder con la severa fuerza de un dedo índice levantado y rígido. Ruiz Cortines, viejo zorro, no se hizo ilusiones sobre la continuidad de su poder, seleccionó a López Mateos y se retiró a jugar dominó en el café de la parroquia de Veracruz. López Mateos, hombre simpático pero superficial y vanidoso, pasó por alto a candidatos como Barros Sierra y escogió al más ráservicial de sus empleados, Díaz Ordás, quien no tardó en traicionar a su protector y a la familia de su protector. A su vez, finalmente, Díaz Ordás ofreció la presidencia a su secretario de gobernación y hombre de confianza, Luis Echeverría. ¿En qué medida, por otra parte, el sucesor *captura* el poder, aprovechando su puesto en el gabinete para establecer ligas con las fuerzas económicas, políticas, eclesiásticas, y ganarle la carrera a sus colegas? Seguramente, en la medida de su capacidad para hacerlo secretamente, sin ofender la autoridad del presidente en turno: secreto, sorpresa, maniobra « *debajo del agua* »: política mexicana.

Si invoco estas historias borgianas (me refiero a Alejandro, César y Lucrecia B., no a Jorge Luis B.) no es para deprimirme o deprimir al lector, sino para indicar hasta qué grado se integran en nuestro país los poderes objetivos y las idiosincrasias personales de la presidencia de la República. Este personalismo ensombrece nuestra vida ciudadana y nos conduce a la inerte expectativa sexenal de que a un presidente « *malo* » suceda, con fortuna, un presidente « *bueno* » y a que, después de treinta años de mediocridad—un general bonachón y nepotista, un licenciado ratero, un viejito lángara, un simpático corredor de coches y un lamentable asesino— se repita la grandeza de un Cárdenas.

Sin embargo, la encrucijada en que México se encuentra exige, dentro de nuevas circunstancias,

una dirección pública de grandeza comparable a la que Cárdenas, le dio al país. La paradoja es que las nuevas fuerzas sociales nacidas gracias a la original política de la revolución mexicana—educación, salubridad, reforma agraria, industrialización, nacionalización de recursos básicos—carecen, dentro del sistema político creado por la propia revolución mexicana, de recursos reales para la expresión pública o la lucha económica. Una es la forma inerte del sistema político; otra, la materia viva de la realidad social. La oposición entre una y otra es la que origina la disyuntiva: ¿democracia o represión? Los acontecimientos de 1968 demostraron que México había llegado al punto en que mantener incambiado el sistema de los pasados treinta años requería el uso oficial de la fuerza. Desplomado el consenso, se acudía a las bayonetas.

Echeverría pudo haber escogido, sin más, el camino seguido por su predecesor. Conservadoramente, pudo calcular que la inercia de tres décadas y el apoyo de la oligarquía nacional e internacional, más el control del aparato político, más el uso de la fuerza, mantendrían incólume el sistema. ¿Pero a qué costo? Seguramente, al precio de la sangre derramada, del aplazamiento de toda reforma capaz de iniciar la solución de los graves problemas pendientes—incremento demográfico, injusta repartición de la riqueza, desempleo, subutilización industrial, hambre en el campo, miseria en los cinturones urbanos—pues el mantenimiento del orden heredado requeriría el apoyo político y económico de las fuerzas incapaces de afrontar esos problemas o interesadas en mantenerlos irremediables.

Volveré sobre estos problemas para tratarlos con más detalle. Ahora importa decir que Echeverría optó, calificadosamente, por el camino de la democratización. En los primeros siete meses de su gobierno, se creó un nuevo clima en el país. Poco a poco, los presos políticos de 1968 fueron liberados, gracias al desistimiento de la acción penal por parte del mismo procurador que antes los había condenado, Sánchez Vargas, mantenido en su puesto como herencia del régimen anterior. El presidente, en vez de recluirse en las residencias oficiales, visitó semanalmente regiones apartadas y olvidadas, conoció los problemas, escuchó las quejas, ofreció soluciones. Constantemente, hizo llamados a la crítica ciudadana, atacó la base paternalista de nuestra secular enajenación política, pasó del autoelogio a la autocritica oficial,

reveló el tamaño de los fracasos en diversos sectores de la industrialización, la educación y la planificación nacionales, combatió el burocratismo, dio resolución a viejas quejas y reclamaciones campesinas de tierras y bosques, y se enfrentó, así fuese de palabra, a los representantes más reaccionarios de la iniciativa privada, que en regímenes anteriores habían conquistado una facultad extralegal de consulta antes de que el Ejecutivo enviase una iniciativa al congreso. Pero, sobre todo, Echeverría levantó el velo del temor arrojado por Díaz Ordás sobre el cuerpo de México. Muchos mexicanos se sintieron libres para criticar, para expresarse, para organizarse sin miedo a la represión.

Sin embargo, Echeverría no cumplió una condición básica para que la política de democratización triunfase sin obstáculos: no desmontó el aparato represivo creado en 1968. De él se valieron rápidamente los poderes afectados por la mínima apertura auspiciada por Echeverría para tenderle, el 10 de junio de 1971, una gravísima trampa. Bastaron los actos y las palabras señalados para sembrar, en muchos grupos políticos y económicos de la derecha mexicana, serias dudas e inquietudes acerca de su continuada prepotencia y serias inquietudes acerca de la decisión con que el gobierno protegería en caso necesario por la fuerza, sus intereses. El primer desafío de la derecha ocurrió en Nuevo León en mayo.

El conflicto de Monterrey.

El Partido Revolucionario Institucional no es sólo el capataz de la vida política mexicana, el distribuidor de puestos públicos y el brazo electoral del régimen. Su informe y oportunística ideología admite lo mismo promesas al campesinado (que no se cumplen), derechos obreros (que no se ejercitan) y proclamas de justicia social mediante la colaboración de clases (que se traducen en dominio de los fuertes sobre los débiles). La base numérica del P.R.I. son los campesinos acarreados a manifestaciones a cambio de un taco y cinco pesos en camiones de ganado y los obreros despolitizados a cambio de mínimas concesiones economicistas y máximas quimeras de ingreso a los estratos medios de la población. Pero la base cualitativa —por así llamarla— de su poder son los explotadores, comenzando al nivel pueblerino, donde ser cacique, abarrotero, cantinero, dueño de burdel

o acaparador de cosechas es inseparable de la condición de miembro del P.R.I., y culminando al nivel nacional donde los grupos más fuertes de banqueros, industriales y comerciantes, sin atarse demasiado, colocan a su gente en las gubernaturas y legislaturas de los estados. El P.R.I. se pliega a los poderes *de facto* y les otorga los poderes *de jure*. De esta manera llegó a la gubernatura del Estado Nuevo León don Eduardo Elizondo, hombre de confianza de los grandes empresarios de la entidad. La legislatura local reflejaba, sólo que a un grado inferior de autonomía aunque mayor de docilidad, esta situación. El gobernador envió al congreso una nueva ley orgánica para la universidad, derogando de hecho la autonomía e imponiendo, en su lugar, un estatuto corporativo, de corte fascistoide, que sustraía la dirección universitaria de manos de los maestros y estudiantes y la entregaba a un consejo mayoritariamente integrado por elementos ajenos a la casa de estudios, aunque representativos de los intereses políticos y económicos de la ecuación P.R.I. oligarquía: comerciantes, industriales, sindicatos blancos, medios de información al servicio de estos intereses. El ataque sufrido por la Universidad nacional en 1968 se repetía, a escala menor pero significativa. Por una parte, obedecía al constante proyecto derechista de suprimir la autonomía de las universidades y, con ello la libertad de cátedra, el ánimo crítico y la proyección liberal en esas islas democráticas de México. Por la otra, representaba el primer desafío político a la apertura democrática de Echeverría. Los universitarios, una vez más, supieron defender sus libertades. A nivel nacional, el digno sucesor de Barros Sierra, Pablo González Casanova, señaló los peligros de la situación; su ejemplo fue seguido por estudiantes, maestros e intelectuales en toda la República. El presidente Echeverría, en vez de condonar la arbitrariedad de un sátrapa local en nombre del monolitismo político y el principio de autoridad declaró su respeto por el principio de la autonomía universitaria. Los propios legisladores de Nuevo León que habían aprobado la ley corporativa, inmediatamente la derogaron. El gobernador Elizondo renunció. Había tenido lugar el primer enfrentamiento de las dos claras tendencias, la fascista y la democrática, que configuraban la disyuntiva mexicana. Ganó la democracia, gracias a dos factores: la acción organizada de los universitarios y el respeto del presidente hacia esa acción y hacia el principio que esa acción defendía.

Cria halcones...

El primero de esos factores debió indicarnos a todos cuál era el camino a seguir: la organización creciente de las fuerzas democráticas del país, dispersas, a menudo desalentadas pero al cabo constantes. El conflicto de Monterrey y su solución positiva demostraban que, por primera vez desde Cárdenas, se daba la conjunción de la acción ciudadana y el respeto presidencial a la legalidad. El 10 de junio, Jueves de Corpus, varios miles de estudiantes manifestaron en las calles de la ciudad de México en solidaridad con los estudiantes de Monterrey. Puede discutirse la oportunidad de esta manifestación, toda vez que el conflicto estaba resuelto favorablemente. Pero puede explicarse el ánimo de los estudiantes: decapitados, humillados y abatidos en 1968, querían, nuevamente, afirmar su existencia; querían poner a prueba la proclamada política de democratización de Echeverría. Pero las fuerzas de derecha también querían someter a Echeverría a prueba. Esas fuerzas existían dentro y fuera del gobierno: afuera estaban los grupos plutocráticos de Monterrey, frustrados en su intento de someter a la Universidad de Nuevo León; adentro, los representantes del régimen pasado, el procurador Sánchez Vargas y el alcalde de la ciudad de México, Alfonso Martínez Domínguez, presidente del P.R.I. durante el gobierno de Díaz Ordás. Ante la disyuntiva de democratizar o reprimir, estas fuerzas habían optado, decididamente, por la represión. Contaban, para aplicar su política, con las brigadas paramilitares creadas en 1968: los Halcones. El ex-presidente Díaz Ordás regresó violentamente de Europa, donde los estudiantes de Nanterre le hacían la vida imposible; acosándole en nombre de los jóvenes asesinados en Tlatelolco. No resulta difícil conjeturar que el interés histórico de Díaz Ordás consistía en demostrar que la política represiva de 1968 no había sido obra del capricho personal sino política obligada y permanente del gobierno para defenderse de una «agitación» juvenil misteriosamente animada por los «filósofos de la destrucción» a escala mundial.

Pero lo que es indiscutible es que los estudiantes, al marchar por las calles el 10 de junio, estaban ejerciendo un derecho de manifestación consagrado por el artículo 9º de la Constitución. Marchaban pacíficamente, a lo largo de calles custodiadas abundantemente por granaderos. En dos

ocasiones, la marcha fue interrumpida por jefes de la policía, que solicitaron a los manifestantes un permiso municipal para recorrer las calles, como si un derecho constitucional pudiese supevitarse a reglamentos secundarios. Entonces, intempestivamente los estudiantes fueron atacados por los Halcones; avanzando en formación y al ritmo de tropas de asalto, armados con bastones de *karate*, pistolas y fusiles, algunos a pie y otros en automóviles y guayines, los Halcones golpearon, dispararon, atacaron a representantes de la prensa nacional y extranjera, asesinaron a más de treinta estudiantes e hirieron a muchísimos más. La policía no intervino, limitándose a disparar gases lacrimógenos de vez en cuando. Sin embargo, muchos radio-aficionados pudieron oír las órdenes de la policía para combinar sus movimientos con los de los Halcones en las ondas de sus aparatos y grabarlas; los Halcones llegaron al lugar de los hechos en típicos camiones grises de limpieza municipal; pudieron atravesar sin obstáculos las filas de los granaderos y de los tanques antimotines para agredir a los manifestantes; pudieron, sin temer la intervención policiaca, matar, repartir garrotazos y aún perseguir a los estudiantes refugiados en el hospital Rubén Leñero. La colusión era evidente e indicaba hacia un responsable: el alcalde regente Martínez Domínguez, quien ya tenía preparada, la consabida explicación: se trataba de un simple choque entre facciones estudiantiles rivales.

Nadie comulgó con esta rueda de molino. La asociación de reporteros gráficos protestó personalmente ante Echeverría; el presidente se dijo indignado por los hechos y prometió una investigación. El malestar, el asco y la decepción cundieron en el país; una vez más, la respuesta oficial a la inquietud juvenil había sido la muerte; la vida contemporánea de México parecía jalonarse entre las fechas del luto: 2 de octubre, 10 de junio. Y esto era, precisamente, lo que deseaban las fuerzas de derecha: que la represión fuese permanente, que el crimen fuese la ley no escrita del gobierno. La opción democrática de Echeverría entró en una crisis total; la aparente inactividad del presidente en los días siguientes a la agresión, mientras el país entero clamaba en contra del crimen, hizo pensar que se volvía a los viejos tiempos: la impunidad de los agresores, la conversión retórica de las víctimas en victimarios, el silencio... El 15 de junio, Echeverría actuó rápidamente. Permitió a Martínez Domínguez prefabricar en el Zócalo una

tradicional manifestación de los sectores del P.R.I. en apoyo al régimen; se escucharon los tradicionales discursos de adulación incondicional; pero Echeverría, al hablar, formuló una clara advertencia contra « *los emisarios del pasado* ». Y, en efecto, esa misma tarde, Echeverría cumplió el primer acto político concreto de ruptura con el pasado: obtuvo las renunciaciones del jefe del departamento del D.F., Martínez Domínguez y del jefe de la policía, Flores Curiel.

Sin embargo, la expulsión oficial de Martínez Domínguez y Flores Curiel, aunque tácitamente les hacía responsables *in partibus* de los acontecimientos del Jueves de Corpus, no aclaraba el fondo del asunto; y lo que el país exigía era no sólo la caída en desgracia de dos funcionarios, sino el cumplimiento estricto de la ley, el castigo objetivo de los culpables y la eliminación radical de los grupos de agresión paramilitares, cuya existencia imposibilitaba toda auténtica apertura democrática: los Halcones seguirían amenazando, si no se les erradicaba, cualquier movimiento libre de los ciudadanos. La investigación fue encargada al inclito señor Sánchez Vargas. Varias semanas después de los hechos, este monumento de sabiduría jurídica parió un ratón: los Halcones se habían esfumado, en el departamento del Distrito Federal no había pruebas de que se les hubiese organizado, entrenado, armado, pagado o girado instrucciones, todos los cuerpos de esa naturaleza habían sido disueltos el 30 de noviembre de 1970: los Halcones no existían, y si existían no debían ni su vida ni sus actividades al gobierno. Los ciudadanos eran invitados a proporcionar pruebas sobre la existencia de los Halcones; la procuraduría, por lo visto, podía localizar en veinticuatro horas a un ladrón anónimo y humilde o acumular cargos y pruebas contra estudiantes e intelectuales, pero carecía de medios para reunir la impresionante suma de pruebas testimoniales, gráficas, documentales y hasta sonoras que comprobaban la muy real, notoria y criminal existencia de un grupo de choque paramilitar. De hecho, el procurador estaba acusando a una ciudad de ocho millones de habitantes de « *encubrir* » a los Halcones.

A mediados de agosto, el procurador Sánchez Vargas dimitió de su cargo, eufemismo con el que en México se cubren los despidos oficiales.

El 10 de junio se cometió un crimen. Y si ese crimen no es castigado, será difícil, a pesar de las manifestas buenas intenciones de Echeverría, creer en su política de apertura democrática. El problema es espinoso porque el crimen del Jueves de Corpus es hijo del crimen de Tlatelolco: obedece a una misma política y, acaso, lo cometieron las mismas manos y lo imaginaron las mismas cabezas. Por ello, lo ocurrido el 10 de junio en la ciudad de México no es un simple incidente al que se le pueda echar tierra confiando en la amnesia ciudadana: es un hecho político que compromete toda una opción democrática, y que la compromete a un altísimo nivel de responsabilidad y proyección históricas: el de la primacía general de la ley sobre el personalismo presidencial. Este país no podrá construirse seriamente si sus ciudadanos se abandonan a la esperanza de un milagro sexenal para luego rasgarse, desengañados, las vestiduras y renovar la quimérica expectativa de que al « *malo* » seguirá uno « *bueno* ». Esta situación, a la vez ridícula y deprimente, sólo puede ser superada si los problemas que pertenecen al ámbito de la ley son resueltos, constante y estrictamente, con apego a la ley, y no mediante matices subjetivos, actos providenciales o paternales disposiciones del presidente en turno. El mejor legado que Echeverría le puede dejar a México es una estructura jurídica sana y funcional, independiente, liberada del cohecho de unos y del capricho de otros, respetada por el poder público y vigilada por los ciudadanos, y a la que éstos puedan acudir sin miedo y sin asco, porque hoy el campesino robado por la báuscula del ingenio o expropiado por el « *pequeño propietario* » vecino que cuenta con el apoyo de los poderes locales sabe que cualquier gestión de defensa judicial es peligrosa e inútil, como lo sabe la madre de un muchacho asesinado por un Halcón que se sabe, a su vez, intocable, impune, amo y burlador de una ley que, desde el siglo XVI colonial, se obedece pero no se cumple.

Juan Goytisolo

La novela española contemporánea

« *¿Qué especie de fatalidad domina hoy en la literatura española? ¿Por qué los que debían escribir callan cuando los que aún no saben leer escriben?* » Muchas veces, en el curso de la pasada década, he pensado en la amarga exclamación de Moratín que confirma una vez más el irónico cumplido que Larra solía dirigir a la madre patria: « *Para Vd. no pasan días.* » No, para España no pasan días: nuestra Historia es un « *Bolero* » de Ravel interminable en el que las mismas situaciones se repiten de modo indefinido, y para ser profeta—para emitir juicios que la realidad se encargará de confirmar años, lustros, siglos más tarde—basta con ser simplemente lúcido y pesimista.

La muerte brutal de Luis Martín Santos, el silencio prolongado de Rafael Sánchez Ferlosio coinciden en efecto con la crisis y colapso de la que, de modo muy ambiguo por cierto, ha dado en llamarse « *novela social española* ». Digo de modo muy ambiguo pues la literatura, en tanto que lenguaje, es siempre, entre otras muchas cosas, un hecho social, y aún aquel sector de ella caracterizado por el propósito de centrar la atención, no sobre lo designado, sino sobre el signo mismo no puede prescindir totalmente de las funciones de representación, expresión y llamada inherentes al lenguaje común. Pero conviene no perder de vista el axioma de Eikenbaum cuando, oponiéndose a los abusos de la crítica histórica y sociológica, precisaba que « *el objeto de la ciencia literaria debe ser el estudio de las particularidades específicas de los objetos literarios que las distingue de cualquier otra materia, independientemente del hecho que, por sus rasgos secundarios, esta materia pueda dar pretexto y derecho de ser utilizada en otras ciencias como objeto auxiliar* » (1). Tanto la praxis de los formalistas rusos, como el desenvolvimiento de la lingüística a partir de la publicación póstuma de los cursos de Ferdinand de Saussure nos enseña que las palabras no son los nombres dóciles de las cosas sino que forman una entidad autónoma, regida por sus propias leyes. Ello no quiere decir, naturalmente, que las relaciones entre literatura y realidad social no existan; pero no tienen, desde luego, el carácter determinista y mecánico que el sector mayoritario de la crítica española les ha querido dar. Cuando la vida entra en la literatura se convierte a su vez en literatura y hay que juzgarla como tal. Por eso, si hablamos de « *novela social española* » y pretendemos juzgar el valor de sus frutos no por su

relación con las restantes obras del género sino en la medida en que reflejan aspectos interesantes de la sociedad española contemporánea, esto es, mediante un recurso a hechos heterogéneos al hecho estudiado, rompemos « *la jerarquía de valores de la estructura objeto de nuestro estudio* » (2). Concluyendo su brillante análisis de las relaciones existentes entre el texto literario y el contexto social en el que aparece, Tzvetan Todorov propone un enfoque crítico según el cual, para calibrar la obra literaria habrá que considerar que en ella « *el contexto forma parte del texto* » y « *ciertos rasgos estructurales del texto son elementos auténticos del contexto* » (3). Como vamos a ver al analizar la llamada « *novela social* » que se cultivó entre nosotros entre 1950 y 1965, para comprender de modo idóneo la sintaxis narrativa de sus obras estamos obligados a referirnos al contexto social y político en el que aparecieron. Este « *índice situacional* », según lo designa George Mounin resulta necesario para la lectura óptima del texto, dado que nos permite aclarar las situaciones en cuyo marco el texto estudiado adquiere su pleno sentido. No obstante, insistimos en que éste no puede ser el criterio único ni siquiera predominante. La llamada « *novela social española* » es una de las múltiples ramas del árbol general de ese tipo de discurso literario que ha recibido en el curso de los siglos el nombre de novela y es, por consiguiente, la simple manifestación de una estructura abstracta mucho más general y de la que es solamente una de sus realizaciones posibles. Pero abandonemos aquí esas reflexiones que nos divierten del tema de la presente charla.

La situación creada por la última guerra civil española hizo retroceder nuestro calendario a los períodos históricos más infaustos vividos por el desdichado país a lo largo de los siglos XVIII y XIX. El triunfo del alzamiento militar provocó la mayor hecatombe intelectual de la historia de España y el establecimiento en la cátedras y tribunas públi-

(1) Ver « *Théorie de la littérature* », antología de textos de los formalistas rusos por Tzvetan Todorov, con prólogo de Roman Jakobson, Ed. du Seuil, París 1966. Sobre los formalistas rusos consúltese igualmente: Víctor Erlick, « *Russian formalism criticism. History-Doctrine* », Mouton, S'Gravenhage, 1955; Lee T. Lemon: « *Russian Formalism criticism* », University of Nebraska Press, 1965; « *Formalismo y Vanguardia* » textos de Eikhenbaum, Tinianov y Chklovski, Ed. Alberto Corazón, Madrid 1970.

(2) « *Les travaux du Cercle linguistique de Prague. Thèses de 1929* », Change, 1969. Traducción española, Alberto Corazón editor, Madrid, 1970.

(3) « *L'analyse du récit à Urbino* ». Communications (11), 1968.

cas del país de esa fauna peculiar de españoles que amargó la breve vida de Larra y que podríamos llamar «mecnógrafos», puesto que escriben al dictado de quien les alimenta, les viste y les paga el piso. ¿Cómo no recordar, al recorrer nuestra prensa diaria, la burla ingeniosa de Moratín en «*La derrota de los pedantes*?» : «*Se ajustó la paz, coplas a la paz; nacen los gemelos, coplas a los gemelos; nace nuestro príncipe Fernando, coplas a D. Fernando; se hace el bombardeo de Argel, coplas a las bombas; en una palabra, casamientos, nacimientos, muertes, entierros, proclamaciones, paces, guerras, todo, todo ha sido asunto digno de nuestra cítara.*» Paralelamente, el aislamiento internacional del Régimen y nuestra sempiterna censura habían creado alrededor del país un cordón sanitario semejante al establecido por Felipe II a su regreso de los Países Bajos, cuando impuso a los estudiantes españoles que seguían cursos en las universidades flamencas el regreso inmediato a la Península y la obligación de presentarse ante los jueces del Santo Oficio como presuntos portadores de gérmenes, en una medida que Bataillon compara justamente a una cuarentena. Cuando en 1948 ingresé en la universidad de Barcelona—después de un bachillerato en el que la única obra literaria que se nos dio a leer fue «*Pequeñeces*» del padre Coloma—las obras de Alberti y García Lorca, por ejemplo, circulaban en copias escritas a máquina y conseguir una novela de Camus o de Sartre implicaba el conocimiento previo de alguna red ilegal de librerías especializados en el contrabando de libros prohibidos. Las consecuencias de dicho aislamiento eran fáciles de preveer, y las lagunas e insuficiencias culturales de los hombres de mi generación explican en parte el rumbo vacilante y quebrado que luego emprendimos. Aquí también, las palabras de un expatriado ilustre, José M. Blanco White, respecto a los escritores de su tiempo, se ajustan como anillo al dedo a la sociedad literaria en medio de la cual nos formamos : «*Faltos de libros, faltos de público que les excitase, que supiese apreciarlos... los pocos que en España dejaban el camino de las aulas por el de la literatura, no tenían más mundo en que vivir que una pequeña sociedad de amigos, con quienes comunicaban sus ideas, y de quienes recibían el aplauso con que mantenían en vida a su extenuada musa... Faltábale: a los autores libertad, campo ancho en que ejercerla, y caudal de ideas originales, acopiadas por ellos mismos, y no tomadas*

de mano de revendedores (4).» El conocimiento de tales circunstancias resulta indispensable para la comprensión del propósito crítico que marca a esa generación denominada por José M. Castellet «generación del medio siglo», así como de los límites y obstáculos que fatalmente debían interponerse en su camino e imponerle al cabo de unos años el dilema de callar o proceder a un desgarrador y difícil cambio de rumbo. Los lectores y críticos extranjeros interesados en las cosas de España se han planteado y me han planteado a menudo la pregunta de cómo en un país tan reaccionario y opresor se pudo producir una literatura de protesta tan abundante entre 1950 y 1965. La respuesta no obstante es clara : a causa misma de su conservadurismo social y asfixiante sistema de censura. La publicación de las primeras obras inconformistas de Cela, su admirable «*Pascual Duarte*» y esa «*Colmena*» que, aunque editada originariamente en Buenos Aires, circuló bajo mano por la Península, novelas que, según su autor, se proponían hacer concurrencia al estado civil, pasear el espejo stendhaliano a lo largo del camino, ofrecernos su visión personal de la áspera, humilde y doliente realidad cotidiana, significó el punto de partida de todo un grupo de escritores para los cuales la literatura era, conforme a la consabida fórmula de Pavese, «*una defensa contra las ofensas de la vida*». Hace ya bastantes años, al establecer un balance provisional de nuestra praxis literaria, señalé las razones que nos llevaron al cultivo de una novela «realista», testimonial, fotográfica : «*Mientras los novelistas franceses, decía, escriben sus libros independientemente de la panorámica social en que les ha tocado vivir... los novelistas españoles—por el hecho de que su público no dispone de medios de información veraces respecto a los problemas con que se enfrenta el país—responden a esa carencia de sus lectores trazando un cuadro lo más justo y equitativo posible de la realidad que contemplan. De este modo, la novela cumple en España con una función testimonial que en Francia corresponde a la prensa, y el futuro historiador de la sociedad española deberá apelar a ella si quiere reconstituir la vida cotidiana del país a través de la espesa cortina de humo y silencio de nuestros diarios* (5).» El mecanismo repre-

(4) *Varietades o Mensajero de Londres*, 1823, p. 340-342.

(5) «*El furgón de cola*», Ed. Ruedo Ibérico, París 1967, p. 34.

sivo impuesto en el país a consecuencia de la victoria del bando clerical-autoritario, ilustra, una vez más, la vieja regla histórica frente a la que se estrellan todas las censuras : la de su precariedad y anacronismo, debidos al hecho de querer aplicar leyes y normas, con pretensiones permanentes y fijas, a una realidad que es por esencia fluida y mudable. Entre nosotros, Larra había observado ya que el espíritu de la época logra expresarse siempre a pesar de las barreras y obstáculos de sus enemigos, pero es tal vez en Alcalá Galiano—me refiero al Alcalá Galiano joven, emigrado como Blanco en Inglaterra, antes que su regreso a Sansueña le enmoheciera el cerebro y embotara el filo a su pluma—donde hallamos la mejor exposición de ese fenómeno que tanto desconcierta a los aprendices de brujo de la censura : «*En un país donde no existe la libertad política, donde los escritores se ven reducidos a temas exclusivamente literarios, podrá no parecer muy obvia la conexión entre política y literatura; sin embargo, la misma causa que impide a esa conexión manifestarse externamente en obras impresas, opera en secreto fortaleciéndola* (6).» En la España de hoy—una sociedad en la que la política ha sido desterrada para siempre en beneficio de la casta que controla los mecanismos del poder—todo, absolutamente todo deviene política, y nuestros censores parecen dotados del temible privilegio de Midas : politizar instantáneamente cuantos objetos tocan. Como es lógico, la conexión de que nos habla Alcalá Galiano no se manifiesta a primera vista y, para detectarla, se requiere en general un cierto adiestramiento. La lectura de lo que se publica hoy en España—desde los editoriales de la prensa oficial a las reseñas y artículos de las revistas culturales minoritarias—refleja perfectamente esta situación y el lector extranjero—o el que, como yo, ha perdido más o menos a consecuencia de una larga expatriación el hábito de gimnasia mental que dicha lectura requiere—permanece a menudo perplejo ante una serie de alusiones cuyo carácter críptico le escapa. Pero debemos recordar con Blanco White que «*los pueblos sometidos a gobiernos opresores que no les permiten hablar libremente, tienen la viveza de los mudos para entenderse por señas* (7).» Hoy

como siempre nuestros poemas, novelas, películas y obras teatrales ofrecen un riquísimo surtido de visajes, gesticulaciones y guiños propios de un pueblo que, si bien en los últimos años engorda y, relativamente, prospera, sigue aún, en apariencia, trágicamente mudo.

En uno de los últimos ensayos recogidos en «*El furgón de cola*» adelanté las razones de la crisis con que nos enfrentábamos los autores de mi generación—razones directamente vinculadas con los hechos que acabo de mencionar. «*La gran confusión reinante estos años entre política y literatura, escribía, entre eficacia política y eficacia literaria puede explicar en parte el desajuste que hoy observamos en la obra de nuestros autores jóvenes. En el momento en que aparecen las primeras novelas y poemas de la generación del medio siglo el fin de la guerra fría, el deshielo ideológico del campo socialista alimentan la esperanza de una transformación radical y a corto plazo de la anacrónica sociedad española : este objetivo (irrealizable, lo sabemos hoy) parecía exigir de nosotros la movilización, a su servicio, de todas nuestras energías. Como en Italia durante los últimos estertores del fascismo o en la Europa ocupada por los nazis, el quehacer literario se integraba en una lucha más general y ajena a la literatura, en la que ésta actuaba a manera de avanzadilla... Escribir un poema o una novela tenía entonces (así lo creíamos) el valor de un acto : por un venturoso azar histórico acción y escritura se confundían en un mismo cauce, literatura y vida se identificaban...* (8)»

Cinco o seis años después no puedo sino confirmar las ideas que expresé entonces : todo un sector de la literatura española del período que examinamos, destaca por su propósito de transformar la palabra en acto, de querer competir con la vida, de hacerse «performativo». Los adeptos a los estudios lingüísticos recordarán probablemente los ensayos de J. L. Austin sobre el enunciado performativo, al que define como «*el que sirve para efectuar una acción*», agregando que «*formular tal enunciado es efectuar la acción*». Según Benveniste, existen dos clases de enunciados performativos : los actos de autoridad emanados de un poder reconocido («yo proclamo el estado de excepción») y los que, sin provenir de ninguna autoridad, comprometen no obstante a quien los

(6) «*Literatura española del siglo XIX*», traducción y prólogo de Vicente Llorens, Alianza Editorial, Madrid, 1969.

(7) *El Español*, nº 10, enero 1811.

(8) P. 51-52.

enuncia en razón de las circunstancias del enunciado («yo juro, yo me comprometo a hacer tal y tal cosa, etc.»). Ahora bien, como precisa el lingüista francés, «un enunciado performativo sólo tiene realidad si es autenticado como acto. Fuera de las circunstancias que lo hacen performativo, dicho enunciado no existe. Cualquiera puede gritar en la plaza pública: «yo decreto la movilización general». No pudiendo ser acto por falta de la necesaria autoridad, esta frase no es más que habla, se reduce a un clamor inane, niñería o locura (9).»

El análisis de esta categoría de enunciados me ha llevado a pensar más de una vez en la literatura «comprometida» española de los años 50, fascinada por el espejismo de lo que podríamos llamar «la ilusión performativa». Nuestra herencia cristiana aclara quizá, por aquello de «al principio fue el Verbo», el poder factual, talismánico atribuido a las palabras. Autores como Blas de Otero, Celaya, Nora y otros más jóvenes han proclamado en sus versos un compromiso personal del sujeto enunciante, es decir, del poeta, con la sociedad de su tiempo—compromiso personal, decimos, ya que no acto de autoridad pues, por suerte o por desgracia dichos poetas no detentaban poder o jurisdicción algunos. Un rasgo peculiar de esa segunda clase de enunciados es que su carácter performativo se anula cuando el sujeto enunciante es insincero o viola su palabra: el suelo aparecía lleno de trampas y, como la terca realidad hispana no se ha plegado nunca a las admoniciones de los poetas, el compromiso de éstos, a fuerza de repetido y jamás puesto en práctica (uno de ellos afirmó, por ejemplo, con gran arrojo, que se cortarían una mano antes de abandonar la noble causa del pueblo) comenzó a mostrar bajo su áureo y cegador relumbrar el triste colorido del oropel. Acción no, clamor inane.

Advirtiendo el peligro, un autor desconocido, Gonzalo Arias, publicó en París, en verano de 1968, una novela titulada «Los encartelados» que es, en mi opinión, la conclusión lógica de la tendencia que señalamos—ejemplo máximo de literatura performativa, de palabra identificada al acto. En su libro, Gonzalo Arias anunciaba que el autor se proponía iniciar en persona la ejecución del primer capítulo el día 20 de octubre del mismo año,

apareciendo, como el protagonista, en una calle céntrica de la capital de Trujibería con un cartel en la espalda portador de la siguiente leyenda: «En nombre del 71% de los trujiberos, pido respetuosamente al mariscal Tranco, salvador de la patria, que convoque elecciones libres a la jefatura del Estado.» Si mal no recuerdo, en la novela, el personaje era conducido rápidamente a la Dirección General de Seguridad, y al ser liberado, al cabo de cierto tiempo, repetía la operación, acompañado esta vez de dos encartelados más. Poco a poco, siempre en la novela, el país se llenaba de imitadores hasta que en abril de 1970 el mariscal Tranco, desbordado por la corriente impetuosa de los acontecimientos, tenía que ceder a los deseos de la multitud de encartelados, proclamando, con voz trémula, la anhelada convocatoria de elecciones...

Pasemos de la literatura a la realidad. El 20 de octubre de 1968, Gonzalo Arias salió a la calle, en Madrid, con el cartel fijado a la espalda y, como en la novela, fue conducido rápidamente a la Dirección General de Seguridad. Después de un período de reposo en «la sombra alimenticia y descansadora» de que nos habla Martín Santos, nuestro autor reincidió en compañía de un discípulo y esta vez fue internado en una casa de salud del tipo de las que en la U.R.S.S. acogen igualmente a escritores cuyo desarreglo mental les lleva a invocar cosas tan «absurdas» como democratización, libertad de pensamiento o derechos humanos. El que el pueblo trujibero no siguiera las pautas trazadas y no «escribiera» a su modo el argumento de la novela, no invalida el hecho que debamos considerar a Gonzalo Arias como el símbolo mismo del autor realmente comprometido, cuya palabra, en lugar de «clamor inane», es autenticada como acto y cumple con los requisitos del enunciado performativo. Visto desde hoy, su acto se identifica con el enunciado del acto, el significado es idéntico al referente.

Gonzalo Arias ha sido el único autor español que ha trasladado a la realidad, al mundo, el espacio de su escritura convirtiendo la calle en papel y el papel en calle. Los demás nos limitamos a emborronar, bien o mal, centenares, millares de páginas, prisionados siempre en los límites de la palabra escrita. No obstante, teniendo en cuenta las circunstancias—prohibiciones y cortes de la censura, presiones sociales y editoriales, escaso número de lectores, dificultades económicas, aislamiento, lagunas educativas, insuficiencias cultu-

rales, etc.—creo que los exponentes de la generación del medio siglo cumplimos como pudimos con las exigencias morales y cívicas del momento en que nos había tocado vivir. No eludimos las responsabilidades. La situación del país nos exigía un compromiso claro y sin equívocos y, en la medida de nuestros medios, nos mantuvimos fieles a él. Pero, como hemos dicho antes, una obra literaria no enlaza tan solo con el contexto histórico-social en que aparece; responde también, y ante todo, a las leyes evolutivas del género al que pertenece, a las exigencias de su propio arte. Aunque desde el siglo XIX, para la gran mayoría de novelistas y críticos, lo más importante de una novela es su conexión con la realidad exterior que pretende representar, su trabazón con el corpus general de las obras publicadas anteriormente a ella es siempre más intensa que la que le une a la «realidad». Mientras es posible concebir obras cuyo contacto con la realidad social y política sea casi nulo, la existencia de una obra vinculada solamente a una estructura heterogénea, sin ningún lazo con las restantes obras del género es, desde luego, absolutamente inconcebible. Toda obra literaria aparece en un universo ya poblado de obras, cuya existencia prolonga o modifica, y mantiene con ellas una complejísima red de relaciones de jerarquía y dependencia. Un texto cobra sentido no aislado, sino en correspondencia con otros textos, con todo un sistema de valores y significaciones previos. Como nos han enseñado los formalistas rusos, no son las obras las que evolucionan, sino la literatura: el texto particular no es más que un ejemplo que nos permite describir las propiedades de la literalidad.

Si enfocamos desde este prisma la producción novelesca española anterior a «Tiempo de silencio», podremos advertir claramente los vicios de origen que debían conducir a la gran frustración de los últimos años. El desajuste de nuestro calendario con respecto al europeo actuó una vez más, de modo fatal, en contra de nosotros en la medida en que, cuando esa literatura «social», «realista» se impuso por las razones ya descritas en el país, estaba dando en Europa las últimas boqueadas—hablo, claro está en términos de literatura, no de edición pues, editorialmente hablando, impera e imperará todavía largo tiempo en razón de los hábitos mentales de rutina y pereza del gran público. La combinación de signos formales de la Literatura (pretérito indefinido, estilo indirecto, ritmo escrito) y signos no menos

formales del «realismo» (fragmentos de lenguaje popular, expresiones crudas o dialectales, etc.) que denunciara Barthes «no reproduce lo real, como dice el crítico francés, más que entre comillas: palabras populistas, giros descuidados en medio de una sintaxis puramente literaria (10).» Luchando contra esa escritura envejecida, los autores más conscientes buscaban desde primeros de siglo, tanto en Europa como en Estados Unidos, una sintaxis narrativa más coherente, caracterizada por la eliminación progresiva del discurso del autor del cuerpo del relato, conforme al modelo de la categoría abstracta que Benveniste denominaría más tarde «historia»: es decir, «la presentación de hechos acaecidos en un momento dado, sin ninguna intervención del locutor en el relato (11)». En este tipo de relato, nos dice Benveniste, no hay siquiera narrador; nadie habla en él; los acontecimientos son expuestos tal como se han producido a medida que surgen en el horizonte de la historia; los hechos parecen contarse por sí solos. La radiografía de esa tendencia novelesca desarrollada a lo largo de la primera mitad del siglo XX evoca inmediatamente entre nosotros el recuerdo de obras que, como «Los bravos» o «El Jarama», pasan por ser, con razón, los dos logros mayores de nuestra llamada «novela social». «El Jarama» significa sin lugar a dudas la apoteosis de dicha corriente narrativa y ello aclara el por qué las obras posteriores de la misma tendencia nos parecen simplemente redundantes, brotes que no quitan ni añaden nada al tronco o ramas del árbol general de la novela—tan insignificantes en la mayoría de los casos como esos sempiternos bodegonos naturalistas que vemos en todas las salas de pintura de todas las ciudades del mundo.

Ahora bien, mientras «El Jarama» remataba brillantemente todo un ciclo de nuestra novela y excluía, a causa de su misma perfección, la posibilidad de una descendencia, se gestaba en Europa, principalmente en Francia, una evolución narrativa de signo opuesto que, huyendo de la sequedad y limitaciones de la categoría benvenistiana «historia», buscaba una renovación del género en lo que, para atenernos a la terminología de Benveniste, resultaba ser una reivindicación del «dis-

(9) «Problèmes de linguistique générale», Gallimard, Paris 1966. P. 273.

(10) «Le degré zéro de l'écriture», Ed. du Seuil, Paris.

(11) *Idem*, p. 238-245.

curso»: expresión del lenguaje subjetivo o, si se quiere, «*enunciación que supone un locutor y un auditor y, en el primero, la intención de influir en el segundo*». Dicho vaivén era consecuencia directa del auge creciente de los estudios lingüísticos y el influjo analítico de los formalistas rusos, Roman Jakobson y el círculo lingüístico de Praga. El autor y las escuelas mencionados centran la atención como es sabido, en el signo y no en la cosa representada y examinan la sintaxis narrativa no tanto en función de la realidad que aspira a reflejar como en su aspecto puramente verbal. A remolque de ellos, todo un sector—el más consciente—de la novelística actual tiende a abandonar la vieja función del género, de representar el mundo exterior, para fijar su atención en el lenguaje; esto es, a pasar de la copia, del lenguaje transparente, a la escritura, a la autonomía del discurso. Si he evocado aquí, a vuela pluma, al nuevo derrotero del género lo he hecho porque me permitirá dilucidar las razones de la crisis de la novela española, su silencio y cambio de rumbo. Decíamos antes que toda obra literaria obedece en principio a dos coordenadas: la de la realidad histórico-social en que surge y la de las leyes evolutivas de su propio género. Preocupados por responder ante todo a lo que la situación peculiar del país parecía exigir de nosotros, los novelistas españoles no descubrimos sino más tarde el requisito de esa segunda especie de compromiso. Si nuestra concepción estrecha del «realismo» cumplía, en apariencia, con nuestra responsabilidad moral y cívica, distaba mucho de responder a las exigencias culturales, artísticas y científicas del género y de la época. En una primera etapa, nuestra generación había endosado, como un traje de confección, el lenguaje heredado de nuestros mayores: ese insoportable «castellanismo» del 98, convertido, a fuerza de imitación y de copia, en un código insignificante y vacío, en un vasto y asolador pudridero. La inadecuación del propósito crítico a un instrumental expresivo acrítico—un lenguaje incapaz de filtrar ya, a través de su sintaxis calcárea, la complejidad y fluidez del mundo moderno—acabó por convertirse para algunos, como ha señalado recientemente José M. Castellet, en «*una pesadilla estética*». Para salir del atasco, había que luchar, en primer término, contra las formas artísticas envejecidas que nos aprisionaban e impedían seguir adelante. Para criticar la realidad del país era preciso empezar por la crítica de su lenguaje. Todavía hoy, en España, gran número de escri-

tores «comprometidos» que atacan la casta social que ocupa el poder emplean, sin darse cuenta el mismo lenguaje que ésta—una misma retórica aunque de signo opuesto.

El primer novelista que entre nosotros arremetió al lenguaje rancio y embalsamado de los epígonos del 98, y en su primera y, por desgracia, única obra, emprendió su de-sacralización, simultáneamente a una brillante reivindicación del «discurso», fue Luis Martín Santos. A diferencia de «*El Jarama*», que es una novela coherente, totalmente conseguida, redonda, «*Tiempo de silencio*» es una obra aun vacilante, desnivelada y con bastantes aristas. Pero ello tiene una explicación. Mientras «*El Jarama*» es el broche final de un cierto tipo de novela, la conclusión magistral y definitiva de un proceso narrativo que se prolonga durante casi un siglo (y por eso las obras de dicha tendencia, publicadas con posterioridad, nos parecen simplemente reiterativas, muertas, por así decirlo, al nacer), «*Tiempo de silencio*» es el comienzo de una nueva etapa, una obra que abre para la novelística española todos los caminos y puertas que le cerrara «*El Jarama*». Es, pues, el principio de una línea, no el final de ella; y el punto de arranque, no su coronación. Esta diversidad funcional—fin, comienzo—deberá tenerse en cuenta en lo futuro para cualquier análisis correcto de los vínculos—no por negativos menos densos—que unen a ambas novelas. Con «*El Jarama*» culmina y se eclipsa la «historia»; con «*Tiempo de silencio*» renace y adquiere nueva vigencia el «discurso». Decíamos antes que una corriente novelística actual, siguiendo los pasos de la poesía, tiende a centrar su interés no en la «representatividad» sino en el lenguaje y el autor propende a disolver el relato de los acontecimientos y acciones en el murmullo de su propio discurso. Ello me lleva a pensar en aquella estupenda afirmación de Vargas Llosa que el escritor debe ser, ante todo, un «provocador» y a aplicarla a los dos niveles de provocación existentes en el mundo de hoy.

En los países en donde no existe libertad de expresión artística—la Unión Soviética es un buen ejemplo de ello—el poder de provocación del escritor se manifiesta en la elección de aquellos temas que, por ser tabús desde un punto de vista moral y político, asumen de inmediato un matiz subversivo. Así, para enjuiciar la novedad e importancia de estos escritores, lo hacemos en función de su audacia temática, sin tener en cuenta, como es, por ejemplo, el caso del «*Doctor Jivago*» o

las novelas de Soljenitzin que su esquema, su construcción, su sintaxis repiten, sin grandes variantes, los procedimientos narrativos decimonónicos—un mundo anterior a Marx, a Freud, a Ferdinand de Saussure.

En los países en donde existe aquella libertad expresiva, no hay ya, como es sabido temas provocadores (12). Los últimos tabús han desaparecido—cuando menos a un nivel legal—y el escritor no puede escandalizar ya, como hace veinte o veinticinco años, cuando cantaba el incesto o la droga, la homosexualidad o el crimen. Desde el instante en que el desnudo es legal, no puede haber desnudos provocativos. Coincidiendo con la nueva corriente crítica a la que antes me he referido, el escritor, en dichas sociedades, ha interiorizado la provocación, introduciéndola en el lenguaje. Digámoslo bien claro: en el mundo capitalista actual no hay temas virulentos o audaces; el lenguaje, y sólo el lenguaje puede ser subversivo (13).

La fase histórica por la que atraviesa España, híbrido de dictadura y corrupción, desarrollo y pobreza ayuda a comprender tal vez el cambio operado en nuestra novelística. Hoy por hoy, España ha abandonado sus viejas características de país semi-desarrollado sin adquirir no obstante las ventajas materiales y morales de las naciones más ricas. Pero la corriente iniciada es irreversible y, con Borbones, con Trastamaras o con reyes godos, el acercamiento a Europa se acentúa y, verosimilmente, se acentuará aun más. Por obra y gracia de un contacto cada vez mayor con los países extranjeros y sus productos culturales, los temas provocadores que, con las limitaciones antes señaladas, abordamos en la década de los cincuenta han perdido poco a poco su poder de provocación: pólvora mojada, petardo que estalla en el agua, pariente pobre en cualquier caso de las nuevas expresiones literarias que, por venir de otros ámbitos, pueden manifestarse sin cortapisas. Nadie es profeta en su tierra y los escritores de fuera—aun los hispano parlantes—molestan menos que los propios: si Vargas Llosa hubiese sido español y la acción de su pri-

mera novela transcurriera en España, «*La ciudad y los perros*» habría tenido que publicarse en Lima. Pero la natural diversidad de criterio de nuestros censores no ha hecho más que subrayar una realidad histórica: como en la poesía en tiempos de Darío, la brisa, en el campo de la narrativa, sopla hoy de este lado del Atlántico. Sea como fuere, la prodigiosa floración de la novela latino-americana de la pasada década ha entrado en España sin graves obstáculos y su efecto en la mejora del gusto público ha sido considerable. De un modo todavía mimético, pero históricamente válido, el lector español de hoy ha comenzado a alzarse a los niveles culturales de fuera, y en España, como en el mundo capitalista en torno al que orbita, la fuerza provocadora del novelista tiende igualmente a interiorizarse y a introducirse en el lenguaje. Tal ha sido cuando menos el propósito que ha guiado la ejecución de mis primeras novelas adultas: «*Señas de identidad*» y, sobre todo, «*Reivindicación del conde don Julián*». No he abandonado en ellas en modo alguno el compromiso que buscaba en mis obras juveniles. Simplemente, lo he trasladado a otro nivel. Nuestro anquilosado lenguaje castellanista exige—lo repito desde hace tiempo—el uso de la dinamita o el purgante. Nuestra actitud frente a él debe ser deliberadamente sacrilega. Como decía Valle Inclán, en una entrevista publicada dieciséis meses antes de su muerte: «*¿Usted ha visto que los herejes entren en la Iglesia? Yo soy un hereje a sabiendas. Con plena conciencia de mi responsabilidad y de mi apostasía. El idioma hay que renovarlo, como todo en la vida: la política, las costumbres, todo. ¿Vamos a estancarnos en el siglo XIX, por ejemplo, suponiendo que en esta centuria alcanzara su máximo esplendor la lengua castellana? No, no, yo no seré académico nunca... Soy un heterodoxo, y sobre los réprobos pesa la pena de excomunión.*»

Creo que algunos coetáneos míos y los novelistas que hoy empiezan a publicar aprobarían también, de conocerlas las palabras del gran maestro, tan tónicas y ejemplares en una sociedad, como la nuestra, en la que todo conspira a ahogar el fuego de la rebeldía juvenil bajo el peso de un conformismo estéril, corrupto. Ojalá, con el heroísmo que implica vivir y trabajar en un país «*en donde muere la inspiración envuelta en humo*», alcancen un día la vejez biológica con esa juventud indemne que siempre me trae a la memoria una frase que otro anciano irrecuperable, el músico francés Erik

(12) La libertad de expresión artística del mundo capitalista se halla sujeta en realidad a las leyes del mercado, a la fetichización de la mercancía. Escrito hace más de veinte años, el ensayo de Luckacs «*Arte libre o arte dirigido*» sigue conservando una actualidad cadente.

(13) En 1968, se celebró en Constanza (Suiza) un coloquio de escritores y críticos de los países germano parlantes en el que se discutieron algunos de los problemas que rozamos aquí.

Satie, solía repetir en los últimos años de su vida :
« *Quand j'étais jeune, les gens, autour de moi, me disaient : Ah, vous verrez, vous verrez quand vous*

*aurez soixante ans ! Eh bien, maintenant, j'ai plu-
de soixante ans, et j'ai rien vu. »*

CeDInCI

Angel Rama A quien leyere, extranjero

A la España de « *charango y pandereta* » que inventaron los románticos franceses del XIX correspondió, como reflejo desmedrado que se extendió hasta bien entrado el siglo actual, una Hispanoamérica folklórica de gauchos, charros, huasos, y llaneros, todos vestidos parejamente en la misma guardarropía teatral londinense. La falsedad de estas imágenes nacía del ser hijas puras de la imaginación extranjera. Expresaban el soñar ansioso de franceses, ingleses y, muy pronto, norteamericanos, tratando de huir de las prestaciones de su sociedad industrial mediante la invención de fieras criaturas naturales.

Legítimas descendientes del « *bon sauvage* » con que ya antes Rousseau había poblado nuestras selvas americanas, fueron copiadas puntualmente por los hispanoamericanos para proporcionar placer más consistente a quienes las soñaban y eran los señores de más allá del océano. A veces, sin embargo, tal como aquellos indígenas que en el Cuzco copiaban la imaginería religiosa española con tan distraída aplicación que terminaron creando una escuela pictórica original, los escritores hispanoamericanos se distraían del modelo literario y al enfrentarse a su verdad nos daban textos rutilantes como el *Facundo* de Sarmiento, o *Martin Fierro* de Hernández, o *Nuestra América* de Martí o *La vorágine* de Rivera.

Pero seguíamos en la naturaleza a la cual Hegel nos adscribió y sin redención posible porque no se veía comprensión social que llegara a generar la cultura. Por lo tanto parecían inamovibles la copia de lo europeo, la fijeza de lo folklórico : la dispersión de infinitas pequeñas regiones con sus pequeñas costumbres y sus pequeñas vanidades que constituían el provincianismo. La incorporación a la cultura y, a partir de sus estructuras urbanas y racionalizadas, la construcción de una literatura coherente—lo que postulaba, más que una simple serie de libros, la invención de un sistema dinámico—fue el proyecto intelectual que explícitamente se formularon los escritores de fines del siglo XIX. Les llamamos, correctamente, los « *modernistas* », porque ellos nos metieron en la modernidad.

Desde entonces subidos a la barca del mundo, navegamos en ella, aunque ha sido recién en esta última década que el extranjero ha recibido, en vez de aquella imagen que soñaba y se le devolvía con apariencia de realidad por la operación literaria mimética, un conjunto de obras signadas por la autonomía creadora. En ellas puede encon-

trar una realidad emparentable pero que es a la vez distinta de la suya, lo que le autoriza la experiencia de la « *otredad* » y, simultáneamente, la de la « *humanidad* ». Somos otros, pero de la misma especie, qué diablos !

Cuando se producen estas bruscas irrupciones que comunican entre sí literaturas, casi resulta mayor el número de confusiones que el de informaciones. De fama estamos hablando, o sea, en la frase de Rilke, de la suma de todos los malentendidos. Las obras y los escritores resultan extraídos de sus escuelas, sus filiaciones, sus áreas culturales, las épocas o tiempos en que florecieron, desaparece entre ellos la distancia cultural que fingen las edades y, con sus rostros más relucientes e intemporales son estampillados sobre el álbum museo antología que los agrupa. Simples cabecitas para el fotomontaje de un parnaso. Los estructuralistas gustarían decir que todos son sumidos dentro de la « *literaturidad* » lo que para este caso adquiere un aire más persuasivo : tratándose de obras escritas en un período que no supera los cincuenta años, todas corresponden a un mismo movimiento de la literatura, por momentos se diría que a un mismo fraseo estilístico general, en definitiva a la cosmovisión de los contemporáneos que en ellas se reconocerán.

Esta nueva asociación por redes temáticas o estilísticas corresponde a las exigencias que, según pensaba Malraux, introduce el museo para unificar las dispares obras de arte en categorías. Mediciones intemporales, mediciones formales, mediciones temáticas, sin duda son legítimas y hasta convincentes con su airecillo de preanunciar la eternidad, pero no hacen justicia a un arte tan notoriamente anti-museo como es el de la literatura hispanoamericana actual ni a una función tan múltiple como la que aún cabe al escritor de esta región del mundo, quien, como alguna vez teorizó Wright Mills, sigue siendo un hombre inmerso en un pueblo cultural que lo contempla como héroe potencial de vastas hazañas y no meramente como un literato. Del mismo modo sus obras tienen la condición de carbones encendidos : conservan las trazas del proceso artístico e histórico en que se fraguaron y al mismo tiempo concurren a una tarea extraliteraria a la que no se ven reclamadas del mismo modo otras literaturas : la constitución incesante de una nación, la nación hispanoamericana, entidad que nunca ha existido sino en la proclama revolucionaria de los héroes, desde Bolívar hasta Guevara, y en la labor intercomuni-

cante de las obras literarias que, aborreciendo la compartimentación de fronteras en que se desarma un continente, tejieron con furor alucinado su cuerpo unido. Durante largos períodos de la historia han sido las obras literarias las únicas que conservaron vivo el principio de una patria grande. Pero, como en el cuento de Borges, no se puede dar realidad a un sueño si se es irreal, soñado. La actual constitución sistemática de la literatura hispanoamericana coincide con la de una nación hispanoamericana.

Fue en 1881 que José Martí situó con nitidez el problema : « *A pueblo indeterminado, literatura indeterminada! Mas apenas se acercan los elementos del pueblo a la unión, acérquense y condéanse en una gran obra profética los elementos de su Literatura. Lamentémonos ahora, de que la gran obra nos falte, no porque nos falte ella, sino porque esa es señal de que nos falta aún el pueblo magno de que ha de ser reflejo* », con lo cual corroboraba su afirmación programática : « *No hay letras, que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana, hasta que no haya Hispanoamérica.* »

Si hoy, noventa años cumplidos del vaticinio, debemos reconocer la existencia de una literatura hispanoamericana coherente, con su repertorio de temas, formas, lenguajes, con su ciclo de producción y consumo asegurado, con un conjunto de grandes obras que están vinculadas entre sí por las funciones dinámicas de un sistema cultural, es porque, como él dijo, hay Hispanoamérica. Y entendámonos : no la mera acumulación de países y de ciudadanos que superan los ciento cincuenta millones, sino ese elemento aglutinador : la voluntad colectiva puesta al futuro, la conciencia reflexiva de una unidad, la idea de un proyecto en común. No es ninguna casualidad que la irrupción repentina, a borbotones, de la literatura hispanoamericana se produzca en esta última década que ha sido la de la irrupción revolucionaria del continente. La atención que desde 1959 puso el mundo a esta zona olvidada coincidió con la atención que puso a una literatura que existía desde hacía decenios y a la que leyó sobre el trasfondo de su historia contemporánea.

En 1887 el mismo José Martí, quien vivía en Nueva York, fue a escuchar a Whitman que entonaba su treno por Abraham Lincoln. En un artículo fulgurante dio a conocer al orbe de la lengua española un poeta del que dijo que era « *el más intrépido,*

abarcador y desembarazado de su tiempo ». En ese ensayo memorable, reflexionó : « *Cada estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus crónicas y sus décadas.* » Así podemos decir del cuerpo de la literatura hispanoamericana de hoy, tal como se encuentra en las páginas de esta antología, que es la historia viva de un pueblo y que el resto es literatura, como en la despectiva frase de Verlaine. Si ha llegado a constituirse esta literatura autónoma es porque ya existe una Hispanoamérica autónoma cuyas partes están tratando de reunirse : ese orbe podrá escudriñarse mejor en las obras literarias que en las historias oficiales de retórica operática.

Esta literatura ha venido constituyéndose por un proceso acumulativo que es inútil que los escritores finjan desconocer, afirmando que nada tienen que ver con sus padres, que aborrecen ya a los regionalistas, ya a los vanguardistas, ya a los neobarrocos. En los noventa años transcurridos desde la profecía martiana es evidente la fluencia nunca interrumpida de un diálogo interior donde se ha ido consolidando la autonomía y originalidad de la creación literaria hispanoamericana. Por debajo de los manifiestos iracundos o los parricidios de papel, que fueron espuma liviana de estos años agitados, por debajo, las grandes olas continuaron componiendo el mar que permanece. Así vemos que las conquistas que una generación enarbola como banderas, resultan absorbidas en la siguiente, que las maneja como materiales del oficio. No se trata de una tradición, sino de un proceso.

Su comprobación más externa está en la abundancia de narradores y poetas a que se ha llegado y en la frondosidad de sus orientaciones estéticas. En una antología de sostenida jerarquía artística, Hortense Carpentier y Janet Brof han reunido casi cincuenta autores del último medio siglo. Ni un solo nombre habría que tildar de los allí reunidos, pero en cambio podríamos seguir agregando en un mismo plano de calidad, hasta componer un otro tomo de análogas dimensiones. Para ese segundo volumen ya estoy apuntando sugerencias : entre los narradores, Manuel Rojas, Carlos Fuentes, Salvador Garmendia, Fernando Alegría, Mario Benedetti, David Viñas, José Donoso, Juan García Ponce, Reynaldo Arenas ; entre los poetas, Ramón López Velarde, Enrique Molina, Idea Vilariño, Gonzalo Rojas, Tomás Segovia, Eliseo Diego, Antonio Cisneros, Heberto Padilla, Julia de Burgos, Rafael

Cadenas, Noé Jitrik.

Pero el proceso acumulativo tuvo efectos internos más acendrados en las letras. A él le debemos la constitución de una lengua específica de la literatura a la que sólo se llegó a fines de la segunda década del XX luego de ingentes tanteos, soluciones parciales y fracasos. Fueron los poetas quienes primero la articularon utilizando el aporte de las dos generaciones modernistas anteriores, cuando todavía los narradores se demoraban en la lengua enunciativa y lógica del regionalismo. Con Ramón López Velarde, César Vallejo y Vicente Huidobro —poetas cuyas voces se generan bajo el impulso de otros poetas americanos— se constituye esa lengua específica de la literatura, eludiendo el asentamiento sobre el nivel lexicográfico para establecerlo sobre una sintaxis en tensión capaz de devorar las palabras más comunes y, conjuntamente, apropiarse de la realidad circundante. Esa lengua se ramifica de inmediato en las variaciones representadas por Carlos Pellicer, Pablo Neruda, Jorge Luis Borges, Nicolás Guillén, León de Greiff, Luis Palés Matos, antes de resultar la fecundadora, prácticamente la partera de la novela. Porque ni Miguel Angel Asturias, ni Alejo Carpentier, ni Arturo Usler Pietri, ni Agustín Yáñez, ni el Borges narrador, hubieran sido posibles sin esta concepción de la escritura poética a la luz de la cual ellos revisaron la idea de personaje, de estructura narrativa y de fabulación vigentes en su tiempo.

Los contactos de los principales narradores vanguardistas con la experiencia poética—varios de ellos han sido poetas y narradores—fueron tan fundamentales para la reorientación de la ficción hispanoamericana que ellos operaron, como su trato, muchas veces directo, de los surrealistas franceses. En el París de Breton, Soupault, Aragon, Desnos, de los años veinte, estuvieron Miguel Angel Asturias, Ernest Hemingway, Vicente Huidobro, E.E. Cummings, Ezra Pound, César Vallejo, Henry Miller, Alejo Carpentier. Y sin embargo no se conocieron entre ellos. Para todos París era una movable fiesta donde entraban en contacto con una modificación central de la cultura planetaria que se introducía a través de ese meridiano y donde, al cotejarse con una realidad otra se reencontraban con ellos mismos. Quedaba atrás el Londres donde había anidado Henry James ; mucho más atrás el Madrid donde la chispa del « *ultraísmo* » pondría una atención efímera al pasaje de Borges. Esta presunta « *generación perdida* » es en verdad la « *generación recuperada* » de Hispanoamérica,

aquella que se desprende definitivamente del complejo de marginalidad que había venido ahogando a sus escritores, consagrándose ahora a una tarea que se ha tornado clara, que es el diálogo de las culturas con las respuestas americanas al mundo moderno. No importa cuales sean las ideologías y las estéticas, a esa tarea contribuirán todos : Alejo Carpentier descubre que la única realidad de lo maravilloso debe buscarse en Hispanoamérica y no en la baraja manoseada de los surrealistas franceses ; Pablo Neruda hará de la tierra, el mineral y la madera americanas una residencia poética, previa a su reencuentro con la que lo esperaba en Macchu Picchu ; Borges inventa una ciudad monstruosa, casi onírica, que se llama Buenos Aires y remeda al sur una Europa sincrética ; Asturias acomete el primer arquetipo social hispanoamericano, « *el señor presidente* ». Y todavía quedará lugar para las figuras intersticiales de esa generación : Felisberto Hernández, Julio Garmendia, Enrique Labrador Ruiz que descienden a las vidas oscuras para manejarlas con el humorismo recreando la lengua hablada de la calle.

Dentro de ese conjunto de creadores las novelas son las que surgen más tardamente. Hay que esperar a la década del 40 para que se acumulen, invirtiendo el signo genérico de la creación hispanoamericana : parecería que los novelistas suceden a los poetas. Pero es una impresión falsa, derivada de que han aparecido, al fin, novelistas. Para esta fecha ya encontramos una nueva generación en marcha, la que hoy es cabeza intelectual del continente. Tras ella se oyen los pasos de al menos otras dos, apresuradas. Como en el verso de Amanda Berenguer : « *ellos vienen detrás, como tormenta, los jóvenes, los niños, los recientes.* »

Si hubiera que bautizar esa generación a nivel continental, diría que es la de « *los universalistas* » y si tuviera que prototipizarla apelaría a dos figuras que, una desde el sur y otra desde el norte, comparten una misma línea artística y un mismo magisterio. Son Julio Cortázar y Octavio Paz, uno más narrador y otro más poeta, pero ambos múltiples, hombres de la totalidad cultural y a la vez hombres arraigados en una modernidad que empieza por no querer ser cultural, como estatua Rimbaud, y a la que define el ansia inagotable y trágica de la búsqueda, el descubrimiento e inmolación de las formas, el especular retorno sobre sí para verse y devorarse, ya en un poema como *Blanco*, ya en una novela como *Rayuela*, la concepción de la literatura como aventura cognoscente donde cada descubri-

miento es una pista. La herencia de la que partieron—que en ellos lejos de significar ruptura fue aceptación consciente—, la distensión de sus carreras al mundo todo—que en Cortázar y más en Paz postuló una ampliación que absorbió el pensamiento oriental—, la asunción del incesante espíritu de vanguardia—como cifra de una perenne juventud artística—, los ha situado como cabezas visibles de la generación universalista y maestros de la literatura continental. En esta línea de extremación, casi desmesurada, quien los acompaña es José Lezama Lima a quien es normal que Cortázar haya rendido homenaje percibiendo el espíritu iconoclasta y universal que alentaba en su caótica selva bibliotecaria.

Pero la función dominante de esta generación correspondió a un religamiento poético y otras veces crítico, con la realidad hispanoamericana, lo que llamaríamos el adentramiento en la piel de un continente cultural para explicarlo íntimamente. Esa función parte de un drástico cuestionamiento de valores sociales lo que ha permitido definir a estos escritores como los integrantes de una generación crítica y aun hipercrítica. Bastaría con evocar, tras la inicial narrativa de Juan Carlos Onetti, la de José Revueltas, Ernesto Sábato, Carlos Fuentes, Mario Monteforte Toledo o Carlos Martínez Moreno en lo que todos coincidieron, o sea en la desmitificación de sus sociedades. Pero el cuestionamiento también puede ser detectado, aunque en un nivel de complejidad mayor, dentro de la función testimonial, lírica y racional a la vez, con que un sector de hondos narradores religaron zonas olvidadas de la cultura al universalismo de la hora, a la vez que evitaron que aquellas fueran arrasadas por éste; Juan Rulfo, José María Arguedas, Augusto Roa Bastos, debieron apelar a diversos lenguajes poéticos para traducir proyectos artísticos que prácticamente coincidían con actos de trasculturación. Probablemente sean esas las raíces a que deba atribuirse la caudalosa descendencia del surrealismo en América Hispánica, al punto de afirmarse que *es* un continente surrealista, que lo ha sido siempre, desde que el primer español puso su pie. Efectivamente, la técnica del montaje literario surrealista por aproximación de elementos disímiles, lo que un sudamericano llamado Lautreamont designó como el acercamiento fortuito del paraguas y la máquina de coser sobre la mesa de disección, resulta sistema válido para describir un continente que desde 1492 vive sobre el ensamblaje de culturas diferentes, antitéticas si cabe, correspondientes a

niveles de desarrollo muy dispares y a tiempos históricos distintos, y, desde hace cincuenta años es agitado por una urbanización violenta que estruja a millones de hombres provenientes de antiquísimas culturas rurales dentro de las casas, calles y formas de vida puntualmente adaptadas de los últimos figurines de las sociedades industriales. Antes de que lo definiera Breton, esto era el surrealismo para los ojos azorados de Nerval y Lautreamont, y así vuelve a ser vivido por Hispanoamérica, como ley de contraste violento y como ansia de feinscripción en lo maravilloso. Así lo manifiesta su literatura, si se tiende un arco que vaya desde *El señor presidente* de Asturias hasta *Cien años de soledad* de García Márquez, en la novela, y desde *Las cosas* y *el delirio* de Enrique Molina hasta *Delante de la luz cantan los pájaros* de Montes de Oca, incluyendo cenáculos enteros como el de La Mandrágora chilena o el incendiario de El Techo de la Ballena venezolano. Pero del mismo modo que Freud no quería liberar sino encadenar para siempre al inconsciente, los escritores hispanoamericanos de las últimas generaciones muy pocas veces manejan esos explosivos para inventar un baile fosforescente en la selva americana, sino para el progreso de la especie, poniéndolos al servicio de una empresa racional del conocimiento que es paralela a y se traduce por una estructura artística compleja pero severamente construida.

A pesar de las eufóricas propuestas a favor de un « *realismo mágico* » que surgieron durante los años veinte a cargo de los vanguardistas y a pesar de su perfeccionamiento con las soluciones de « *literatura fantástica* » de los años cuarenta que tuvieron epicentro en la revista « *Sur* » de Buenos Aires, la generación inmediata prefirió un cauteloso descenso al realismo, gobernando los impulsos irracionales que habían sido tan prestigiados en una época que Lukacs definió como culminación del asalto a la razón. Este descenso fue prefigurado por los cuentos de Cortázar, si se los coteja con el esquema intelectual del anterior maestro, Borges; en ellos se vio que lo maravilloso se aposentaba en la vida corriente y esto era « *suficiente maravilla* ». Como siempre, los primeros en saberlo fueron los poetas del cuarenta: ya en la formulación intimista que cultivaron Cintio Vitier, Eliseo Diego, Juan Cunha, César Fernández Moreno; ya en la línea individualista y dramática con que se enajenan del surrealismo Nicanor Parra, Idea Vilariño, Gonzalo Rojas, Enrique Lihn: ya en la apropiación crítica de un mundo social, fórmula inmen-

samente mayoritaria, en Sebastián Salazar Bondy, Mario Benedetti, Ernesto Cardenal, Roberto Fernández Retamar, Juan Gelman, Noé Jitric, Milton Schinca; ya en el gobierno de las pasiones, en Alberto Girri o en Jorge Gaitán Durán. El coloquialismo, el prosaísmo, la lengua limpia, callejera, el desvío por el tropo, la desconfianza por las imágenes, al ritmo fluyente del habla, ¿ acaso sobrevive la poesía? Fernández Retamar, que alambica esta poesía del hoy dentro de una centenaria cultura poética elaborando un producto de incesante riesgo, contestó a la eterna pregunta: « *que cualquier cosa sea posible, eso es la poesía* ».

Junto a los poetas iban surgiendo los narradores, marcados por las experiencias de una década que vio la caída sucesiva de los dictadores hispanoamericanos: uno tras otro, Perón, Odría, Rojas Pinilla, Pérez Jiménez, Batista. Se los verá como una generación inicialmente sería que, con una libertad creativa que quizás pudieran atribuir o debieran agradecer a sus padres, reinquirieron en los cauces del viejo realismo social. Podríamos seleccionar seis figuras representativas que cubren el continente: Carlos Fuentes (México), Gabriel García Márquez (Colombia), Salvador Garmendia (Venezuela), Mario Vargas Llosa (Perú), José Donoso (Chile) y David Viñas (Argentina). Ellos son la nueva literatura de Hispanoamérica y si sus evoluciones variadas y a veces imprevisibles, con repentinos giros estilísticos (Fuentes, García Márquez) los han alejado de sus planteos primeros, en lo central de sus obras hay voluntad de conocer el mundo, desenmascararlo y reinterpretarlo, hacerlo de nuevo. Se pudo pensar un momento que, de conformidad con el movimiento pendular de la cultura hispanoamericana, al universalismo del 40 respondía un nuevo regionalismo, instalado en un plano artístico superior. Algo de eso se pretendió con la adjudicación del Premio Rómulo Gallegos a Mario Vargas Llosa en 1967: no sólo se distinguía una novela excepcional, *La casa verde* sino que se proponía a Vargas para continuar el magisterio regionalista de Gallegos. Y sin embargo, más significativo que el territorio temático o la actitud realista, fue el laboratorio experimental al que ingresó la mayoría de estos narradores, decretándose así herederos de Cortázar y Paz, cuya capitania reconocieron. La idea de Cortázar sobre la necesidad de operar la revolución dentro de la literatura resultó asumida a un nivel continental presentándose ese como uno de los modos nuevos, —inesperado— para reemplazar o al menos enriquecer la

anterior posición que preconizaba la asistencia temática, lógica y racionalmente servicial a la revolución social. Con lo cual, si bien se situó a la literatura en un nivel estructural más complejo, respondiendo a la creciente exigencia de su lector real, se creó un campo de tensiones dentro de un cuerpo social que, como el hispanoamericano, abarca tiempos y hasta eras geológicas distintas, a la vez que vive desgarrado por las proposiciones ideológicas. El marco experimentalista se torna autónomo en la acuciosa escritura de Elizondo, parece disolverse en la programática narrativa de González León y consigue una evolución media, compenetrada de la materia, en los cuentos de Antonio Skarmeta, la promesa más reciente de la cuentística latinoamericana. Ese mismo marco rige, inflexionándose de acuerdo con las vertientes culturales de las diversas regiones que consiente la unidad general hispanoamericana, en la creación poética del colombiano Alvaro Mutis, del argentino Roberto Juarroz, del mexicano Jaime Sabines.

Han sido, todas ellas, experimentaciones de índole estructural, que delatan las proposiciones cada vez más complejas a que se enfrentan los escritores del continente y que no deben ser confundidas, como se lo ha hecho, con soluciones de tipo estilístico hablándose de barroquismo de la nueva literatura o de tendencias fantásticas o de inmersión en la investigación lingüística. Aunque, como corresponde a toda concentración sobre el nivel de las estructuras, postula automáticamente una cierta elusión de la historia, que se ha patentizado desde el año 1967, año de *Cambio de piel* y de *Cien años de soledad*, año que sirve de frontera para una serie de creadores narrativos nuevos como Manuel Puig, Germán García, Héctor Sánchez, que visiblemente ponen la sociedad entre paréntesis, año que, como ha recordado Viñas para poner de fondo a las letras argentinas recientes, muere en Bolivia el Che Guevara.

La fecha de una antología, como la de un prólogo, corta bruscamente el río fluyente. En vez de la secuencia cinematográfica nos remite a la foto fija. En este caso nos ofrece dos de escritores muy jóvenes: Javier Heraud a quien la muerte trágica en la guerrilla peruana ha conferido un halo mítico y Norberto Fuentes, el cubano, toda cuya literatura es un combate feroz en las sierras de su isla entre el ejército regular y los bandidos contrarrevolucionarios infiltrados. De un modo u otro la acción revolucionaria los cerca, los inunda, los

obsesiona, los alucina, los conforma. Si releemos los poemas que Heraud escribió antes de ingresar a la guerrilla encontraremos un canto a la vida en versos simples y tensores por los que descendía a una mención despojada del mundo. Si leemos *Condenados de Condado* encontraremos una mirada concentrada y devorada por la acción misma, los objetos y hombres de una pugna que más que social parece, como en su maestro Babel, cosmo-

gónica, porque la intensidad de la escritura y la terrible violencia de las imágenes ascienden el combate a una pugna mítica.

Ambas fotos fijas ofrecen el antes y después de la experiencia de la acción, como un anticipo del incesante cataclismo revolucionario que recorre Hispanoamérica y pone un ascua a toda su literatura.

CeDInCI

José María Blanco White

Antología

Introducción, selección, traducción y notas de Juan Goytisolo.

La historia de la literatura española está por hacer : la actualmente al uso lleva la impronta inconfundible de nuestra sempiterna derecha. El destino póstumo del expatriado español, José María Blanco White (1775-1841) podría servir de ilustración, en efecto, del funcionamiento de los mecanismos de represión y censura que determinan la escala de valores del país según la óptica de nuestros programadores culturales. ¿Qué sabe el lector español de hoy de él y su obra? Si nos tomamos la molestia de consultar los manuales de literatura de los últimos ochenta años hallaremos una serie de opiniones tajantes y exaltados epítetos cuyo origen podemos fácilmente rastrear, de libro en libro, casi sin variación alguna hasta el capítulo IV, libro VII de la monumental Historia de los heterodoxos españoles de don Marcelino Menéndez Pelayo. Lo hemos dicho en varias ocasiones y no nos cansaremos de repetirlo : en España no sólo se heredan propiedades y bienes ; de generación en generación se transmiten, igualmente, criterios y juicios y, con honrosas excepciones, los historiadores y ensayistas del país siguen viviendo aún hoy, en lo que a Blanco concierne, de las dudosas rentas del señor Menéndez. Los libros de Blanco White no han sido reeditados jamás y la vieja represalia nacional del silencio ha operado con él de modo muy simple : negándole la traducción a su idioma nativo y vedándole así, eficazmente, el contacto con sus paisanos. « A quien conozca la obra de Blanco, tanto en inglés como en español, no puede menos de sorprenderle la desproporción existente entre su valor y su escasa resonancia », señalaba Vicente Llorens en su sugestivo ensayo « Liberales y románticos ». Por lo que se refiere a España, agregaba, no hay duda de que su heterodoxia ha tenido que contar decisivamente para mantenerlo en la penumbra que lo envuelve ». La observación es justa y merece que nos detengamos en ella : a diferencia de los demás países de Europa occidental, en donde todo lector capaz de comprender y valorar lo que lee tiene acceso libre a las fuentes de la cultura nacional, el lector de lengua española recibe ésta a través de un filtro purificador destinado a retener toda la escoria susceptible de contaminar los muy puros raudales de la ortodoxia hispana. Separados de la obra de Blanco por el denso telón de silencio y oprobio de nuestros zombis, sus eventuales lectores no han podido arrancarle de la casilla en que lo encerrara el conocido celo apostólico del polígrafo montañés. Mazmorra o sepultura más bien, ¡ y vaya una ! :

la de apóstata, renegado, abominable y antipatriota — que justificaría por sí sola la mortaja piadosa que lo cubre. Pero seamos justos : Menéndez Pelayo tuvo cuando menos la honestidad mínima de acercarse a sus escritos, y sus pareceres — por apriorísticos, inexactos y anacrónicos que sean — se fundan o pretenden fundarse en un examen de los mismos ; sus epígonos, por el contrario, ni siquiera intentaron leerlos. Les bastaba, y sobraba, con el fallo inapelable del Gran Maestro. El que una obra tan rica, compleja y profunda como la de Blanco haya permanecido durante casi siglo y medio sin traducir, muestra con aterradora elocuencia el bajísimo índice de curiosidad intelectual que caracteriza desde siempre a los españoles : salvo los pocos nombres de todos conocidos, el análisis real — no justificativo ni mítico — de nuestra propia historia permanece aún hoy — triste es decirlo — en manos de investigadores extranjeros. Los mismos programadores del consumo interior que por espacio de décadas han privado al público de la Península del acceso a una obra de la magnitud de La regenta siguen actuando con un autor como Blanco White sin que nadie o casi nadie proteste o se escandalice. ¿ Por qué ? Porque, como dijo Cernuda, « en España las reputaciones literarias han de formarse entre gente que, desde hace siglos, no tiene sensibilidad ni juicio, donde no hay espíritu crítico ni crítica, y donde, por lo tanto, la reputación de un escritor no descansa sobre una valoración objetiva de su obra ». Que la atormentada y áspera personalidad de Blanco resultara extraña a sus coetáneos nos parece absolutamente normal. Como dice con razón Vicente Llorens, « sus ideas, su sensibilidad, su lenguaje tenían que ser incomprendibles para quienes seguían aferrados a una tradición que él había abandonado hacía años ». La experiencia nos ofrece a menudo ejemplos del destino amargo de los pensadores y artistas que tienen la clarividencia y audacia de adelantarse a los valores oficiales de su tiempo : perseguidos y negados en vida, su reconocimiento no viene sino más tarde compensando así, de modo póstumo, la injusticia flagrante con que fueron tratados. Pero en España ni siquiera existe dicha compensación : nuestros programadores siguen cargando sobre los hombros de Blanco el delito de la insobornable lucidez que expió dolorosamente en vida. Mientras Inglaterra y Francia, por ejemplo, se sirven de la persona y obra de sus disidentes más célebres para mayor gloria de la cultura e historia nacionales una vez cicatrizadas las heridas del tiempo,

el acierto político y la generosidad moral no merecen entre nosotros ad vitam æternam sino oprobio y silencio. ¿Exageración nuestra? Léanse v. gr. los ensayos de Menéndez Pidal sobre el padre Las Casas, cuyos alegatos antiesclavistas son calificados de « anticuados » y « medievales » en contraposición a la « moderna » y « perdurable » opinión de Vitoria que, llena « de caritativa mesura y de templanza » y de « profundo espíritu de equidad cristiana », distingue nada menos que « siete causas legítimas de esclavitud » : para el fallecido presidente de la Real Academia Española, Las Casas era simplemente un « deslenguado » y un « resentido ». El mismo daltonismo aberrante continúa afectando aún hoy la ejemplar conducta de Blanco con respecto a la insurrección de América. Cuando España ha reconocido desde hace casi siglo y medio la independencia de las repúblicas hispanoamericanas y éstas son, oficialmente hablando, « las hijas amadísimas de la Madre Patria », en lugar de envanecernos del desinterés y perspicacia de Blanco y proponerle de modelo a la consideración de los nuevos países, se le sigue marcando con los epítetos de « renegado » y « traidor ». Los lectores hispanoamericanos de hoy podrán apreciar gracias a las páginas que figuran en el presente número de la revista la lógica y sinceridad de quienes se enorgullecen a un tiempo de la existencia de dieciocho repúblicas de habla española en el Nuevo Mundo y continúan fustigando a Blanco por el imperdonable crimen de haber tomado partido por ellas. Pero dejemos la palabra al inevitable Menéndez Pelayo, cuando analiza la línea política del ex-sacerdote sevillano en su periódico londinense El Español : « Empresa más abominable y antipatriótica no podía darse en medio de la guerra de la Independencia... desde el número tercero comenzó a defender sin rebozo la causa de los incorrectos americanos contra la metrópoli... desafiándose cada vez más, estampó en su periódico las siguientes enormidades : El pueblo de América ha estado trescientos años en completa esclavitud... La razón, la filosofía claman por la independencia de América... » ; tras evocar los estragos de su « venenosa pluma », el señor Menéndez retrata así su actuación política al frente de Variedades (1823-1825) : « Del patriotismo de sus editores júzguese por este dato : empieza con la biografía y el retrato de Simón Bolívar (!)... Allí, por último, llamó agradable noticia a la de la batalla de Ayacucho. » No es necesario continuar : con el botón de muestra basta para que comprendamos la indole del

« amor » que Menéndez Pelayo, y quienes piensan como él, profesan a los pueblos liberados por Bolívar cuando se hinchan la boca de frases sonoras y nombres talismánicos como Raza, Hispanidad y Madre Patria. De haber vivido entre 1810 y 1824, no resulta aventurado suponer que habrían disparado sobre ellos.

La selección que a continuación publicamos ha procurado abarcar las múltiples facetas de la vasta y heterogénea obra de Blanco, tanto en inglés como en español, desde sus vibrantes artículos de El Español y Variedades hasta las páginas admirables de sus Letters from Spain y de su sobrecogedora autobiografía. Nacido en Sevilla en el seno de una familia de mercaderes de origen irlandés que hispanizó su original apellido de White, José María Blanco abrazó en su niñez la carrera sacerdotal a fin de satisfacer los deseos maternos y su propia necesidad de cultura. Ordenado de sacerdote en el año 1810, perdió poco después la fe religiosa, se trasladó de Sevilla a Madrid y, al producirse la invasión del ejército napoleónico, abrazó de mala gana el bando anti-francés, previendo con razón el retorno del absolutismo y la intolerancia con el mal deseado Fernando. Tras dirigir el Semanario Patriótico hasta su suspensión por la Junta Central, aprovechó la oportunidad de la llegada de las tropas francesas a unas leguas de Cádiz para refugiarse en Inglaterra en febrero de 1810. Allí, edita el ya mencionado Español y, atormentado de nuevo por inquietudes religiosas, se afilia a la Iglesia anglicana y escribe numerosas obras polémicas contra Roma : Practical and internal evidence against Catholicism, The poor man's preservative against Popery, Second travels of an Irish gentleman in search of a religion, etc. A partir de 1829 se aleja paulatinamente del anglicanismo hasta romper de modo definitivo con él en 1835 y declararse unitario. En los últimos años de su vida su enemiga a todas las Iglesias y al concepto de ortodoxia deriva, a través de sus diarios y su correspondencia con Channing y Stuart Mill, hacia un deísmo racionalista que abandona la teología por el estudio de la nueva filosofía alemana. En 1839, enfermo de gravedad, parece haber sentido nostalgia de su país nativo, en cuya lengua escribe algunos hermosos poemas que se publicarán después de su muerte, acaecida en 1841.

La importancia evidente de la obra de Blanco resalta todavía si tenemos en cuenta la extrema penuria de talentos de que adolece la literatura peninsular de su tiempo : desde el eclipse del genio

creador español en la segunda mitad del siglo XVII, ¿ de qué nombres pueden enorgullecerse las letras hispánicas — nombres que puedan competir con los de Francia, Inglaterra o Alemania ? Si descontamos dos o tres, ¿ qué autores nacionales pueden traspasar nuestras fronteras hasta la aparición casi milagrosa de un Bécquer, un Clarín, un Galdós ? No es de extrañar entonces que, ante panorama tan yermo, escritores y lectores de Hispanoamérica hayan buscado su inspiración y estímulo en el ámbito de las literaturas ultrapirenaicas. Las duras palabras de Sarmiento sobre la España que visitara en 1846 reflejan crudamente esta situación : « ustedes no tienen (hoy) autores, ni escritores, ni sabios, ni economistas, ni políticos, ni historiadores, ni cosa que lo valga... ustedes aquí y nosotros allá traducimos ». Con toda razón, Sarmiento no había visto « más libro español que uno que no es libro, los artículos de periódico de Larra ». La irritación que sus juicios suscitara en la Península no se ha calmado aún, pero la escueta realidad persiste en confirmarlos. La España de la primera mitad del XIX no podía ofrecer cosa alguna al apetito intelectual de un Sarmiento, aparte de los artículos de Larra y, añadiríamos nosotros, el teatro de Moratín. El único nombre que podríamos agregar al de éstos era desde 1810 el de un hombre oficialmente maldito y, en lugar de vindicarlo, la casta gobernante en España se aplicaba ya, con tenacidad digna de mejor causa, a adensar en torno a él el silencio que entre nosotros prepara y anticipa el olvido. Su victoria mezquina ha mutilado gravemente la literatura española de la época, privándola de uno de sus vástagos más pujantes, en nuestra opinión el mayor. Seamos claros : los mismos que se lamentan hipócritamente del juicio

severo de Sarmiento sobre nuestros « valores » inexportables, apechan con la negra responsabilidad de haber impedido la difusión de la obra de un compatriota que, por múltiples razones, es susceptible de alimentar la curiosidad de los lectores de uno y otro hemisferio — obra que cualquier otro país que no fuera el nuestro, se habría apresurado a exportar.

Nuestra opinión sobre la España post-fernandina coincide con la de Sarmiento : como él, estimamos contraproducente la propensión nacional a revestir y engalanar la miseria intelectual y artística y a servir eventualmente gato por liebre. Poco, muy poco de cuanto se ha escrito en la Península por espacio de aquellos años despierta en nosotros un sentimiento de admiración pasado el primer impulso de dolidia solidaridad. Pero por ello mismo, el silencio de muerte que reina en el país da un alcance y emoción mucho mayores a gritos solitarios como el que a continuación escuchamos. La candente actualidad literaria y política de la obra de Blanco White le permite cruzar con éxito las barreras del espacio y el tiempo. Su defensa de la imaginación, su denuncia de la ortodoxia y el dogma hallan un eco inmediato en la problemática de la literatura latinoamericana de hoy, en el fenómeno regresivo de las nuevas Iglesias que asfixian las aspiraciones revolucionarias de los pueblos. Como decía Malraux hablando de Goya, « su voz, es la voz amordazada de España » : voz que en 1971 reconocemos nuestra — voz descondicionada, profética, libre que brota del infierno en donde, para vergüenza de todos, permanece todavía errada.

J. G.

Es verdad que en todos los países y épocas, los acontecimientos principales de la vida humana se relacionan de modo inseparable con algunos de los incidentes más nimios de la infancia... En lo que a mí respecta, el curso y carácter de mi vida se sellaron desde el momento en que expresé mi deseo pueril de ser sacerdote. No obstante, el amor al saber que me llevó arderamente al camino de la desventura no ha despedido nunca a su víctima y es probable que nunca hubiese hallado la dicha en un estado de tosca ignorancia. Escasa y duramente ganada como es la provisión de que se nutre mi espíritu, no me desharía de ella por una vida entera de despreocupado placer; y si la fuerza de las circunstancias no me dejó otro camino de goce intelectual que el que tan penosamente he hallado, bendigo el momento en que entré en él y sólo maldigo la fatalidad que me hizo nacer en un país católico (1).

Los efectos de la confesión en las mentes jóvenes son por lo general desfavorables a su paz y virtud futuras. Debo a dicha práctica el primer sabor del remordimiento cuando mi alma se hallaba todavía en un estado de inocencia infantil. Las reglas solemnes de la ley penitencial habían impresionado mi fantasía y la palabra «sacrilegio» me había hecho temblar al oír decir que el acto de ocultar cualquier pensamiento o acción cuya rectitud fuesen dudosas me haría culpable de los peores crímenes y aumentaría gravemente mi peligro de sufrir los tormentos eternos. Mis padres, en este caso, no hicieron más que cumplir con su deber, conforme a las normas de su Iglesia. Pero aunque habían logrado despertar mi temor al infierno, éste era, con todo, demasiado débil para vencer una vergüenza pueril que convirtió la revelación de una nadería en una empresa superior a mis fuerzas. Llegó al fin, el día señalado en que debía ir a ver al confesor. Ora vacilante, ora resuelto a no incurrir en un sacrilegio me arrodillé ante al sacerdote, dejando no obstante el último lugar, en mi lista de pecados, al abominable crimen: creo que el hurto insignificante de un pajarillo. Pero cuando llegué al punto temido, la vergüenza y confusión se adueñaron de mí y la acusación se atascó en mi garganta. La culpa imaginaria de este silencio acosó a mi espíritu por espacio de cuatro años, acumulando horrores a cada confesión sucesiva e hinchándolos hasta transformarlos en un espectro aterrador cuando, a la edad de doce años, tuve que recibir la comunión. Continué en este lastimoso

estado hasta que, con el progreso de la razón, reuní, a los catorce años, fuerzas suficientes para descargar mi conciencia mediante una confesión general del pasado. No hay que suponer que se trata de un caso singular, motivado por un sentimiento morboso o la índole de mi educación primera. Pocos en verdad, entre los numerosos penitentes que he examinado, han escapado a los males de semejante estado... Vista a distancia, la necesidad de la confesión es más ligera que una pluma en la balanza del deseo mientras que, en un período subsiguiente se convierte en un castigo de la escrupulosidad: un instrumento para embotar el sentido moral mediante la multiplicación de los motivos de remordimiento, y dirigiendo sus mayores temores contra imaginarios crímenes (2).

Pero debo regresar aquí a un período mucho más temprano de mi vida, lo que haré de muy buen grado pues me dará la ocasión de corregir un lapsus de la memoria con respecto a los libros que leí en mi niñez. Cuando toqué el tema, olvidé mencionar una traducción española del *Telémaco* de Fenelón, que mi padre tenía en su minúscula biblioteca de una media docena de libros. Lo leí y releí tan a menudo cuando contaba tan sólo seis o siete años que me lo sabía casi de memoria. El efecto que ejercía sobre mi imaginación era poderosísimo, y no limitó su influjo a esta simple facultad. Curiosamente, mi primera duda acerca de la verdad del cristianismo la motivó este libro cuando no había cumplido aún los ocho años. Mi recuerdo de cuantos pormenores se relacionan con aquella vacilación pasajera es clarísimo. La descripción de los sacrificios ofrecidos a los dioses me llenaba de deleite; a más de ello, sentía una fuerte simpatía por los personajes principales del relato. La diferencia entre su religión y la mía me impresionaba fuertemente y mi admiración por su prudencia y coraje me sugería la pregunta de por qué nos sentíamos tan seguros de que su culto religioso fuese falso. Este argumento me absorbió durante algún tiempo y, cuando llegó el día de confesarme y consulté el catálogo de pecados que figura en el libro de Preparación, sentí la necesidad de acusarme de dudas contra la fe. A medida que escribo, aparece con nitidez en mi mente el sitio donde se alzaba el confesionario y veo el rostro del dominico que solía otorgarme la absolución: se llamaba padre Borea, un hombre grueso, sonrosado

(1) *Letters from Spain*, Londres, 1822, p. 82, 84-85.

(2) *Idem*, p. 76-78.

y de muy buen carácter, a pesar de que era teólogo asesor del Santo Oficio y odiaba de todo corazón a los herejes como parte de su profesión. Al acusarme, expuse lisa y llanamente mi argumento. El asombro del fraile por poco le hizo caer de espaldas en el confesionario; no obstante, valiéndose de las frases más dulces que posee el idioma español para dirigirse a los niños, me preguntó: *Ángelito, ¿qué libros lees?* Le respondí con sencillez que el único libro que leía era el *Telémaco*. Al oír esto se sonrió y, tras exhortarme a que no inquietara mi cabecita atolondrada con semejantes problemas, me absolvió de todos mis pecados, sin prohibirme siquiera la lectura del libro, causa inocente de mi escepticismo. Creo que si hubiera tenido el don de la profecía me habría retorcido el cuello de buena gana, previendo que llegaría el día en que los propios herejes que él hubiera quemado con alegría, me habrían de encontrar, para su gusto, excesivamente herético (3).

Mis temores de ser desgraciado en el seno de la Iglesia crecieron de tal modo que, aunque con inmenso dolor, decidí expresarlos con entera franqueza. Mi madre escuchó mis palabras con todas las señas de congoja que un ardiente carácter femenino, alentado por sus creencias religiosas, manifiesta infaliblemente cuando su voluntad es contrariada. Desde aquel día no me miró una sola vez sin que las lágrimas no asomaran a sus ojos. A la verdad, si menciono mi absoluta debilidad y desamparo siempre que me enfrento al hecho de causar dolor a un ser humano, y sobre todo a alguno a quien quiero personalmente, no es con el propósito de elogiarme sino más bien al revés. El sentido del deber me ha sostenido, según creo, en muchos casos difíciles mientras que una conciencia insoportable de mi esclavitud mental me ayudó a arrancarme de mi familia y país, pero estoy convencido de que la mayor parte de las cosas que no he tenido el valor de desatar se deben a dicha debilidad. ¿Qué podía esperarse de un mozo de veinte años con menos experiencia de la vida que un escolar inglés de doce? No obstante, acallando el dolor de mi corazón, tuve el valor de persistir en mi actitud por espacio de un mes. Mi padre hubiera podido ayudarme, pues su juicio era sereno y no confundía nunca sus propios deseos con los deberes religiosos... Recuerdo que la víspera del día en que debía sujetarme irrevocablemente a la Iglesia y a una vida de celibato, me llamó aparte y me aseguró que aún estaba a tiempo de cambiar de determinación: si aborre-

cia la profesión para la que había sido educado, dijo, se esforzaría en buscarme otra. Uno o dos años antes me había dado esa garantía para asegurar mi libertad de elección... Pero llegaba demasiado tarde: en aquel momento estaba bajo el hechizo del afecto de mi madre y no podía concebir mi propia felicidad sin la existencia de la suya. Por otra parte, había ganado para sus fines a cuantas personas, viejas o jóvenes, podían influir sobre mí. Su auxiliar más poderoso fue Arjona. Creo que en la época de mi subdiaconado se había ordenado de sacerdote y era ya mi confesor — autoridad que ejerció alrededor de dos años. Todas las personas implicadas en la conjura — pues ciertamente la hubo — de aprisionarme en la Iglesia obraron por motivos que no puedo censurar. Todas me querían; todas eran sinceras; y la Providencia había decretado para mi propio bien cuantos pasos llevaron a cabo. Pero, ¿qué amargura de corazón debe de haber sufrido mi pobre madre desde el día en que la angustia insoportable de mi espíritu me llevó a abandonar su casa por primera vez y buscar en Madrid una pobre sombra de libertad! ¿Cuál habrá sido su angustia al verme partir a Inglaterra sospechando fuertemente en mi resolución de no retornar jamás...! Cedió, pues, y, al hacerlo, confundí la alegría de secar las lágrimas de mi madre con una renovada inclinación a la vida sacerdotal (4).

1802. — A la edad de veintisiete años podía considerar que me hallaba no sólo en posesión de un medio de subsistencia decoroso y holgado, sino también al alcance de promociones más altas conforme a los mismos medios limpios e independientes que me habían procurado la que ya disfrutaba. Si va a decir verdad, mi acceso a las dignidades superiores de la Iglesia habría sido casi una simple cuestión rutinaria...

...¿Quién hubiera podido pensar que, en tales circunstancias, y justo en el momento en que con toda seriedad y conciencia me entregaba a los deberes de mi profesión, caería sobre mí una tormenta intelectual y moral que barrería de golpe todas las huellas religiosas tan larga y penosamente grabadas en mi espíritu, volvería odiosa la perspectiva de honores y emolumentos eclesiásticos y haría absolutamente intolerable mi estancia en el país nativo? Sin embargo, esto fue lo que acaeció, a pesar de una obstinadísima resistencia mía (5).

(3) «*Life of the Reverend Joseph Blanco White written by himself*», Londres, 1845, vol. I, p. 18-19.

(4) *Idem*, vol. I, p. 51-52.

(5) *Idem*, vol. I, p. 108, 111.

En lo que a mí respecta, declaro solemnísimamente que mi repudio del cristianismo acaeció en un período en que mi conciencia no podía reprocharme ninguna infracción abierta del deber, fuera de las que cometí varios años antes; que durante la transición de la creencia religiosa a la incredulidad, el horror a los pecados contra la fe, profundamente arraigado en mi alma por la educación, me acosó día y noche; y que empleé todos los medios de mi inteligencia en contrarrestar las dudas involuntarias que diariamente adquirían fuerza irresistible (6).

Cuando me recobré de la sacudida que me produjo este cambio violento, mis pensamientos se centraron en las circunstancias difíciles de mi situación; ¿Qué debía hacer? La naturaleza me había vedado la posibilidad de ser hipócrita, aun en el caso que hubiese querido serlo. Abandonar mi profesión era imposible: la ley del país lo prohíbe e interpreta la renuncia voluntaria de todos los cargos sacerdotales como una prueba de herejía... Si hubiera sido capaz de vivir como otros muchos miembros del clero, sacando el mejor partido de las circunstancias, disfrutando de mis opiniones y gustos bajo una leve carga de conformidad externa y un porte de gravedad afectada, mi condición habría sido muy llevadera. Pero el disimulo, especialmente en dichas cuestiones, me ha resultado siempre intolerable. Si me hubieran confiado los secretos de toda la Creación a condición que no los revelara, dejando a quienes me rodeaban en la ignorancia y error, mi corazón no habría soportado tal peso. No obstante, este sufrimiento habría sido insignificante comparado con el que estaría condenado a sobrellevar cuando un afecto desgraciado me condenara a amar a escondidas y disimular unos sentimientos que, aunque inocentes en sí mismos, una execrable superstición había pervertido y envenenado. Con esas fuentes de angustia interna, el mundo no podía ofrecerme ninguna compensación (7).

1808. — Pero había algo en mi pecho, que me habría impulsado a sacrificarme gustosamente por el pueblo entre el que crecí hasta que me hice hombre, si hubiera habido un poder capaz de librarme del peso aplastante del sacerdocio; y, no obstante, con toda su carga encima, tuve bastante patriotismo para, en vez de permanecer con el bando francés sostenido por los ejércitos hasta entonces invictos de Napoleón, abrirme camino, a través de fatigas

y peligros, hasta la sede misma del fanatismo, Sevilla, en donde me ví obligado a reanudar mi aborrecido y largo tiempo descuidado oficio de hierofante ante una multitud ciega, ignorante e ilusa. ¿Quién, entonces, era el verdadero patriota? ¿Quién, como yo, siguió a la mayoría de sus paisanos contra su propia convicción, porque no quería verlos forzados a aceptar lo que juzgaba bueno para ellos o quienes, agregándose a sus filas, siguieron el mero impulso de sus sentimientos, por no decir el de sus ambiciones y deseos personales? Si se hubiese afianzado el gobierno de José Bonaparte, mi patria habría dejado de ser para mí un lugar de servidumbre mental; con todo, desde el instante en que oí que mi propia provincia se había alzado en armas, abracé mis cadenas y volví sin demora al lugar en donde sabía que me desollarían más: a Sevilla — la ciudad más fanática de España —, en aquel momento bajo el dominio absoluto de una plebe supersticiosa e ignorante, guiada por esa porción del clero que era para mí objeto de un desprecio y horror igualmente grandes; regresé, si con constante peligro de mi vida, a través de provincias convulsionadas por una anarquía feroz y sanguinaria, con incomodidades mayores que las que habría soportado el último campesino inglés que viajara en carreta. La conciencia de mi conducta íntegra y el sacrificio que realizaba en aras de la voluntad mayoritaria del país me sostuvo a lo largo de escenas de confusión y barbarie; pero me sentí asqueado de la vida cuando ví el panorama que ofrecía Sevilla. Intrigas tan ruines como inicuas habían llevado a algunos de los hombres peores o más débiles de la ciudad a la Junta que ejercía el mando supremo; mientras se encubrían los crímenes más repugnantes, los agentes empleados en la ejecución de venganzas privadas eran promovidos y recompensados. Pero no estoy refiriendo la historia de acontecimientos públicos: sólo deseo responder a las suposiciones injustas que contra mí se han lanzado (8).

¿Qué mente humana hubiera podido preveer en 1807 que, tres años más tarde, mis propios padres me instarían a dejar mi país por Inglaterra? Y no obstante, es lo que acaeció. Sabrá usted que Napoleón entró en España con el propósito de

(6) « Practical and internal evidence against Catholicism, with occasional strictures on Mr. Butlers book of the Roman Catholic Church », Georgetown, 1826, p. 18-19.

(7) « Life... », vol. I, p. 112, 117.

(8) *Idem*, vol. I, p. 141-143.

instalar a su hermano José en el trono de este país y que por un momento pareció realizar sus deseos, cuando sus ejércitos llegaron a la vista de Cádiz y amenazaron con extinguir la última esperanza de los españoles. Yo estaba por estas fechas en Sevilla, mi ciudad natal. Mientras se acercaban las tropas francesas, todos los que no querían someterse a su gobierno y disponían de medios para trasladarse a otro lugar, trataban de adelantarse, volando hacia Cádiz. Mis padres no podían abandonar su hogar pero, como aborrecían a los ocupantes y odiaban la injusticia de su invasión, se sentían ansiosos de verme lejos de la ciudad. Aquí ví la coyuntura más favorable de ejecutar mi plan, tanto tiempo demorado, de escapar a la tiranía religiosa bajo la que gemía y, pretextando que no me sentía seguro en Cádiz, arreglé en cuatro días mi partida a Inglaterra. Sabía que era para siempre y el corazón me duele al recordar la última vez que vi a mis padres. Unas semanas después, estaba en estas orillas (9).

Usted, mi querido amigo, tuvo la suerte de nacer en un país absolutamente libre de la tiranía religiosa. Si hubiese usted nacido en España y poseyera no obstante la libertad de espíritu de un inglés, no se asombraría de la determinación que me hizo abandonar padres, parientes, amigos, riqueza, país y lanzarme al vasto mundo, a la edad de treinta y cinco años, confiando en mis propios esfuerzos para mi subsistencia. Todo para escapar simplemente a la tiranía religiosa (10).

Sí: soy un refugiado; pero no de las leyes: he respetado hasta las que he mirado como bárbaras en mi país y han hecho la infelicidad de mi vida. Estuve en mi puesto y serví a España con las armas que mi educación y profesión me habían dado... Miles de disculpas tenía para quedarme en mi casa, esperando como otros muchos el fin de todo, en indiferencia. Huí de los franceses, mas no para someterme a otra especie de tiranía: no para someterme a la Regencia, que me ha perseguido. Teniendo que buscar una segunda patria, Inglaterra debía serlo para mí antes que otra... Si he salido de España ha sido para no tener que expresar mis opiniones a medias (11).

La aversión al espíritu de persecución que me hizo renunciar a mi país natal es quizás el sentimiento más enérgico de mi corazón. Era natural por lo tanto que, tan pronto como conocí al enemigo más

poderoso con que el pontificado haya topado nunca, adhiriera a él con toda mi alma. La Iglesia anglicana era para mí lo que imaginó serían los caballeros de Malta para los esclavos cristianos escapados de las mazmorras de Argel en una de las galeras de la Orden. Ha sido necesaria una larga experiencia, mía y del asunto de mi elucidación, para hacernos advertir que ninguno de nuestros refugios era la morada de completa libertad que buscábamos. Pero mirando la Iglesia anglicana — como hice durante un dilatado período — en calidad de uno de los adversarios más formidables de los abusos de Roma, mis ojos estaban todavía demasiado deslumbrados para percibir los defectos esenciales de su constitución y la estrechez de su tolerancia, hasta que los acontecimientos del año 1829 me desengañaron, no sin resistencia y dolor por mi parte (12).

Ardua, realmente, y fiera ha sido la lucha con la que he ganado mi libertad y condenado estoy para siempre a sobrellevar las señales de mi primera servidumbre (13).

Pero ningún peligro o sufrimiento me ha disuadido, en el curso de mi vida, de la búsqueda de la verdad (14).

Blanco o White?

¿Será posible que la lengua en que esto se escribe, esté destinada para siempre a no expresar más que ideas que el mundo civilizado no puede oír sin desdén? ¿Se verá, para siempre, obligado el que la hable desde su niñez, a quitarse la máscara, cuando salga de su patria: a avergonzarse de que lo tengan por español de la calidad y opiniones que exige su gobierno — que la España política exige? El escribir o hablar en mi lengua nativa, siempre me es doloroso. El eco de la hermosa y desgraciada lengua española, trae consigo a mi oído, como si fuese el rumor lejano de una

(9) « The poor man's preservative against Popery » in « The great Red Dragon, or the master-Key to Popery », editado por Anthony Gavin, Boston, 1854, p. 288.

(10) *Idem*, p. 292.

(11) *El Español*, nº 11, p. 349; *Idem*, nº 7, p. 64.

(12) « Observations on heresy and orthodoxy », Londres, 1835, Prólogo, p. VIII.

(13) « Letters... », p. 73.

(14) « Practical... », p. 35.

mazmorra en que hubiese sufrido encarcelamiento, grillos, heridas e insultos : y donde hubiese dejado los amigos más queridos, sufriendo los mismos males sin remedio ni esperanza.

Tal vez soy víctima de una sensibilidad extremada sobre ciertas materias, enlazadas con la libertad moral del hombre ; pero, supuesto que ni los años, ni la mudanza de cielo, hacen mella en mis sentimientos, ¿ qué me queda sino mimarlos, e impedir que me destrocen ?

Yo escribiría en español si alguna porción de país en que se hable esta lengua, estuviese dispuesta a oírme sin reserva. Mas esto no es posible, porque la lengua española ha llevado consigo la superstición, y esclavitud religiosa, donde quiera que ha ido. He aquí la gran dificultad, y penosa molestia con que he tenido que contender siempre que he escrito en español, y especialmente en esta última época (1).

Desde que abandoné *El Español* había escrito excepcionalmente en castellano poco más que un puñado de cartas. Por espacio de varios años, el hábito de pensar en mi lengua nativa permaneció en el más completo descuido. La tentativa de renovarlo, aun ocasionalmente y justo cuando, desde mi llegada a Inglaterra, escribía en latín a ratos perdidos, resultaba siempre muy penoso. En semejantes ocasiones me siento perplejo respecto a mi propia identidad y tengo que despertar como de un triste sueño y convencerme a mí mismo que no estoy de nuevo en aquel país objeto a la vez de mi amor y mi aversión, reviviendo mis afectos sólo para tener que desgajarme otra vez, con peligro y dificultad renovados, de un pueblo al que me siento unido, a fin de escapar a unas instituciones que aborrezco... (2).

Ser de Sansueña

Nuestros corruptores y enemigos mortales se llaman religión y gobierno. Establecer de un modo convincente las pruebas prácticas de esta afirmación audaz sobrepasa indudablemente mis medios. Con todo, tal es la fuerza de mis pruebas sobre tan triste materia, que casi dominan mi espíritu con intuitiva evidencia (3).

El despotismo español no es de aquel temple insultante y colérico que conduce a todo un pueblo a la locura. No es el despotismo del capataz, cuyos

latigazos siembran deseos de venganza en el corazón de sus esclavos. Es la cuidadosa previsión del granjero que castra a la res cuya fuerza teme. El desgraciado animal crece ignorante de la mutilación y, después de una breve doma, podemos pensar que termina por amar el yugo. Tal es, creo yo, nuestro estado (4).

España (con dolor lo repito, y con pena lo he creído por mucho tiempo), España es incurable. En ella están arraigados los principios más funestos y enlazados de modo que no hay poder humano que los separe. La ignorancia mantiene a la superstición y la superstición a la ignorancia. Así seguirá (si Dios por medios extraordinarios no lo remedia) de generación en generación, de siglo en siglo, desmoronándose poco a poco, y destrozándose por sus manos, de cuando en cuando (5).

No hay país español (llamo así a cuantos hablan la lengua de Castilla) que no necesite una reforma completa... Los primeros derechos que el hombre en sociedad debe defender son los de pensar libremente, y manifestar sus pensamientos por acciones que no perturben el orden... Pero, donde el partido más fuerte no se contenta con esto sino que exige un tributo de disimulación e hipocresía, allí no hay patria : huya de tal suelo el hombre honrado (6).

II. — Judíos, moros y cristianos.

Las circunstancias que acompañaron el crecimiento de la nación española desde el tiempo de Pelayo a la conquista de Granada por Fernando e Isabel, produjeron necesariamente el espíritu de fanatismo e intolerancia religiosa que constituye aún hoy el rasgo más característico de ese pueblo... Un combate tan prolongado y fiero ha asociado inseparablemente en el espíritu de los españoles toda idea de honor con ortodoxia y cuanto es odioso e indigno con heterodoxia y disconformidad. Cuando fue conquistado el último de los reinos moros y los mahometanos que no habían querido abandonar el país de su nacimiento quedaron a la

merced de sus vencedores, el antiguo espíritu de rivalidad marcial cedió completamente el paso a una singular mezcla de odio, temor y desprecio que transformó la diferencia de credos en una fuente imaginaria de polución e hizo de la ortodoxia el fundamento de una presunta superioridad de naturaleza que distinguía la casta superior de las inferiores y degeneradas. Hasta entonces, solamente los judíos habían vivido en una condición suficientemente abyecta para crear esta clase de aversión. Pero conforme aumentaba el número de esclavos moros y ni judíos ni mahometanos eran santificados con la ceremonia del bautismo, los españoles cristianos dejaron de distinguir unos de otros. La noción de *pureza de sangre*, que había influido escasamente en el espíritu público de los primeros tiempos de la monarquía, creció hasta convertirse en el prejuicio nacional más arraigado. La denominación de *honrado*, que la pureza de origen confiere al español, incluso al de condición humildísima, y que, aunque habitualmente emparejada con la calificación de *hombre de bien*, se suele juzgar muy por encima de este elogio, creó una especie de señorío entre las clases bajas. El campesino más pobre se sentía tan orgulloso de su sangre cristiana impoluta y genuina como los Grandes, de sus pomposos títulos. Tanto los campesinos como las gentes medias estaban en realidad más apegados a esta imaginaria distinción, porque los miembros de la nobleza alta e incluso los monarcas, seducidos por las amables partes de algunas hermosas inieles, habían transmitido con no poca frecuencia a su posteridad el reproche tan español de tener entre sus antecesores alguno que *recibió el bautismo de pie*...

La primitiva Inquisición, cuyos poderes fueron conferidos a los dominicos para la destrucción de los albigenses de Francia y el reino de Aragón, y que se introdujo en Castilla hacia mediados del siglo XIII procedente de aquellos países, halló a los enemigos de la Cristiandad y de la nación perfectamente identificados en la opinión pública del reino. Por una asociación de ideas sumamente natural en un rudo pueblo de guerreros, la aversión religiosa que la animosidad nacional había dirigido contra los moros envolvió a todos los que, como ellos, eran motejados de enemigos de la Cristianidad. La distinción entre un herético y un musulmán resulta aún hoy demasiado sutil a numerosos españoles, en especial en las provincias del interior. La Iglesia condenaba a ambos y era deber de todo fiel cristiano el confundirlos en un aborrecimiento

idéntico. Los propios inquisidores no establecían ninguna distinción entre el converso mahometano relapso, el judío que cumplía secretamente las ceremonias de su ley y el cristiano reformista que, evangelios en mano, protestaba contra las innovaciones de la Iglesia de Roma. Todos eran ligados a la misma estaca y perecían en el mismo fuego. Sus nombres llenaban indistintamente las inscripciones públicas que transmitían el recuerdo de las víctimas a la vergüenza de la posteridad. Los hijos y los hijos de sus hijos eran incluidos en una casta degradada, que nunca podía recobrar de la infamia. Jamás poseyó el fervor religioso armas como éstas : la importancia que la persecución da a las víctimas ha derrotado a menudo sus esfuerzos y el honor que la firme resistencia otorga a los mártires embota el filo de las torturas y confunde la crueldad de los fanáticos. No así con la Inquisición española : su censura tiene de inmediato el poder de asimilar en una misma categoría el cristiano sincero, que ama el evangelio en su pureza original, al musulmán o judío que lo rechazan y de exponerle así al desprecio y aversión de su país (1).

Existe otra distinción de sangre que, según entiendo, es propia de España y a la que la masa del pueblo se halla tan ciegamente apegada que el campesino más humilde juzga su ausencia como una fuente de miseria y degradación que está condenado a transmitir a toda su posteridad. La menor mezcla de sangre africana, india, mora o hebrea tinte la totalidad de una familia hasta la generación más distante. El conocimiento de tal hecho no desaparece en el curso de los años ni llega a pasar inadvertido en razón de la obscuridad o insignificancia de los interesados. Ningún chiquillo de esta populosa ciudad ignora que un atepasado de una familia que, desde tiempos inmemoriales, posee una tienda de confección en el centro de la ciudad, fue penitenciado por la Inquisición por relapso en el judaísmo. Recuerdo muy bien que, cuando era niño, tomaba a menudo aquel camino, sin atreverme casi a mirar de soslayo a la linda muchacha que servía constantemente en la tienda, por miedo, me decía entre mí, de causarle vergüenza. Una persona libre de sangre impura es definida por la ley, *cristiano viejo, limpio de toda mala raza y mancha*. La severidad de esta ley, o más bien, de la opinión pública que la impone, cierra a sus víctimas las puertas de todo cargo estatal o eclesiás-

(1) *Variades*, nº 9, octubre 1825.

(2) « *The Life...* », vol. I, p. 394.

(3) « *Letters...* », p. 57.

(4) *Idem*, p. 35.

(5) *Variades*, vol. I, nº 7, abril 1825.

(6) *Idem*, vol. I, p. 104-12.

(1) « *A visit to Spain* », *The Quarterly Review*, nº 29, 1823.

tico y las excluye incluso de las Fraternidades o asociaciones religiosas abiertas de otro modo a las personas de condición inferior. Creo realmente que si san Pedro fuera español, o bien negaría la entrada en el cielo a la gente de sangre impura, o la enviaría a un rincón apartado, en donde no pudiera ofender la vista de los *cristianos viejos* (2).

Frecuentemente me he entretenido en consultar la voluminosa colección de documentos relativos a la pureza de sangre y el honorable origen de los miembros de mi Colegio. No obstante la extrema prudencia que se ha usado siempre en el proceso de admitir los candidatos a la prueba pública de linaje, cuando me encargué de los Archivos en 1800 — el año de mi rectorado universitario — había el historial de dos casos de recusación por « *sangre manchada* ». Los candidatos rechazados eran hombres bien relacionados; pero, en el examen, apareció que uno de sus antepasados había sido judío. Esto era más que suficiente para poner fin a sus esperanzas de ser admitido en la honorable sociedad de un Colegio Mayor...

El menor rumor de una levisísima mancha de sangre judía, mora o africana; de un castigo infligido por la Inquisición a cualquier allegado, por remoto que fuere; de haber sido alguno de ellos criado o ejercido alguno de los oficios llamados serviles; de haber recibido el castigo público propio de los plebeyos... eran causas que bastaban para descartar a un candidato.

Es imposible concebir cuánta miseria real e inmerecida ha ocasionado en España el prejuicio de pureza de sangre (3).

Nobles e hidalgos

El privilegio mayor de los Grandes es el de permanecer cubiertos en presencia del rey. Por tanto, hablar de dos o más sombreros en una familia, equivale a decir que posee un derecho hereditario a otros tantos títulos de Grandeza. Del orgullo que impone a los Grandes un matrimonio con los de su propia casta y del hecho de heredar las hembras bienes y títulos, se ha producido un enorme acopio de propiedades y honores en unas pocas manos. El objetivo principal de cada familia es aumentar constantemente esta acumulación absurda. Desde su infancia, los hijos se casan por dispensa con

algún gran heredero o heredera, y tal es la caterva de apellidos y títulos que todo Grande reclama y emplea que, si tuviera Vd. que mirar un simple pasaporte expedido por el embajador español en Londres — en caso que fuera miembro de las viejas familias peninsulares — descubriría que la totalidad de la primera página de un ancho pliego ministerial se emplea meramente en decirle a Vd. quien es el gran hombre cuya firma remata el conjunto...

Como la *hidalguía* se ramifica a través de todo varón cuyo padre disfrute de este privilegio, España está plagada de hidalgos que se ganan la vida con humildísimos empleos. Por haber servido de refugio la provincia de Asturias a la pequeña parte de la nación que preservó el nombre y trono españoles de los esfuerzos de los conquistadores árabes, hay difícilmente un nativo de aquella región montañosa que no pueda mostrar hoy día un título legal a los honores e inmunidades ganados por sus antecesores en una época en que todo soldado obtenía una porción del territorio recobrado a los invasores o era recompensado con una exención perpetua de las contribuciones y servicios que recaían exclusivamente en los campesinos. El elevadísimo número de pretendientes a estos privilegios entre los asturianos de hoy me induce a pensar que en los primeros tiempos de la monarquía española cualquier soldado era promovido a la categoría de un Franklin. Pero las circunstancias se han modificado singularmente. Asturias es una de las provincias más pobres de España y la mayoría de sus nobles habitantes no han heredado otra cosa de sus antecesores que un fuerte armazón muscular del que se ven obligados a sacar el mejor partido que pueden entre las tribus más flojas del Sur...

Las innumerables y caprichosas graduaciones de la jerarquía familiar creadas por los españoles para su propio uso, y sin el menor fundamento en las leyes del país, resisten la descripción. Aunque la *hidalguía* es una cualidad necesaria, especialmente en las ciudades de provincia, para ser admitido en la buena sociedad, no basta en modo alguno para alzar las miras de cualquier *hidalgo* hacia un enlace familiar con la *sangre azul* del país. Los matices por los cuales el fluido vital se aproxima a esta privilegiada gama confundirían la pericia del mejor colorista. No obstante, estos prejuicios han perdido gran parte de su fuerza en Madrid — si exceptuamos, claro está, los Grandes — y en ciudades marítimas como Málaga y Cádiz — en donde el

comercio ha enhestado, en consecuencia, muchas familias nuevas y algunas foráneas. Pero se ha propagado por toda la nación, incluso entre las clases más bajas, un espíritu de vanidad que puede descubrirse en la evidente mortificación que experimentan artesanos y domésticos ante la omisión de algunas formas de tratamiento destinadas, por así decirlo, a arrojar un velo sobre la humildad de su condición. Llamar a un hombre por su profesión de herrero, carnicero, cochero, sería considerado un insulto. Todos esperan que se llame por el nombre de pila o por la genérica denominación de *maestro* y, en ambos casos, con el prefijo *señor* a menos que la palabra que designe el oficio implique superioridad, como *rabadán*, *mayoral*, *aperador*. Estos y otros nombres similares son usados a secas y suenan bien a los oídos de los nativos, pero ninguna mujer soportará que se le llame cocinera, fregona, etc. : todos sienten y actúan como si, poseyendo un título natural a una categoría más alta, la suerte, tan sólo, les hubiera rebajado... (1).

La dinastía reinante

Desde su restauración en el favor real, el Príncipe de la Paz ha acrecentado su influencia de modo paulatino y constante. Habiéndose agotado ya los usuales títulos honoríficos, se ha recreado expresamente para él la anticuada dignidad de Alto Almirante, justo en el momento en que los marinos de su país de Vd. nos han dejado sin un barco. Dicha dignidad lleva consigo emolumentos copiosos y un tratamiento de Alteza, y una brigada de caballería, compuesta de hombres selectos de todas las ramas del ejército, ha sido conferida últimamente al Alto Almirante en calidad de guardia de honor. En una palabra : su poder, aunque delegado, no tiene límites, y se le puede denominar, en toda propiedad, el soberano interino de España. Gracias a la elevación sin precedentes de su favorito, el rey ha satisfecho sus más caros deseos de mantenerse perfectamente al margen de cualquier ocupación que no sea la caza, a la que se consagra exclusivamente cada día del año. Soler, el ministro de hacienda, se encarga de trasquilar al pueblo y Caballero, en el ministerio de gobernación, de mantenerlo en la

debida sumisión e ignorancia. Le daré a Vd. tan sólo un botón de muestra...

... Caballero, temiendo el progreso de toda ciencia que pudiera perturbar la paz de la corte, envié, no hace mucho, una circular a las universidades en la que prohibía el estudio de la filosofía moral. « *Su Majestad*, decía la orden, *no necesita filósofos, sino súbditos leales y obedientes.* »

Merced al ejercicio eficaz de este sistema, la reina dispone de tanto dinero e influencia como desea y, en la imposibilidad práctica de refrenar los galanteos de su *cher ami*, ha vencido tan perfectamente sus propios celos que, no sólo es capaz de vivir con él en amistosísimos términos, sino que emula también con su afición al cambio del modo más impudente y abierto (1).

Fernando, a caballo y escoltado por unos cuantos guardias, apareció en la puerta de Atocha. Yo estaba cerca de la entrada y podía verle de cuerpo entero mientras, rodeado de gentes de a pie, avanzaba lentamente por el hermoso paseo llamado de El Prado. Jamás monarca alguno recibió bienvenida más cariñosa y leal de parte de sus súbditos ni jamás éstos contemplaron semblante más vacío y necio, incluso entre las caras de los Borbones de España. A unos rasgos totalmente desagradables, el apocamiento o la torpeza añadían una rigidez que, de no ser por el movimiento del cuerpo, nos podría haber inducido a sospechar que estábamos malgastando nuestros saludos con un muñeco de cera (2).

Los acontecimientos de la revolución española se sucedieron unos a otros con asombrosa rapidez. Las provincias más distantes de la capital proclamaron la guerra contra los franceses y llegó el momento de tomar posición en el inevitable conflicto. La lucha penosísima que ese estado de cosas provocó en mi fuero interior resulta indescriptible. Conocía muy a fondo la condición moral e intelectual del país para poder esperar cualquier beneficio de la insurrección popular. La mayoría de mis amigos confundían la ambición personal con el patriotismo desinteresado. Creían que el partido liberal sería capaz de someter a ese mismo clero, al que permitían disfrutar entonces de una completa ascendencia a título temporal, una vez que los ciegos prejuicios del país hubiesen cumplido con su función de arrojar a los franceses de la Península. Tal

(2) « *Letters...* », p. 29-31.

(3) « *Life of...* », vol. I, p. 58-59.

(1) « *Letters...* », p. 32, 38-39, 43-44.

(1) « *Letters...* », carta X.

(2) *Idem.*, p. 406.

opinión me parecía totalmente descabellada. Tenía el convencimiento íntimo de que si se podía mantener al pueblo tranquilo bajo la forma de gobierno a la que estaba acostumbrado, mientras se liberaba al país de una dinastía para la que no había ya ninguna esperanza de mejora, cualquiera que fuese la humillación política de recibir un rey de manos de Napoleón, los beneficios futuros serían grandes (3).

España habría mejorado con José Bonaparte, pero es seguro que se hundirá más y más bajo el peso de los incurables y odiosos Borbones (4).

La Inquisición

Es indudable que la Inquisición se había reducido a una *sombra* de lo que era. El influjo de la ilustración general de Europa había templado el rigor bárbaro que aquel tribunal ejerció en los primeros años de su fundación. ¿Cómo era posible que se viese a fines del siglo dieciocho quemar las víctimas por miles, como a principios del dieciséis? Aún cuando el fanatismo de los inquisidores no hubiese cedido al carácter de los tiempos, el de los perseguidos era ya demasiado débil para que les resistiese hasta la hoguera. La verdad es que por mucha disposición que tuviese el tribunal a quemar había ya pocos que la tuviesen para ser quemados; y que todo el que tenía la desgracia de caer en manos del santo oficio, sino podía negar su *herejía* se daba la mayor prisa a abjurarla.

Vea V. el verdadero estado de la Inquisición en los últimos tiempos. Sus leyes, sus formas, sus principios eran los mismos; pero las gentes eran otras. El que por ilusión, o fanatismo se hallase dispuesto a no ceder en sus opiniones, habría ido en 1800 a convencerse a la hoguera, según las leyes existentes en España...

Pasó el tiempo, es verdad, en que estas escenas se repetían a cada paso; en que las víctimas gemían en calabozos subterráneos, y hacían resonar en la noche el salón del tribunal con los gemidos que les arrancaba el *tormento*... Ustedes los extranjeros que han visitado últimamente

España no tienen medios de formar una idea correcta de la opresión lenta e interminable que causa ese tribunal, en medio del sopor en que se hallaba últimamente adormecido. Llega un caballero inglés, no libre aún de las impresiones que el nombre *Inquisición* ha excitado en él (no injustamente) en sus primeros años. Pregunta si puede ver la célebre *Inquisición* de Sevilla; y se le franquea la entrada con toda la urbanidad posible: ve un salón sencillamente adornado en donde se reúnen los jueces: vuelve los ojos a ver si descubre los instrumentos de la tortura, y no los halla: pregunta por ellos y se le responde con una sonrisa. Llévanlo a las cárceles; y encuentra unas pequeñas habitaciones bastante claras y aseadas. Háblanle de la comodidad con que está los reos, de la benignidad con que se les trata. Sale de allí, y se burla él mismo de sus antiguas aprensiones. Ah! yo quisiera que con sus ideas de libertad y tolerantismo viviese veinte años bajo el alcance de la Inquisición en una ciudad de provincia, en España, y entonces sentiría lo que esto pesa sobre un alma que conoce su dignidad y sus derechos. Entonces probaría lo que es el tormento de esa gota de agua que cae sin interrupción sobre uno (1).

Represión y censura

El provecho que una inteligencia juvenil puede sacar de los estudios académicos en España es escaso. Esperar un sistema racional de educación allí donde la Inquisición está constantemente al acecho para mantener la inteligencia dentro de los límites que la Iglesia de Roma, con su hueste de teólogos, ha puesto a su progreso, equivaldría a ignorar del todo el carácter de nuestra religión. Gracias a la alianza entre Iglesia y Estado, los teólogos católicos han logrado casi rebajar la ciencia a su propio nivel. Incluso aquellas ramas de ella aparentemente menos conectadas con la religión, no pueden escapar a la dominación teológica, y el mismo espíritu que obligó a retractarse de rodillas a Galileo de sus descubrimientos astronómicos impone todavía a nuestros profesores la enseñanza

del sistema copernicano como una mera hipótesis. La verdad es que, para los teólogos católicos, ninguna búsqueda de la mente humana es independiente de la religión (1).

El entendimiento humano ha estado en completo vasallaje en todos los dominios de España. Todo español se ha visto obligado a pensar, o por lo menos, a hablar y escribir con arreglo a ciertas fórmulas y principios establecidos so pena de los castigos más enormes que se conocen en la sociedad humana — prisiones, confiscamiento, infamia, tormentos y muerte.

Esta es una verdad de hecho: no lo es menos, que las resultas de semejante sistema son, entorpecimiento de las facultades mentales; miedo continuo de ejercerlas; disgusto secreto que corroe a todo entendimiento activo; ventajas indebidas de cualquier cabeza estólida que se dedique a los estudios establecidos por la ley, sin que le ocurra ni en sueños el dudar de su verdad... El que quisiese saber los nombres de los escritores y hombres de mérito que han, no diré florecido, porque bajo tal sistema es imposible, sino despuntado en España, búsquelos en los libros de la Inquisición, o lo que es lo mismo, en la lista que de ellos ha sacado Llorente... (2).

Alguien ha observado con agudeza que quien deseara formar una buena biblioteca debería escoger exclusivamente sus libros en el Índice de las obras prohibidas (3).

Muchos extranjeros preguntarán como se compone este hecho [la venta clandestina de libros franceses prohibidos] con la persecución de la Inquisición. Quien tenga esta duda es preciso que sepa que el ardor de la juventud estudiosa superaba las dificultades, y que el deseo de una ganancia exorbitante hacía que los libreros se expusiesen. Muchos de éstos sufrieron la pena de su atrevimiento. Madrid era un país de libertad respecto de las provincias, y como la mayor población e ilustración hacía que fuese imposible perseguir a todos los que se empleaban en este género de contrabando, de allí se difundían muchos libros prohibidos a lo demás de España. Añádase a esto la ignorancia de casi todos sus empleados. Un secretario de la Inquisición de Sevilla, me consultó en una ocasión sobre un libro

sospechoso, que él creía un tratado de Jansenismo. ¡ Creerá nadie que era... las tragedias de Racine! (4).

La oposición española

Tratándose de obispos y de su poder espiritual, las tragaderas de Juan Español son tan voraces y anchas como las de John Bull para rosbif y cerveza. Un solo grupo de gente se siente exasperado e inquieto y, por desgracia, no es ni puede ser numeroso en este país: me refiero a quienes son capaces de advertir las intrusiones de la tiranía en la esfera de sus derechos intelectuales y cuyo orgullo de espíritu y conciencia de su fuerza mental les hace estremercse y gemir, cada día y cada hora, bajo la obligación de mantenerse en los fangosos y torcidos senderos en que la ignorancia y superstición han encerrado el alma despierta de los españoles. Pero, comparados con la masa de la nación, son sólo un puñado (1).

Después de éste y unos cuantos ejemplos más, hemos advertido al fin la locura de comprometerlos en un juego sin esperanzas en el que ninguna posible combinación puede dar por ahora al partido disidente la menor oportunidad de éxito (2).

Los liberales

Estalló la Revolución Francesa, el eco de la Declaración de los Derechos del Hombre resonó a lo ancho de la Península y numerosas personas se iniciaron instantáneamente en los arcanos de la filosofía revolucionaria. Los liberales españoles habían sido hasta entonces extremadamente moderados en sus ideas y aspiraciones. Aunque escépticos en materia de religión, se habrían contentado con gozar para sí la libertad de pensamiento y la franca disposición de sus libros. Lejos de ser enemigos del trono habían sido, hasta este período, sus más firmes sostenedores. Los liberales españoles de la vieja escuela reunían todas las características de una aristocracia: una nobleza intelectual que,

(3) « *Life of...* », vol. I, p. 139-140.

(4) Carta a lord Holland, del 31-5-1835. En « *Life of...* », vol. II, p. 128.

(1) *El Español*, nº 23, marzo 1812.

(1) « *Letters...* », p. 109-110.

(2) *Varietades*, vol. I, p. 105.

(3) « *Quin's visit to Spain* », *The Quarterly Review*, nº 29, 1823.

(4) *El Español*, nº 12, marzo 1811.

(1) « *Letters...* », p. 35-36.

(2) *Idem*, p. 116.

por la vindicación de sus propios derechos mentales, parecía destinada a difundir los beneficios de una emancipación general, pero escalonada. Pero cuando una multitud « filosófica » comenzó a congregarse alrededor de aquéllos ; cuando los catecismos republicanos franceses llegaron a manos de quienes la única oportunidad de figurar en el mundo consistía en el derrocamiento completo del sistema social ; cuando los ignorantes imaginaron que se hallaban en posesión de la ciencia política y sus mentes toscas se adueñaron de la noción de igualdad natural de la humanidad, los hombres en el poder que habían alentado hasta entonces el desarrollo de un partido liberal vieron la magnitud del peligro al que habían expuesto al país. Sus medidas para contrarrestar el mal pusieron de manifiesto, como era de esperar, la clase de gobierno a que estaban habituados : se soltó la jauría de inquisidores tras las personas sospechosas de principios republicanos, las doctrinas de la Asamblea Constituyente fueron declaradas *heréticas* con la esperanza de hundirlas en la aversión nacional que solía evocar tal palabra... (1).

Cafés y tertulias

Sería absurdo esperar cualquier clase de conversación racional en tales lugares. Los temas más interesantes deben ser cuidadosamente evitados, en previsión de la combinada presencia de la policía y la Inquisición, a cuyos espías se teme en todos los sitios públicos. De aquí el gusto depravado que rebaja nuestra comunicación a un eterno juego de risitas y chistes (1).

Los españoles más diestros parecen por el momento incapaces de aprovechar en su contacto con el extranjero. El amor al parloteo y a las bravatas de café es entre ellos un mal incurable. Por lo que toca a esto, entiendo que siguen exactamente igual como los dejé hace más de veinticinco años (2).

(1) « *Quin's visit to Spain* », The Quarterly Review, nº 29, 1823.

(1) « *Letters...* », p. 377.

(2) Carta a lord Holland, en « *Life of...* », vol. II, p. 141.

Spain is different

Cualesquiera que sean los sentimientos que la originan, existe en España una especie de cruzada contra el bello sexo que nuestros sacerdotes, excepto aquellos ganados secretamente a la causa del enemigo, mantienen incesantemente, aunque no con igual vigor, en todas las épocas. El principal objeto de controversia es el derecho, reivindicado por el clero, de regular el vestido de las señoras e impedir el desarrollo de las artes de seducción que pueden poner en peligro la paz de la Iglesia. A cada aparición de una nueva moda el « *tambor eclesiástico* » no deja nunca de tocar a rebato. Innumerables son los sermones que he oído en mis años mozos contra los escarpines de raso —para las españolas que tuvieran la ocurrencia de lucirlos de puertas afuera—, el uso de los cuales, especialmente de los recamados en oro, constituía, según nuestros más profundos teólogos, un pecado mortal. La paciencia, sin embargo, y esa atenta perseverancia con que la naturaleza ha armado el sexo débil contra la tiranía del fuerte, han obtenido paulatinamente una tolerancia para dicha clase de zapatos mientras el gusto ha atenuado la ofensa prescribiendo el bordado. Con todo, el Demonio de la Moda ha interpuesto últimamente otra piedra de escándalo sugiriendo con alevosidad a las señoras que sus faldas eran monstruosamente largas y ocultan aquellos tobillos y pies de hada que son el orgullo de Andalucía. Este mal resultaba peligrosísimo en razón de sus progresos graduales e imperceptibles. Al principio, las faldas se encogían por centímetros ; alguna costurera audaz recortó luego una pulgada y media, hasta que, al fin, el suelo, la antigua plaza de seguridad para ojos consagrados, apareció lleno de peligros. Los predicadores más elocuentes tronaron en vano contra tal abominación y de nada sirvió que algunos de nuestros obispos, juzgando el caso digno de su intervención, empuñaran la pluma largo tiempo descuidada para protestar solemnísimamente contra la profanación del traje femenino. Pero el caso parecía desesperado. Un punto ganado en la falda, se perdía automáticamente en el tocado y cuando los píos creían triunfar en el sometimiento final de los corsés prominentes, un imperdible les sumía en la más completa confusión alterando simplemente su posición en la ortodoxa pañoleta (1).

(1) « *Letters...* », carta VI.

Nuestros predicadores populares han conseguido dos veces, que yo recuerde, cerrar el teatro. He visto personalmente a un fraile, con un crucifijo en la mano, detenerse a su puerta, al frente de una procesión nocturna, y, durante una parte considerable de la representación, implorar a las gentes, por el bien de sus almas, que no se aventuraran en aquel antro de perdición ; pero no he oído jamás a estos sacrosantos guardianes de la moral la menor observación contra las corridas de toros e incluso nuestros más celosos devotos, los filipenses —que podríamos llamar nuestros metodistas— autorizan a todos, salvo a los curas, la asistencia a este sangriento espectáculo mientras niegan la absolución al que no renuncie a la comedia (2).

La infortunada propensión a verter sangre que estropea tantas nobles cualidades entre los españoles del Sur había sido consentida en la mayoría de las ciudades bajo el manto del patriotismo. Los franceses, como es natural, aun los establecidos en España desde hacía largo tiempo, eran el blanco predilecto de la furia popular ; pero la mayor parte de los crímenes que llegaron a nuestros oídos fueron cometidos con españoles que probablemente debieron su hado al resentimiento personal y la venganza, no a sus opiniones políticas. Vimos *alcaldes* y *corregidores*, a quienes recurrimos en busca de protección, absolutamente intimidados y temerosos de las consecuencias de cualquier tentativa de reprimir el furor ciego de sus administrados. Pero ninguna descripción mía puede dar una imagen tan clara del estado del país como el simple relato del alzamiento popular en Almaraz—la pequeña población que da su nombre al famoso puente sobre el río Tajo—tal como nos lo refirió el *alcalde*, un rico hacendado de aquel lugar.

Los vecinos de su distrito, al oír las relaciones de lo ocurrido en Madrid y la noticia de la insurrección de las principales villas de su propia provincia, se congregaron un día bajo la casa del *alcalde*, esgrimiendo cuantas armas habían hallado a su alcance, como hoces, picos y otros aperos de labranza. Muy felizmente para el buen magistrado, los insurgentes no abrigaban queja contra él y, al acercarse la rústica muchedumbre, salió confiadamente a su encuentro. Tras obtener, no sin grandes esfuerzos, el derecho de hacerse oír, el *alcalde* quiso informarse de sus deseos y

(2) *Idem*, p. 148.

propósitos. La repuesta me parece sin precedentes en la historia de los motines. « *Lo que queremos, señor, es matar a alguien* », dijo el portavoz de los insurrectos. « *En Trujillo han matado a varios, en Badajoz, a uno o dos más ; en Mérida a otro, y no podemos ser menos que nuestros vecinos : queremos matar a un traidor.* » Como en el pueblo no era posible procurarse dicho artículo, fue una gran suerte para nosotros que no nos hubiéramos presentado allí en el momento en que la buena gente de Almaraz podía haberse servido de nosotros como un sustituto para manifestar su lealtad (3).

III. — Política española durante la guerra de independencia

Llamar revolución a los trastornos de España, dando a este nombre la acepción que la de Francia ha fijado últimamente, es un mal principio para explicar los acontecimientos de aquel reino. Las revoluciones dan fuerza a los estados cuando nacen de una fermentación interna producida por la pugna de un pueblo que conoce el modo de ser dichoso, y un gobierno que le impide tenazmente la consecución de su dicha...

Pero cuando los pueblos son infelices sin conocerlo, cuando el mayor número está creído en que nació para obedecer ciegamente, para trabajar sin gozar de nada, para vivir como por la compasión de otros ; en una palabra, cuando un pueblo apenas se atreve a pensar en que es esclavo y miserable, ponerlo en una conmoción política es como causar a un hombre extenuado una calentura ardiente ; o buscando por otro aspecto la semejanza, es hacer correr a un ciego por entre precipicios.

Esta ha sido la suerte de España. Ninguna nación de Europa necesitaba más mudanzas. Todos saben el abatimiento en que se hallaba bajo el reinado de Carlos IV y de su favorito ; pero no todos han considerado la serie de males que la habían traído a este punto. España, nación que se puede decir agregada de muchas según la progresiva accesión de los reinos que la componen, no había tenido tiempo de reunir a sus habitantes por el

(3) *Idem*, carta XIII.

influjo de un gobierno feliz e ilustrado, que bajo la uniformidad de las leyes hace olvidar a los pueblos las preocupaciones de rivalidades antiguas. En vez de atender a este grande objeto, el Emperador Carlos V, que había recibido España de manos de su abuelo mal reunida y recién destrozada por las guerras civiles, sólo cuidó de abatir el espíritu nacional, distrayendo a los españoles en guerras extranjerías, y usando de ellos como de meros instrumentos de sus miras: conducta no muy distante de la que observa Napoleón en nuestros días...

¿No admira, el ver que en una revolución como la española, tan popular en su origen, jamás se haya admitido ni un oyente a las discusiones de los intereses del pueblo? Las Juntas, el día después de su instalación, usaron del mismo misterio, de las mismas trabas contra la opinión, que el gobierno que acababa de ser destruido... ¿Cómo, sin haber permitido ni un solo día la apetecida, la indispensable libertad de la imprenta, pudo ilustrarse un pueblo sumergido de tiempo inmemorial en la densa atmósfera de la tiranía? ¿Quién, sino esta libertad podía rectificar la opinión de un pueblo que jamás había entendido en sus intereses y que se halló al principio de la revolución como un pupilo recién salido de las manos de un tutor tirano, con un caudal inmenso y destruido que manejar, y rodeado de personas astutas y poderosas, empeñadas en robárselo? Ni hablar ni pensar, fue lícito en España hasta que las desgracias pusieron en su última debilidad al gobierno... Los males de una revolución son aborrecibles donde se goza siquiera de un gobierno mediano; pero, ¿podrá España ser más infeliz que lo es ahora, o que lo será si se somete al imperio de los franceses? Españoles: jamás se purifica una grande masa sin una fermentación violenta: la más suave y saludable es la que en los cuerpos políticos ocasionan las luces. Empezad por dar el más libre curso a éstas: dejad que todos piensen, todos hablen, todos escriban, y no empleéis otra fuerza que la del convencimiento. Desterrad todo lo que se parezca a vuestro antiguo gobierno. Si el ardor de una revolución os atemoriza, si las preocupaciones os ponen miedo con la idea de la libertad misma, creed que estáis destinados a ser perpetuamente esclavos (1).

¡Oh patria mía! ¿Han sido menester dos años de sangre, de devastación y de horrores para salvarte de la muerte, más bien diré, para restituirte a la vida? No la tenías si no en el corazón de esos infelices que corrían a sacrificarse en los ejércitos, por conservar el nombre de España. Este glorioso nombre se oía pronunciar de labio en labio, en unos para derramar su sangre, en otros para mandar a costa de aquella sangre derramada, y en pocos, para animar su casi extinguida esperanza de que llegase un día en que España significase leyes, libertad y dicha, para los españoles... Podría suceder (no lo querrá el cielo) que el remedio fuese demasiado tardío y que la fuerza bárbara de las armas arrancase la tierna planta de vuestra libertad, que ha empezado a brotar; moriríais; pero sabríais por quien: Moriríais; pero restituidos a la dignidad de hombres libres... Ya no hay peligro para vosotros sino en las balas y boyonetas enemigas, y a esos camina el hombre honrado alegremente, a esos se mandan con buen ánimo los hijos y los hermanos, cuando no hay que temer que al volver a sus hogares, la mano del despotismo venga a encerrarlos en un calabozo, porque así conviene a sus miras; cuando al volver a la ciudad que defienden, no se han de ver precisados a hablar al oído, y desahogar así el corazón, quejándose de los abusos: cuando el que se cubrió de sangre en el campo de batalla, no ha menester cubrirse de vergüenza para obtener algún premio (2).

Nada hay más opuesto a los intereses de una nación que el silencio sobre los errores de su gobierno. Se ha dicho tanto últimamente sobre esta máxima, con motivo de la cuestión sobre la libertad de la imprenta, que sería inútil insistir en acumular nuevas razones. Pero aunque parezca que todos convienen ya en esta verdad, no sucede lo mismo cuando se procede a ponerla en práctica; porque acostumbrados como estábamos en España, a que jamás se trajese a examen público la conducta de los que gozaban el mando, no sólo el verse ahora juzgados los irrita, sino que hasta el mismo pueblo, hasta los que han sufrido por ellos, sienten una especie de terror pánico al ver tratar con tan poco respeto a sus antiguos ídolos. Válense los interesados de toda especie

(2) *Idem*, nº 7, octubre 1811. Se refiere a la convocatoria y juramento de la Cortes Españolas en la Isia del León, el 24-9-1810.

(1) *El Español*, nº 1, abril 1810.

de artificios para aumentar esta impresión, y haciendo su causa y la de la nación toda una, claman que cuanto se dice de sus errores cede en descrédito de la nación misma; y es la desgracia que haya no pocos que, seducidos por aquellos verdaderos enemigos del estado, llegan a creer que el descubrir la serie de errores que han cometido los que han gobernado, es desdoro de la nación, a quien han puesto repetidas veces al borde del último precipicio (3).

Esto es lo que no entienden, ni entenderán jamás esos parásitos de todo gobierno posible, esos arrendajos de cuantos gozan de algún mando, esos panegiristas de todo estado de cosas en que se les paga un sueldo. Jamás podrán admitir semejante principio político, aquellos que teniendo vinculada su existencia en el favor que gozan con los que mandan, fundan sus esperanzas en el despotismo y arbitrariedad de sus amos, con que pueden pagar sus elogios y sumisiones... no hay que temer que falten apoyos al que manda: la dificultad está en hallarlos para la barrera que se debe formar para contenerlos. Esta dificultad es muy considerable en España, donde el despotismo ha echado tan profundas raíces, que los que se dedique a contenerlo apenas encontrarán quien se lo agradezca. Pero nada es más necesario en el día, que este espíritu de censura, que purifica las medidas del gobierno, que hace estar alerta a los que mandan, que les obliga a emplear todo su cuidado, y su esfuerzo en el cumplimiento de los encargos que la nación les hace. No bastar variar las formas de los gobiernos; todos ellos pueden degenerar en despoticos, sin esta voz viva que haga valer las leyes que los limitan... ¡Feliz la nación donde se arraiga este espíritu de censura y de vigilancia sobre las acciones de los que gobiernan! Nada son las constituciones, ni las leyes si él falta; y con él pueden ser felices hasta las más imperfectas. La libertad no se goza sin una ligera agitación, sin una fermentación suave que mantenga en vida estas inmensas masas de los estados políticos, que como el agua estancada se corrompen en la quietud (4).

La influencia que ha tenido en la nación española el dilatado espacio que ha estado bajo el peor de

los gobiernos, no puede destruirse en poco tiempo, y mucho menos si no se emplean medios directos para extinguir los malos hábitos que tal gobierno ha dejado; la constitución de las Cortes ha sido hecha en las peores circunstancias posibles, con respeto al acierto y conveniencia de sus leyes. ¿Hay previsión de ángel que adivine el rumbo que tomarán las cosas en España, el modo en que acabará esta guerra, el giro que tan enormes trastornos darán a la nación, el influjo que tendrán en ella las revoluciones que probablemente ha de haber en Europa, y las que hierven actualmente en América? Y no obstante esto, las Cortes, encerradas en Cádiz, digieren una constitución completa a medida de su deseo, y como si el mundo se hubiera de amoldar a sus leyes, en medio de su trastorno, escriben confiadamente bajo su última línea *Esto perpetua...* (5). El pueblo no puede creer en soberanías en que tiene tan poca parte y de que tan poco bien individual le resulta (6).

Política española (1813-1836)

La mitad de España está tan lejos del modo de pensar de la otra como lo están la noche y el día, y cuando las cosas están así, no pueden tomar su equilibrio sino a fuerza de vaivenes, como el agua (1).

Al cabo de seis años en que ni por casualidad me ocurría una palabra en mi lengua materna, la revolución saltó los diques a mis ideas españolas —y casi no pasa día en que no escriba algo en nuestra hermosa lengua... (2).

¡Ojalá pudiera creer otro tanto de España! Pero me temo que está dividida en dos porciones que no se pueden amalgamar. Las ideas políticas abstractas de los liberales impiden que la Grandeza tome verdadero interés en la Constitución. Sobre todo, la representación de una Cámara sola está expuesta a todos los males de la oligarquía... Mi deseo es que el germen de la libertad no se ahogue en España. Pero no puedo acallar mis temores de que mucho va errado en lo ya hecho (3).

(5) *Idem*, nº 23, marzo 1812.

(6) *Idem*, nº 30, octubre 1812.

(1) Carta a sus padres, 10-8-1813.

(2) Carta a Fernando Blanco, 6-7-1820.

(3) *Idem*, 21-8-1820.

(3) *Idem*, nº 10, enero 1811.

(4) *Idem*, nº 11, febrero 1811.

Por turbaciones que haya en España ¡cuanto mejor está que no en el silencio sepulcral de mi tiempo! (4).

También juzgo por ti mismo que toda la gente sensata se ha decidido en favor de la causa de la Libertad. Siendo esto así, nada temo en cuanto a las resultas, respecto a la nación española. *Fieles y exaltados* tendrán que ceder al fin a la razón. Los últimos particularmente podrán ver al fin que sus pasos llevan directamente al objeto que se proponen los *serviles*. La razón es que, si destruyen la Constitución y se oponen a los intentos de los moderados, la nación se cansará de revoluciones y, después de mucha sangre derramada, se echará en brazos de cualquiera que la ponga en sosiego (5).

¡A qué extremo tan lastimoso ha llegado la pobre España! Pero en vano es dolerse ahora. Los males que la inundan son inevitables. Sea cual fuere el curso que tome la invasión francesa, España no puede verse con un gobierno racional y estable por muchos años (6).

Con harta dolor miramos todos aquí la injusticia y la mala política de la invasión de parte de Francia y mucho más las ideas antiliberales que prevalecen en aquel gabinete. Pero la desgracia está en que los gobiernos españoles que han existido desde la revolución de 1820, se han guiado más por la pasión que por verdadera política. Años ha que lo publiqué y nunca he dejado de repetirlo : a no corregirse la Constitución de 1812 en puntos esenciales, ella misma causará la ruina del reino, aun sin intervención de extranjeros (7).

Lo que creo que dije en 1814 (porque desde aquel tiempo no he querido ni siquiera ver un ejemplar del « *Español* ») lo repetiría ahora si escribiese para el público de esa nación. Si el nuevo gobierno se empeña en restablecer todo al estado en que se hallaban las cosas antes de la revolución, no hará más que vincular desgracias para los españoles. Es preciso conceder algo al presente estado del entendimiento humano. Si se empeñan en resistir absolutamente el impulso que ha recibido en España, nada habrá estable hasta que a fuerza de contiendas y tormentas caiga la nación en lo

que le diese la fortuna, ora sea malo o bueno (8).

El terco orgullo del pueblo español, agrupado en dos partidos, determinados ambos a sacrificar cualquier ventaja real en aras de su dignidad ideal, excluye toda probabilidad de compromiso. España deber ser gobernada, absoluta, y exclusivamente, ya por la Junta apostólica, ya por una logia de comuneros : ni cederá un ápice en sus pretensiones, ni admitirá la posibilidad de ocurrir en el más leve error (9).

Ayer ví en los papeles ingleses que las cosas de España van prosperando. Aunque políticamente hablando, ha mucho años que dejé de ser español, no así en mi corazón. Aun cuando no tuviese en España parientes tan amados, siempre desearía la felicidad de la nación con mucha ansia. Siempre tengo la satisfacción de haberla servido, cuanto ha estado en mi poder. Sin lisonjearme mucho, puedo decir, que el sistema que la reina ha empezado a establecer es fundamentalmente el que recomendé con mucho anhelo, y por el cual sufrí indignidades de parte de españoles y en las Cortes mismas. Pero no tengo resentimiento (10).

No contribuyen poco a esta melancolía los desastres de España. Ojalá pudiera yo abrir los ojos de los que tienen poder en ella ; pero mucho tiempo ha de pasar, según veo, antes que el pueblo español entienda sus intereses y los que lo manejen aprendan a gobernar. Nada me aflige tanto como las atrocidades que se cometen en ese país. Yo no veo fin a la guerra civil... (11).

Independencia de Hispanoamérica

No hay duda que muchas de las causas que hemos contado entre los obstáculos de la mejora de la América Española, se remediarian por un gobierno residente en el mismo país... La junta central de España ha proclamado después la independencia de sus colonias, declarado que sus posesiones de Asia y América no deben mirarse en adelante como colonias, sino como partes integrantes del imperio español—iguales en derechos, y coordinadas en autoridad con los dominios europeos de la corona de España. Ningún gobierno español

(9) « *Don Esteban* ». The Quarterly Review, vol. XXIII, 1825.

(10) Carta a José María Blanco, 11-5-1834.

(11) *Idem* a Fernando Blanco, 26-4-1836.

en adelante podrá retractar esta declaración, en leyes de honor y de política. Así es que los establecimientos españoles del Nuevo Mundo, no deben mirarse ya como colonias dependientes, habiendo sido emánipadas de semejante sujeción por la autoridad soberana del estado, ni pueden volver a ser reducidas a su situación antigua, sin su consentimiento, o sin una revolución que se haga en ellas por la fuerza...

Parece que ha llegado la época de un gran acontecimiento político, que se ha estado esperando por largo tiempo : el estandarte de la independencia se ha empezado a levantar en América, y según podemos calcular, por lo que hemos visto acerca de la revolución de Caracas, no es un movimiento tumultuario y pasajero el de aquellos pueblos ; sino una determinación tomada con madurez y conocimiento, y puesta en práctica bajo los mejores auspicios, la moderación y la beneficencia. Esto es lo que respiran las proclamas, y las providencias del nuevo gobierno de Venezuela... Los americanos no pensarán jamás en separarse de la corona de España, si no los obligan a ello con providencias mal entendidas. Los americanos sólo es probable que quieran no estar esperando gobierno y dirección de un país separado por un mar inmenso, de un país casi ocupado por enemigos, y donde un gobierno en perpetuo peligro, y que apenas puede mirar por sí en medio de las circunstancias que lo rodean, nada puede hacer respecto a los dilatados países del Nuevo Mundo, más que pedir socorros, y mandar empleados... Si estas mis reflexiones llegaren a noticia de la Regencia de España (que sí llegarán, porque no faltará quien pretenda que se prohiban circular en sus dominios) respetuosamente expongo a su consideración, que si no quieren que se excite universalmente en los americanos el espíritu de independencia y aun de odio respecto a la metrópolis, quiten las trabas a su comercio, y no hagan que el interés de los particulares se halle en oposición con la obediencia a su gobierno (1).

Los españoles de Europa deben tener presente que la fuerza jamás produce buenos efectos sobre los pueblos, y mucho menos cuando por ser ésta débil, sólo puede lograr irritarlos. Que tanto por su generosidad, y equidad nativa, como por las circunstancias de las cosas, deben reconocer la igualdad de derechos, que han reasumido ya parte

de los americanos. Que en vez de manifestar disposiciones hostiles, el gobierno de España debía convidar a todas las colonias que aun no han seguido a Caracas y Buenos Aires a hacer una moderada reforma. La América toda fermenta ¿no valdrá más dirigir la inundación que dejar que rompa sin dirección por muchas partes a un tiempo ? ¿No valdrá más añadir el nuevo lazo de respeto y agradecimiento que esta conducta añadiría, que exponerse a ser mirados como émulos, y a estar expuestos a convertirse en enemigos ?... Todos los que aman la unidad e integridad del imperio español, todos los que no la pretendan con encono, y espíritu de partido, conocerán que el único medio de conservar las Américas unidas con España, es no disponer de sus intereses sin su consentimiento ; es contemporizar con todo lo que no se oponga directamente a esta unión en los términos en que la razón aconseja... (2).

Tiempo ha que se está viendo venir una revolución en América. Lo inesperado de la invasión de España no dio lugar a que se verificara entonces ; pero no hubo hombre de medianas luces que no la tuviera por segura en la dispersión de la Junta Central, y entrada de los franceses en Andalucía. Aconteció lo que se esperaba, y Caracas alzó la voz, llamándose independiente. Yo, que hasta entonces no había hablado una palabra a los americanos, me vi ya en la precisión de hacerlo, y fue menester escoger un rumbo. Cual había de ser éste, me parece que le ocurre a todo hombre preocupado sobre la materia : aquél que pudiese reunir los ánimos e intereses de España y América, que se hallaban en inminente peligro de empezar a separarse para siempre... Pero este ardor por lo que me parece verdad, jamás apagará en mí el amor de mi patria : y aunque la patria de un español, es todo lo que está bajo el soberano y las leyes de España, jamás dejaré de sentir una natural propensión al país en que nací, y en que he pasado mis mejores años... El tiempo manifestará quien ha favorecido España en este punto, si los que no han dejado a los caraqueños, otro camino que la guerra o la vergüenza, o los que querían dejarles abiertos todos los que sabe hallar la amistad reunida con la justicia... Quisieran de mí que gritara guerra, que respirara sangre, y que poniéndome de parte del orgullo resentido, prefiriera ver derramar la de españoles

(4) *Idem*, 9-5-1822.

(5) *Idem*, 22-8-1822.

(6) *Idem*, 2-4-1823.

(7) *Idem*, 31-5-1823.

(8) *Idem*, 24-7-1824.

(1) *El Español*, nº 4, julio 1810.

(2) *Idem*, nº 5, agosto 1810.

americanos por mano de españoles europeos, al ceder ni un punto en pretensiones opuestas a la equidad y justicia. No, no : yo no sé lo que es temor ni esperanza cuando miro una cosa en esta luz vehemente.

¿Y que efectos tendría esta guerra civil que tan poderosos promovedores encuentra en España? Más funestos mil veces que la de los Estados Unidos para Inglaterra... Un patriota inglés (el Lord Chatam) anunció en términos enérgicos a Inglaterra la pérdida de sus Américas, si no cedía en sus pretensiones injustas : yo, a pesar de no hallarme digno de contemplar ni de lejos los pasos de aquel estadista, me glorio de imitar su conducta, queriendo evitar el mismo mal a mi patria... Conque para ver las cosas en su verdadero aspecto, la agitación que parece amenazar al nuevo hemisferio se reduce al interés de un corto número de comerciantes que aspira a dominar a cerca de quince millones de americanos (3).

He creído que ningún servicio más importante podría hacer a la causa de España, que esparcir por medio de mi periódico los documentos que anteceden, y con especialidad el primero de todos ellos. Los errores gravísimos que ha cometido el gobierno de España con respecto a las Américas, errores que están muy próximos a causar la desgracia de ambos pueblos, creo que han procedido más bien de su mal concepto de las cosas, que de una disposición maligna. Nuestro pueblo, nada acostumbrado a la libertad de opinar, que sólo nace de la libertad de imprenta, apenas puede sufrir no ya opiniones contrarias, pero no aun la sencilla narración de hechos que se opongan a su común deseo. Los gobiernos que debieran haber tratado de vencer esta disposición, la han fomentado; y ocultando a la nación la situación verdadera de las cosas han hecho que, ignorando los males cuando amenazaban, y cerrando los ojos para no verlos después de sucedidos, no se hayan aplicado los remedios que nuestra situación exigía. Lo mismo está aconteciendo ahora con los asuntos de América. Yo me atrevo a asegurar, a pesar de la distancia en que me hallo, que habrá pocos en Cádiz que se atrevan a decir el verdadero estado de la revolución de América, aun cuando haya llegado a su noticia. El movimiento de Caracas habrá sido en Cádiz un pu-

(3) *Idem*, nº 7, octubre 1810.

ñado de revoltosos que han sobrecogido al pueblo : el de Buenos Aires una equivocación : lo de Santa Fé una intriga despreciable, y por lo que hace a Quito, el escarmiento de los amotinados habrá restituido la tranquilidad más perfecta... Lea pues el público español el primer documento de los que les presento, y vea por él que no trata con una cuadrilla de revoltosos, sino con unos pueblos que saben exponer sus agravios, y sus derechos, con una razón y dignidad que admirará a cuantos no estén ciegos por el interés o el orgullo : a cuantos tengan razón, cuya propia, Lean y verán que no es justo ni conveniente el rumbo que se ha tomado con ellos : y que millones de hombres dirigidos por gentes como los que hablan en su nombre, no se reducen ni con insultos o amenazas, ni con promesas vagas, o palabras dudosas... El primero, el único, el indispensable paso que deben dar las cortes, es el de atajar la guerra civil, cuyo resultado, sea cual fuere, es contra España. Lo más probable es que los americanos sean superiores a las fuerzas europeas ; y que después de derramar mucha sangre, el nombre español sea para los nietos de los conquistadores del Nuevo Mundo tan odioso como el de sus abuelos lo fue a sus primitivos habitantes. La consecuencia de esto será la separación absoluta de América, y la ruina de la causa de España (4).

La experiencia clama en los oídos del gobierno español, que va a tener la misma suerte que Inglaterra, respecto a sus colonias, si sigue los mismos pasos. El gobierno español insiste en tomarlos peores. El pueblo de América ha estado trescientos años en la completa esclavitud que pinta Mr. Burke. Es un esclavo que ha sufrido sus cadenas mientras que su señor ha tenido vigor bastante para estar a su lado cuidando que no las limara. Al menor movimiento sospechoso tenía el azote encima. El esclavo, joven y bien dispuesto fue adquiriendo fuerzas que la naturaleza, no obstante su opresión, le daba : el amo se envejecía. Debilitado éste por su mala constitución, y sus excesos, se ve acometido por un enemigo que le da una herida profunda. En tan miserable estado llama al esclavo a su socorro. «Acércate a mí le dice, cuanto alcance la cadena; ven a mi auxilio sin romperla : trabaja con ella a la cintura, y dame del fruto de tu trabajo toda la parte que

(4) *Idem*, nº 9, diciembre 1810.

yo te pida. Tú eres igual a mí en todo ; te le confieso ; mas guárdate de tocar ahora a la cadena. Tu suerte queda de mi cuenta, y trataré de ella con oportunidad.»

Representantes del pueblo español, ayudad a soltar al esclavo. La humanidad le dicta no abandonar a su antiguo señor que está cubierto de heridas ; y la escuchará sin duda, si no le inspiráis desconfianza para en adelante. Si es verdad que pensáis soltarlo ¿ Por qué ese miedo de que él mismo, con vuestro consentimiento, se quite la cadena ? ¿ Por qué exigir que la conserve un instante más ? ¿ Por qué enfurecerse si la toca ? ¿ Por qué amenazarlo ? (5).

Será verdad que los insurgentes de México cometen desórdenes ; mas pedir razón y moderación en un pueblo a quien la opresión, y la injusticia hace tomar las armas, es pedir imposibles. En una de las gacetas de México se da cuenta de una batalla en que los insurgentes perdieron últimamente diez mil hombres. El general que los degolló acaba con una insolencia, y crueldad más que francesa, haciendo responsables de esta carnicería, ante Dios y los hombres, a los que están al frente de la insurrección... Con el mismo derecho acusa Napoléon a los españoles de los horrores que sufren por resistirle... El gobierno español ha estado, y continúa ciego. Si por sus preocupaciones e ignorancia ha perdido el terreno que tiene bajo su mano, mal podrá esperarse que sepa gobernar mejor en tierras lejanas. Esto lo ve claramente toda la América. La sangre derramada, por culpa del gobierno español, ha aumentado los odios, y no hay medios de apagarlos. En vano esperan socorros. Han quemado la casa porque no podían ser dueños absolutos de ella... es preciso desengañarse : es imposible que el continente inmenso de América dependa siempre de España y le sacrifique sus intereses, sin que derive alguna compensación. Los pueblos a quienes la naturaleza dio medios de subsistir por sí, sólo están sujetos a otros, o por que están defendidos, o por que están oprímidos por ellos. España no puede hacer ni uno ni otro respecto al Nuevo Mundo... ¡Qué ridículos son los argumentos, las quejas y las investivas contra los americanos, que sólo se fundan en el vano nombre de Madre Patria! Hasta los sagrados deberes filiales de un

(5) *Idem*, nº 10, enero 1811.

hombre para con sus padres tienen puestos límites por la justicia. Si el padre pierde la razón, y quiere que el hijo se sacrifique a sus errores : si porque, sin abandonarlo, quiere el hijo en competente edad tener también una casa y una familia : si porque no se le somete a una eterna minoridad quiere sujetarlo a golpes ¿qué hará este hijo sino compadecer al pobre anciano en su locura, y tratar de contenerle el brazo con que, en su frenesí, le castiga ? (6).

Mientras en las cortes se alterca, y regatea con los diputados de América, como si estos fuesen dueños absolutos de la voluntad de aquellos pueblos, sobre cual ha de ser la representación futura en las cortes de España, Caracas y Buenos Aires reúnen sus respectivos congresos, y tienen tiempo sobrado para ganarse las voluntades de sus poderdantes, con poco que tengan de liberalidad, y talentos. Muy malos han de ser los gobiernos revolucionarios si no saben hacer sentir a los pueblos la infinita ventaja de tener de su lado allá del mar la soberanía, si no alcanzan a hacerles percibir la diferencia que hay entre obedecer a las leyes, o a un Virrey. Aun cuando los decretos de las Cortes sobre la representación de América se expidiesen ahora, llegarían allá después de año y medio de independencia absoluta, que tal lo ha sido, por la cabezudez de los gobiernos de España. ¿ De qué servirán entonces estas desgraciadas gracias ? De lo que serviría convidar con asiento a la mesa del amo en La Habana, al esclavo que habiéndose huido tuviese ya casa propia en Filadelfia. El esclavo se burlaría del convite ; mas no sé qué nombre dar a la pasión que excitaría en él la noticia de que su amo, y la señora reñían diariamente sobre en qué lugar se le había de poner el asiento (7).

Caracas llamó mi atención desde que sus papeles y proclamas llegaron a mis manos. Hallábame decidido a abandonar la empresa de escribir sobre materias políticas que se había empezado en *El Español*, porque disgustado hasta el alma del gobierno que había visto nacer en mi patria, de las ruinas de la Central, no veía ni disposiciones ni esperanzas de que se mejorase ; sabía que estaba decidido a no juntar las Cortes, y ya empezaba yo a sufrir la persecución de sus satélites por-

(6) *Idem*, nº 13, abril 1811.

(7) *Idem*, nº 14, mayo 1811.

que escribía en español y no escribía a su gusto. Pero vino la noticia de la revolución de Caracas, y viendo en ella (cuan claro se puede ver a esta enorme distancia) un movimiento de fermentación suave, una revolución sin sangre ni armas, una mudanza causada por el inevitable curso de las cosas, y no forzada por una facción o partido, dije para mí : la felicidad de los españoles se debe buscar en América en caso de que se desvanezca la vislumbre de esperanza que les queda en Europa. Ya lo he dicho otra vez, y lo repetiré eternamente : los españoles, no los americanos, debían estar agradecidos. Si yo hubiera sido imparcial, si el miramiento a la España no hubiese sido mi norte : si yo hubiese querido inclinar los americanos a la independencia, nadie me ha presentado armas más poderosas que las Cortes... El gran riesgo que yo concibo en la actual situación de América, es el que crezca y se confirme el odio entre europeos y criollos ; el que se lleguen a mirar como dos naciones distintas. Al gobierno que tenga la ambición de aparecer noble y justo le toca hacer cuantos sacrificios sean capaces de extinguir este semillero de males, que una vez arraigado será la cizaña de América por largos años... Una declaración de absoluta independencia pudiera comprometer la felicidad naciente de la América meridional... La América española no ha pasado aún el noviciado de la libertad, y quererle hacer todo de repente y a la vez, paredes, techos, y cimientos es exponerse a no hacer más que un edificio de apariencia que se vendría abajo al primer soplo. La América española por necesidad será independiente en algún tiempo (no sabré decir cuando) porque esperar que con sus riquezas, con su extensión, y sus medios ha de estar siempre sujeta a un pueblo que vive a dos mil leguas, aun cuando la gobernara una serie no interrumpida de Solones, y tuviera al frente de sus fuerzas a otros tantos Alejandro, es un verdadero sueño. Pero si los americanos quieren no retardar este período, no la apresuren : dejen obrar a la naturaleza : la libertad es una planta delicada, que se debilita y perece cuando se la fuerza a dar fruto demasiado temprano. Nada hace amar las doctrinas como la persecución ; permítanme los americanos predicarles las mías ; que según esta regla me deben ser muy caras. Pero jamás, jamás lo serán tanto como la felicidad de la nación española, que les doy por objeto. Los americanos me honran llamándome imparcial : muchos españoles me insultan llamán-

dome faccioso ; mas el testimonio de mi conciencia me dice que no soy ni uno ni otro. Deseo con vehemencia la felicidad de España, y en esto soy apasionado ; mas los españoles americanos no son en mi concepto menos españoles, ni menos paisanos míos que los que han nacido en mi mismo pueblo. Facciosos son en mi dictamen, y muy poco españoles, los que por la ira que esta cuestión les excita, y por los medios que prefieren para decidirla, parece que más tratan de intereses personales que los generales del reino (8).

...¿ Admitirá el orgullo del criollo al indio y al mulato a una verdadera igualdad con él ? ¿ Podrán el odio y la emulación de las castas inferiores sufrir que el poder político del estado sea patrimonio exclusivo de los blancos ? ¿ Cuales serán los cimientos de los nuevos edificios políticos con que se ha de adornar América ? Si la propiedad se constituye sola base del poder político, ¿ cómo podrán las castas subordinadas reconciliarse con un sistema que les dejará, desnudas y sin protección a la merced de sus amos y atreadores ?... Los revolucionistas justifican su resistencia a la madre patria a título del derecho que como hombres tienen de elegir su gobierno. Nosotros no entraremos en discusiones con ellos sobre los límites o aplicaciones de este principio ; sólo les preguntaremos si, insistiendo sobre tal argumento, piensan acomodar la práctica a la teórica. Si recurriendo a artificios y quisquillas piensan excluir a sus hermanos negros o pardos de una completa participación del poder político, ¿ juzgan que con estas lecciones de derecho natural frescas en la memoria se someterán pacíficamente las castas degradadas a estas restricciones de privilegios ? Por mucho que deseemos la unión entre España y sus dominios americanos no se disuelva en tanto que España pelea por su independencia, estamos tan persuadidos de que América tiene derecho a una completa enmienda de los gravámenes que sufre, que si la metrópoli rehusa obstinadamente conceder sus peticiones, creemos que los americanos deben continuar en su insurrección, y obtener la satisfacción de lo pasado y seguridad para lo futuro, que el orgullo y la avaricia no quisieron concederles. Vemos claramente que de esta conducta, en caso de acompañarla la fortuna de la guerra, nacería la absoluta independencia de las colonias, y este es el motivo que tenemos para recomendar a los que tienen la autoridad de Es-

(8) *Idem*, nº 16, julio 1811.

paña, que procuren evitar este caso, mientras aun es tiempo, concediendo a sus súbditos lo que es justo (9).

... Una vez comenzada la guerra entre la parte oprimida de una nación, y la que manda, en nada puede terminarse sino en esclavitud o independencia. El gran interés de España es que al momento se vea establecido un sistema práctico de emancipación y amistad entre ella y una parte tan respetable de América como el Virreynato de Buenos Aires. Esto es de necesidad absoluta si ha de quedar un palmo de terreno en América donde un español pueda fijar el pie... Por poco dispuestos que se hallen a la absoluta independencia, si a un lado ven arbolada su bandera, y al otro el azote y la espada, ¿ a cuál se inclinarán ?.

La América española será potencia independiente y muy poderosa con el discurso del tiempo, y lo será sin guerras, ni desolación, si se conducen ahora con prudencia los que manejan la opinión pública... América, donde la universalidad de la lengua española asegura que desde la Tierra del Fuego al Mississipi no puede haber más que un pueblo, está naturalmente destinada a ser un gran imperio. La opresión es quien ha impedido sus progresos hacia este término ; y aun a pesar de ella ha dado algunos pasos. España, aunque lo quisiera, no puede ya ejercer ninguna especie de tiranía en aquellos países. Sólo el desorden, la desunión y la anarquía pueden atajar los progresos de la América española. Restitúyase la paz ; quítense los grillos a la industria ; bórrense hasta los nombres de las manchas legales de las castas ; ábraseles el camino de la civilización de los primeros rudimentos del saber ; naveguen los americanos de unos puertos a otros ; comercien en el interior—y no se acuerden de quién ejerce la soberanía, si las Cortes, o los Congresos de América. Insistan en ser soberanos de su industria, y créanme que más cerca están de este modo de la soberanía política, a que algunos de sus filósofos aspiran, que declarándola desde ahora con proclamas. El comercio y la industria es quien decide la superioridad respectiva de los pueblos (10).

El amor a mi patria me había empeñado en una empresa superior a mis alcances. Uno tras otro, los gobiernos de España parece que se habían

(9) *Idem*, nº 22, enero 1812.

(10) *Idem*, nº 23, marzo 1812.

propuesto hacerse odiosos en sus antiguas colonias, y a fuerza de orgullo e insultos, espolearlas a la absoluta independencia... ... creí que era mi deber presentar la cuestión al público español de ambos hemisferios, en aquel punto de vista que la pusiese más cercana a un convenio favorable a unos y a otros, igualmente que al éxito feliz de la causa de la libertad en Europa contra la tiranía francesa. Hicelo así ; y los que ahora puedan leer con ánimo imparcial lo que he escrito, y los que lo examinen cuando ni la cuestión ni yo existamos, verán si no he hecho por España aun más, tal vez, que lo que el amor a la rigurosa verdad permitiera en una cuestión de otro género (11).

He hecho cuanto ha estado a mi corto alcance para persuadir a los americanos a la conciliación ; mas, ya no está en su mano ni en la mía. El gobierno español la ha rehusado a la amistad, a la humanidad, a la justicia, y aun a su propio interés. ¿ Qué les resta a hacer a los americanos ? ¿ Se han de entregar a discreción de semejantes señores, fiados en la defensa de una tercera parte de representantes en el Congreso, a esperar justicia de él, contra la que sumariamente le administran sus virreyes y audiencias ? Antes me cortara la mano con que escribo que recomendar tan funesto abatimiento. Una sola cosa sacrificaré en este punto al respeto de mi patria. Al desvanecerse para siempre la esperanza de conciliación, me ha sido preciso presentar este pequeño bosquejo de las razones que he alegado en la cuestión presente. Mas nunca tomaré la pluma para atizar el furor de los americanos españoles en esta funesta guerra. Decídala la espada, y el Dios de la justicia, sin castigar a mi patria de los errores de sus gobiernos (12).

Sobre la esclavitud

La razón que alegan, en general, los colonos, es que los negros son de un carácter perverso, y que sólo el temor puede contenerlos. Yo por mí creo que los negros deben ser naturalmente buenos, cuando el trato que les han dado los europeos no los ha convertido uno por uno en monstruos. Las

(11) *Idem*, nº 24, abril 1812.

(12) *Idem*, nº 28, agosto 1812.

virtudes son hijas de los afectos sociales. Quien considere la vida de un negro traído de África, y puesto a trabajar en un ingenio, mirará como un milagro de bondad el menor lineamiento moral que lo distinga de un tigre...

Aún no alcanza la idea a discurrir cuándo podrá llegar el tiempo en que desaparezca la esclavitud sobre la faz de la tierra; pero al menos ha llegado el de ver mejorada la suerte de los esclavos. Los de los españoles han tenido siempre, en general, mejor suerte. Pero los españoles deben coronar esta gloria, contribuyendo a la completa extinción del tráfico (1).

¿Debe el gobierno de España quejarse en nombre de la nación que lo ha constituido a su frente, de que hay quien incomode a sus vasallos que se emplean en robar hombres, mujeres y niños, para venderlos a gentes que los hacen trabajar toda la vida, apropiándose el fruto de este trabajo, y hasta los hijos que produzcan en esta miserable esclavitud? El hecho, presentado de este modo, parece una paradoja inconcebible. Mas yo apelo al buen juicio de todos los hombres del mundo, que me digan si hay otro modo de pintar este procedimiento, u otro aspecto por donde mirarlo... Tan bárbaras, tan fútiles, y aun viles son cuantas razones se pueden imaginar para sostener, ni un momento, el tráfico de esclavos que el ánimo indignado se desdeña con abominación de recordarlas, y aun más, de responderlas (2).

IV. — Patriotismo

Cuando una inclinación natural es elevada a la categoría de virtud, sobrevienen los mayores males. El patriotismo es un ejemplo de ello. La propensión natural a conferir una importancia indebida a nosotros mismos se denomina egoísmo cuando el individuo es claramente el objeto de su propio sentimiento; pero, cuando, bajo el nombre de patriotismo, cada individuo se deja arrastrar a la vanidad, al orgullo, a la ambición, a la crueldad—y lo hace en tanto que inglés, francés o español—todos estos vicios son considerados virtudes (1).

Nosotros somos ingleses, y ellos franceses; una banda de pordioseros bribones.

Nosotros somos franceses, y ellos ingleses: ¡*Sacre!*

Nosotros somos españoles, y ellos americanos.

Nosotros somos mexicanos, y ellos españoles.

Nosotros somos rusos, y ellos polacos.

Nosotros somos polacos, y ellos moscovitas.

—¿No es curioso que palabras de tan distinto significado como inglés, francés, español, polaco, etc. produzcan el mismo efecto en los sentimientos y pasiones de la humanidad?

—Se equivoca usted al atribuir los efectos en cuestión a la palabra errada. Es la palabra *nosotros* la que los origina (2).

A la verdad, reconozco de buen grado que jamás he sentido esa clase de patriotismo que ciega a los hombres respecto a los defectos de su país tan bien como a los propios. España, con su cuerpo político miserablemente rebajado por su gobierno e Iglesia, dejó de ser para mí objeto de admiración desde un período muy temprano de mi vida. Nunca he sentido orgullo de ser español pues, por serlo, me hallaba mentalmente envilecido, condenado a inclinarme ante el más misero sacerdote o laico que podían enviarme en cualquier momento a las cárceles del Santo Oficio. Durante muchos años presencié que una sentencia de destierro de tal país, lejos de ser para mí un castigo, sería una bendición.

Iglesia, ortodoxia, partidos

Hoy día, ningún hecho histórico se halla mejor establecido que la despiadada y sistemática destrucción de cuantas obras se oponían a la ortodoxia, esto es, al partido predominante. Los propios escritores eclesiásticos registran dicho método y las leyes del Imperio Romano, desde el tiempo en que Constantino el Grande dio una resuelta victoria a la facción que sostenía la doctrina atanasiana sobre la Trinidad—facción en la que la Iglesia de Roma ocupaba una posición prominente—dan fe incuestionable de él. Los libros heréticos no podían ser preservados de las llamas sin peligro inmediato para quien los

conservara en su poder. Toda persona descubierta en posesión de uno de ellos era castigada con la pena de muerte. Y ¿quiénes eran *herejes*? Todos los que discutían de la facción proclamada ortodoxa por la ley. A ello se debe en gran parte la pérdida de una multitud de obras pertenecientes al período anterior a la unidad legal de la Iglesia. Todo cuando contradecía las ideas del partido ortodoxo debía perecer para siempre. No es asombroso, por tanto, que el Caballero irlandés no encuentre protestantes en la época que precede al establecimiento de la ortodoxia. Esta no toleraba la existencia de obras que no coincidieran cuando menos hasta cierto punto con su credo y, desde luego, de ninguna que lo contradijera...

Teodosio fue el primero en establecer, en el año 382, inquisidores de la fé y con este mismo nombre. Los gobernadores civiles recibieron la orden de enviar inquisidores a todas las provincias, de abrir sus tribunales de justicia a informadores secretos a quienes se eximia así del odio general hacia tal cargo y de tomar en consideración las recusaciones habituales de testigos mientras que eran anuladas en favor del acusador en casos de herejía. El Imperio Romano se convirtió en el escenario de persecuciones crueles: millares de personas sufrieron la pena de destierro y familias pudientes se vieron reducidas a la mendicidad. Numerosas figuras de nota del bando de los dirigentes fueron enviadas a perecer a lugares salvajes y abandonados. Otra ley del mismo emperador, publicada un año después, contiene una larga lista de denominaciones heréticas. Quiquiera que fuese acusado de pertenecer a alguna de ellas era entregado a la furia colectiva de todo el buen pueblo, a saber: «*el que se deleita en el culto y belleza de la verdadera religión*».

Si los vivos eran tratados de este modo en aras de la unidad católica ¿cómo deben de haber sido tratadas las obras de los muertos, especialmente en una época en que la destrucción de unos cuantos manuscritos podía aniquilar para siempre los testigos de cualquier tentativa de resistencia a las innovaciones del partido predominante! Pretender, por tanto, que las escasas líneas—pues son realmente escasísimas—en que se da por supuesto que algunos escritores de los primeros siglos recomendaban doctrinas y prácticas que los protestantes rechazan, prueban el consenso universal de los cristianos en aquellas materias es muy poco razonable, por no decir absurdo. Los escritores que podrían haber demostrado que

dichas innovaciones suscitaron la resistencia de sus contemporáneos estaban a la merced de la tiranía ortodoxa desde comienzos del siglo iv. No, la Reforma no podía liberar los antiguos manuscritos de las Padres de la vigilancia celosa del partido romano. Hay pruebas indudables de que incluso las obras de éstos a los que la ortodoxia perdonó la vida han sido, a menudo, mutiladas y adulteradas, siempre que por una razón u otra no armonizan con el credo de Roma. Pero incluso mucho antes de Constantino era peligroso leer y conservar escritos antiguos que disientan de la creciente superstición. La opresión ortodoxa había llegado a tal extremo que si algunos Padres deseaban leer los escritos antipopulares o condenados debían fingir visiones celestes que les autorizaban a consultar las obras prohibidas...

Pero volvamos mejor a los antiguos manuscritos: se debe por ejemplo a uno de estos piadosos fraudes que el tratado de Tertuliano sobre el ayuno—escrito, evidentemente, contra los ortodoxos—haya sido transmitido cuidadosamente a la posteridad mientras que de las obras en que defendía a Montano no se conserva huella. Así, por el descuido si no por la voluntad expresa de los ortodoxos, han perecido gran número de obras de los tres primeros siglos.

No podemos conjeturar acerca de su contenido, pero el furor ortodoxo contra los libros desde principios del siglo iv nos da una mediana base para suponer que, mucho antes de esta época, la unidad fue obtenida merced a la aniquilación de quienquiera que se opusiese al partido predominante.

El Caballero Irlandés no puede descubrir protestantes en las obras de la antigüedad que han llegado hasta nosotros a través del conducto de la ortodoxia romana y de ahí concluye que no hubo ninguno en aquellos días. Un viajero por el antiguo Egipto podría haber pretendido asimismo que no había cocodrilos en aquella región porque no encontró ninguno en un país en donde su destrucción era un deber religioso. El viajero no obstante hubiera mostrado más discernimiento si antes de trazar esta amplia conclusión hubiese intentado averiguar si los registros de los sacerdotes mencionaban algunos métodos de exterminio de aquellos heterodoxos animales o del tratamiento que algunos de ellos recibieron de manos de los propios sacerdotes. Cualquiera que fuese el tiempo en que esto ocurriera debe de haber

(1) *El Español*, nº 20, noviembre 1811.

(2) *Idem*, nº 24, abril 1812.

(3) «*Lije of...*», vol. II, p. 6.

(1) *Idem*, vol. II, p. 29.

(3) *Idem*, vol. I, p. 141.

habido cocodrilos en el lugar...

Pero ¿por qué—se objetará—no hubo resistencia a estas prácticas cuando hicieron su aparición? A ello responderemos: ¿por qué muchas de las peores enfermedades no son combatidas por la medicina desde su mismo origen? Porque se presentan sin suscitar alarma. La mayoría de dichas supersticiones cristianizadas, repetimos, deben de haber parecido al principio muy inocentes; muchas de ellas deben de haber sido acogidas como esencialmente útiles y piadosas. Cuando en el decurso de tres o cuatro siglos casi habían suplantado a los Evangelios, los pocos que podían distinguir el trigo de la cizaña vieron la cosecha medio asfixiada por influjo de la mala hierba y elevaron sus voces contra el mal, pero era demasiado tarde. Una Iglesia tiránica y un cuerpo de sacerdotes que se acercaba cada día más a la condición de una monarquía clerical habían adquirido un poder formidable del mismísimo predominio de estas supersticiones y los propios emperadores le prestaron su asistencia...

Desde los primeros tiempos de la Iglesia, uno de los expedientes favoritos de los ortodoxos—es decir, del partido que, por el momento, se siente bastante fuerte para pretender superioridad—ha consistido en marcar a cada nuevo adversario con el nombre de alguna secta previamente derrotada. De este modo, la idea de un error que se supone conocido y condenado por el asenso común, la noción de alguna extravagancia anticuada, quizás de algún hecho criminal atribuido a aquellos señalados por el odioso nombre se pega en seguida a la persona que expresa alguna opinión molesta o se atreve a proponer algún método de investigación que el partido establecido o cómodamente asentado sospecha que podrá volverse contra él. Algunas veces he pensado que se podría escribir un libro titulado «*El campeón de la fe*» conforme al esquema de «*El príncipe*» de Maquiavelo. Del mismo modo que el escritor italiano revela las astucias del déspota mediante las instrucciones que da acerca del arte del gobierno, se podrían exponer las estratagemas de los polemistas encaminadas a la supresión de la herejía. En tal libro habría que recomendar preminentemente el uso de nombres sectarios. La regla debería consistir en responder al primer signo de disconformidad con la denominación de alguna secta anteriormente condenada. A la verdad, ésta ha sido la práctica constante de la Iglesia de Roma y, como todas las prácticas de dicho orga-

nismo eminentemente político, se funda en un conocimiento profundo y correcto del espíritu humano. Pues, independientemente del carácter odioso del nombre, tiende a aturdir y agotar al aventurado perturbador de la ortodoxia, obligándole a descuidar su principal argumento para empezar a refutar su supuesta identidad de opiniones con la convicta herejía. Si se le pega el nombre con la adecuada habilidad, la diferencia no podrá ser expuesta sin un considerable discernimiento y exactitud de lenguaje. El mundo no prestará atención a tales sutilezas y los polemistas ortodoxos—esto es, los del bando establecido—podrán dejar que su adversario grite hasta enronquecerse sus protestas de inocencia respecto a la vieja herejía implicada en tal nombre (1).

Ahora bien, desde que la ortodoxia es un título de poder, está condenada a actuar sobre la mente humana como cualquier otro instrumento de ambición. Desde que es el vínculo que une bajo su guía vastas corporaciones humanas, y la heterodoxia o herejía suscita agrupaciones contrapuestas bajo gobernantes que se convierten así en rivales peligrosos de los ortodoxos, dichos principios de unión y oposición actúan necesariamente como patriotismos rivales y opuestos. Existe con todo una importante diferencia, a saber, que, mientras un patriotismo puede permitirse un cierto grado de simpatía por otro, dicho sentimiento no opera entre dos credos. La ortodoxia es exclusiva y no puede admitir la existencia de una rival: su rasgo esencial consiste en someter a todo el género humano bajo su dominio. Los hombres organizados en una corporación, como profesionales de ortodoxia, resistirán y castigarán, por todos los medios, cualquier tentativa de disolver el principio vital de su unión.

Y, como todo otro organismo político, una Iglesia ortodoxa advertirá fácilmente que nada aglutina mejor a las agrupaciones humanas que su oposición a las demás. Un estado de guerra, especialmente con vecinos, trueca el patriotismo en una pasión violenta y consolida la unión de quienes combaten bajo sus banderas. De ahí el hecho—y cada página de la historia eclesiástica lo prueba—que la condena de los demás es el alma verdadera de la ortodoxia. Ningún orto-

(1) «*Second travels of an Irish gentleman in a search of a religion*», p. 114 a 176.

doxo se contenta con lo que él cree su propia doctrina, si no condena desde el fondo del alma a todo que difiera de él. Para probar la verdad de dicha aserción, más allá de toda posible duda, me basta con remitirme solamente a las actas de todos los concilios y sínodos celebrados en el mundo cristiano. En realidad, cualquier tipo de ortodoxia implica fatalmente una heterodoxia, en la acepción de un sistema erróneo y condenable... (2).

La mayoría de los vicios de los regímenes políticos responsables de la terrible crisis de nuestro tiempo por la general irritación en que mantienen al conjunto de la sociedad, tienen su origen en las nociones de Iglesia que regularon exclusivamente el cuerpo de Europa durante muchos siglos y entraron a formar parte de todas sus partículas. Todo dependía de la teología: incluso si se trataba de temas científicos, los teólogos eran jueces. De ahí la circunstancia que todos los principios y sistemas fuesen creados a *perpetuidad*, incluso en lo que respecta a los pormenores más nimios. Cualquier cosa de dicha especie se configuraba conforme a las instituciones monásticas, en donde la Regla determina de antemano y para siempre hasta las acciones más indiferentes de quienes la profesan.

El mayor paso que la sociedad debe dar ahora es desembarazarse de error tan extendido; aprender a actuar de acuerdo con el principio que todo, en el hombre y sus preocupaciones, es progresivo y nada puede ser encerrado para siempre en las mismas formas, a menos que destruyamos en seguida la vida que lleva dentro. Tenemos ejemplos de este proceso de momificación en algunas naciones de Oriente. Gracias al cielo, no es posible en Europa (3).

Polémica con los católicos ingleses

Me satisface ver marcado el dogma de la intolerancia, en el «*Book of the Roman Catholic Church*», con el epíteto de «*detestable*»; pero no puedo menos de extrañarme de ver a un hombre que expresa tan abiertamente su execración de tal doctrina profesar obediencia a una sede

bajo cuya autoridad la Inquisición fue restablecida en España en 1814. Si los católicos han adelantado bajo el gobierno protestante de Inglaterra hasta el extremo de poder detestar de la persecución, ¿por qué distingo inteligible encuentran compatible arrimarse al manantial de la intolerancia que ha anegado a Europa en sangre y todavía muestra intacta su vieja propensión doquiera que conserva su influjo exclusivo? ¿Con qué Iglesia aprendió España la obligación de prohibir para siempre a sus súbditos el derecho de escoger sus principios religiosos, en el mismísimo momento en que proclamaba su «*libre constitución*»? ¿Quién indujo a los gobiernos republicanos de Hispanoamérica a copiar la misma ley odiosa en sus nuevos códigos?...

El dogma de un juez infalible en asuntos religiosos es la fuente auténtica del fanatismo y cualquiera que crea de verdad en él es necesaria y conscientemente un perseguidor; una Iglesia falible no puede coaccionar. Si pretende autoridad en materias de fe, es para proclamar su propio credo a quienes voluntariamente quieren formar parte de ella. El juez infalible, por el contrario, considera su presunto don como una misión milagrosa y divina: la de atajar los progresos de cuanto condena por erróneo. Persigue y castiga a los disidentes no porque no puede convencerlos mediante sus razones, sino por su obstinada resistencia a su autoridad sobrenatural. Roma no condenó jamás a sus oponentes a la hoguera en razón de sus errores, sino por su contumacia. De este modo ha conseguido muy a menudo extinguir la conmiseración en el pecho de sus seguidores, pues el error induce a la compasión mientras la rebeldía enciende necesariamente la cólera...

Tal es el carácter del poder eclesiástico al que Vd. se somete. Las leyes monstruosas de las que hablo no pertenecen a un período remoto: se hallaban en vigencia hace quince años y fueron restablecidas, con la sanción del Papa, en una época posterior. Si alguno de sus escritores adopta el tono liberal propio de este país y este siglo y profesa su fe sin coacción puede agradecerlo Vd. a las leyes protestantes que le protegen. ¿Hay un lugar en el universo en el que un católico pueda desprenderse de su sumisión mental, excepto en donde los protestantes han luchado por este derecho y lo han sellado con su sangre? Sé que la Iglesia modifica su intolerancia conforme a las circunstancias y soporta en Francia, después de la revolución, a los mismos hugonotes que habría

(2) «*Observations on heresy...*», p. 74-74.

(3) «*Life of...*», vol. II, p. 154-155.

quemado en España hace sólo unos años y a los que condenaría aún hoy a algún otro castigo apenas inferior al de la estaca. Dicha conducta es indigna de las pretensiones que sostiene Roma y descalificaría al cabecilla más obscuro de cualquier secta despreciable...

Puedo imaginar sin esfuerzo cuan irritante debe resultar a un católico romano «modernizado» de este país, la constante sospecha de que lo sea en verdad y conforme a la voluntad del Papa. Su caso es tan deplorable como el de un hombre de buen tono, obligado a frecuentar los círculos más elegantes en compañía de una madre vieja, caprichosa y medio chiflada que día tras día y hora tras hora le expone al desprecio y ridículo, a pesar de sus esfuerzos filiales por ocultar sus disparates (1).

V. — Literatura española

Con todo, la estructura gótica de nuestro sistema nacional no es el único que rebalsa el genio poético de España. Existe — si puedo arriesgar algunas vagas conjeturas sobre un tema difícil y no tratado aún con suficiente imparcialidad — una falta de flexibilidad en el idioma español, derivada de la gran longitud de la mayor parte de sus palabras, la escasa variedad de las terminaciones y lo abultado de sus adverbios que, según me temo, embarazarán su verso para siempre. El sonido de nuestra mejor poesía es realmente grande y majestuoso, pero requiere una destreza poco común para someterlo y modificarlo de modo que alivie el oído y satisfaga la mente. Desde la introducción de la métrica italiana por Boscán y Garcilaso a comienzos del siglo XVI, nuestros mejores poetas han sido imitadores serviles de Petrarca y los escritores de aquella escuela. Como el hidalgo de la Mancha, todo poeta español se ha creído en la obligación de tener un gran amor, buscando a la vez tema e inspiración en la minuciosa disección de su dama. El idioma, entre tanto, condenado durante siglos por la esclavitud sin precedentes de nuestra imprenta a un empleo casi exclusivo en el intercambio familiar de la vida diaria, ha empañado y manchado sus

galas más ricas por el influjo avasallador de la asociación de ideas. Escasamente un tercio de su amplio diccionario puede usarse en una prosa digna mientras una reducida lista de palabras compone el surtido total que puede usar la poesía sin producir empacho ni caer en el ridículo (1).

En los más de los poetas castellanos, desde Garcilaso a los de nuestros días, se observa que rara vez dicen lo que quieren, sino lo que pueden. La rima, el metro italiano (con su entono y poca flexibilidad para nuestra lengua) y cierta falsa idea de lenguaje poético que no permite hablar más que de lo que otros poetas han hablado les han quitado la libertad de pensamiento y expresión. Las obras de los poetas españoles, de la Escuela Italiana, son una serie de repeticiones e imitaciones bellas y agradables a veces; pero cansadas en su conjunto; sin naturalidad, y sin correspondencia entre lo que el poeta dice y lo que siente (2).

Si la fama de Cervantes creció de día en día en su patria, no fue tanto por el arte exquisito con que está escrita su obra, como por lo divertido del asunto. La prueba de esto se halla en la admiración con que, al paso que todo el mundo reía con el Quijote en la mano, daban el nombre de *Fénix* a Lope de Vega, autor tan inferior a Cervantes, que casi no puede entenderse como hay quien lo sufra después de haber leído las obras del verdadero *Fénix* de España (3).

En realidad nuestro estilo es, hoy por hoy, totalmente inestable: fluctuando entre la verbosa composición de nuestros escritores antiguos—pero sin su soltura—y la concisión epigramática de los escritores franceses de segunda fila—despojada de su viveza y garbo. Mientras permanecemos condenados al silencio de muerte en que se ha mantenido el país por espacio de siglos, hay pocas posibilidades de establecer ninguna norma de gusto para la elocuencia española. Capmany, probablemente nuestro mejor prosista y filólogo vivo, insiste en adoptar las palabras y giros de los autores del siglo XVI, la Edad de Oro, como suele llamarse, de nuestra literatura, en tanto que los traductores de Madrid parecen empeñados en hacer del idioma español un dialecto

(1) « Letters... » p. 381-382.

(2) *Varietades*, vol. I, p. 150.

(3) *Id.*, p. 111.

del francés: una especie de *patois* ininteligible a una y otra nación. El verdadero término medio se sitúa ciertamente entre ambos. La mayor parte de nuestro léxico resulta hoy vulgar y obsoleto: los idiomas que durante el progreso intelectual de Europa, se han convertido en vehículos e instrumentos de pensar lo han dejado muy atrás en cuanto a medios de precisión, y el rico tesoro que durante tiempo ha permanecido enterrado deberá ser reacuciado y bruñido antes de que pueda admitirse como genuina moneda. Ni rechazando por extraña toda expresión que no se encuentre en los escritores de la época de los Austrias ni desfigurando nuestro idioma con galicismos podremos adaptarlo a nuestras actuales necesidades y gustos. Lo razonable sería pensar por nuestra cuenta, en nuestro propio lenguaje: *pensar*, digo, y expresar las ideas con claridad, precisión y fuerza—no imitar el simple sonido de los períodos huecos que generalmente hinchan las páginas de los escritores españoles antiguos (4).

... Martínez de la Rosa ha sujetado sus facultades creadoras con su supersticiosa reverencia a las reglas de la crítica más angosta, cerril y dogmática (el dogmatismo es, en todas las materias, la consecuencia natural de la estrechez de miras y el servilismo). Su admiración sin límites por los escritores de lo que en España se denomina Siglo de Oro de su literatura—un período de poca más verdad histórica que el de su homónimo ovidiano—le ha inducido a tomar por guías a los filólogos españoles antiguos más pedantes. Como si incluso en los demás países buscarse relacionarse con aquellos escritores que concuerdan con sus maestros nacionales, Martínez de la Rosa ha estudiado con profunda reverencia las *Disertaciones* en las que Corneille se defiende de las acusaciones de desobediencia a Aristóteles con tanta ansiedad como si hubiera resultado sospechoso de rebelión contra Richelieu. Es realmente lamentable observar los efectos de la ortodoxia poética sobre la inventiva y facultades críticas de nuestro escritor. Sólo tiene una regla y prueba para juzgar el mérito de cualquier obra dramática que caiga entre sus manos: las *Unidades*. Si algún crítico extranjero pone en duda el valor de las obras dramáticas españolas nuestro autor imagina que las exime de culpa mostrando que la doctrina de las *Unidades* se conocía en España

desde tiempos remotos, pero que fué eludida voluntariamente por los escritores en cuestión: parece aguardar todas las excelencias de cualquier autor que jure por su nombre y, en todo caso, está dispuesto a perdonarle cualquier otra falta. Tiene en verdad demasiado buen gusto para no conceder gran importancia a Shakespeare; pero cuanto le molesta en sus comedias, lo achaca a su ignorancia o desprecio de Aristóteles. Suplicamos a nuestros lectores que no atribuyan a estas observaciones el designio de rebajar en su estima al poeta que nos ocupa. Nuestro propósito es ofrecerles uno de los mejores ejemplos vivos de la literatura española, a fin de que puedan aprehender el período intelectual por el que atraviesa la nación española en estos momentos. Un escritor francés moderno ha dicho que España es sólo un eco débil de Francia, oído a una distancia de cincuenta años. La observación es verdadera en política, pero en literatura el período del eco es mucho mayor (5).

El disgusto que los estudios de las Universidades producen en los españoles que por casualidad abren los ojos lo bastante para entender su atraso, y la escasez de libros elementales en su propia lengua, los hace recurrir a la literatura francesa, cuyo idioma aprenden a entender con gran facilidad. Del gran mérito de los principales autores de aquella nación, de la elegancia y claridad con que hasta los más medianos escriben, y del poco trabajo y cansancio que casi todos dan a sus lectores nadie puede dudar que los haya leído. Pero si merece algún crédito un hombre que pasó su juventud en estudiar la literatura francesa, y más de trece años de la edad madura en la de Inglaterra (tal ha sido la suerte del que esto escribe) es desgracia notable de los españoles que la dificultad de aprender la lengua inglesa los haga recurrir exclusivamente a los autores franceses... (6).

Los escritores peninsulares

Para un español de talentos... cualquier azar que lo saca del charco estancado de España, es un acontecimiento feliz, por lo que hace a los inte-

(1) « *Practical and Internal evidence against Catholicism with occasional strictures on Mr. Butler's look of the Roman Catholic Church* », Georgetown, 1826.

(4) « Letters... » p. 384-386.

(5) *The London Review*, vol. I, nº 1, 1835.

(6) *Varietades*, vol. I, p. 118.

reses de la parte intelectual. La parte flaca de los literatos españoles que nunca han salido de su rincón, es la vanidad que resulta naturalmente de la actividad y fuerza de alma que generalmente poseen, y de la pequeñísima esfera a que están reducidos. Faltos de libros, faltos de público que los excitase, que supiese apreciarlos, y que en su totalidad fuese superior a cualquier individuo por muy dotado que estuviere de la naturaleza, los pocos que en España dejaban el camino de las aulas por el de la literatura, no tenían más mundo en que vivir que una pequeña sociedad de amigos, con quienes comunicaban sus ideas, y de quienes recibían el aplauso con que mantenían en vida a su extenuada Musa. ¿Qué podía resultar de esto? Lo que hemos visto: primicias de ingenio, preciosas en sí, pero sin jugo, sin fuerza, sin frondosidad: imitaciones de imitaciones, hasta la cuarta y quinta generación de copias. Faltábales a los autores libertad, campo ancho en que ejercerla, y caudal de ideas originales, acopiadas por ellos mismos, y no tomadas de manos de revendedores. Examínese cada cual de los que, con talentos e instrucción suficiente para adelantar, se vieron forzados a vivir prisioneros o desterrados en Francia; y no podrán negar que sus ideas se acrecentaron en número, se vigorizaron desarrollándose, y perdieron cierta puerilidad, hija del encerramiento anterior, que acompañaba a no pocos españoles habilísimos, hasta la sepultura...

...De aquí es que, a no ser cuando se atacan unos a otros, los escritores españoles apenas parece que hablan de veras (1).

Defensa de la imaginación

La afición de los españoles a obras escritas en estilo oriental y llenas de ficciones de encantos y de seres sobrenaturales, abrió, en mala hora, la puerta a mil extravagancias en la multitud de libros de Caballerías. La inmortal obra de Cervantes hizo en breve que su nación diese en el extremo opuesto; y, de no gustar más que de hechicerías y vestigios, vino a caer en una apatía de imaginación que no da, ni admite una vislumbre del fuego que el clima, y los árabes, les comunicaron en otro tiempo. Yo confieso que a pesar de mi admiración del Quijote, he tenido por muchos años la sospecha de que sus efectos morales y

literarios, no fueron favorables a la nación española. Esta sospecha crece en mi día en día...

El alma de los pueblos modernos... se formó de la mezcla del valor y generosidad de los pueblos del Norte, con la sensibilidad y ardor de los del Mediodía. En semejante carácter la imaginación tiene el mayor influjo, mejor diré, sin ella no es posible que exista. Cervantes, sin intentarlo, le cortó las alas, y contribuyó a la obra, en que la casa de Austria se empleaba, de reducir a los españoles a meros instrumentos pasivos, con que establecer su despotismo. Los españoles del siglo XVII perdieron lo que pudiera llamarse el noble y generoso *Quijotismo* de la edad anterior. Quedóles el valor obstinado con que pelearon bajo los Felipes contra su propia libertad y la de Europa; pero de generación en generación fueron perdiendo aquella lozanía de ingenio, aquella esplendidez de carácter de que tantos rasgos vemos en la historia de los siglos catorce y quince, sin que reste nada más de lo que eran que una especie de fuego ahogado en cenizas...

No quiero decir que esto sea totalmente efecto de la obra del incomparable Cervantes; pero no puedo menos de creer que el Quijote contribuyó a producirlo. Dominaba, es verdad, en la nación española un mal gusto favorable a las ficciones extravagantes de los libros de Caballería; pero esta afición debiera haberse corregido, no sofocado. Las armas de lo ridículo son instrumentos envenenados que en vez de cortar excrescencias, destruyen el total de lo que hieren.

El placer de las ficciones que nos transportan a un mundo imaginario poblado de seres superiores al hombre, y sujeto a otras leyes que las inmutables de la naturaleza visible es tan natural y tan inherente a nuestra constitución, que no puede arrancarse del alma sino con violencia. Examínese la historia del género humano, y se hallará que hasta en el estado más rudo y salvaje, la imaginación se emplea en crear seres sobrenaturales, habitantes de un mundo invisible, que, o vagan por éste, o lo visitan de cuando en cuando, mezclándose en los negocios y tomando parte, ora favorable ora adversa, en los intereses del hombre. Propensión tan natural y decidida no se debe aniquilar, sino dirigir al bien y utilidad de la especie... Mas ¿no podríamos pasar sin ficciones? Muy bien, si quisiéramos, o pudiéramos convertirnos en una especie de seres de cal y canto, en quienes sólo hiciese mella o impresión un martillo. Pero en vano se cansan los que a título de Filósofos,

quieren extirpar de la mente humana la facultad que nos lleva a pintar mundos invisibles...

No quiero, por título alguno, decir que la intervención de seres sobrenaturales, y fuerzas misteriosas, tales como la creencia popular las figuraba en los tiempos caballerescos, sea necesaria, y ni aún admisible, en todas ocasiones. Mi intento es sólo protestar contra la sentencia de destierro que se ha fulminado sobre ellas, especialmente en España...

Pero ¿qué ventaja, me preguntarán, se saca de estas suposiciones? La de variar las situaciones. Cualquiera que haya probado a escribir obras de imaginación, habrá visto cuan difícil es el poner a los personajes en circunstancias, que desplegando todo su carácter, los hagan hablar y proceder de modo que exciten fuertemente nuestros afectos y simpatías. El orden de los acontecimientos humanos, en la vida social, forma un círculo de acontecimientos, en que hay poquísima variedad. La introducción de agentes sobrenaturales abre un campo extendido, en que el carácter humano se

despliegue con el mayor efecto. La falta verdadera de los más de semejantes escritos no es, que las situaciones son inverosímiles, sino que los afectos y expresiones no corresponden ni a los caracteres ni a la situación. La magnífica tragedia de Shakespeare, *Macbeth*, se funda en la predicción de unas hechiceras, con que la ambición del héroe se despierta, apoderándose poco a poco de toda su alma. Esta ambición, como tea encendida que se acerca a combustibles violentos, pone en acción el carácter feroz y determinado de su mujer, quien precipita a Macbeth al crimen horrendo de asesinar, en una misma persona, a su rey, su amigo, y su huésped. Nada es más inverosímil que la predicción; pero nadie, a no ser otro Shakespeare, podría dar más realidad y verdad a las pasiones, que sus personajes expresan en consecuencia de la situación en que el espectador permite que el poeta los ponga. Ejemplos de esto se podrían aglomerar, tanto de obras antiguas como modernas (1).

(1) « Sobre el placer de imaginaciones inverosímiles », en « *Variadas* » (t. I, p. 413-417).

Narrativa

Carlos Barral

Retrato a la sanguina
sobre cartón gris

Severo Sarduy

Cobra
Diario Indio

Darwin Flakoll - Claribel Alegría

Heridos y contusos

Daniel Moyano

Para que no entre la muerte

Rubén Bareiro Saguier

Caléndula

Plinio Apuleyo Mendoza

El día que enterramos
las armas

Nélida Piñon

Oriente Próximo

Carlos Barral

Retrato a la sanguina
sobre cartón gris

En el otro extremo de la Via Layetana—y vengo llamando a lo largo de estas páginas Via Layetana precisamente al tramo de ella que las gentes de más memoria que instinto de obediencia seguían llamando calle de Claris—, por encima de mi casa, vivía Jorge Folch. Vivía exactamente en la calle Provenza, cerca de la esquina de Claris. Jorge Folch fue realmente importante en una etapa de mi vida, en los tardíos cuarenta, pero nuestra relación era muy vieja. Lo conocí en el colegio, aunque apenas lo recuerdo en él. No debió permanecer en las aulas de la calle de Caspe más de uno o dos cursos; no estaba hecho para aquella disciplina ni parecía estar sometido a una tiranía familiar que lo obligara a soportarla. De su paso por la escuela no me quedan más que imágenes ópticas. Haberlo visto en una formación matutina vestido con la chaqueta del pijama y la corbata anudada encima o peleando en el patio con otro muchacho, más bien desgarrado y enclenque, vestido con un pullover granate muy descolorido y recién roto. Yo creo que nuestra amistad nació en la calle. En todo caso no tenía yo más de once años y él tendría entre doce y trece cuando nos reuníamos en casa para hacer experimentos. Teóricamente se trataba de hacer experimentos de química, pero en realidad se trataba de montar alambiques y quizás luego probarlos en cualquier destilación. Folch tenía una extraordinaria habilidad para doblar al fuego tubos de vidrio y fabricar con ellos admirables serpentinas que montaba en botellas y matraces. Se llevaba a su casa el producto de las destilaciones en tubos de ensayo que clasificaba y guardaba. Cuando era yo quien iba a verle, me los mostraba con mucho misterio, atribuyendo a los productos cualidades peligrosas, incluso terribles. Con los tubos de ensayo guardaba también ampollas de inyectables cuyo contenido pretendía reconocer mirándolas al trasluz. En el brazo de un sillón escondía lo que juraba que eran varias ampollas de morfina. Todo ello con gran misterio, como si se tratase de armas secretas. No sabría decir cuánto duró la época de los experimentos. Recuerdo que terminó con una intoxicación de gas de cloro que me retuvo en cama varios días. Pero en esa última experiencia no estaba Folch, la hice yo solo. De pronto, nuestra asociación química terminó, pero seguíamos viéndonos de cuando en cuando. Ahora lo que coleccionaba eran alcoholes en botellas en forma de petaca. Yo por aquel entonces fumaba y él no. Yo le llevaba muestras de coñac que robaba a mi madre,

a cambio de cigarrillos. Pero ya nos veíamos menos que en la época de la destilación del bromo. Desde pequeño, desde siempre, era Folch mitómano e histriónico. Era un gran fabulador y representaba con empeño su personaje de turno. Un personaje con el que no pretendía engañar a nadie, sino más bien justificarse y divertirse. En esa etapa del alcohol en petaca había pasado de la caracterización del alquimista a la de merodeador solitario. Hablaba de misteriosos paseos por barrios sólo frecuentados por maleantes, de su presencia en secretas tertulias de anarquistas en lejanas tabernas, de un mundo ocultísimo, de afilados cuchillos. Poco después descubrió los cementerios y se dedicó a mimar un curioso personaje mezcla de Franquenstein y de necrófilo romántico con un subrayado que quería ser sarcástico y era, sobre todo, socarrón. Quién sabe cuáles serían las fuentes literarias de aquellas metamorfosis—él era más bien un lector perezoso—pero el caso es que las impregnaba de una vitalidad entre salvaje y popular. Otro escenario que descubrió en aquel tiempo fue el de las alcantarillas, que no fueron capricho de un día. A partir, creo, de unas bocas abiertas al campo en las afueras de Sarrià, fue introduciéndose en el subsuelo negro de la ciudad y consiguió orientarse en él con precisión. Anunciaba por ejemplo que el siguiente domingo golpearía el suelo del Teatro Partenón a la hora de nuestras aproximaciones sentimentales y así lo hacía. Al menos yo estoy convencido de que oí los golpes convenidos. Afirmaba—yo no lo vi nunca—que paseaba por los barrios altos con una rata de cloaca amarrada con un cordel y que se había construido un laboratorio secreto en una especie de estación de drenaje, en el cruce de dos albañales. Lo que sí había visto era el especial atuendo que se había hecho fabricar para sus excursiones subterráneas, un curioso mono como de aviador, cubierto de bolsillos de caprichosas formas, cerrados con cremalleras, bolsillos que según decía estaban calculados cada uno para un instrumento determinado, para cada pieza del utillaje del explorador de los caminos inmundos. Afirmaba mantener cordialísimas relaciones con los alcantarilleros profesionales, los pobres diablos de las brigadas municipales de conservación de la red de desagües. Yo en aquel entonces creía a pies juntillas lo que contaba y aún ahora me resulta imposible determinar dónde comenzaba la fábula. Porque es evidente que tenía mucha experiencia de cloacas, igual que, como comprobé con los

años, tenía verdadera experiencia de camposantos, y de pozos. Porque los pozos, las cisternas y sifones, y, en general cualesquiera presencias de aguas subterráneas, como probó su estúpida y trágica muerte, eran otro de los decorados predilectos de sus transfiguraciones. Es curioso; en toda esa varia y aparentemente desarticulada mitomanía personal coexistían dos puntos de vista de *mise en scène* o dos posibilidades de sentido más bien poco coherentes y seguramente entroncadas con cada una de las tradiciones familiares. Numerosos rasgos de su carácter y no pocas de sus reacciones intelectuales se originaban en la admiración al padre y al hermano mayor, y en la asimilación de una mentalidad científica y pragmática. Folch estaba muy vinculado al modelo del padre al que admiraba secretamente en su papel de triunfador sobre los avatares de la vida diaria y coram populi en su personaje de geólogo amateur, minucioso e infatigable. Tenía esa admiración de cariñosa ironía o aventuraba su protesta de esteta, haciendo un acto de transferencia, a la figura del hermano mayor, Alberto, a quien no admiraba menos y a quien llamaba familiarmente « *la bestia* ». Pero esa ironía y esa protesta no eran más que una cuestión tonal. El rigor científico o el salutarismo naturalista de tradición paterna estaban presentes en toda su vida mental y en las formas de su sensibilidad. Lo difícil para quien no le ha conocido es imaginar cómo se integraban estas particularidades en los aspectos dominantes de su personalidad, determinados éstos por el culto a las tradiciones de la familia materna. Porque Folch se llamaba Rusiñol de segundo apellido y era sobrino—nieta de Don Santiago. Pero no se trataba, en cuanto a tradición y culto, específicamente de Don Santiago, sino de los Rusiñol en general, del hecho de que toda o casi toda la información que había recibido de los parientes notables de esa rama señalaba la vigencia de cualidades o mejor de singularidades de carácter que le gustaba dar por heredadas. Sensibilidad artística y agilidad mental abocada al ingenio, aristocrática inconventionalidad, tendencia a la extravagancia genialoide, crueldad y desprecio por todas las formas de mediocridad. El modelo Rusiñol no era para Folch directamente su madre, sino el tío Juan, a quien llamaba el filósofo y cuya finca de Las Voltas, en el alto campo de Tarragona, había convertido en su paisaje mítico, en su Calafell particular, en el que se origina la romanidad a la Ricardo Reis de muchos de sus poemas. Bueno, la finca de las

Voltas era la casa de los Rusiñol, ahora en manos del tío Juan, símbolo de la dinastía. A través del tío Juan, por otra parte, llegaba a Jorge lo que realmente heredó de Don Santiago : el histrionismo y la continua disponibilidad para el sarcasmo atroz, para la broma despiadada. Y quizás también un excelente gusto plástico. En cualquier caso era esa estirpe y la conciencia de sus grandezas y de sus manías las que enraizaban al personaje de mi amigo a la vez en el refinamiento cultural y en los atavismos catalanes de brutalidad medioeval. Llamemos, para entendernos, sano elementalismo práctico y perverso refinamiento feudal a las dos ramas de la horquilla de mitos familiares que desembocaron en la infancia y en la adolescencia de aquel personaje multiforme y extraordinario que fue Jorge Folch. El Foch ya plenamente adolescente, posterior a la etapa de las alcantarillas, en la época en que le dio por una provocativa elegancia y se paseaba por la ciudad provocativamente vestido de oscuro, con una negra capa madrileña de vistas azules y bordada en las corbatas la sigla S.P.Q.R., el Foch de los años en que escribía sus poemas romanos, el *Creso Livio*, tenía una facha impresionante. Era alto y esbelto, de extremidades largas terminadas en manos y pies de Cristo gótico. La cabeza, iluminada por la mirada acerada a ambos lados de una nariz muy fina y bajo las cejas pobladas, era una cabeza de héroe romántico, diría que bolivariana. Y era una persona de movimientos elásticos, dotada de mucha elegancia natural. Era alguien que se hacía notar desde lejos. Pero en los años de su prehistoria literaria, en la etapa de los albañales y los cementerios, era más bien un niño mal crecido, con brazos demasiado largos, de cara asimétrica, cejijunto, y tenía un aspecto agresivo. El alquimista antes de pasar al poeta romántico, atravesó por una fase de crisálida maldororiana. En ella estaba cuando vino un día a verme con su primer poema, *Tomás alcantarillero*, un engendro esponcediano que me dejó de una pieza. Por una parte estaba muy bien hecho y me parecía una cosa seria, por otra, aquello, tan lejano de mis refinamientos a lo Leconte de Lisle, me parecía un testimonio de salvajismo carpetovetónico. Me habló del protagonista de la balada, una especie de Quasimodo infernal, mimando ensañadamente sus gestos de homínido y, apasionadamente, de la grandeza de la miseria y de la fealdad. Pero, enseguida, pasamos a hablar de poesía, apelando a docenas de

poetas que, seguramente, conocíamos los dos de oídas; lo que era evidente es que nuestras respectivas vocaciones procedían de experiencias lejanísimas y que nuestras ideas sobre la literatura eran inconciliables. Sin embargo también era cierto que aquella era para los dos la primera conversación literaria entre profesionales y de ella arranca un nivel sutil de relación que no se malogró en el accidentado anecdotario de nuestra amistad. No nos perdimos el respeto gremial en ninguno de nuestros distanciamientos. Como ya he indicado, Folch vivía instalado en una continua representación de la que, a la vez era autor y uno de tantos elementos constitutivos, a menudo secundario personaje. Un mundo imaginativo que, pasados los primeros balbuceos a lo Espronceda leído por Ayals de Izco, se fue haciendo congruente y de apariencia más natural. Era, para describirlo a grandes rasgos, un mundo mítico de la sensualidad mediterránea, en el que el peligroso cartonpiedra grecoromano era continuamente disimulado por la exaltación de la ruralidad primitiva y dorada del Baix Camp y de sus piedras rústicas, por algo que casi existía en la realidad tal como era interpretado. En su vida habitual, Folch estaba exilado en el asfalto ciudadano como un embajador de aquel paisaje semireal, luminoso y antiguo, al que se referían sus actitudes y sus acciones. Era, por ejemplo, naturalmente pagano y aristotélico y era imposible atraer su imaginación hacia temas abstractos. Practicaba curiosas ceremonias teóricamente religiosas a las que no atribuía más sentido que la belleza del gesto. Clasificaba las cosas y las personas según el orden riguroso de los estilos; se atribuía una sensibilidad dionisiaca y orgiástica. Tal mundo estaba, como es de imaginar, lleno de impurezas, pero hay que reconocer que estaban sabiamente integradas. Porque Folch tenía que hacer sitio en él a sus admiraciones y a sus manías marginales : su fascinación por lo grotesco, por ejemplo, o su pasión por las aguas subterráneas, o, lo que es peor, la música romántica alemana. Folch se sentía obligado a romanizar a Beethoven; yo le oí una pintoresca conferencia, probablemente la única de su vida, en un auditorium juvenil en el que por aquella época todos hicimos nuestro numerito particular, sobre las nueve sinfonías, interpretando la grandilocuencia beethoveniana en imágenes de poema de Teócrito o, mejor, de fragmentos de Geórgicas. Por otra parte ese paisaje semireal al que me refiero, esa

destilación de ciertas cualidades de la comarca de Las Voltas, no tenía, como en mi caso Calafell, una localización muy precisa o un serio arraigo emotivo, era más bien un modelo que bastaba con visitar de cuando en cuando y cuya lectura se podía imponer a cualquier lugar no demasiado diferente, y era además, un argumento para espectadores exigentemente realistas. Todo esto, no sé si logro describirlo de un modo inteligible, era el atrezzo. O un sistema de referencias que permitían mantener en pie un personaje casi sin desfallecimientos. En todo caso un personaje que, como en muchas adolescencias, había devorado a la persona y borrado casi todo rastro de esa dicotomía, con la ventaja de que era un personaje interesante, cómo decir, ligero, que flotaba fácilmente sobre lo sórdido. Desde esa decorada irrealidad, casi exonerado de toda responsabilidad para con la vida diaria, como si dijéramos, despreocupadamente, la actividad principal de Folch consistía en la satisfacción de una sensualidad insaciable. Se dedicaba a la clasificación sistemática de sensaciones, a menudo muy conscientemente, por un procedimiento que encantaría a Peyre de Mandiargues : el coleccionismo de impresiones ópticas. Un extraño deporte que podía imponer a un compañero de paseo por ejemplo, obligándole a soportar la descripción precisa de lo que habían visto minutos antes y el tanteo de una configuración estilística de aquella imagen. Porque no se trataba de recordar sino de nombrar, de integrar. Lo cual excitaba también en el interlocutor gran voracidad de la vista que, manipulada por el ingenio, acababa siendo gratificadora. Y que resultaba ser un excelente ejercicio literario. Bueno, me doy cuenta de que contado así, el esquema de la personalidad de Folch, puede parecer el de un loco, y no es el caso. Era una persona más bien cuerda, con un notable sentido práctico, como ya expliqué antes, perfectamente amoldado a las sinuosidades de su extravagancia. Se sentía muy cómodo en su papel de hijo de rico, llamado a desempeñar en este mundo una parte meramente estética que no implicaba ninguna responsabilidad social. No tenía sentimientos políticos, no digo ya ideas, y en su lugar expresaba admiraciones o repudios totalmente casuales y gratuitos. En las inevitables conversaciones acerca de la guerra, se solía manifestar germanófilo, pero siempre por razones radicalmente distintas de la gran mayoría de la gente de derechas del país y matizaba sus débiles simpatías con

feroces sarcasmos. Tenía ideas muy claras y realmente muy clásicas, en el sentido en que él lo hubiera dicho, sobre el amor y era, por otra parte, el único entre los muchachos que yo trataba entonces que tenía experiencias en ese terreno. El disparatado Folch lo era todo menos un neurótico. Nuestra amistad sufrió un período de ocultación que ahora me parece larguísimo, pero que debió durar a los sumo un par de años. Fue la causa una de las muchachas del dominical teatro de Las Vírgenes, particularmente estúpida y que no nos tomaba en serio a ninguno de los dos; una rivalidad, en el fondo meramente imaginativa. Esa muchacha, beata belleza con uniforme del colegio de nuestra Señora de Loreto, morena y abundante, de mirada un tanto bovina, era a la vez la Graziella de mis ensoñaciones bajo los algarrobos y el motor de la sinfónica desesperación que pretendía describir Folch en un largo poema inacabado, *Los acantilados*, una ferragosa descripción de un paisaje a lo Friedrich del que el espíritu del poeta se exhalaba en forma de murciélago. El mito del murciélago, de la alimaña inventada para ese poema, acompañó a Folch toda su vida como representación de las etapas de esterilidad amorosa. Llevaba siempre encima una simbólica cerilla que encendía cuando creía enamorarse, para quemar las alas del murciélago. En la época de la rivalidad, debió ser antes de que el poema operara la salvadora catarsis en aquel viscoso enamoramiento infantil, a mi amigo le dio por dramatizar las cosas. Vinieron a contarme que preparaba un duelo, una pelea nocturna, en un cementerio y que daba por descontado que yo me achicaría ante la truculencia del escenario. Nunca supe si realmente pensaba llevar a cabo aquella payasada, pero en efecto inició los trámites del reto de un modo no menos grotesco. Una noche se detuvo junto a mí un coche negro, un lustroso Packard que no pertenecía a la familia Folch y en cuyo interior me pareció entrever una señora rubia, y desde él me entregaron un sobre que contenía una tarjeta de visita en la que se me indicaba que Jorge quería verme para discutir un asunto de suma importancia. La tarjeta en sí era graciosa. El nombre Jorge Folch figuraba en ella en el lugar ritual en una horrible tipografía gótica y de nuevo debajo, en minúsculas cursivas, en la posición en que se indica la profesión. Eran unas tarjetas que ilustraban su vocación y su filosofía. Bueno, las cosas no pasaron de ahí, pero dejamos de tratarnos hasta que, años después, recién ini-

ciada la universidad, Alberto Oliart nos reconcilió. O quizá no dejamos de tratarnos del todo; recuerdo vagamente una discusión en un bar, que terminó, como es costumbre en el país, en unas copas de compadrazgo. Pero la ceremoniosa tarjeta cierra un período de nuestra relación que queda como muy confuso en los cimientos de nuestra franca e intensa amistad entre 1945 y su muerte, en 1948.

Conocí a Oliart en el patio de la facultad los primeros días de curso e iniciamos casi enseguida una relación que nos mantenía juntos la mayor parte del día. Pero esa amistad no es del caso ahora sino en la parte que toca a Folch. Yo debí contarle a Alberto algo relacionado con aquella amistad infantil y él resultó estar ligado a Jorge por una amistad de familias. Y una noche nos juntó en el teatro. Me parece que era una interpretación de Ricardo Ulloa de *Los amantes de Teruel*. Si, era una función de Ulloa memorable. Y desde entonces nos vimos los tres cotidianamente. Nos veíamos Alberto y yo en la facultad —Folch más bien no iba nunca—, y nos reuníamos los tres por la tarde, al principio alternativamente en casa de uno o de otro, y poco a poco casi de fijo en casa de Alberto, porque nos reuníamos en principio a estudiar y Alberto era el único que lo hacía, y de memoria, prefigurando su destino de opositor, mientras Jorge y yo, tarde tras tarde, leíamos, escribíamos y conversábamos. En aquella época, además, comenzábamos a salir de noche y a ser libres los fines de semana. Así es que, aparte de pasarnos las tardes juntos, juntos pateábamos la ciudad nocturna, las tabernas y los prostíbulos y juntos hacíamos excursiones o nos reuníamos en los pagos veraniegos de cada cual. Como se ve, en aquella temporada holgábamos y fingíamos trabajar en cuadrilla.

Bueno, en realidad por lo que a Folch respecta, esa ficción de trabajo, de estudio en equipo, no duró más que unos meses. Mediado el primer curso de derecho, reconoció que aquello no le interesaba nada y no volvió a hablar de estudios universitarios. Se reconoció y se hizo reconocer —admirable familia por cierto— como un autodidacta destinado a la literatura. Así es que, al cabo de unos meses, ya no se pasaba las tardes con Oliart y conmigo. Llegaba a la hora de visperas a sacarnos de nuestro encierro y a tentarnos para el ocio nocturno. El ocio nocturno que para él sería la continuación del de todo el día, porque el ocio era la constante de su vida cotidiana.

Jorge se levantaba temprano; ese era un tributo que debía pagar a la hospitalidad paterna y a las manías higienísticas de los Folch. Parece que, a temporadas, el dinámico ingeniero lo sacaba de la cama a tañido de cencerro a la hora del desayuno de las gentes que trabajan. Pero cumplida esa primera obligación, el poeta era libre hasta la mañana siguiente. Estaba incluso exonerado de la disciplina doméstica y podía acudir o no, a su gusto, a las comidas familiares, privilegio que a mí me afilaba de envidia los dientes. Y empleaba el día en merodeos caprichosos. Exploraba con minucia barrios enteros cuyas particularidades luego se enorgullecía de descubrir a los amigos o se aventuraba por las lacrosas orillas de la ciudad en busca de tipos y de lugares pintorescos. Cazaba lo pintoresco y lo horrible, abusando, en el fondo, de una simpatía convincente que le franqueaba la intimidad de las gentes y le facilitaba el acceso a clanes y ambientes inabordables para el espectador corriente. Paseos y frecuentaciones, por otra parte, que no pasaban de proporcionarle un abundante anecdótico, porque no lograban despertar en él una curiosidad profunda y no permeaban en absoluto su egocéntrica filosofía. Pero contaba muy bien sus hallazgos y nos mantenía a todos hambrientos de las crónicas de sus exploraciones. Yo creo que esa vocación de diablo cojuelo profetizaba un tardío prosista que no llegó a existir.

Folch frecuentaba las tabernas y los burdeles como apostaderos de su maniática caza de personajes y, en realidad, valoraba lo mismo a los carreteros del servicio municipal de limpieza, con quienes intimaba en los mostradores de zinc, que a las señoritas jinenses con las que resolvía sus problemas libidinosos, pero el caso era que en el tiempo en que sus amigos no habíamos pasado de la triste condición de floeos de prostíbulo o de tímidos e infrecuentes clientes—yo perdí la virginidad con una amiga de Jorge a la que me había delicadamente recomendado— él mantenía con numerosas muchachas del ramo relaciones simpáticas y humanas y tenía una información desmitificada y sana de la vida erótica. Lo cual, en aquellos años, no era pequeña ventaja. Eso, más, naturalmente, el ocio y el dinero, le abrieron antes que a todos los demás, las puertas de las experiencias amorosas no venales, tan secretas y difíciles en aquellos años. Y hay que reconocer que él reaccionaba en el proceso de esas primeras aventuras, o de esos amores que respetaban el

alma, con una generosidad dieciochesca, casanovaiana, hacia las protagonistas, cuyos secretos en general callaba, y hacia los amigos, a los que procuraba orientar en la dirección de historias paralelas o satélites. Tal vez porque Folch consideraba esa zona de la relación amorosa como un terreno primado de la experimentación estética, sólo más allá del cual comenzaba la región del amor que quema, la región en cuyas fronteras él se sentía aguardando en su mítica envoltura de murciélago. Otra vez aquí su personaje en la cruz de las contradicciones, perplejo entre Teócrito y Wagner. De otro lado esa idea, digamos museística y confusa, del amor, repartido entre la conversación con la estatua y el arrebatado prerrafaelita, segregaba tales especies imaginativas que los elementos de estilo acababan por devorar la lógica del asunto, haciendo irrelatables las historias. Y no sólo las de Folch sino las vividas por otros, se nacían en su curioso mundo. Historias a las que con el tiempo, ahora por ejemplo, resulta imposible restituir los elementos que las harían tranquilizadamente realistas, clasificables, tan envueltas como están en concesiones que por entonces debieron ser al mito y ahora son a la farsa. Como la historia de las hermanas de Panticosa.

Las hermanas Panticosa no eran probablemente hermanas y las llamo de Panticosa porque su relación con Folch parecía provenir de la vida de balneario en Panticosa o en algún lugar del Pirineo aragonés al que Jorge acudía unas semanas todos los veranos. Sí, me parece que era realmente Panticosa, oigo ese nombre en su voz. Eran una mujer de unos treinta años, esbelta, castaña, de ojos azules, Laura, y una, digamos muchacha, en todo caso mucho más joven, menos alta y de tintes claros. Creo recordar, no estoy muy seguro, que se llamaba María. Eran extrañas en la ciudad y habitaban de prestado un amplio y antiguo entresuelo en una travesía del barrio de Gracia, no lejos de la calle Salmerón. Parece que el piso era de una tía ausente; parece como parecerá cuanto añada, porque el resto de mis informaciones formaba indisolublemente parte de la fábula urdida por Jorge y por los personajes. Laura sería una actriz conocida y al mismo tiempo la hija mayor de una no menos conocida familia de Madrid, estaría en trámites de separación conyugal, habría venido esa temporada a Barcelona a acompañar a la hermana menor que padecía una enfermedad misteriosa y estaba en manos de un especialista de

la ciudad. O, al contrario, era la menor la que le acompañaba en este viaje destinado a mitigar la convalescencia de una catastrófica aventura. Laura sería prima de una mujer increíblemente hermosa por quien Jorge había suspirado durante las semanas pirenaicas del verano—y no estaba descartado que la hermosa fuese ella misma—o sería solamente el trámite de relación con aquel imaginario personaje. Jorge llegó a insinuar que Laura, especie de intrigante Plaerdemavida, le había introducido en la intimidad de la bella. Y proclamaba, cada vez que se hablaba del asunto, no haber tenido ninguna relación personal con ella. En fin, la verdad es que las dos mujeres hacían muy raro en aquel apartamento para ancianos poblado de destartaladas consolas y de pesados y relucientes braseros y envuelto en oscuras cortinas de damasco. Era una casa más bien lóbrega con muebles enormes que empequeñecían a los habitantes. El ámbito del *Igitur* de Mallarmé para relacionarlo con una devoción de la época, en el que parecían incrustadas aquellas dos figuras de un film sobre la resistencia francesa. Estarían allí por la más banal de las razones, pero lo cierto es que el acre contraste favorecía las hipótesis fabulosas. El lance en sí tiene poco de curioso. Acudimos por primera vez a aquel entre-suelo, « a ver a unas amigas », Jorge, un discreto primo suyo y yo, una tarde de fines del otoño. Nos dieron café y coñac, como era de rigor, conversamos de naderías y acabamos, como quien dice, hablando de literatura. Laura estaba leyendo a Omar Kayam en una coquetísima edición empastada en verde y orlada de signos alifales y se creía en una posición fuerte para hablar de poesía con aprendices de poeta. Omar Kayam era un pésimo punto de partida, de modo que el coloquio se hizo de lo más enmarañado y yo acabé poniéndome desmesuradamente pedante aún para mis años. Jorge estuvo disparatado y más o menos divertido y el primo respetuoso y adulescente. Laura, recuerdo, abstracta y sentimental, interesada por la Poesía con mayúscula, muy en su papel y muy seductora. Salí de allí con la impresión de haber hecho el ridículo y esa sensación creció a medida que Jorge nos fue contando sobre aquellas gentes. Una visita que era mejor olvidar, un incidente concluso. Pero a los pocos días Laura me llamó invitándome con mucha naturalidad a ir a verla. Las encontré muy locuaces y festivas, María a punto de salir. De nuevo el café, los coñacs, su licor dulce. Confieso que empleé un tiempo larguísimo en darme cuenta, en convencerme, de cuál había de

ser mi papel, un tiempo atravesado por conversaciones truncadas, por silencios entre cómplices y estúpidos. Pero ella estuvo muy bien. Luego, al salir de la alcoba, grande fue mi sorpresa al encontrar a María en la sala, leyendo despreocupadamente y, de repente, irónica y dicharachera. Me despidieron las dos cariñosísimas con un beso en la boca. Con lo que empezaba para mí el verdadero misterio.

Laura era en la intimidad muy distinta que vestida y hablando de Omar Kayam. A sus maneras elegantes, un tanto ofídicas, se substituía un nerviosismo un poco apremiante que la hacía agresiva y a veces hasta irritante. Pero en las dos o tres sucesivas visitas se fue haciendo más tierna y su anatomía me parecía cada vez más extraordinaria. A los quince días aquella relación secreta, que Folch fingía ignorar, me afectaba seriamente y empezaba a considerarla algo propio. Lo único inquietante, desconcertante, era la actitud de la hermana. Porque tenía la impresión de que María estaba cada vez más cerca de nuestra intimidad y de que en realidad la disipaba. Ya no salía de la casa e incluso en una ocasión entró en la alcoba, envuelta en una capa de baño, a reclamar no sé qué potingue, tras llamar apenas con los nudillos. Viraría aquella aventura a un episodio boccacciano o hacía algo insospechado? Aquella posibilidad espoleaba mi imaginación en una dirección distinta de la de la ternura. Pero mis retorcidos e inconfesados deseos no llegaron a cumplirse. Un día acudí a la cita y llamé en vano. Me dijeron que las señoritas se habían marchado. Según Folch, regresaron al cabo de unos meses, mas yo no las volvía a ver. Quién sabe. Eso es todo, una anécdota sin más importancia que su orden de inserción en mi experiencia de este género de negocios. Lo único realmente notable es la ambigüedad en que su relación con la persona de Folch trocaba el esquema del asunto. Las fugaces señoritas eran, como él pretendía al principio, personajes de novela victoriana que no se resistiría a una lectura perversa? Eran naufragos de una gran tormenta pasional, como indicaban sus noticias posteriores? Eran, como sospecharía un novelista o un policía, dos discretas lesbianas, o asociadas en algún tráfico extraño? Pero en mi recuerdo puede más la huella de las fabulaciones de Jorge que el impulso a la explicación realista. Laura, al menos ella, era el sobreviviente de una catástrofe amorosa que ni siquiera Folch supo nunca, un personaje sobreviviéndose indeciso. Bien, no, era un poco todo lo que Folch

sospechaba. Aunque seguramente no era nada; alguien que se aburría durante una forzada estancia en la ciudad.

La finca de Las Voltas, como muchas en esa zona del campo de Tarragona, consistía en un amplio parque cercado envolviendo una edificación decimonónica en la que se habían aplicado los elementos del mal gusto urbano al esquema de la masía, y en unas tierras de arboleda y viña con pinares en las crestas, en los alrededores. Era una casa amplia y ricamente amueblada, con una fachada que parecía pensada para telón de fondo de los daguerrotipos de una familia rica en vacaciones. Pero nosotros, Jorge, Oliart y yo, apenas visitábamos la casa, es decir su cuerpo principal; habitábamos un torreón que fue guarida rural de soltería de uno de los tíos Rusiñol reacio a la vida de familia. En las paredes de aquel casino, como se hubiera llamado en los tiempos del caballero Casanova, colgaban todavía muchos recuerdos galantes, testimonios sobre todo, de aventuras de teatro. Y quedaban restos de una decoración a la turca que en su época de esplendor debió dotar a los episodios amorosos, si allí los hubo, de no pocos ribetes. Pero el escenario de nuestros esparcimientos, de contextos míticos, por supuesto, eran las bodegas, unas inmensas y nobles bodegas ya en parte desahectadas. Unas bodegas que debieron ser una seria industria antes de la crisis de la filoxera y del esplendor del avellano.

En aquellas bodegas Jorge se representaba a sí mismo el personaje del fauno embriagado. Bebía con una pipeta cabalgando desnudo sobre los toneles, o, con cazos, sumergido hasta la cintura en el lagar, lo cual parece que es peligrosísimo, y, tumbado boca arriba, de las espitas, Bueno, con más o menos ceremonia bebíamos los tres hasta embriagarnos como soldados de la guerra de los treinta años. Y el final de la fiesta consistía, sobre todo si era invierno—una curiosa interpretación de la tradición higienista de los Folch—, en el estanque helado, al amanecer. Habíamos, recuerdo, llegado a romper la capa de hielo para meternos en el agua en aquel estado lamentable. Lo curioso es que aquellas borracheras ceremoniales eran verdaderamente un rito y no provocaban a la continuidad del vicio. Yo, al menos, en aquella etapa de mi vida, bebía muy poco.

Esas payasadas no eran entonces tan estúpidas como parecen ahora. Eran estúpidas, pero eran un juego de adolescentes menos estúpidos que otros, y un juego que manifestaba, en el fondo, una sana

repulsión por el mundo de los adultos que no son nuestros padres, el mundo que miman la mayoría de las representaciones lúdicas de los jóvenes. Desde los altos de Las Voltas se entreveía, al cabo de una suave falda de campos cobrizos, el mar de Cambrils. Era un paisaje como toscano, menos poblado y sin cipreses; « *el cobre imperial de la comarca* », lo designaba Jorge en un poema. Los días de sol solíamos pasar la mañana junto a una alberca de riego, en el declive de una colina, del lado que miraba al mar. Allí, mientras Alberto y yo hacíamos vida de piscina, nos bañábamos, conversábamos y bebíamos de la bota, Folch practicaba ritos lustrales. Ofrecía a los dioses zarzas ardiendo o corría desnudo hacia el bosque próximo imitando gestos de bajorrelieve. Y es curioso que nunca nos preocupara a los otros dos el averiguar hasta qué punto tomaba en serio aquellos mimos. Los admitíamos y, en cierta medida los compartíamos como si fuesen cosa de la naturaleza sabiendo muy bien que no le pertenecían, una actitud ahora inexplicable que hace difícil el relato. Para mí aquello era una excrecencia de la literatura o cocina preliteraria, pero para Oliart, tan serio y que seguramente hoy preferiría las interpretaciones pseudocientíficas de la psicopatología?

Esta pantomima clásica que se escenificaba no sólo en Las Voltas, sino también en Calafell y, como la hubiéramos adjetivado, en la « *helenizante* » Costa Brava a la que nos convidada Oliart (helenizante tendría para Jorge un matiz despectivo no anti-helénico sino anti-Lessing), disminuyó su vigencia con la publicación del *Creso Livio*. El poema, que Jorge hizo imprimir en una minerva para etiquetería de la paterna fábrica de tintas, devoró al personaje y lo fue borrando de la vida real. El libro, aunque corto, era muy intenso en la medida en que sus versos estaban pacientemente elaborados y, según se ve, muy ensayados. El *Creso Livio* no contenía todos los poemas « *romanos* » de Folch: la temática se prolongó más allá, aunque con un considerable cambio de tono y de estilo del que hubieran sido el mejor testimonio los *Sonetos del Sátiro Rojo*, cuyos manuscritos no conseguí encontrar a la hora de preparar la edición póstuma de sus textos. Esos sonetos y otros poemas posteriores al libro estaban marcados por la injerencia en nuestro pequeño taller literario del inefable Joaquín Montaner y por su influencia formalista. Joaquín Montaner, Don Joaquín, maestro Don Joaquín, como lo motejaba Jorge en un soneto, era vecino y amigo de los Oliart y mantenía con la

familia una espesa relación de punta a punta de escalera. Una relación social y literaria, salpicada de lecturas y bordada con noviazgos entre familia. Los Oliart guardaban un gran recuerdo de Marquina y cultivaban una vieja devoción por la tardía poesía modernista y por los versos de teatro, la zona de la subliteratura en la que, precisamente, seguía nadando el vate catalano-extremeño. Además con lo de semiextremeño se cumplía una condición de paisanaje muy importante en las relaciones de los no catalanes que viven en la región, porque los Oliart eran verdaderamente extremeños. Marquiniano y más o menos extremeño, Don Joaquín era, además gordo, cardíaco y prosopéyico. Anidaba, más que vivía, en un entresuelo obscurísimo lleno de libros, de cortinajes, de muebles y de fanales tallados, de espadas y de disfraces de atrezzo. Era una guarida enguatada que agravaba aún más los cóncavos de su voz y que compartía con una esposa viejecita y tenuísima y con unas criadas sólidas, en cambio, de la raza de los conquistadores. Una de ellas se llamaba, recuerdo, Sergia y daba la impresión de gozar de una situación sobreancilar.

Don Joaquín nos recibía generalmente a los tres juntos en su despacho, escuchaba nuestros borradores, atendía nuestras consultas y nos hablaba finalmente, largo y tendido, de sí mismo. Era muy amable y, cuando contaba, era interesante. Atribuía su desgracia en la carrera del teatro, que hubiera sido el eje de su carrera literaria, a la Xirgu y a Valle Inclán, pero estaba seguro de que la historia lo reivindicaría. Sabía realmente mucho de literatura clásica española y lo ignoraba todo de la moderna, por la que, consiguientemente, sentía un gran desprecio. Estaba convencido de que sólo se podía escribir dentro de los cánones de la métrica tradicional y de que los poetas que innovaban en la forma hacían trampa y escribían los borradores en endecasílabo seguramente rímado. Como sus teorías sobre la forma convenían más o menos a Oliart y a Folch, pero no a lo que yo hacía, adoptaba conmigo una actitud condescendiente. Daba por seguro que mi rebeldía a las formas tradicionales había de ser transitoria y me comparaba, nunca he entendido por qué, con Max Jacob, un poeta que no me interesaba, en absoluto. De todas formas bajo la influencia de sus sermones yo escribí en aquellos años muchos sonetos gongorinos y bocangelianos de los que no creo haber publicado ninguno. Pero que fueron un buen ejercicio académico.

Cuando estábamos con él los tres juntos, o dos de nosotros, el paternal Don Joaquín nos admiraba por igual y valoraba con ecuanimidad nuestras peculiaridades: el sereno tradicionalismo de Alberto, el agresivo paganismo de Jorge, lo retorcido de mi imaginación, clasificando según sus especies. Pero cometió el error de decirnos a cada uno en particular que éramos el único escritor válido de los tres, volviendo a la crítica las particularidades de los otros dos, y como no éramos todavía lo bastante vanidosos, aquella maniobra se supo enseñada y su prestigio empezó a quebrarse. Pobre Don Joaquín, lo único que buscaba era audiencia y estaba muy contento con su papel magistral. No era fácil entenderse con él, sobre todo si uno venía de un mundo de lecturas tan distinto ¿cómo hablarle de Rimbaud sin oírle decir cosas irritantes?, pero nos enseñó, justamente en aquello en que no se lo proponía, muchas cosas. Nos hizo vivir, por ejemplo, el montaje de una obra de capa y espada, su última aventura escénica, que se llamaba *Las Hojas del Laurel* y que representó la compañía de Alejandro Ulloa en el teatro Calderón. Lecturas, veladas con los actores, ajustes; pienso que aquella ilusionada preparación nos enseñó todo lo que un joven escritor que se toma totalmente en serio debe saber sobre el teatro comercial. Es curioso, sus comedias viejas, inéditas y nunca representadas, sobre todo si eran en prosa, eran mucho menos malas que aquel engendro. Como eran mucho menos malos, a juzgar por lo que de ellos nos dio a conocer, sus libros inéditos de poemas que aquel *Misisipi* que dio inútilmente a la imprenta para emular el *Montserrat* de Joan María de Segarra a quien debía considerar su equivalente en el ámbito lingüístico catalán. A veces su incapacidad para entender lo que pretendíamos con nuestros balbuceos literarios lo hacía grotesco. Recuerdo que una vez, muerto Jorge, llevé a Jaime Gil de Biedma a su casa. Jaime le leyó algunos poemas que fueron, naturalmente, elogiadísimos, y finalmente un texto inacabado. Jaime intentó explicarle las razones por las que el final se le hacía difícil, las razones más personales que técnicas que le impedían formular una significación desde el final del texto y el viejo aconsejó: «*vete al río, hijo, vete al río, siempre da resultado*». Ninguno de los dos olvidaremos nunca esa anécdota. Pero él fue, en el fondo, con nosotros, encantador. Y nos fue útil. Tenía muchas cualidades incluso para la literatura, lástima que no hubiera sabido superar la

perspectiva cultural de los cafés, de actores de su juventud. Lo cual demuestra que la erudición y el trabajo paciente, porque Montaner sabía muchas cosas y escribía incansablemente, no nutren al escritor.

En los dos últimos años de su vida las costumbres de Folch cambiaron mucho, mucho más que su persona. Había encontrado una compañera ideal en la hija del pintador Togores, una muchacha con una planta de mármol helenístico y al mismo tiempo amoldable y paciente. Había dejado de merodear y radicaba casi todo el tiempo en una especie de estudio que había montado en el granero de una casa de huéspedes, o de visitas, no lo aclaré nunca, en la parte alta de Pedralbes. Era un estudio muy raro con colchones por los suelos, finos tocadiscos y jaulas de pájaros. En un rincón había acumulado siete u ocho grandes dolias, esas inmensas jarras que el campo de Tarragona conserva por tradición romana, en las que guardaba recios caldos rurales, aliños de frutas y conservas de campo. Bebía mucho, y escribía poco, pero aparentaba ser muy feliz. A todos sus personajes parecía haberse sobrepuesto el diablo sarcástico que se empleaba en provocar situaciones risibles y que atesoraba ávidamente el aspecto ridículo de las cosas. Pero no era agresivo y se hacía querer. Pienso que todos los que le trataron en aquella etapa última guardarán de él un recuerdo afectuoso.

Murió de una manera sumamente estúpida, por hidroculción, sumergiéndose en una cisterna con sifón en el jardín de la casa de Pedralbes. Parece que lo hacía con frecuencia, que desde el fondo de la cisterna nadaba hasta un próximo pozo y se asomaba a respirar por él. Tenía además experiencia en este tipo de ejercicios, había practicado la espeleología y ya dije que sentía fascinación por las aguas subterráneas. Estaban con él, en el estudio, aquella tarde, la hija de Togores y un amigo, pero no se dieron cuenta de su ausencia sino al cabo de cierto tiempo; bajaba a menudo a bañarse. Los bomberos lo encontraron desnudo en el fondo de la cisterna con los brazos levantados, seguramente como yo lo vi después, afilado por la muerte, como un Cristo de marfil.

Jorge murió el viernes santo o el sábado de gloria de 1948. Había estado conmigo, en la casa de Calafell, hasta el miércoles o el mismo jueves, porque asistimos, recuerdo, a un via crucis nocturno con tapadas y descalzas arrastrando grilletes y subimos luego al fortificado cementerio del que Jorge

se llevó algo, unas flores de lata, me parece. Aquella noche se grabó en mi memoria un fondo de ataúd en el que se dibujaba con mucha precisión la forma de un coxis; el mismo dibujo que quedó en la caja forrada de hule blanco en que trajeron a mi amigo del hospital a su casa donde esperábamos todos, el día del entierro. Aquella muerte, la más cercana y entrañable desde los años de mi infancia, me afectó muchísimo y marca quizás el final de una etapa de estilo en mi vida personal. Con Folch terminaba definitivamente la confusión entre texto y vida cotidiana en una existencia formulada principalmente como literatura o una forma particular y conscientemente cultivada de inmadurez. O casualmente terminaba la adolescencia.

La tentación de prolongar el retrato de Folch hasta el final de su historia me ha traído demasiado adelante en lo que contaba. Se trataba de indicar unos personajes desde algún punto de vista para mí relevantes en los tempranos años cuarenta, de señalar algunas excepciones a la extrema insignificancia de mis relaciones personales en aquel tiempo en el que, a todos los niveles, la vida social de la ciudad era cenicienta, estaba como calcinada. Quedémonos, pues, a estos efectos, con el Jorge Folch de transición entre las alcantarillas y los versos romanos, al que veía poco y del que me separaban infantiles rivalidades, y que, aún así, era un punto de referencia descolante sobre la uniformidad de mis encuentros cotidianos en la escuela y sus alrededores.

Se puede tener la falsa impresión de que las épocas de extrema atonía social que uno ha conocido tendieron a favorecer el desarrollo de personajes poco comunes, como si a través de ellos esos períodos se excusasen o pretendieran conseguir alguna forma de presencia en la memoria de las gentes, porque lo que seguramente ocurre es que en un medio muy gris la singularidad de ciertas personas se fortalece y, a falta de una resistencia competitiva en el mundo de los demás, se mantiene y dura más y más fácilmente que en períodos normales. Me inclino a creer que la importancia que el recuerdo de mi amigo Folch tiene para mí no se debe exclusivamente al contraste con la tenue memoria que guardo de las otras personas que traté en aquellos años, sino que en parte se origina en el secreto convencimiento de que las peculiaridades de su forma de sentirse extraordinario no hubieran podido darse en otro período, de que

Jorge Folch, de profesión Jorge Folch, era un personaje necesario en la comedia de nuestra adolescencia. O Jorge Folch o nada. Sin unos pocos

personajes como él la comedia hubiera sido inverosímil, no hubiera podido ser representada.

CeDInCI

Severo Sarduy

Cobra Diario Indio

Entre maderos que arden, el cuerpo. Junto a la pira, por el suelo cubierto de ceniza, un perro deshace en bandas de lino y lame el turbante blanco, ensangrentado. Más allá, bajo un alero, otro montón de troncos. Alrededor se apresuran los técnicos de la quema. Un dios—elefantito juguetea entre flores. Campanillas de cobre. La muerte—la pausa que refresca—forma parte de la vida.

Talladas en el muro, alas fuertes, simétricas, las águilas mazdeas; sus cabezas de profeta coronan las puertas. Bandadas de periquitos verdes repiten en el cielo sus círculos. Golosos de ojos, sobre las palmas, dueños de los densos jardines, los cuervos vigilan.

Al atardecer, hartos, aletargados, abandonarán este silencio. Dormirán en las barcas, sobre los flamboyanes de los patios, entre molduras húmedas. Los guardianes recogerán el sudario manchado. Al pozo la osamenta; por un desagüe las astillas hasta la bahía, donde las roerán los crustáceos nocturnos.

Lavo. Golpes contra la piedra. En los pequeños estanques agua blanca. Agua morada; los otros retuercen, dan jabón, enjuagan, tienden sobre la tierra. Un hedor rancio emana de nuestros cuerpos, vaho de sudor y grasa que asciende hasta el puente—los pasantes viran la cara para no mirarnos: la mirada se mancha. El pelo cae hasta la leña empozada, los pies en la humedad, entre los dedos grietas. Del otro lado del estercolero, detrás de la miasma, el tren pasa.

De tantos caramelos que comía
al dios—elefantito
le creció la barriga.
Se cayó de su montura—un ratón.
La luna se ri.
El le tiró un colmillo.

He nacido. Un paso. Muero.

Juntando en círculo el pulgar y el índice—esferillas de oro pegadas a la nariz, lunares de celuloide en las mejillas, sobre los párpados brilladera roja—, en batallón, quince apsaras de voces roncadas, frente a los fumaderos, saltan sobre los que duermen apilados en las aceras, rypiando a los pasantes por la camisa. Danzan, eso sí: en los cuerpos las tres flexiones.

En saris de colores fluorescentes, presas en sus jaulas superpuestas, comiendo maní chillan las putas. Una cortina mugrienta deja ver la cama y las esteras desde donde, encaramada, la familia juzga el jadeo.

En la ventana, quebradura del cristal, cremoso, duerme un camaleón.

Arroz a los pies, embarrado de polvo rojo, en su templo de cemento, un dios monito ameniza la aldea—los ojos bolas de vidrio, en el hocico pétalos pegados. Azoradas, como cigüeñas que oyen ruidos nocturnos, tres cabezas lo vigilan sobre un cuello: azul de metileno, azafrán, blanco de cáscara de huevo.

Collar de flores, un toro mostaza pace.

Traqueteo de la noria que gira. Cantan—en la polvareda los turbantes morados—; a lo lejos el chillido de un mono. Huyen: cascabeles en los tobillos, pesados aretes, en las narices aros. Signos negros en la frente, los perros ladran de otro modo.

Fijas las ramas. Lianas que cubren pequeñas moscas moradas.

Cielo de ceniza. Un faisán.

Descuartiza un pollo revigido, virriajado de bilis lo baña en mermelada; con cebolla, tomillo y mango sazona masas de cordero crudo; contando los adarmes pesa un mazo de mariguana, frente a un estante de pulseras relumbronas propone un violín de madera.

(El viento suelta bandas de seda—red de hilos de oro—, dispersa en copos las pilas de algodón, cubre de polvo los pasteles.)

Curte, incrusta, regatea, revende.

De un charco verdinegro bebe.

Termos de té, pull-overs mandarina, los monjes tomaron posesión de la cueva. Bostezantes, envueltos en frazadas recitaban saludos al Sonriente. Los indios se tapaban la boca, reían detrás de las columnas. Turistas japoneses retrataban con flashes.

Escarcha, quebradura invisible del barro : de las voces, la más baja quedó, cóncava en el aire ; las de los niños : flautines frágiles, caramillos de cartílagos, sopladitas lamparillas de cebo.

Las paredes—escenas de la vida del Diamante—devolvieron el reverso empañado de los mantras : resina, sudor del pozuelo de tsampa.

Tos. Carraspeo. Fluir de la flema en los bronquios. Siguiendo las depresiones del suelo gastado por los pies devotos, los peregrinos deambularon alrededor del dagoba ; rozaban con las manos las pulidas figuras.

Hueca la urna, un espacio en blanco frente al esqueleto, al mendigo, al viejo ; vacía la montura del que se va a caballo, bajo la higuera nadie medita, las ojizarcas del parque a nadie escuchan, las gacelas.

Aspas rápidas los brazos, shaking the world, un dios displicente baila. A su lado—medias esferas los senos, la cintura estrecha y muy anchas las caderas—ondula una diosa en cuyos brazos, encaramado sobre un ratón, retoza un elefante—con la trompa ensortijada le acaricia una oreja. De trecho en trecho afloran en la piedra tallada espirales de conchas, caballitos de mar fosilizados, estrías de una roca amarillenta donde viene a posarse un pavo real.

En el púrpura de las telas líneas plateadas. Relumbra al sol el plato de cobre donde arden las espigas. Aro de oro, la luz ciñe el redondel de mimbres de las grandes tamboras.

Rostros negros. Ondulan los reflejos de las flautas ; alzando las manos, los músicos sacuden címbalos como si fueran ramas cargadas de frutas. Bajo su corona de aluminio, el inmóvil se mira las rodillas ; ensartas de flores le caen sobre las orejas, a un lado y otro de la cara, por los brazos, hasta las muñecas que aprietan dijes y un reloj de pulsera.

Por el suelo, las llamas consumen lentamente arroz y aceite, torrecillas de polvo rojo, pétalos. Un olor rancio impregna el aire, la ceniza rosada mancha los pies.

Raíces aglutinadas los troncos ; lianas deshechas abrazan las ruinas. La maleza ha invadido los fuertes de la capital abandonada. Pájaros anidan en la zarza que ciñe los capiteles, por los desagües de las albercas huyen ardillas negras. La monzón y la seca han resquebrajado los muros que sepulta el polvo. Monos furiosos derrumban piedra por piedra los minaretes, arrancan lacerías y letras. Bajo la cúpula blanca de un mausoleo cuya linterna ha cegado el follaje, cal contra la cal, sin mover las alas, da vueltas uniformes un faisán.

Amarrada al extremo de la batuta una bolsa de pólvora estalla contra el suelo : el tambor mayor—un cetrino ojeroso con las uñas pintadas—ahuyenta por las calles los espíritus necios. Golpeando grandes tamboras roncas el cortejo llega a la puerta que no ampara una guirnalda de semillas secas. En la sala, rodeado de una multitud que lo festeja, cubierto de flores y de moscas, sobre una sillita de mimbre, el inmóvil espera. Los vecinos señalan sus zapatos lustrados. Hilos de sangre negra y una baba morada le caen de los labios que los dolientes, al llegar, tocan.

Las Indias (1)

Lleno de árboles, todo cercado el río, fermosos y verdes, con flores y con su fruto, cada uno de su manera. Aves muchas y pajaritos que cantaban muy dulcemente : había gran cantidad de palmas de otra manera que las de Guinea, de una estatura mediana y los pies sin aquella camisa, y las hojas muy grandes, con las cuales cobijan las casas ; la tierra muy llana.

(1) Diario de Colón.

Las casas eran hechas a manera de alfaneques, muy grandes, y parecían tiendas en real, sin concierto de calles, sino una acá y otra acullá, y de dentro muy barridas y limpias, y sus aderezos muy compuestos. Todas son de ramas de palma muy hermosas... Había perros que jamás ladraron, había avecitas salvajes mansas por sus casas, había maravillosos aderezos de redes y anzuelos y artificios de pescar... Árboles y frutas de muy maravilloso sabor... Aves y pajaritos y el cantar de los grillos en toda la noche, con que se holgaban todos : los aires sabrosos y dulces de toda la noche, ni frío ni caliente... Grandes arboledas, las cuales eran muy frescas, odoríferas, por lo cual digo no tener duda que no haya yerbas aromáticas.

Todos mancebos, como dicho tengo, y todos de muy buena estatura, gente muy hermosa : los cabellos no crespos, salvo corredios y gruesos, como sedas de caballo, y todos de la frente y cabeza muy ancha, más que otra generación que fasta aquí haya visto, y los ojos muy fermosos y no pequeños, y ellos ninguno prieto, salvo de la color de los canarios.

Gente farto mansa.

Las Indias galantes

Esta noche—proclama el portero—, en escena, un dios real.

El decorado superpone almenas cuyas ventanas—celofán y alambre—iluminan por dentro bombillitos rojos ; ante una torre inclinada el monumento ecuestre de la reina Victoria.

Con un círculo rojo entre las cejas, cuatro espesas sonrisen—dentaduras de oro—bailando en el proscenio un Auspicio a la Aurora ; por el fondo, sobre una carroza luminica que asciende entre nubes de celuloide, con bigoticos engominados y círculos de oro en los pómulos, aparece el Dios-Sol ; a sus pies, foquitos intermitentes de todos los colores, el trono del marajá, su favorito.

La madre del príncipe—un travesti extenuado con un moño de canas—acude por el foro dando alaridos y echándose fresco con un pericón de plumas, la sigue una adiposa apretada en un sari de esmeraldas y perlas, la nariz perforada con alhajas de estaño. El martilleo de los tarugos cubre los trémolos de la orquesta.

En su cama de pilares dorados, bajo un mosquitero de raso, el marajá duerme. Zarandeo de sombras detrás de una pantalla : se acerca el enemigo del príncipe y del Astro, un mulatón violento con las cejas arqueadas. Un remolino de ventiladores le agita la melena, un spot rojo lo ilumina. Enloquecida, la Madre aparece sobre un columpio, profiriendo amenazas y agravios.

Redoble de tambores. En el fondo las nubes ruedan hacia las entradas laterales descubriendo un cielo estrellado que de pronto enrojece. Golpe de platillos : del suelo, en un buey volante de ojos encandilados que menea las alas y las orejas, aparece el Dios-Sol. Alza el brazo, apunta al cielo—las luces parpadean—, lanza un grito guerrero que hace temblar la tierra.

Se embisten los titanes y sus vacas mecánicas : con doce brazos cada uno y en las manos puñales y arcos se acometen entrechocando monturas y armas.

Con una lanza el Maligno ataca. Con un sable dorado el Sol riposta. La Madre lanza al Intruso una cacatúa de garfios afilados. Como un saltamontes contra su capullo el marajá da golpes contra la empalizada de hilo que lo protege : los servidores, abiertos de pies y manos—como si quisieran probar que las extremidades humanas son las diagonales de un rectángulo—, la han armado con rápidos tapices alrededor del trono.

El Oscuro, como un ventilador gigante, hace girar todos sus brazos—en las manos navajas—para moler vivo al Astro. Ya se acerca la hélice trucidante al cuello del Luminoso cuando éste, impulsado por dos robustas apsaras que se descuelgan de entre las nubes superiores, salta de su carro, sacude al demonio por la nariz y le aprieta el pescuezo. El Bellaco desorbita los ojos, saca una lengua felpuda y amarilla, patatea... y cae al suelo entre llamaradas sulfurosas, cuchillos rotos y orejas destornilladas que saltan hasta la sala donde se las arrebatan los fanáticos.

Indigo, azafrán, blanco : franjas de seda sobre la tierra ; sobre los escalones de piedra que descienden hasta el río las lavanderas golpean los saris. Del agua emergen cabezas de vaca : en la punta de los cuernos conos de plata.

En la rivera opuesta, bajo un farallón y de su mismo sil, una aldea de tierra apisonada. De lo alto, con las uñas aferradas a las rocas, los monos que han devastado el bosque bajan, ávidos de naranjas. Atrincherados en los techos, asaltan a los peregrinos que llegan en carretas.

Para que no pasen los demonios gordos un pilar obstruye la puerta del templo. Junto a su cántaro de cobre, un hombre ceniciento que cobija su propio pelo chamuscado ensarta en una liana tabletas de palma con letras rojas.

Bajo los higos hilan las viejas. En el agua verdinegra de la alberca, los muchachos se zambullen desde la corona de un nicho donde recibe grandes flores moradas un dios con medio bigote y un seno. Los viajeros, desnudo el torso, lavan las bandas de sus turbantes blancos.

En la penumbra de la celda se balancean los faroles de petróleo. Lentamente acariciado con ungüentos, cubierto de flores frescas, en el centro brilla el falo de basalto : una línea cifrada marca el frenillo. En el plato pulido que le sirve de base queda la leche espesa con que el oficiante lo baña. Detrás de la reverberación, del aire denso, los bramines queman las ofrendas ; delante, borrados por el humo y junto a una reja, otros entonan distraídos las palabras rituales y a los devotos, que entregan pirámides lechosas de anón, cocos abiertos, platanitos, monedas y pétalos, dan agua para que beban y se unjan la cabeza.

El índice untado de aceite, de polvo rojo, rápido, traza en la frente la señal.

Depresiones concéntricas ahuecan al suelo que desciende, inclinado como un techo. Al revés, detenidas en su rodar hacia el arroyo, entre lajas levantadas han quedado las bases de columna : el aire en las aristas les va arrancando arena. Estratos de distintas vetas arman, superpuestos, las ruinas : rayas horizontales, paralelas, como las marcas, en un muro, de la crecida.

Unos tras otros—los atraviesan los pájaros de un vuelo recto—los templos corroidos, escuetos. Desde los nichos que anidan lagartos, sin brazos, nos miran niños de mármol, los ojos cernidos por líneas de oro. En un charco de orines, solo en una celda, un orate repite los veinticuatro nombres. Higueras en los frontispicios. Entre las ramas de un árbol seco, de ceniza, la luna.

La línea central recta, de cal pura ; las laterales curvas, de sangre : el tridente marca las figuras de los dioses hacinados, las piedras del muro que rodea el estanque, la frente del gran elefante que los bramines lavan y perfuman a lo largo del día. Por el suelo, después de las ceremonias, han quedado flores machucadas, arroz amarillo, incienso, nueces, mierda. Una sola vez al año el sol ilumina totalmente el mástil mostaza.

Grandes monos de yeso, pavo reales de piedras incrustadas, dioses de tres cabezas y un buey de alas de oro—cinceladas las plumas como las de un pájaro—esperan, atestados en un corredor pestilente, el día de la fiesta.

A las pirámides de figuras templando los bramines dan brochazos rosa bombón, azul pastel, amarillo canario.

Espejea el rectángulo repleto de peces que por milenios nadie ha tocado.

Un niño desnudo, la piel impregnada de ceniza y cifrada de signos rojos, sonando una vasija con monedas, atraviesa la calle.

Brocados, los pies descalzos ; los dedos carcomidos, hilos de oro ; de aceite de coco untado el pelo negro.

Junto al mar, en la cámara baja duermes, en tu lecho de cobras.

Durmiendo entre sacos unos sobre los otros, en un vaho de uvas podridas, de leche, de excrementos y vómitos, jugando, ovillados en madrigueras de paja, fornicando, esperando en el andén que invade en la mañana un vapor cobrizo, de caucho quemado, abriendo la boca, hurgando en la basura, caminando. Envueltos en sábanas blancas, abrigándose de la lluvia, bajo los portales, sobre las aceras cubiertas de vidrios donde vienen a caer, asfixiados por el aire negro, *Drink Kali-Cola*, los pájaros del puerto.

Retorcidas esculturas de estaño soportan las cúpulas que mancha el aleteo de los cuervos. De cera, la efigie ecuestre de los donadores fijados en una sonrisa mortuoria. Grandes flores de nácar : los pétalos derraman hilos de agua. Detrás de las rejas esmaltadas los oficiantes semidesnudos en la noche esperan. Fuentes de mosaico verde ; alrededor, Venus de aluminio ofrecen manzanas ; entre pavo reales de vidrio, profetas de ojillos azules, luminosos, y bigóticos engominados, escrutan libros de mármol. Las columnas decoradas con minúsculos espejos reflejan la luz del sol naciente. Sobre un ancho trono de perlas sonríe un niño con el cráneo raspado ; las piernas plegadas, la planta de los pies hacia arriba, los ojos enormes bordeados por líneas negras, en la frente un brillante azuloso.

Por el deambulatorio—galería de espejos— se acercan los oficiantes balanceando en las manos pirámides de platos de cobre atravesados por una varilla.

Nada que crezca bajo la tierra. Nada que contenga sangre. Con un paño espeso cubiertas la nariz y la boca.

El suelo es de mayólica : campanillas silvestres, frutas brillantadas, mariposas. Sobre las roseas centrales de los mosaicos, donde vibran—manchones rojos—los reflejos de los vitrales, posamos los pies descalzos para adorar al Blanquísimo. Lo rodean cientos de guirnaldas, pajarillos que escapan cuando abrimos la puerta del santuario, huyendo hacia la claridad del patio central donde albañiles desnudos encalan los arcos que coronan agujas, veletas, bulbos de oro.

Por el cielo saturado de arcoiris, en barcas labradas—las proas son cabezas de animales, parasoles las velas—los adoradores derraman pétalos sobre Mahavira, corona de una pirámide humana que levantan veinticuatro ascetas idénticos. Con cuatro brazos en cruz gamada y al hombro un sitar, los sigue una diosa que cabalga un avestruz—un collar de perlas en el pico—; otra, sobre una cacatúa de patas encendidas, con sus ocho brazos blande dardos y ruedas dentadas.

Más lejos, dos príncipes con turbantes de Persia, parados sobre el nudo que forman sus colas de anguila, refrescan al profeta con abanicos blancos. Del trono parte una cinta luminosa que, ondulando como la cola de un barrilete, sube hasta el cielo donde su trayecto repite el de una caravana : rodeando la montaña, con elefantes enjaezados y banderines, con mil trompetas y monos, a las cú

pulas de alabastro se aproxima el rey Shrenik.

En las ranuras del dalaje pelo encrespado ; grumos rojos, como de lacre. Un olor a vísceras tibias, a coágulos y a flores impregna el aire : para aplacar su cólera, para que nos olvide, inmolamos ante la Terrible.

Vagidos. Alguien suena una concha.

Tu rostro es negro, sangrantes los colmillos, tu collar es de cráneos ensartados, en las salpicaduras de las yugulares tajadas se refrescan tus pies.

Al abrigo de tu manto la ciudad se agrieta. El viento salado roe piedras y hombres.

En camillas de bambú los traen : abiertos los ojos vidriosos, tiznada la frente, en los labios dos mariposas blancas.

La mortaja mojada ; un polvo bermellón, rociado al voleo, la mancha.

Rumor de bazares alrededor del templo. En los muros borrones rojos. Figuras garabateadas ; con carbón letreros en sánscrito. El resplandor de las fábricas alumbró el agua fangosa del río, el puente de hierro.

La muerte no está ni más allá ni más acá. Está al lado, industriosa, infima.

Los elefantes entrechocan sus trompas para saludarse imitando el manotazo de los hombres.

Barbudo, de ojillos ovalados ; tú, desnuda, bailas al ritmo de un triángulo, con los brazos en arco muestras ante la frente una manzana.

De pie, desnuda, me escribes una carta.

Con un bastoncillo de madera quemada te alargas la comisura de los párpados, apoyas el codo en la cabeza de un servidor.

Olvidas la espina ; te miras en un círculo de metal pulido.

Un mono te lame.

Un escorpión te desviste.

Dos nagas coronados entrecruzan sus colas : trenza de escamas. Uno muestra un frasco de perfume.

Yo con pelo de mujer, tú, delante, doblada, las palmas de la mano contra el suelo. Mis dedos marcan depresiones en tu talle, donde se anudan hileras de perlas, ceñidos las nalgas y los senos.

Con el turbante puesto, un guerrero bigotudo, la boca abierta en una carcajada, penetra una yegua con un miembro tan gordo como el de un caballo; su compañero, encaramado en una tarima, burlón, se tapa la cara; otro bebe vino en una concha. La cabeza contra el suelo, los pies hacia arriba, el sexo erecto, cada uno de mis brazos entre las piernas de una mujer desnuda; las penetran mis dedos anillados.

Vista de espaldas—su peinado: una torre de alhajas—, una tercera viene a sentarse entre mis muslos. La fuerzo. Risueñas, mis guardianas la obligan a hundirse. Para que entre mejor doblan las piernas, levantas los pies del suelo. Minúsculos servidores vienen a ayudarte y se hacen mamar por criadas que al mismo tiempo juegan con monitos.

Junto al río, hasta una cabaña, me halaste por la túnica. Con paso más que lento, te deslizabas entre los juncos. Fino como el de la leona, tu talle me recordó la cimbra del tambor dombori. Tu espalda se arqueó. Rodeándolos de sus círculos brillantes, sobre el loto de tus pies zumbaban las abejas.

Tus senos son esferas repletas que mis dedos rozan, un punto de oro en las comisuras te alarga los ojos, la nariz recta, las cejas dibujadas de un solo trazo. Llevas un címbalo, yo una flor.

Tantos y tan bonitos son tus ornamentos que parece que cien mil abejas de oro se han posado en tu cuerpo, la música de los aros que en los tobillos te repiten la quinta nota de la gama es tan suave como la miel.

Teñidos de laca, los pulgares de tus pies brillan al sol.

Pasé la noche escanciando a una galecita en cuyos ojos había una deliciosa somnolencia que a mí me impedía dormir.

Se enharina la cara el gurú, enciende su chilom, masculla un saludo a las apsaras rosadas del alba; en la cocina, detrás de un humo rojo de pimientos hervidos, los discípulos soban una estatua de vi drío, como el maestro, con un moño, obesa.

Parasoles de guano tejido, que marca de rojo la escritura bengalí, dan sombra a los letárgicos. Por las escalinatas, a medida que la bruma se dispersa, con bocales de cobre descienden los orantes.

Ante una muñeca de celuloide con varios bracitos y un vestido de raso morado y rosa, alrededor del micrófono, el coro de adeptos se turna para que la música no cese; han colgado altoparlantes en los postes para que la escuchen hasta en la otra ribera. Una nubecilla escarlata, que emana de un montículo ardiendo, perfuma la diosa; un enano ranoide gime a sus pies.

Los bramines embadurnan de lacre las columnas del templo; los monos, colgados por el rabo, se balancean en los bajados de las campanas. Tres inmersiones. Tres veces tomo agua entre las manos, que en silencio devuelvo al río. Un disco rojo abrasa, del otro lado, la planicie vacía, arenosa, y más cerca, ilumina las barcas inmóviles, las ofrendas—bandejas de mimbre que arrastra la corriente—, un cerco de ceniza que los perros husmean.

Balcones de madera. Tapizan las fachadas los afiches de un film. Enchape de oro: las torres nepalesas de un templo. Dos tigres amarillos custodian la casa del que cobra los impuestos de la quema.

Con un vanity y un palito se va cubriendo el cuerpo, ya blanqueado, de lo que copia de un libro: con polvo de sándalo un rectángulo amarillo en la frente, una V roja en el brazo, tridentes en las manos, sobre fondo cinabrio el nombre repetido en la planta del pie. Azafatas raidas le traen florrecillas frescas, panetelas, unas monedas; barren la plataforma de tabloncillo, arreglan los harapos del parasol. Dos niños le muestran, en minúsculas vasijas de barro, velitas encendidas que luego dejan en la orilla y empujan con las manos como barcos de papel. Se vetea de verde las verijas, una argolla de plata le cercena el prepucio.

Los bramines rociarán la mortaja: pegada al cuerpo caquético, drapería mojada. De la camilla de lona, sobre los maderos, lo voltearán. Con una antorcha, por la boca, los allegados le darán fuego. *You will leave Varanasi, but Varanasi will not easily leave you. Something somewhere inside you will not ever be the same again.*

La crecida que se acerca, arrastrando la arena del fondo, nos llevará hasta el delta, hasta el mar.

Junto a Vishnú-enano barrigón, el orante—de un cordón blanco que le cruza el pecho cuelga una llavecita—entona la plegaria. Tararea, murmura, nombra en voz baja—la luz que atraviesa las ramas va alargando la sombra de su cuerpo en el muro—; con el índice toca las letras acuñadas.

Frente al templo, en la llanura reverberante, dos bueyes ayuntados giran alrededor de un pozo. Un adolescente de turbante blanco los conduce y fustiga. Anforas de barro extraen el agua y la derraman en una zanja; la cinta sigue los surcos, los bordes de la aldea, el sendero que ondula por los distintos verdes, hasta los estanques del templo, donde una canal negruzca, entre guaridas de cobras, vierte la leche de las ofrendas.

En el horizonte, borrosos, cuatro minaretes custodian el mausoleo blanco. Más cerca, entre minúsculos manojos de oro, un Labrador empuja el arado; por el camino se alejan los arrieros, sus reflejos en un río que enmarcan los oscuros arabescos del Fuerte.

A través de los mucharabíes blancos, del tejido de estrellas que horada los muros de mármol, flores y franjas de oro, al viento flotan los saris blancos; a través de los polígonos perforados—reunión de puntos claros—, los turbantes. La fachada de ladrillo se descompone—diminutas manchas rojas—, parece evaporarse. Por los luceros vacíos el sol penetra hasta la cámara baja: un paño espeso, de fieltro negro, encubre la tumba del profeta; una frase repetida espelnde en el umbral.

Las palomas parten al unísono, como si escucharan un disparo, dan una vuelta sobre el patio inmenso; vuelven a posarse en la fuente, sobre las esteras paralelas donde los devotos se arrodillan, descalzos, y con la frente tocan el suelo. Frente al minrabo, un viejo de barba blanca y turbante negro balancea las manos juntas, ahuecadas, como si contuvieran un líquido espeso, presto a filtrarse entre los dedos; otro deletrea un pergamino de bordes gastados.

Afuera, a los pies de la mezcquita se agolpan buhoerías, baratillos de estatuas; los traficantes suabastan miniaturas, tankas repintados, con dioses erróneos, toscas deidades de marfil, banderines tibetanos rotos. Un sol enorme, naranja, se hunde

entre los minaretes, en un cielo jaspeado; la voz del almuédano que llama silencia el martilleo de las herrerías, los gritos de los lavaderos, el tintineo de las tiendas atestadas de cobre. Con el timbre de las bicicletas y los cláxones, los radios mezclan las voces altísimas, almibaradas, de las sopranos, marimbas y arpas. Hasta los pórticos se amontonan carapachos oxidados, motores rotos, llantas; el zinc chorrea aceite rancio; un olor acre sube del laberinto de chatarra.

Las palomas vuelven a alzar el vuelo, amplían sus trayectos hasta el puente, hasta el fuerte de ladrillo desde cuyos balcones, recortados por oscuros arabescos, se divisan a lo lejos, donde se unen los surcos, el mausoleo de mármol, y temblorosos, como detrás de un río de alcohol, los cuatro minaretes, el creciente de oro.

Los párvulos pasean de mano por el jardín que centran las tumbas de los príncipes; suben a los nichos vacíos, se quedan en silencio abrazados, leyendo; trepan hasta las terrazas, bajan a la carrera, se encaraman de nuevo, cantan. Uno muerde una caña de azúcar, otro tira naranjas. Llevan cuadernos de dibujo, tizas, vasos y cantimploritas verdes, de material plástico.

Estanques secos interrumpen el césped. Rayados con punzones, en las bóvedas quedan apodados en inglés, figuras, fechas que desde lejos son tachaduras blancas. Astillas de cenefa sobre el frontón.

Escaleras que suben hacia ninguna parte, muros inclinados, hemisferios vacíos. A su paso por los bordes numerados las sombras reproducen la curva de la Tierra, cifran la altitud de los astros, postulan un Sol fijo. En las escalas borradas por la lluvia cada tarde reitera las medidas. Astrolabios de bronce han quedado entre las ruinas, desechados, rotos.

La hora exacta.

En tu lecho de cobras entrelazadas, sobre un océano de leche, desnudo, duermes. Mil cabezas de escama coronan tu cabeza. Respiras lentamente. A los suaves anillos tu cuerpo se abandona; en tus manos abiertas reposan los emblemas.

Escuchas quizás el rumor de los inmensos banianos que bordean el estanque; el viento y los pájaros sacuden sus gruesos hilos negros.

Por una pasarela, a ungirte los pies se acercan los devotos, beben del agua naranja que se empoza entre tus piernas, tocan los nudos de las colas. Pétalos y paisas te van cubriendo; junto a tu cabeza embadurnada de polvo amarillo brilla un jarro de cobre.

Desde el extremo sur los peregrinos han venido a cantarte. Dos cerdos de piedra custodian la campana que a tu saludo tañen.

Hélices perpetuas, tus brazos lo han triturado todo. Entre las cobras desatándose y escupiendo llamas ha girado tu cuerpo. Sereno, sonriente, los gestos subrayados por círculos de fuego que tu propio vuelo rompe, que se arman otra vez, rápidos, bordes incandescentes de finísimos hilos, relámpagos de arcoiris lentos. Una corona solar sigue las ondulaciones de tu cuerpo y las repite en el espacio que alrededor de tus brazos, cuando giran, se incurva.

Tu baile destructor ha extinguido la Tierra. Ahora, jadeante, contemplas el espacio devastado. Los párpados te pesan. A los reptiles plácidos se abandonan tus brazos y tus piernas. Recuestas la cabeza. Uno a uno tus músculos se aflojan. Los ojos entreabiertos, ves el cielo de invierno. El viento de la noche desdibuja los árboles.

De tu ombligo surgirá la flor de loto y de ella el creador.

Bailarás otra vez.
Vuelve a dormirte.

Detrás de los canastos de remolacha, de las pilas de arroz, de una vitrina empañada, en la bruma del almacén los mercaderes pesan el té. Pintados en la puerta, entre pericos devorando flores, los siete bodisatvas. Por el cristal, más allá de los techos, de los puntales labrados, los OJOS de una torre dorada, la montaña.

Pasan en bicicleta, en los ángulos de las pagodas suenan gruesas campanas, se tocan la frente. Los soportes de los aleros son chivos amarillos, de enormes falos. Sobre los peldaños los vendedores van extendiendo tabletas ensartadas, con letras rojas, en pali, calendarios sánscritos, birretes nepaleses, mandalas, mapas.

A la diosa que arponea un búfalo ofrecemos platinos; sobre las calaveras babeando sangre que esgrimen sus múltiples manos regamos pétalos; arroz crudo en el suelo, que las palomas, ávidas, devoran. Con un armonio, un violincillo y un triángulo—un niño canta—, sobre una estera, los viejos del barrio amenizan la entrada; en el patio las velas iluminan una copa con flores, una rueda, una cruz gamada: entre banderas de oro cagado por los pájaros Buda enseña. Estandartes de mantras. Rodean al Liberado un dios águila de metal brillante, un mariscal de ojos mongólicos que despliega un pergamino y dos leones de pupilas rojas.

Bajo los techos cónicos, los demonios abren mujeres por las piernas, rompiéndolas. Para que los fieles puedan dibujarse los signos prescritos sobre la frente hemos instalado espejitos móviles en todas las paredes.

Una cinta de metal desciende desde lo alto de la pagoda, por los techos superpuestos, hasta el más bajo, lo toca.

Entre las esculturas del patio, fornican en tropel los corderos sagrados.

Olor a haschich y a sándalo.

Sobre una hilera de molinos de plegaria que giran con un rumor metálico—los peregrinos los impulsan: las fórmulas se despliegan en el aire—, en urnas de portezuelas rotas, los Iluminados reciben a sus pies niños que juegan; los monos vienen a robar ofrendas y devoran a dentellones sus vestidos, luego trepan sobre el gran cetro

dorado—uno chupa un huevo—, saltan hasta la mole blanca de la estupa cuyo cemento manchan, desde la cima, chorreaduras del amarillo que deja la lluvia; contemplan desde allí los trece cielos—uno a uno—, el penacho rodeado de faroles que termina en un pararrayos.

Sobre tapices raídos, paralelos, los alumnos recitan mantras. Alrededor de Sidarta, mil estatuillas plateadas; frente al estante que las contiene, encaramado en un sillón alto, un lama de espejuelos y bonete rojo dirige la plegaria. Sobre los asientos se amontonan templos reducidos, de masapán, mantos amarillentos, jarritos de té con tsampa. Un monacillo golpea el tambor circular suspendido a la entrada, otro infla los pómulos, se pone colorado, logra soplar una corneta y luego una concha marina, un tercero, bajo su manto, destapa una lata de Ovomaltina. Cuchichean, se tiran bolas de papel y pajaritas, se hacen señales y musarañas repitiendo el Mani sin fallos. Uno se levanta, del estante toma un frasco de agua y varios pastelitos, abriendo un toldo churroso los tira al patio; otro se duerme, da un cabezazo, se orina en el manto; su compañero le hace coquillas en las orejas.

Desde lo alto de la colina nos llega el estampido de los platillos, la nota única de las grandes cornetas plegables que los monjes transportan sobre patines, continuas, las voces, ásperas.

En el plafón que centra un globo de vidrio con un avioncito de la Royal Nepal, el Gran Mandala de las Deidades Irritadas y Detentoras del Saber; los muros son escenas de la vida del Diamante. Un pajarito viene a bañarse en una de las copas de la ofrenda. El aire fresco de las montañas penetra por las ventanas que obtura una tela metálica. Con trabajo, un campesino hace girar un molino de plegarias de su mismo tamaño.

Desde la torre de la gran estupa, los ojos del Piadoso nos miran—cejas de azul añil, párpados esmaltados; un aro rojo ciñe las pupilas. En la cúspide, del parasol de oro parten en todas direcciones banderines de colores; flotan al viento las plegarias impresas.

—Heme aquí, oh bikús, como quien dice, Gran Lama, por ende, jefe de la estupa world famous que veis allí enfrente. Sí, blancos, melenudos monjes, cumplo mi karma en este cuchitril suburbano vendiendo los antiguos tankas de la Orden y traficando cetros de cobre ya verdoso para mantener a los últimos lamas de Bonete Amarillo.

Con las tabletas del Canon, los instrumentos portátiles, un tropel de yaks, algunas máscaras rituales que pudieron recogerse en el albur de arranque y una colección de cuños para imprimir banderines, la Congregación atravesó, custodiada por los Ancestros, los valles más fríos, las montañas más altas del mundo. De los dignatarios que me preceden uno tuvo que emigrar; muestran al otro en las cortes populares de esas provincias del exterior mongólico, tan nevadas y al norte que ni las grullas llegan en verano.

Tundra: ¿Qué tengo que hacer para convertirme al budismo?

El Gran Lama: Raspase la cabeza. Ah, y por favor, si de verdad quiere «entrar en la corriente», detenga ahora mismo toda violencia. El embaajador de Francia vino a verme por la mañana, por la tarde, en el Rajasthan, su hijo mató un tigre. De aquí se fueron al Ashoka Club y bebieron cerveza de arroz. De cierto os digo, bikús de Holanda, que es la Sed lo que os impide ver lo no compuesto, lo no creado, lo que no es ni permanente ni efímero. ¿Qué les parece esta pintura tan antigua, regalo de un lama encarnado del Bhutan?

Escorpión: Tengo miedo a morir en accidente, ¿qué debo hacer?

Respuesta deseada: Los agregados que componen el hombre, oh pálidos, no son más que productos desprovistos de la menor realidad: comprenderlo engendra una alegría que ignora la muerte.

Respuesta (de lo) real: ¡Vamos hombre! ¡Para eso están los amuletos! Este, por ejemplo—y toma de una mesita un puñal de cuatro filos y en el mango emblemas—, codiciado por varios museos de Occidente, envuelve el cuerpo de quien lo posee en un halo invulnerable. O este—sacude una marga de pergamino, dos perdigones la golpean, en la punta de un hilo—, que de seguro nunca han visto: protege y fortalece.

Totem: ¿Cómo eliminar la angustia?

El Gran Lama: Siéntese con las piernas cruzadas—y, soltando las pantuflas, cruza él las suyas, que aprieta un pantalón de gamuza amarilla—, la espalda derecha, la atención alerta. Un círculo. En él inscriba un cuadrado. En el centro, una deidad

de su preferencia. Concéntrese en ella. Claro está, para comenzar, es necesario un soporte, un mandala pintado, como éste—y desarrolla sobre el tapiz una tela pintada, con geometrías concéntricas—, tan milagroso y antiguo, que a usted, para tan noble empeño, le cedería por unos dólares : poco podrían pretenderlo las rupias de este país, y, *of course*, mucho menos las indias. Tigre : ¿Cuál es el verdadero camino de la Liberación ?

El Gran Lama se queda en silencio. Una risita boba. (En el salón contiguo, sobre un sofá, sus hijos hablan por un teléfono rojo, de material plástico.)

El aire de las sábanas quemadas, el vaho que asciende desde los bordes del río, lento, respiramos.

Por tres días dormiremos bajo los aleros, junto a las pequeñas plataformas de losa, mirando el agua. Daremos limosnas a los lisiados que se arrastran con latas. En la cuarta noche regresaremos a casa.

En un tugurio sin ventanas—el olor dulzón de las piras contiguas y el del curry se estancan—, sentados junto a los sartenes, en el piso de tierra, los yogis que para la fiesta de hoy han subido hasta el norte, recitan los preceptos matinales, frien vegetales. Con la ceniza de los braseros se embardurnan el cuerpo ; cuidadosamente se alisan el pelo untado con aceite de enebro. Aceptan que los miren, pero no con espejuelos.

Los peregrinos dan alaridos a las puertas del templo, se agolpan a lo largo del río, rompen los cordones del ejército y corren hasta el patio para tocar al Gran Nandín de oro—flores en las pezuñas, en las rodillas tres listas blancas. Un tridente de plata y un tamborín sobresalen entre los techos. A medida que el sol asciende tras los troncos hinchados y que la luz se filtra por las copas, en los pequeños templos corroídos van apareciendo, en hileras, los falos. Las mujeres que los perfuman, el bermellón y el oro de sus vestidos, interrumpen a veces, un instante, la sucesión perfecta de los cilindros. Los monos roban y ripian la ropa que los devotos han dejado en la orilla.

Al son de tres músicos mugrientos una niña regordeta baila ; su hermano cuenta en inglés la historia del gurú que cegó a un hippie de una pedrada, mima el ahogo del holy man que, por tomar vino, rodó hasta el río.

Un campesino cherpa muestra en una palangana el desplazamiento de unos caracoles fluviales, y en una balanza, macitos de mariguana que cuatro melenudos, en holandés, regatean.

Las mujeres dejan flotar las bandas brillantes de sus saris ; las sombras de las perdices que atraviesan de una ribera a la otra son flechas negras en el suelo pedregoso del fondo.

Manchado por la ceniza de la cremación, por la mugre del baño y los escupitajos, el hilo de agua sigue por el valle su curso, serpenteando entre las rocas, hundiéndose en los bajíos, excavando un desfiladero en cuyas paredes, refugiados en las fisuras, meditan, mudos, los amigos de los pájaros. Luego desciende hasta los baños reales—alimentan la alberca dos cobras.

En los paneles indicadores, los primeros ideogramas ; de un lado y otro del camino, terrazas sucesivas, hasta el arroyo a secas—franjas de arena brillante—, como un oleaje.

Los labradores descienden en fila desde los caseños, bajo las hileras de árboles rojos ; las cabañas de mimbre son puntos claros en la pendiente ocre. El viento de la mañana despliega en estratos brumosos el humo de las alfarerías. En las colinas flotan banderines blancos sobre montículos de piedras cubiertas de escrituras negras.

Donde termina el camino, del otro lado del puente, el farallón abrupto de las montañas ; hilos helados bajan desde lo alto.

Un elefante de cemento, que cabalga un niño enarbolando un libro, precede las construcciones macizas, paralelas, que cubre el monograma negro de la Marcha. Más alto, entre las cimas, quizás el viento haga girar los molinos de plegaria alineados en los muros de los monasterios abandonados, en los altares que la nieve sepulta.

Los monjes de manto rojo recitan un saludo a Avalokitéchvara. De izquierda a derecha siguen con el índice las letras acuñadas en las tabletas blancas que vuelven hacia afuera y protegen del sol con un paño.

Un tubo de neón ilumina al Gautama dorado cuyos labios se estiran en un rictus. Banderines de seda bordados de colores tapizan hoy las columnas y el techo. Junto a fuentes de mil hojas, calderas de té humeante, marugas y caramelos, los niños van colgando bandas de tul blanco al festón que enmarca un retrato gigante, en colores acrílicos, de un joven lama aureolado, y a los bucaritos que ornán los de unos reyes de perfil, miopes y prognáticos.

Al alba empezaremos de nuevo, hasta que en el

horizonte las deidades apacibles y detentoras del crepúsculo muestren sus dedillos anaranjados. Entonces contemplaremos en silencio la lentitud con que el sol se hunde entre los valles nevados, del otro lado de las montañas, junto a las grandes estupas ya vacías y los *OJOS* borrados sobre las torres del país natal.

En el eco que deja un címbalo la más grave de las cuatro voces pronunciará las sílabas :

Que a la flor de loto
el Diamante advenga.

Ni en el resplandor hirviente del mediodía ni en la oscuridad de la noche tenía sentido hacer otra cosa que sentarse en el porche y columpiarse lentamente en la vieja mecedora de patas astilladas que a juzgar por su apariencia le sirvió a Frank como lugar favorito de descanso y seguramente a Moisés antes que a él. Después de un almuerzo improvisado era agradable mecer perezosamente los jugos digestivos y contemplar el espejismo del mediodía que danzaba a lo largo del declive, sacudía al pasar las borlas blancas de yuca : todo el mundo exterior tan silencioso que Johnny podía oír su propia sangre haciendo burbujas, chirriando a través de las válvulas del corazón, martillando en sus oídos un ritmo sordo de tom-tom : la sangre del viejo Adán Asvogel que a pesar de todas las mezclas y enrarecimientos producidos por tres generaciones aún conservaba el impulso de las salvajes ansias del bisabuelo.

Moisés y Frank deben haberlo sentido así en sus últimos años mientras miraban, columpiándose, los mismos espejismos, la misma vegetación retorcida y valiente, y meditaban en los accidentes y errores, los amores frustrados y los pudo haber sido de su vida. Ese hilo de sangre era el único eslabón, la única continuidad entre los cuatro : la sola substancia que compartía la eternidad del desierto junto a la cual Adán, Moisés, Frank y él mismo no eran sino abalorios en un cordel rojo ; casuales envoltorios para un mensaje indescifrable, efímeros heraldos golpeando sobre la roca perdurable para entregarle a un descendiente el cetro celular de microscópicos jeroglíficos.

Un hilo muy frágil la sangre. Adán engendró dos hijos, de los cuales Moisés murió sin haber producido alguno. Aarón, el otro hermano, fue el padre de Frank y de Marie, pero Marie no tuvo hijos. ¿Cumplió Frank su verdadera misión, se preguntó Johnny, cuando con un espasmo vertió la mitad de la herencia de su hijo en el ondeante vientre de su mujer dejando que todos los demás años se descontaran como un anticlimax biológico? Si es así, yo no soy más que un sobre vacío con la dirección equivocada, que poco a poco forja su camino hacia el buzón cósmico de cartas sin reclamar y todo el clan de los Asvogel simplemente otro experimento fallido al que la evolución ha ido lentamente borrando por medio de la soltería y la esterilidad. La cadena de pensamientos engendraba preguntas trascendentales que otra vez quedaban sin respuesta y Johnny desvió su mente de la especulación inútil.

No había luna. Una vez más estaba sentado en la oscuridad y se daba cuenta de que éste era el paisaje de Adán y de Moisés y de Frank Asvogel : hostil, seco, estéril, con días largos y calientes y noches cristalinas en que la visión se alarga, se extiende, se curva alrededor del continuo hasta que es fácil imaginar que una de las estrellas indistintas de tercera categoría, allá muy arriba, puede ser el trasero del viejo sol. Observó las luces de los autos que bajaban despacio por Banner Grade apagándose en las curvas y detrás de los relieves y arrojando una luz mortecina y pálida en el camino antes de que los focos blancos volvieran de nuevo a aparecer. Era esa especie de interludio—mientras absorbía las luces, el horizonte, los interminables arrecifes de estrellas y las remotas galaxias—en los que se sentía salir sin esfuerzo de su pellejo para ser transportado momentáneamente a una zona de paz donde no existía el ego.

Sin ninguna orden que cumplir, ninguna obligación que llevar a cabo, ningún mensaje suyo o de cualquier otro que transmitir, pudo recobrar la relegada intuición de que había tiempo para todo ; de que el tiempo tenía elasticidad—un tira y afloja—que lo acunaba tan agradablemente como la vieja silla mecedora con su ritmo sensual, acunaba ahora su cuerpo. Podría estar de vuelta en ese mundo infantil en que triciclos, cachorros y automóviles de juguete eran fragmentos de para siempre : un mundo que súbitamente perdió cuando lo lanzaron desde el punto de largada obligándolo a correr. Volaba ya por la pista con los ojos fijos hacia adelante, cerrando los puños, bombeando aire de los pulmones : hacia afuera, hacia adentro, hacia afuera, antes de tener el juicio para preguntar por qué. Corrían también los otros y eso era una razón. En alto la cabeza, aspira el aire, expirala, no tropieces. Llegó a ser la más natural de las actividades y casi no se dio cuenta de que había dejado atrás el mundo del niño y el cachorro en el que cada uno de los días con sus juegos, sus comidas, sus siestas había sido igual al otro.

La escuela lo hizo : la escuela con sus despertadores, sus horarios de clase, las campanas que anunciaban el almuerzo y los recreos, las manecillas de los relojes que se alargaban convirtiéndose en flechas, en lanzas, en arpones siempre a media pulgada del esfínter anal ; los rechinantes segundos se volvieron la maquinaria que enrollaba la interminable pista bajo sus pies voladores.

Aquí en el desierto, sin embargo, el reloj había dejado de marcar como seguramente lo hiciera para Frank. Al no sentirse aguijoneado por las exigencias de hacer y llegar a ser, descubrió poco a poco una dimensión en la cual podía simplemente ser sin buscar justificaciones o pedirle perdón a nadie. La jaula giratoria aflojó el paso y se detuvo transformándolo en el dueño de una extensión de tiempo sin tiempo en la cual el único movimiento perceptible era el de sus espontáneos pensamientos.

Mientras diariamente se afanaba hora tras hora caminando sobre la tierra endurecida y los pederiales, abriéndose paso por entre la espinosa maleza, había tiempo para pensar en un sinnúmero de cosas. La imagen borrosa de Frank era siempre el punto de arranque, pero desde allí, erizados pensamientos se bifurcaban extendiéndose en direcciones tan imprevistas como los retorcidos brazos de los matojos de manzanillo a su alrededor. A pesar de que estaba convencido de que era inútil extender más su búsqueda—había cubierto el terreno por los cuatro costados, recorriendo una distancia que ningún hombre en la posesión de sus facultades habría recorrido—, la prosiguió, no tanto por voluntad premeditada sino más bien porque se encontraba hipnotizado por su propio movimiento hacia adelante, por las imágenes, los pensamientos y los recuerdos que bullían en su mente, por el reconfortante diseño repetitivo de su espiral cuadrada, de su laberinto imaginario sin paredes ni techo.

Poco a poco Johnny descubría que más que a cualquier otra cosa su mente se asemejaba a un teletipo en una oficina de periódico un domingo por la mañana, que susurra calladamente para sí y vibra apenas con el desgaste de energía que corre a través suyo. De pronto una explosión de actividad—señales de campana, un repiqueteo constante de sesenta por minuto, el estrépito del carro que regresa, el hipo del abastecedor de papel—y él, el indolente barrendero dominical que se acercaba a ver lo que tenía que decir. Antes abrigaba la esperanza de que cuando el aparato, como ahora, no estuviese atareado con decisiones urgentes, se dedicaría a contemplar grandes ideas, a divagar sobre eternidades cartilaginosas, a martillar listas de respuestas a todos los « por qué » que a través de los años se venía planteando. Pero ya se daba cuenta de que no se trataba en absoluto de un teletipo filosófico. Cada vez que se acercaba apoyándose sobre la escoba para ver

qué era lo que lo había excitado así, lo encontraba martillando otro de esos relatos para matar el tiempo que tejen los marinos cuando no están de guardia o se cuentan los periodistas en el bar después de la jornada.

Era el pasado lo que absorbía la atención de su invisible técnico al otro extremo del circuito. Recitaba un interminable non sequitor cuyos fragmentos surgían espontáneos, haciendo caso omiso del orden y el significado—peor aún, que no parecía tener sentido—como si todo pasara simultáneamente en un escenario grandioso dentro del cual Johnny ya no galopaba en la jaula y podía vagabundear a su antojo observando un fragmento de acción aquí o participando en un lienzo enigmático un poco más allá. Ahora, por ejemplo, el operador materializaba la imagen de Mickey Hefner que miraba con ojos y dientes protuberantes a un algo invisible entre el pulgar y el índice.

—Me sentaba allí y me le quedaba mirando a uno—decía Mickey—y nunca pude adivinar si era un número quince o un dieciséis.

Su expresión idiota hacía estallar las risas y Mickey se empeñaba en construir transparentes celadas para repetir su historia, moviendo los labios en silencioso repaso cada vez que la conversación se orientaba hacia bombarderos B-24 o hacia la industria de aviación. La monomanía de Mickey era la de convertirse en soldado de uniforme para poder ir a Guadalcanal y aplastar a los asquerosos japoneses, pero el comité de selección, luego de estudiar sus aptitudes mentales, resolvió ahorrarle al ejército su presencia y como alternativa mejor entró a trabajar a Consolidated seleccionando remaches de entre la basura. Falló también en eso y acabó traspapelando artículos en La Trib.

Las máquinas telefotográficas eran novedosas o imperfectas en esos días. Continuamente se ponían históricas con las manchas solares o caían en trances catatónicos en el preciso momento en que aparecía una noticia importante. La Trib. compró un modelo nuevo y un ingeniero de Los Angeles lo armó instalándolo en su santuario particular del cuarto piso, entre el departamento de fotografía y los archivos. Aleccionó a los fotógrafos en los detalles de la operación y pacientemente le mostró a Mickey qué botones había que apretar todas las mañanas, tan pronto como llegara, para calentar los tubos.

Dos días después de haberse marchado el ingeniero, Mickey irrumpió en la oficina retorciéndose las manos y con las pecas saltando de su

rostro incoloro.

—Apúrense, vengan—gritaba mientras regresaba galopando por las escaleras seguido de una cola de reporteros.

—¡No hice nada malo!, juro que no lo hice—jadeaba—, tal como él me indicó, pero nadie me va a creer, ¡maldito sea!

Entraron sin aliento al cuarto de la telefoto y allí estaba la maquinita semi cubierta por su guardapolvo y canturreando en voz apagada de contralto el « *Ave Maria* » de Schubert.

El ingeniero tomó el próximo avión desde Los Angeles y descubrió que el desperfecto se debía a la estación de radio K.F.S.D., frente al local, que chorreaba energía. Mickey fue absuelto de culpa pero no se quedó mucho tiempo más en La Tribuna. Un cronista deportivo lo sorprendió en la cabina telefónica mirando la foto de una dama joven de sociedad. Reía profiriéndole obscenidades a la dueña mientras con una mano sostenía el audifono y con la otra se masturbaba.

Una de las cosas que más confundían a Johnny era el orden de lógica o ilógica que empleaba el invisible operador para seleccionar las imágenes que relampagueaban en su pantalla interior. ¿Por qué habían saltado sus pensamientos justo ahora desde Frank a Mickey Hefner? Mickey había sido catalogado como enfermo mental porque imprudentemente eligió una cabina de teléfono para satisfacer sus fantasías sexuales, pero a nadie se le habría ocurrido encerrar a Mickey por su frenético deseo de ir a la guerra. En un mundo donde no sólo somos incitados, pero se nos ordena convertir a las gentes en antorchas por medio del napalm, a gelatinizarlas con T.N.T., a perforarlas con balas de rifles y ametralladoras, no se puede uno masturbar en una cabina telefónica.

¿Qué había pasado con el Jardín de Edén? Seguramente estaba situado en el África del Este, donde el elefante, la jirafa, el hipopótamo, la zebra, la gacela, la impala y el jabalí toleran a sus vecinos carnívoros : el león, el leopardo y el cheth, pero todos viven aterrorizados por el común enemigo sanguinario, *Tyrannosaurus Rex* de la edad moderna : el hombre.

Sentado en el vestíbulo del Gran Hotel en Kampala, a la orilla norte del Lago Victoria y mirando hacia el Congo por el oeste, los Simbas, a las doce en el reloj, asesinan a los intelectuales contrarrevolucionarios—todos los que saben leer—mientras los mercenarios de Mad Mike Hoare, como cazadores de patos con botas de goma,

exterminan a los Simbas y a cualquier otro que sospechen de rebelde. A la una en Ruanda y Burundi, el ejército buhutu ametralla a los Watusi de cuerpos de garza, mientras los chicons usan a los dos países como puntos de distribución desde donde se les envían a los africanos suficientes rifles y munición para que se sigan matando por los próximos veinte años. A las dos, en la misma Uganda, las tribus Buganda y Bunyoro pelean rabiosas por « *los condados perdidos* » mientras los del noreste se levantan contra el gobierno central y expulsan a todos sus soldados y cobradores de impuestos. A las tres los árabes del Sudán del Norte exterminan a los sudaneses negros de clase media—cualquiera que lleve un taparrabos—. A las cuatro, en la frontera de Kenya, invasores shifta cabalgando en camellos saquean y queman caceríos llevándose consigo animales y a veces esclavos, mientras a las cinco, en la otra frontera, el ejército de Haile Selassie y las tropas de Somalia se atacan y defienden en una lucha silenciosa por una extensa región límite de terreno árido.

Las seis y los masai están convencidos de que Dios les donó todo el ganado del mundo en el alba de la creación y que ellos están comprometidos en recuperar su extraviado patrimonio, valiéndose de correrías y saqueos contra los rebaños vecinos, que frecuentemente terminan en pavorosas heridas de lanza.

Zanzíbar a las siete, donde los negros oprimidos arreglaron hace poco cuentas pendientes con sus amos árabes que cultivan especies. A las ocho Mozambique : las guerrillas autóctonas y los colonialistas portugueses acechan y se ponen emboscadas. A las nueve Rodesia del Sur donde un puñado de blanco niega el principio de « *un hombre un voto* » a base de palos, escopetas y horcas. A la diez el África del Sur engañosamente inmóvil bajo la adusta nube de *apartheid* y a las once, cerrando el círculo, el frente de liberación angolés que lucha contra sus todopoderosos jefes portugueses.

Cuando se despierta súbitamente y uno se da cuenta de que ha estado desde el momento de nacer confinado al ala de los violentos en un manicomio cósmico, lo primero que hay que hacer es aislarse tanto como sea posible de los otros enfermos, todos los cuales son peligrosos. ¿Sería ese el descubrimiento de Frank, el motivo detrás de su intento de escape?

¿Cuántos años de guerras y asesinatos y espec-

táculos de gentes torturándose y mutilándose mutuamente, se preguntó Johnny, han sido necesarios para despertar a la verdad de mi auténtica con-

dición? Junto a ese abrupto pensamiento le llegó también la misma oleada trascendental que había experimentado bajo el casco U.S.S. Barfus.

CeDInCI

Para que no entre la muerte

El Viejo fijó un buen rato los ojos en el arroyo, por lo menos hasta la primera curva, donde aparentemente desaparecía; después dio una chupada a la pipa y se quedó como pensando.

—¿Pasa algo?—dije sin mirarlo, con los ojos clavados en el agua para tratar de ver lo que él había visto.

—Están pasando muchas cosas en este momento—me llegó la voz—; debe haber comenzado a llover en las sierras grandes. La creciente llegará aquí en un par de horas. Vamos a buscar las redes.

Habíamos perdido muchas crecientes por no conocer bien las costumbres de la lluvia. Muchas veces, a pleno sol, habían pasado crecientes hermosas llevándose lejos, hacia las ciudades ricas y poderosas, preciosos cargamentos de objetos que hubieran sido útiles para nuestra casa. Porque nosotros a la casa la hicimos con el río.

A medida que en el pueblo se construían hoteles para los turistas, a nosotros nos obligaban a correrlos más hacia las afueras. Ya habíamos hecho como cuatro o cinco casas utilizando los troncos y las cañas que había en los suburbios, pero ahora, donde nos había tocado, no había más nada. Las lomas estaban roídas por las cabras y el terreno pedregoso llegaba hasta la orilla misma del arroyo. Cuando llegamos con los colchones al hombro, algunas gallinas y nuestra colección de tías, los vecinos ya habían utilizado todo el material posible de la zona. Nos ayudaron a reconocer la parte de terreno que nos correspondía—puras piedras—y nos alquilaron una piecita al frente del terreno, del otro lado del arroyo, hasta que pudiésemos construir la casa. Era fácil ver en los alrededores que donde faltaba un árbol, ese árbol estaba clavado en forma de poste formando la esquina de una casa. Las piedras más o menos cuadradas habían desaparecido también, y eran o pared o piso en las casas desparramadas por el pedregal ese. Tampoco había lajas ni adoquines ni piedra bola; todo había sido aprovechado por los que llegaron primero.

Me acuerdo que mientras mis tías sacaban sus vestidos azules y rojos de los baúles y los colgaban en los clavos de las paredes de la piecita, yo y el abuelo nos sentamos en medio del terreno a pensar qué se podía hacer.

—Acá ya no queda nada, más vale que busquen otro lugar más lejos—nos dijo uno de los vecinos

mientras rasqueteaba a su caballo.

Mi abuelo debió estudiar profundamente el arroyo en ese momento, porque después de mirarlo un rato dijo:

—Nos quedaremos.

Lo que no recuerdo es si mi abuelo era joven antes de llegar aquí, porque después supimos, durante el resto del tiempo, que él había envejecido después de descubrir los misterios de la lluvia. Que era como saber, según lo supimos siempre, todas las cosas de la vida y de la muerte. Pienso que sus cabellos se pusieron blancos en esos minutos, porque una vez, cuando le pedí que me explicara el asunto de las crecientes, que él preveía con varias horas de anticipación, me dijo que si lo aprendía envejecería en el acto. Pero las cosas se equilibraron, porque si envejeció en ese momento, ya no necesitó fuerzas para acarrear piedras desde lo alto de las lomas (además ya no había), ni troncos desde las llanuras distantes, porque con las crecientes todo se lo traía el río y se lo dejaba en el mismo terreno, gracias a la red que habíamos construido con alambres también traídos por el arroyo.

Nuestra llegada, mejor dicho de mis tías con sus vestidos al viento llenos de colores y de pliegues, fue una alegría para el barrio. Vivíamos todos amontonados en la piecita y teníamos una radio de pilas ante la que mis tías lloraban inclinadas cuando oían alguna canción de Libertad Lamarque. Mis tías eran hermosas y los hombres, a la tarde, rodeaban nuestra pieza esperando que saliera alguna de ellas. Salían por las noches, perfumadas, y se iban con los hombres a caminar por las riberas siguiendo el canto de los sapos y, de tanto en tanto, según la luna, nacían hermosos bebés, que en poco tiempo se prendían de los bigotes del abuelo. Cuando les dolía la pancita, yo seguía el curso del arroyo y buscaba menta para las infusiones, y al volver oía que el vecino rasqueteador de caballos le decía a mi abuelo que era muy difícil alimentar tantos chicos. El viejo consultaba al río antes de responder y luego de una corta meditación decía:

—Que nazcan. Ellos son la única alegría que podemos tener en la vida.

Yo mismo había nacido así y era una de sus alegrías.

El año de la Gran Creciente murieron muchos bebés, porque dicen que el agua había sido vuelta por los microbios. Lloramos todos muchas veces y mi abuelo se sacó el sombrero por primera

vez en varios años. También vinieron a llorar los hombres de los alrededores, y por un tiempo más o menos largo no volvieron a salir con mis tías siguiendo el canto de los sapos. Aprovechamos esos días de mucho silencio para reforzar nuestras redes. El abuelo decía que había que detener todo lo posible las riquezas que traían las crecientes, «*porque si no esta zona será siempre muy pobre. Las cosas pasan por este arroyo, llegan al río y siguen saltando y bamboleándose; luego el río avanza hacia ríos más grandes, con más riqueza acumulada, y todo va a parar finalmente a Buenos Aires, y después al mar, a Europa, y nosotros nos quedamos con las manos vacías*».

Aquel día la creciente había sido muy rica. Además de ladrillos medio redondeados pero sanos había traído adoquines, muchos tarros y piedras grandes de varios colores. La parte de red que me tocó controlar sólo dejó escapar una lata de querosén de veinte litros, que abierta hubiera significado una buena parte de techo. La vi bambolear por encima de las crestas sucias, casi en el aire, y perderse vaya a saber hacia dónde, pero logré detener una gran piedra blanca, casi cuadrada, que ahora forma el ángulo más vivo de nuestra casa. Después separamos las piedras por formas, luego por colores; también los adoquines, los ladrillos, que eran muchos, y la gran cantidad de tarros para el techo. Cuando pasó la creciente, pese al fresco que hacía, mi abuelo y yo sudábamos.

Mis tías salieron todas juntas de la pieza y levantándose los vestidos azules cruzaron el arroyo para ver cuántas maravillas nos había dejado la creciente. Ellas mismas se pusieron a ayudarnos a separar todo y, mientras lo hacíamos, cantábamos sin saber que estábamos cantando. Todos estábamos contentos porque había material para proseguir la casa, que ya tenía casi treinta centímetros de alto. Por lo menos ahora podríamos llegar al metro. Solamente el viejo no estuvo muy contento, y no quiso contestarme cuando le pregunté por qué estaba así. Pero me respondió años después (años que para él no significaban nada, porque estaba acostumbrado a usarlos), me dijo muchas cosas que no pude entender, y que sin duda se relacionaban con esos días de silencio, de los chicos cuyos rostros yo había olvidado completamente, de las aguas revueltas por los microbios y de otras cosas más que el abuelo mismo tenía. Creo que fue entonces cuando me dijo que era

mejor no entender nada para no envejecer de golpe.

El verano terminó, y con él las lluvias, y mis tías estaban impacientes porque terminaríamos por lo menos una pieza y la techáramos. Sobre todo dos de ellas, que esperaban alumbrar hacia la mitad del invierno, pero el viejo vacilaba antes de decidir un cambio de emplazamiento de la casa, que tenía muy pensado. Se pasó varios días mirando no sólo el río sino también las plantitas que crecían en las riberas. Levantaba piedras, observaba los bichos que vivían debajo de ellas, cortaba y olía las hojas de las pocas plantas que sobrevivían en el pedregal. Un día decidió que sacáramos todas las piedras que ya habíamos puesto y que llegaban apenas a treinta centímetros de altura, porque había resuelto construir la casa más lejos del arroyo, casi sobre el nacimiento de la loma. Ciertamente el viejo se volvía más misterioso a medida que avanzaba en el conocimiento del arroyo y de las lluvias. Observaba cuidadosamente el desplazamiento del sol entre las estaciones, y todo lo que clavaba o plantaba tenía relación con el giro del fuego. La única explicación que nos daba era:

—Ustedes no entienden nada de estas cosas. Tenemos que protegerlos.

Finalmente camamos los cimientos otra vez en un lugar muy incómodo que nos obligaba a hacer un rodeo para traer el agua y para salir a la calle natural que corría junto al arroyo y llevaba al pueblo. Mis tías protestaron hasta muy avanzado el invierno, y después callaron cuando el viejo anticipó la nevada. Hacía cuarenta años que no nevaba en la zona. Desde entonces nunca más discutieron sus puntos de vista.

Antes de decidir el nuevo emplazamiento, desapareció por una semana. Se había ido al monte, que estaba al otro lado del río grande. Volvió lleno de pelos, yuyos y bichos, medio quemado por el sol y con un gesto triunfante. Trajo dos quirquinchos que le había sobrado de la cacería que hizo para alimentarse esos días, y anunció, muy contento, que ya sabía donde haríamos la casa.

—En esta casa no podrá entrar nunca la muerte—dijo estirándose los bigotes.

Mis tías entonces hicieron girar sus dedos índices sobre las sienas y le sacaron la lengua.

En el verano siguiente, durante el tiempo que le dejaba libre el olfatear las crecientes, marcaba en el suelo la sombra que proyectaba una estaca alta clavada frente al sol. La sombra era paulatinamente más larga y luego, a medida que se iba el

verano, se acertaba. En todos los casos mi abuelo marcaba bastante hondo en el suelo el alcance de la sombra, de modo que al final había un montón de rayas profundas que sin duda tenían una relación directa con la orientación de la casa, o quizás con su muerte, vaya uno a saberlo. Se lo pregunté y él admitió ambas cosas casi sonriendo y me dijo que no me convenía ahondar más en el asunto. «*Eso déjalo para mí, que ya estoy viejo.*» El abuelo tenía razón. Cuando terminó la casa empezó a morirse. Pero fue una muerte larga, que duró varios años. Creo que comenzó a morir aquel día que volvió del monte, lleno de bichos. Esa noche se le descolgó una arañita del ala del sombrero, y una de mis tías, asustada, se la quiso sacar. —No la toquen; dejen esa araña donde está—le oí gritar por primera vez. La araña, comprendiendo, subió otra vez por el hilo y se escondió otra vez en la cabeza, debajo del sombrero.

Habíamos terminado las dos piezas de mis tías, una hecha enteramente de adoquines y otra de canto rodado. A los pocos días de mudarnos, los hombres de mis tías tenían que cruzar el arroyo, de noche, haciendo equilibrio sobre las piedras para poder darles las serenatas de costumbre. Conocíamos perfectamente sus voces y sus desafinaciones. Ese es Evaristo, ese Pablito, ese Pepito, decía mi abuelo en la sombra del cuarto, mientras se dormía con el sombrero sobre la cara para evitar la luz de la luna que entraba por la ventana. A mí me quedaba más lejos el camino del arroyo para ir a buscar los yuyos contra el dolor de panza de los chicos, pero después sacrificamos algunos tarros destinados al techo de la cocina y en vez de abrirlos trasplantamos en ellos las variedades principales para tenerlas de noche al alcance de la mano. Dormíamos en la pieza de las tías solteras, para evitarle al viejo el llanto nocturno de los chicos, que le impedía oír el ruido del agua del arroyo, tan importante para él. Nos faltaba la cocina, que tenía ya la mitad de su altura, hechas con ladrillos redondeados por las aguas. Ese año hubo varias crecientes, pero no trajó ladrillos, solamente piedras y adoquines, y el viejo quería terminarla con el mismo material con que había empezado. Además, no se podía poner en la parte alta de las paredes y material más pesado que los ladrillos carcomidos por el arroyo. La última creciente grande vino llena de víboras, y nadie se animó a meter un solo dedo en el agua. Durante varios días tuvimos que ir a buscar el

agua, en tarros, al hotel de los militares, al pie de la montaña, que quedaba bastante lejos. Nos llevaba casi todo el día ir y volver, pero los hijos de mis tías se salvaron de los tremendos dolores de estómago y de la suerte de varios niños que las aguas contaminadas silenciaron río abajo ese año.

Un día, con una lluviecita muy pobre, sin creciente, llegaron por el arroyo cerca de treientos tarros vacíos de durazno. Venían del hotel ese, donde unos cinco mil coroneles pasaban quince días de vacaciones. Eran todos del mismo tamaño y de idéntico color, lo cual favorecía la construcción. El viejo decidió entonces, muy a su pesar, terminar la cocina. Abrimos una gran cantidad de tarros para terminar las paredes y luego y con los mismos tarros hicimos el techo de dos aguas. Como sobraron muchos, cortamos algunos por la mitad, sin abrirlos pero desfondados, para hacer las canaletas de desagüe. Mis tías quedaron maravilladas de los detalles. La cocina parecía una casita dibujada, con su chimenea de latas tan azules como el humo.

Generalmente los hoteles arrojaban la basura al arroyo. Un día vimos pasar alrededor de dos mil patas de gallina. Mi abuelo dedujo que se trataba de la colonia militar, que era el hotel más grande de la zona, explicando que si eran dos mil patas se trataba de mil pollos, de los cuales podían comer bien alrededor de dos mil coroneles. Yo los conocí. Eran muy buenos conmigo y me daban propinas cuando trabajaba de parapalos en la cancha de bowling del hotel.

Hacia unos días que habíamos terminado la cocina cuando al viejo se le aflojó el primer diente. Se estuvo hurgando un rato con los dedos y protestando, hasta que se lo sacó y lo arrojó por la ventana. Fueron inútiles todos los yuyos que tomó (traídos a veces desde la cima de la montaña, donde el viento y las plantas son más limpios), porque cada tres o cuatro días se le aflojaba otro más, que él arrojaba afuera maldiciendo la vida, y yo cada día entendía menos lo que decía, hasta que se quedó sin uno solo y no pudimos entenderle nada por un tiempo.

Las demás partes del cuerpo se le fueron yendo poco a poco, y cuando se habían ido del todo vino la Creciente Terrible que casi se lleva el hotel de los coroneles. Estuvimos toda la noche tapándonos los oídos y tocándonos el corazón con las manos para que no se nos saltara de miedo, oyendo las piedras inmensas que la creciente arrojaba contra

la pared más gruesa de la casa, donde el viejo no había dejado ninguna puerta ni ventana.

Al otro día el arroyo, que había cambiado de curso, estaba en el lado opuesto al que había tenido siempre, y ahora sí todo era natural; pasaba al frente mismo de la casa, y los yuyos para los hijos de mis tías quedaban al alcance de la mano. El arroyo pasaba ahora por los lugares que mi abuelo había marcado pacientemente siguiendo el curso del sol con la sombra de las estacas. Nuestra casa se había salvado, pero el río se llevó varias, con todo lo que había adentro, entre ellas la del hombre que rasqueteaba los caballos y que, según dicen, le había dado en otros tiempos muchas serenatas a una de mis tías, que lloraba mucho.

Nosotros lloramos ese día todo lo que había que llorar por los que se había llevado el agua. Vinieron fotografías de ciudades distantes y un avión estuvo dando vueltas por el lugar.

Ahora hace mucho que no llueve, y harían falta algunas crecientes para mejorar ciertos detalles de la casa. A veces miro el río y noto cambios de color o de sonido, pero evito mirarlo mucho, porque no quiero envejecer. Algunos de los hombres de mis

tías consiguieron trabajos buenos y se fueron de aquí con ellas. Hoy están en Buenos Aires, son señoras elegantes y tienen hermosos perros que sacan a pasear por las plazas iluminadas. Muchos de los chicos que tomaban las infusiones que yo hacía con yuyos, se han ido también y trabajan en grandes fábricas, amplias y hermosas, a las que entran y salen como si fueran los propios dueños.

El viejo me dijo varias veces que cuando él se fuera se prolongaría en mí, que seguiría viendo por mis ojos, tal como sucede cuando advierto el cambio de color en el agua. Por eso he resuelto quedarme aquí para esperar el fin. Algunas veces siento deseos de irme de este pueblo, pero advierto que, pese al deseo, el río no ha dado los medios para hacerlo.

Los otros días se me descolgó una arañita del sombrero que heredé del abuelo. La tomé por el hilo y la tiré al río. Después estuve mirando un rato cómo el agua se la llevaba, probablemente hacia las ciudades ricas y llenas de luces.

La Rioja. 1971

A Doña Paludesia, clandestinamente.

—Caléndula...—dijo, abriendo grande los ojos bovinos, redonda la sonrisa.

« ¿ Qué dice ésta ? No puede ser. »

—Caléndula—repetió ella en voz baja, confidencial, tomando la servilleta de papel color amarillo mostaza y acercándola al ramillete del florero.

« Ah, entiendo. ¡ Diablos que está buena !... »

(De las caléndulas : Género de plantas comunes en las tierras calientes, hasta 1500 metros de altura. En algunas regiones la planta turnerácea (Turnera Ulmifolia), que en otros sitios se llama damiana, maríalópez, sanjuán en la costa, margarita de los campos en la sabana, oreja de coyote en la sierra, clavel de oro y amaranto en la hoya.)

—¿ Sabes ?, cuando yo era pequeña, una vez mis padres me llevaron a la selva. Mentiría si te dijera que me acuerdo mucho del viaje y de lo que hicimos. Lo que sí, a la vuelta, tenía un pie, éste, enormemente hinchado...; algún mosquito, algún bicho maligno...

« Tigres, monos, viboras, « la reina de la selva », Espero que la cosa andaré. Ni me quiero acordar de lo que me pasó... »

(Del arbusto cuyo corazón huele a jeníbre y es caliente : Es un arbusto que alcanza y puede doblar el tamaño de un hombre, con hojas parecidas a las del capomel, pero más pequeñas, arrugadas y aromadas ; echa, pues, este arbusto hojas irregulares y como con pelos, dos veces más anchas que las del sauce, y flores amarillas. El corazón del tronco huele a jeníbre y parece ser de naturaleza caliente. Nace junto a las costas del mar austral. No supe su nombre pero sí sus propiedades estimulantes, que son célebres, pues los naturales de la región son reputados por tener mucha descendencia. El efecto tónico parece ser tan eficaz que basta, según se dice, que las personas necesitadas las usen en los bolsillos.)

Hablaba quedo, como contándose la historia a sí misma.—...entonces..., ni médicos, ni pomadas, ni pastillas...; como un sapo mi pie, como el sapo que quería ser buey, ¿ conoces la fábula ? ; es bonita, eh... La negra me quería mucho ; en realidad, era más bien mulata... La negra miraba hacer, callada, con desconfianza, con desprecio hacia las manipulaciones del médico o del enfermero, no sé ; su silencio parecía un reproche... La negra miraba crecer el bulto de mi pie. Me quería. verdaderamente, tenía chochera conmigo. Se callaba y miraba crecer mi pie, volverse escarlata, morado, oscurecerse mi pie, volverse bosta... De golpe dijo : « Basta niña Dami, me toca a mí... »,

y trayendo la tina de agua hirviendo trituró un manajo de caléndulas, que seguramente tenía ya preparadas en la cocina ; las tiró en la palangana, me sacó la venda, limpió como pudo de ungüentos el pie monstruoso y...

La muchacha contrajo instintivamente el pie.

« Esto se está poniendo más largo que rosario de novena. La renguita sabe bien que... »

(Damiana : nombre botánico : Turnera diffusa ; var. aphrodis. Wild. Familia de las turneráceas. Es un arbusto de 30 centímetros a metro y medio de altura, ramoso, con hojas rugosas y aromáticas, aserradas y vellosas ; flores con pétalos amarillos o anaranjados.

Se utilizan las flores, las cuales son muy estimadas admitiéndose que tienen acción favorable en los casos que dependen de la atonía nerviosa. En uso externo, todo el mundo conoce las propiedades emolientes de la damiana o caléndula, cuya decocción se usa en multitud de casos, ya en lavatorios, en fomentos, en cataplasmas para desinflamar una parte del cuerpo ; su acción es inmediata.

Se ha recomendado tomar la infusión de las flores en tisana, en casos de debilidad e impotencia y contra la irritabilidad de la vejiga.)

—...decían por ahí que la negra conocía cosas de brujería, oraciones milagrosas y maldiciones capaces de..., no sé, en todo caso, era buena cocinera, y me quería...

La muchacha trató de esquivarse.

—¿ Qué crees ?, ¿ que soy una putita, una putita cualquiera... ?

« ¡ Carajo !, ahora se me hace la nena. »

(Además, el cocimiento de las flores cura la sarna y las hinchazones de las piernas, mitiga las inflamaciones y quita las llagas de las mismas ; previene los dolores de dientes lavándolos con ellas disueltas en vinagre ; aleja los temores vanos y sin fundamento, y en dosis de seis óbolos y con hidromiel, aprovecha a los que sufren de exinación en el concubito.)

El tono de la protesta carecía de convicción ; apenas si parecía un reproche, o que estuviera pidiendo disculpas. Siguió contando, como si nada. —...fue mágico, te aseguro, no sentí más nada, como si me hubieran lavado el dolor con una esponja suavécita...

« Bueno, ahora parece que estamos llegando. »

La muchacha opuso menos resistencia a las manos invasoras, al calor que la asediaba, con prisa ; apenas si murmuró algunas palabras inentendi-

bles, todavía sobre la curación.

(Es un producto de origen vegetal, de reciente y moderna concepción que resuelve uno de los más importantes problemas de la higiene íntima, y que la cosmetología avanzada no podía ya descuidar. Nuestra línea de productos se enriquece con *calya's intimate spray*, elegante atomizador, concebido y realizado en nuestros laboratorios, con perfume muy personal. Desodoriza y refresca delicadamente la parte exterior de la vagina, suprimiendo toda irritación.

Su empleo habitual da resultados inesperados. *calya's intimate spray* ofrece a las mujeres una sensación de bienestar y de seguridad que proviene de la certidumbre de estar siempre protegidas hasta en la parte más íntima de su cuerpo, al tiempo que envuelve al partenaire delicado en un halo irresistible de seducción.)

Mientras se vestían la muchacha cantaba bajito ; se paseaba por el cuarto, miraba los objetos con sus ojos redondos, como si estuviera descubriéndolos o inventándolos.

« Parece que está contenta, tanto mejor ; bueno, tenía que ser así, qué diablos... »

(Hasta aquí lo relativo al descubrimiento de las propiedades de estos vegetales. Dije al principio que mediaba más de un motivo para que fuera conveniente conocer la relación preinserta, y es llegada la ocasión de emitir razones en que se apoya este juicio. Ante todo, debe notarse que tal descubrimiento ha causado en el mundo ilustrado una general sensación de sorpresa y placer ; sensación justa, tanto por su valor práctico cuanto por las circunstancias que le acompañaron y sobre todo que le siguieron a virtud de la prudente desconfianza...)

La muchacha iba y venía por la habitación, canturreando.

—Caléndula—dijo acercándose al florero.

De repente él se dio cuenta que caminaba normalmente. Se había calzado un zapato y al bajar la vista sobre el pie derecho de la muchacha, vio que tenía el mismo color que la servilleta de papel.

El hombre su puso el saco, metió la mano en el bolsillo y palpó la consistencia suave de la flor.

Rubén Bareiro Saguier.

El día que enterramos las armas

Cuatro años peleando, sí señor; cuatro años echándonos candela con los patones. Si no fuera por los muertos, y por la muerte, que de tiempo en tiempo pasaba rozándonos el ala del sombrero, diría que vivimos la gran fiesta. Acostúmbrense a la idea, decía a mis chusmeros: se van a morir, están muertos, cosa de no extrañarse cuando los tiempen de un balazo. Al principio éramos pocos y andábamos descalzos, mal armados con revólveres y escopetas, escurriéndonos por caminos de duendes, lejos de los trapiches y pasos reales donde estaba la tropa. Guindábamos los chinchorros en los varales de los ranchos abandonados y para no ser delatados por ningún ruido teníamos que descabezar gallos y ahorcar los perros del monte. Después se animó el baile. El gobierno envió más tropa, la tropa llegó quemando ranchos y a la vuelta de un año largo no éramos docenas sino miles. Todo el llano, de Arauca a San Martín, estaba hirviendo de chusmeros. No daban a basto los patones, ni aviones ni bombas les valían.

¡Qué años! Todavía me acuerdo de aquellas madrugadas de la guerrilla, del café cerrero y la brisa soplando en los pajonales cuando se apagaban las últimas estrellas. Me acuerdo de las fogatas, las conversaciones en la noche de chinchorro a chinchorro. Cuando más duro era el acoso, más hermanos, más camaritas nos sentíamos. No sé por qué empezamos a llamarnos así, camaritas. Adiós camarita, qué hubo camarita... con eso nos decíamos todo, ¡qué época! Pensar que tuvimos la revolución a tiro de sogá. Pensar que nos la cambiaran por un cuartelazo, pobre chusma.

Me acuerdo, como si fuera ayer, del día que enterramos las armas. La vispera, en vez de bombas, los aviones militares habían largado sobre el campamento paquetes de diarios y un diluvio de hojas volantes. Los periódicos hablaban del fin de la dictadura, de la paz, de la amnistía, de la entrega pacífica de las guerrillas en todo el llano. Y no era mentira, allí estaban las fotos de Guadalupe, de Aluma, los Galindo y el negro Miguel Suárez al frente de sus columnas de chusmeros bien formadas, entregándole sus armas al Ejército. Paz. Amnistía. Dos palabritas y todos se habían ido de jeta. ¡Y nosotros qué podíamos hacer! Éramos el comando guerrillero que más cerca operaba de la frontera, el más remoto, el último. Por un momento creímos posible continuar la lucha. Pero que va, nos habrían aplastado. Lo vimos claro cuando llegaron los estafetas contando que en los pueblos había ambiente de fiesta, por todos lados

banderas y el himno nacional, y la gente, nuestra gente, cambiando sus armas por bultos de sal y panela; a veces por menos: por un discurso y un ramito de flores que les entregaban las niñas de la escuela. Así que nosotros decidimos acabar la fiesta de otra manera. Decidimos enterrar las armas y dispersarnos para siempre.

Me acuerdo que madrugamos a recoger chinchorros y a guardar trastos. Antes de ensillar las bestias, di orden de tumbar las horquetas de los fogones y echar tierra sobre las cenizas para que no quedaran ni rastros del campamento. Cuando llegó el momento de dispersarnos, llamé a mis hombres. Les veía callados, cerreros. Llevábamos tanto tiempo en el mismo paseo... Muchos habían llegado al llano desde el principio, cuatro años antes, sin más idea que salvar el pellejo, con hambre, miedo, llenos de piojos. Para vivir habían tenido que ponerse inteligentes, señor: el que no, se moría. Habían aprendido a moverse en manada por toda la llanura. Habían aprendido a estar un día aquí y otro allá, a escurrirse por el monte igual que los indios y armar trampas para cazar a los patones como venados. Y ahora les salía yo con el cuento triste, se acabó la fiesta, dejan las armas y vuélvase cada cual por su lado sin más compañía que su caballo y una muda de ropa. Razón tenían de andar retrecheros. Para que no perdieran tan pronto la costumbre, resolví darles de adiós mis últimas órdenes.

—Quítense de encima toda prenda militar—les dije—Nada de cascós, chacós o pañuelitos rojos al cuello. Nada de disfraces.

Poca gracia les hizo que ordenara a Puntería, mi segundo, recoger las armas. Se miraban inquietos. Alguien, hablando por todos, se atrevió a preguntarme qué pensaba hacer con los fierros. Ahí mismo sentí que habían tenido atorada la pregunta, se les salía por los ojos.

—Enterrarlas—les dije.

—¿Dónde?—me preguntaron.

—En sitio seguro. Digamos que es secreto militar.

—Será la guaca de la chusma—dijo Puntería sin dejar de recoger los fusiles para colocarlos sobre un trozo de tela encerada. Pero nadie se rió. Seguían mirándose, cada uno atisbando sus propias dudas en la cara del otro.

—Así es, la guaca de la chusma—les dije—Y no pasará mucho tiempo antes de que los fierros vuelvan a sus manos. Lo de ahora no es sino un respiro.

—Pero el llano es grande, Coronel—me dijo alguno.

—Por grande que sea, no hay tiro en el Arauca que no se escuche en San Martín. Para encontrarlos será pequeño.

Me acuerdo que hubo un silencio, y que mientras ese silencio duró, escuchamos en alguna parte, cerca del río, un clamor de guacharacas.

—Nos vamos—les anuncié para terminar de una vez aquel coloquio—. A la guerrillera, sin despedidas.

Se fueron desgranando del círculo para echarse al hombro las capoteras, de mala gana y despacio, como si les doliera. Y así terminó todo.

Puntería me ayudó a llevar las armas a la orilla del río. Puntería era un chusmero de los buenos: pequeño y taimado como un gato y también con algo de gato en los ojos amarillos, que apenas se le veían bajo el sombrero de fieltro. Era el último, y el único que quedaba vivo, de cuatro hermanos que bajaron de la cordillera al llano cuando la policía llegó al norte de Boyacá arrasando pueblos liberales.

—La verdad es que nadie quiere regresar a los hatos y a los pueblos para tascar otra vez el freno —me decía—Se dispersan pero no saben adónde. Ahora que la guerra había terminado, a Puntería lo atraía la manigua, quería irse al Vichada. Tampoco yo sabía exactamente donde iría a colgar mi chinchorro.

—Quizás me vaya a Venezuela—le dije—Venezuela está ahí mismo, a la otra orilla del río.

El bote estaba listo, con su motor fuera de borda instalado y la proa encallada en el playón. Manolo Sandoval nos estaba aguardando con una caneca, tres palas y un talego de cal. Todo estaba dispuesto para el entierro. Cuando trajimos el resto de las armas, contamos diez fusiles, un F.A. y una ametralladora Thompson, que colocamos en el fondo del bote, envueltos en tela encerada.

Río abajo encontramos un lugar que nos pareció bueno. Podría reconocerlo todavía por el enorme higuierón que se levanta en un promontorio, sobre la hojarasca de la ribera. Frente al higuierón en la orilla opuesta, hay un barranco amarillo. Examiné con cuidado los rastros. Luego, para llegar al pie del árbol, tuvimos que abrir trocha. Puntería, poniéndose en cuclillas, tomó un terrón y lo observó. Nos dijo que era tierra seca y a buen nivel; no había peligro de inundaciones. Manolo se había quedado escuchando el grito de los guacamayos en el monte. «Es un lugar de brujos», dijo.

Cavamos a cinco pasos del higuierón para que el hoyo no estuviera al alcance de sus raíces. Trabaja-

mos por espacio de una hora. Primero limpiamos el terreno con un machete; luego nos pusimos a cavar como sepultureros, hundiendo las palas con el apoyo de las botas porque la tierra parecía endurecida por el verano, hasta cuando el hoyo tuvo una profundidad de metro y medio. Entonces colocamos dentro la caneca, que había sido curada con pendare. Vertimos en ella la cal y en seguida depositamos las armas. Finalmente cerramos la caneca con cuidado y la cubrimos con cuarenta centímetros de tierra bien apisonada.

Cuando terminamos, más de dos palmos de sol habían salido fuera de la sabana. Recuerdo que Manolo, secándose el sudor del pecho con su propia camisa que había guindado de la rama de un árbol, me dijo: «Coronel, es el momento de rezar un Padrenuestro por esta revolución que se le acaba de morir.» Manolo siempre andaba con burlas. Era un niño bien, un hijo de familia, que resultó sumándose a la guerrilla por travesura cuando ocupamos el hato de la vieja Victoria Amaya, su tía. Se había peleado con la novia, creo. Escribí versos... La guerrilla fue para él una gran juerga. Y por seguir la juerga, se fue conmigo a Venezuela.

Navegamos todo el día. Me parece estar viendo todavía los barrancos de la ribera y el resplandor del sol en el agua del río. Era tiempo de verano. Los pastos de la sabana estaban amarillos. A veces cruzábamos falcas que remontaban el Meta con su acostumbrada carga de sal y tambores de gasolina. Los marineros nos saludaban al pasar. Acabé durmiéndome, amodorrado por el ruido del motor. Tuve un sueño raro, recuerdo. Soñé que a mis hombres los había capturado el Ejército, que iban en una falca con los brazos atados a la espalda y que al pasar cerca del bote se quejaban diciéndome: «Coronel, nos dan pocillos de tinto, luego nos rompen los huesos.»

Cuando desperté, las riberas se habían alejado. El sol, del lado de Colombia, estaba rojo; parecía un incendio. Del lado de Venezuela había unos inmensos peñascos encendidos como brasas. La corriente se estrellaba contra ellos levantando olas. Soplaban un viento muy fuerte. Por el olor comprendí que habíamos llegado al Orinoco. Me le confirmó Puntería a gritos, sentado junto a la caña del motor. Manolo, despabilándose, señaló una bandada de loros que volaba hacia la orilla colombiana.

—Despídase de sus paisanos—me dijo.

Al fin divisamos las luces de las plantas eléctricas

de Puerto Paez, en la orilla venezolana, brillando entre rocas y techos de zinc. Era el pueblo más grande que había visto desde que había empezado la guerra. Pensé que por primera vez en mucho tiempo podría tomar un baño caliente, comer tres veces al día. ¡Caramba, y beberme un vaso de agua helada! Cosas así se le ocurren a uno cuando llega del monte después de tanto tiempo.

Atracamos en un banco de arena, a cien metros de las primeras casas.

Puntería no quiso quedarse con nosotros en Venezuela. Nos dejó en el playón y se fue navegando hacia la otra orilla. Todavía veo su camisa blanca y su sombrero de fieltro alejándose en la oscuridad del río. Nunca llegó al Vichada, creo. Lo mataron en una cantina de Villavicencio. De un tiro. Como a Guadalupe y al Negro Suárez. A todos fue cobrándoles el Ejército su cuenta, uno por uno. Es tan fácil quebrar una ramita suelta... Los que se dieron cuenta del engaño y se volvieron al monte, tuvieron que quedarse para siempre con el rótulo de bandoleros. Y con ese rótulo de epítafio, se murieron también. Pero esa es otra historia.

Yo me quedé en Venezuela. Manolo, que no era hombre de exilios, volvió a su casa. Cogió el paso a la muerte de su padre. Hoy es un ganadero rico, gordo, con un hijo estudiando en la Naval: ni sombra del chusmero que fue. Y a mí, bueno... a mí se me fueron los años sin saber a qué horas. Hice de todo, trabajé en Caracas, en Puerto Cabe-

llo, hasta busqué diamantes en Guayana.

A veces, detrás de un mostrador, en una bomba de gasolina o manejando un camión, encuentro a un chusmero de los antiguos, de los míos. Nos bebemos una cerveza conversando de la revolución y brindamos por la otra, por la que ha de venir. Pero ¡que va! Ahora que hay tanto muchacho hablando de Fidel y del Che y con ganas de meterse al monte, comprendo que es tarde para nosotros. Nada que hacer, el tren nos dejó. Está pitando lejos. Vea, el pelo se me ha puesto gris, la barriga me abulta. El mes pasado tuve que comprar lentes para leer el periódico. Y aquí estoy, en este pueblo, vendiendo licores como cualquier bodeguero. Por las noches, cuando hace mucho calor y es difícil dormir en el cuarto, saco un taburete a la calle. Pienso muchas cosas. Caramba, me pregunto a veces, ¿qué pasó con usted Emilio Santos? ¿A qué horas se le fueron los años en tropel?

De la guerra sólo me queda vivo, bien vivo, el recuerdo del día que enterramos las armas. Y lo peor es que las armas están ahí, aguardándonos. Al pie del higuerón. Quisiera encontrar a los muchachos que han sido picados hoy por el mismo avispon que me picó a mí. Quisiera llevarlos allá lejos, al río Meta, donde hace tantos años dejamos enterrada la guaca. Diez fusiles, un F.A., una ametralladora Thompson sirven de mucho para empezar. Quisiera decirles: «*ahí tienen, síganla, muchachos, síganla, que ahora la fiesta es de ustedes*».

Nélida Piñón Oriente Próximo

(Texto en portugués)

Os quatro turquinhos chegaram. Não apreciavam cebola. Como que adivinhando, nada lhes ofertei. Talvez por esta razão me olhassem com serventia. A gratidão dos turquinhos representava um pedaço de terra arada. Eles sempre amaram o solo. Disse-ram uma vez e eu aceitei:

—De onde viemos além das cabras as grandes oliveiras.

Imaginei-os sob as árvores crescidas, buscando sombra, embora a pele queimada. Jamais os conheci separados. Ainda que desconhecesse os motivos de sangue ou língua que os haviam unido. Também pensei bobagem saber, o que me adianta. O português falavam bem. Especialmente o francês. E não por terem vivido em escravidão que o aprenderam. Mais por afinidade o olhar deles dizia. Compravam revistas e liam. Só no final reverenciavam-me:

—A cada dia conhecemos o mundo melhor.

Nem a estas palavras eu assinalava no rosto o destino de querê-los. Temia que considerassem frívola uma reação e cuidava em não feri-los. Eles os amigos mais queridos. Os primeiros turquinhos em minha vida. No início a amizade foi difícil. Um amigo conquista-se sempre com luta. Quatro turquinhos especialmente. Eu disse para que outros testemunhassem:

—Amizade assim eu não preciso. Amigo deve surgir igual planta, a gente sabe que foi difícil crescer, mas a gente não viu. Só colhe e aprecia, leva para casa se quiser, pondo no vaso.

Mas, eles insistiram. Jamais lhes perguntei: por que, meus amigos. Talvez respondessem desde quando somos seu amigos, turquinhos se agregam de forma diferente, não é como pensa, o que você interpreta como amizade é espinho da vida. A primeira manifestação veio sob forma de uma cesta, com queijos e figos frescos. Em tamanha abundância que penei no sacrifício de consumir aquela razão. Metade coloquei na geladeira. E vivendo sôzinha a solução seria convidá-los e outros amigos. Para minha surpresa, vestiam roupas de cerimônia. Temi ofendê-los com minha simplicidade. Afinal eu os convidara para queijos e figos frescos e a modéstia da minha casa. Apresentei-os aos que já se alimentavam e um dos turquinhos disse como se falasse por todos:

—Nossa alegria compara-se à frescura dos figos e a retidão dos queijos brancos.

Por sorte eu prevenira aos amigos sobre o estranho comportamento que adotariam sem aviso. Vinham de terras longínquas, de hábitos peculiares, que

devíamos respeitar, antes de julgá-los engraçados. De modo que, às suas palavras, meus amigos levantaram-se e abraçaram-se efusivos. Nunca eu os vira tão próximos do jardim de Getsemani, o que me obrigou a pensar: sou uma mulher orgulhosa. Dedicamo-nos ao triunfo, naquela noite. Os homens olhando as mulheres como se lhes tributassem a graça de amá-las porque Deus as fizera diferentes deles, e não as amariam menos se Deus as tivesse feito em tudo à sua semelhança de homem. Não se reparou no sexo alheio, isenção que se devia unicamente à presença dos turquinhos. Em geral éramos previdentes.

Meses depois disseram-me que tinham casa a que eu seria convidada brevemente. Enfrentei a situação cuidando para não errar. A eles eu devia cautelas. Suspeita que os lisonjeava, aliás. Compungida, afirmei-lhes, em estado de luto:

—Quando chegar a primavera, irei visitá-los. Os quatro me beijaram e eu consenti. Beijo delicado, pele lisa eles tinham, imaginei o resto do corpo dominando-me. Preparei-me para a visita, logo que insinuassem o convite, particular e raro. Aquela raça eu compreendia. Confiava nas suas dificuldades, atraentes como as imagens deformadas pelo véu. E o que faria com quatro turquinhos simples, cheirando a leite, mas sem o vício da cabra, apreciando o azeite, mas sem a pele da azeitona.

Um dia encontrei-os no jardim público. Como moravam a data nacional da sua aldeia comendo sanduíches como se estivessem no campo. Levantei-me para brindar semelhante festa, mas com um simples gesto o mais velho assegurou-me com uma tristeza que ameaçava nossa amizade:

—Ainda não, só quando formos uma terra livre. Em casa procurei localizar no mapa aquela estranha nostalgia. Em algum ponto daquele roteiro infundável eu precisava encontrar a terra dos turquinhos, a referência indispensável. De que outro modo participaria da tristeza que comemoravam comendo sanduíches no parque, os quatro sempre unidos, senão dizendo-lhes de surpresa, um dia irei visitar sua terra, também lutarei por sua liberdade, ou não basta a minha vida? Mas não dispondo de informações, pensei, não tem importância, seus inimigos não de perecer.

Após aquele encontro, não os vi por muito tempo. Temi uma ofensa inadvertida, este meu jeito de abraçar com força quando devia esticar a mão e cumprimentar. Ainda busquei os caminhos que normalmente transitavam, sem ter a quem apelar. Nunca tivemos amigos comuns. Os participantes

do banquete dos queijos e figos, êles excluíram nos dias subsequentes. E de forma tão delicada que não pude repreendê-los, ou apreciá-los menos. O mais jovem com a minha mão na sua dissera :

—Bendita a mão que seleciona amigos e divide você.

Eles me exigiam exclusiva, compreendi, como era de hábito em sua terra. Mesmo não sendo mulher dêles, devia comportar-me como se o fôsse. Mas não tendo aparecido, imaginei-os desembarcados na pátria, combatendo os inimigos nas montanhas, talvez morrendo pela liberdade exaltada naquele dia em que os encontrei supostamente apaixonados, embora a melancolia que se notava após prolongada apuração. E quando comecei a ler jornais reverenciando os guerreiros sacrificados, êles me apareceram de luto, todos os quatro. Sem dizer palavra sentaram-se nos lugares que sempre selecionaram. Nunca se enganaram de cadeira, eu os observava com o intuito de classificar aquela segurança. As vezes, trocava os assentos para que se confundissem. Ainda assim, eram fiéis. Cumpriam minha vontade, porque sempre desejei que acertassem, a tal ponto atraíam-me aqueles turquinhos de uma aldeia escrava. Lamentei a ausência prolongada, a razão de não procurá-los êles conheciam bem, e aguardei que me liberassem para o consôlo, quando eu lhes diria que também eu seguira em prantos um corpo amado. Mantivemo-nos em silêncio até que me entregaram uma tarjeta e despediram-se. Nem um nome ou outra palavra que não fôsse um enderêço que supus da casa em que moravam. O que me fêz compreender de repente, como se a claridade, que aquela raça sempre apreciou a ponto de perder-se em investigações que buscavam o firmamento, tivesse afinal me iluminado — que chegara a hora da visita.

Uma vila com casas de côres diversas. A dêles ocupava o final do corredor. As janelas de azul. Beijaram-me nos olhos bendizendo a visão que os apreciaria em sua morada. A saliva delicada de cada criatura no rosto, com esta matéria analisei a casa abrindo-se para me receber. Eu aprendia a paixão da hospitalidade, com aquêles turquinhos, e um sentimento atravessando fronteiras, em que eu confiava. Os irmãos das terras escravas valorizam mais do que nós as suas possessões, daí sua dádiva e altivez. Comemos o repasto que êles decidiram e muitas vezes desejei indagar se algum daqueles alimentos provinha da terra natal. Evitei a pergunta, para que não pensassem que me desagradara a seleção dos pratos, ou reclamava o

alimento estrangeiro, ou talvez exigisse muito mais, não me bastara a abundância. Também eu aprendia a circular em labirintos, como êles gostavam e eram felizes. A única escuridão da vida a terra subjugada. Fui sem querer fechando os olhos, incapaz de dizer-lhes que devia deixar a casa. Minha partida causando alegria e tristeza alternadas, enfim como analisar o sentimento dos meus turquinhos ?

Sem consultar ninguém, agia como os outros agiriam se lhes coubesse a tarefa que aquêles propôs a realizar, um dêles levantou-se e disse :

—Certas flôres sofrem a noite mais do que as outras.

Puseram-me na cama do quarto maior. Em tôrno zelaram meu sono, os quatro turquinhos, o que só descobri na manhã seguinte, com o café na mesa. Sem agradecer tanto zêlo. Eles sorriam e eu apreciei o café.

—Acaso eu ronco ? foi a única liberdade de tôda a visita. Abraçando-me disseram, o primeiro seguido pelos outros :

—O que os amigos fazem, nunca chegamos a descobrir.

Eu ardia em decifrar os laços que os uniam. Ou as designações que traziam de batismo. Mas talvez por não se divulgarem sobrenomes em suas terras como entre nós, nunca soube apresentá-los formalmente, ou subscrever seus nomes em carta. Terminei chamando-os em conjunto os quatro turquinhos. Como ficaram conhecidos em nossa cidade. Eles sorriam ante a pausa que eu fazia na expectativa de revelarem o que afinal faltava. Só mais tarde surpreendi o mais velho no mercado. Lidando com frutas com a intensidade que um pagão sabe esgotar. Não era particularmente seu caso : rezava e no rôsto às vezes uma nitidez de penitência. Pensei resoluto : hoje preciso conhecê-los. Ele disse :

—Eu já não podia viver sem você.

Falou sério e a contribuição da amizade me enalteceu. Enquanto eu olhava, êle indicando as frutas :

—Cuido de tôdas, cada qual de uma raça trazendo orgulho na casca. As vezes, apodrecem em horas. Já pensou o que é lidar com coisa tão delicada ? Descascou a laranja dividindo os gomos entre nós dois :

—Agora estamos unidos para sempre.

Parecia casamento oriental. Bebia-se o vinho, a taça quebrava-se em seguida. Ele, porém, unia particular. Os outros chegaram e o imitaram. Senti-me unida a todos, pelo casamento, como êles

confiavam nas relações. Passeamos pela praia, arriscamos urgentes a vida e nos queríamos. Naquela noite sem remorsos eu podia dizer : não é segurança que eu buscava ?

Por algum tempo esqueci de vê-los. Mas como a laranja nos unira, não tínhamos pressa de renovar a estima. Semanas depois, comecei a temer, e não ousava vê-los em casa, a hospitalidade daquela visita não podia ser explorada continuamente. O mercado pareceu-me o lugar para o nosso encontro. Pus o vestido de laise, branco e impecável, e nem verão era ainda. Eu confiava nos cabelos negros, nos olhos escuros daquela gente. Que me julgaria, de mais ninguém eu precisava. Surpreendi-me com a loja fechada, o povo abastecendo-se. Percorri o mercado querendo saber sôzinha, não desejando inquirir os vizinhos sobre os acontecimentos. Na manhã seguinte também, e já não suportava o vestido de laise. E durante dias prestei-lhes a mesma homenagem. Sentia-me lidando com mortos, e não morreram acaso sempre que não me viam ?

A visita do homem de prêto não me assustou como eu pensava. Disse-lhe :—O que deseje. Ele respondeu :—Também sou da mesma raça. Entre tantas

raças do mundo imaginei a qual delas precisamente referia-se. Como que adivinhando, êle explicou :

—Agora que já sabe, aqui está a carta que a senhora esperava.

Embora o espetáculo fluísse livre, ainda quis rebelar-me rejeitando a mensagem, afastando a certeza da visita do homem. Obrigada então, respondi-lhe. Ele falou :

—Acaso preciso ficar para que a leiamos juntos ? Não sabia se apreciava a rudeza do que dizia, ou a estranha doçura que súbitamente invadiu seu rosto, os avisos do mundo estampados na sua pele que eu adivinhei igual à dos meus amigos. Dentro do ritual que afinal eu assimilei, tomei dois copos e bebemos a água fresca de um só golpe. Ele julgou-se pronto para partir, antes sério beijou meu rosto dizendo e eu consenti também : —Há muito eu não me comovia vendo um navio partir !

A dor ficou funda no meu rosto suponho agora que êle se foi. Quis ainda socorrer-me. Ele que mergulhou a adaga no peito. Guardei a carta na gaveta sem lê-la. Até hoje ainda ali encontra-se. Conheço suas palavras. Um dia a lerei sem chôros.

Poesía

Antología peruana :

3 + 3

Martín Adán

Aloysius Acker (fragmento)

Quarta Ripresa

Emilio Adolfo Wesphalen

He dejado

Te he seguido

Jorge Eduardo Eielson

Primera muerte de María

Nocturno terrenal

Antonio Cisneros

El arco iris

Poema sobre Jonás y

los desalienados

La araña cuelga demasiado

lejos de la tierra,

Mirko Lauer

Sextina ayacuchana

Rodolfo Hinostroza

Contra natura

3 + 3

Esta antología, como era de esperarse, es absolutamente arbitraria. Por otra parte, excluye desconsideradamente a numerosos poetas representativos y a algunos inevitables. Se refiere únicamente a dos momentos de la poesía peruana : la década del 40 y la década del 60, es decir, antes y después del pasaje de la desafortunada ola de social-realismo que anegó el continente. Y naturalmente se apoya en una elección puramente hedonista de los poemas y los poetas, de los que no he tenido el mal gusto de excluírme.

Los tres primeros poetas considerados han ejercido, paradójicamente, una influencia más secreta, aunque menos negativa que Vallejo—no es que Vallejo no fuera Vallejo, sino que sus seguidores eran sus seguidores—; los tres siguientes poetas

lo confirman, aunque la relación entre estos dos grupos no parezca demasiado evidente.

Constatamos, con un vago estupor, que una buena parte de la joven poesía se ha saltado la influencia de toda una generación, para buscar su filiación en una generación precedente, casi olvidada. Pese a todas las diferencias de estilo, tema, etc., el rigor formal, el cosmopolitismo de esta poesía, la aleja de la desaforada, penosa, estética stalinista.

De cualquier modo, hay algunas exclusiones que lamento, provocadas por falta de espacio, textos inhallables, manía simétrica.

Rodolfo Hinostroza.

Aloysius Acker (fragmento)

¡ Muerto !...
En cuanto miro, no veo
Sino tu nariz de hielo.

¡ Qué estado perfecto !...
¡ Como si Dios creara de cierto !...
¡ El no nacido, el no engendrado, muerto !

Flores, lágrimas, candelas,
Pensamientos,
Todo demás, todo demás ;
Como al deseo...

En mi ardida sombra de adentro,
Real como Dios, por modo infinito
Y sensible, yaces, muerto :
Yazgo, muerto.

Y por ti no llora el perro ;
Y por ti no aúlla la madre ;
Y por ti calla y no se enjuga el sepulturero.
Y ninguno es más sordo,
Y ninguno es más ciego,
Y ninguno es más ninguno, más yo mismo, sin tú alguno,
Que tú, el hallado, el rehallado,
El perdido, yo o tú, si no es el tiempo,
Y siempre, y siempre, y nunca
El tú que soy y que es el sino,
El hermano mayor, el hermano pequeño...

Y he de ser el vivo,
El Muerto.
Cómo seré vivo,
¡ Tú muerto !...

El que compra la casa,
La que vende su cuerpo,
El, ella, es el otro,
Ninguno sin mí, el quedado
O el ido en la redor del ciego...

Pero ya cavaré—para qué...—la fosa en lo más hondo
De mí, en lo más tierno,
En lo más ciego,
Adonde no baje mi aliento,
Adonde la voz no haga eco,
Adonde sólo yo
Baje, muerto.

Dios seguirá ganándome de lejos,
Con ardid y con ceño
De humano, como que es ; y el acontecimiento
Seguirá con dolor ; y de misterio ;
Y nacerá el hijo ;
Y nacerá el nieto ;
Y la mosca zumbará en el verano ;
Y la lluvia mojará en el invierno.
Me sobresaltaré en mi lecho.
Corregiré y publicaré mi verso.
Lavaré mi cuerpo.
Iré el domingo a la playa del mar,
A mirar la ola y el bufeo.
Escribiré en papel del Estado
Lustros : « Conste por el presente documento... »
La rosa abrirá. Matarán el cristo.
Mas en la casa del muerto,
¡ Ay !, en la casa del muerto,
Allí donde vive el muerto,
Allí donde no es ninguno y soy el muerto
Y es el vivo y el solo y el triste y el eterno,
Allí sólo ocurren
La penumbra y el presentimiento
De Dios y de su día,
Sin noche y sin objeto.

Quarta Ripresa

—La que nace, es la rosa inesperada ;
La que muere, es la rosa consentida ;
Sólo al no parecer pasa la vida,
Porque viento letal es la mirada.

—¡ Cuánta segura rosa no es en nada !...
¡ Si no es sino la rosa presentida !...
Si Dios sopla a la rosa y a la vida
Por el ojo del ciego... ¡ rosa amada !...

—Triste y tierna, la rosa verdadera
Es el triste y el tierno sin figura,
Ninguna imagen a la luz primera.

—Deseándola deshójase el deseo...
Y quien la viere olvida, y ella dura...
¡ Ay, que es así la Rosa, y no la veo !...

He dejado

HE DEJADO descansar tristemente mi cabeza
 En esta sombra que cae del ruido de tus pasos
 Vuelta a la otra margen
 Grandiosa como la noche para negarte
 He dejado mis albas y los árboles arraigados en mi garganta
 He dejado hasta la estrella que corría entre mis huesos
 He abandonado mi cuerpo
 Como el naufragio abandona las barcas
 O como la memoria al bajar las mareas
 Algunos ojos extraños sobre las playas
 He abandonado mi cuerpo
 Como un guante para dejar la mano libre
 Si hay que estrechar la gozoza pulpa de una estrella
 No me oyes más leve que las hojas
 Porque me he librado de todas las ramas
 Y ni el aire me encadena
 Ni las aguas pueden contra mi sino
 No me oyes venir más fuerte que la noche
 Y las puertas que no resisten a mi soplo
 Y las ciudades que callan para que no las aperciba
 Y el bosque que se abre como una mañana
 Que quiere estrechar el mundo entre sus brazos
 Bella ave que has de caer en el paraíso
 Ya los telones han caído sobre tu huida
 Ya mis brazos han cerrado las murallas
 Y las ramas inclinado para impedirte el paso
 Corza frágil teme la tierra
 Teme el ruido de tus pasos sobre mi pecho
 Ya los cercos están enlazados
 Ya tu frente ha de caer bajo el peso de mi ansia.
 Ya tus ojos han de cerrarse sobre los míos
 Y tu dulzura brotarte como cuernos nuevos
 Y tu bondad extenderse como la sombra que me rodea
 Mi cabeza he dejado rodar
 Mi corazón he dejado caer
 Ya nada me queda para estar más seguro de alcanzarte
 Porque llevas prisa y tiemblas como la noche
 La otra margen acaso no he de alcanzar
 Ya que no tengo manos que se cojan
 De lo que está acordado para el perecimiento
 Ni pies que pesen sobre tanto olvido
 De huesos muertos y flores muertas
 La otra margen acaso no he de alcanzar
 Si ya hemos leído la última hoja
 Y la música ha empezado a trenzar la luz en que has de caer
 Y los ríos te cierran el camino
 Y las flores te llaman con mi voz
 Rosa grande ya es hora de detenerte

El estío suena como un deshielo por los corazones
 Y las alboradas tiemblan como los árboles al despertarse
 Las salidas están guardadas
 Rosa grande ¿no has de caer ?

Te he seguido

TE HE SEGUIDO como nos persiguen los días
 Con la seguridad de irlos dejando en el camino
 De algún día repartir sus ramas
 Por una mañana soleada de poros abiertos
 Columpiándose de cuerpo a cuerpo
 Te he seguido como a veces perdemos los pies
 Para que una nueva aurora encienda nuestros labios
 Y ya nada puede negarse
 Y ya todo sea un mundo pequeño rodando las escalinatas
 Y ya todo sea una flor doblándose sobre la sangre
 Y los remos hundiéndose más en las auras
 Para detener el día y no dejarle pasar
 Te he seguido como se olvidan los años
 Cuando la orilla cambia de parecer a cada golpe de viento
 Y el mar sube más alto que el horizonte
 Para no dejarme pasar
 Te he seguido escondiéndome tras los bosques y las ciudades
 Llevando el corazón secreto y el talismán seguro
 Marchando sobre cada noche con renacidas ramas
 Ofreciéndome a cada ráfaga como la flor se tiende en la onda
 O las cabelleras ablandan sus mareas
 Perdiendo mis pestañas en el sigilo de las alboradas
 Al levantarse los vientos y doblegar los árboles y las torres
 Cayéndome de rumor en rumor
 Como el día soporta nuestros pasos
 Para después levantarme con el báculo del pastor
 Y seguir las riadas que separan siempre
 La vid que ya va a caer sobre nuestros hombros
 Y la llevan cual un junco arrastrado por la corriente
 Te he seguido por una sucesión de ocasos
 Puestos en el muestrario de las tiendas
 Te he seguido ablandándome de muerte
 Para que no oyeras mis pasos
 Te he seguido borrándome la mirada
 Y callándome como el río al acercarse al abrazo
 O la luna poniendo sus pies donde no hay respuesta
 Y me he callado como si las palabras no me fueran a llenar la vida
 Y ya no me quedara más que ofrecerte
 Me he callado porque el silencio pone más cerca los labios
 Porque sólo el silencio sabe darse a la muerte sin reservas
 Y así te sigo porque sé que más allá no has de pasar
 Y en la esfera enrarecida caen los cuerpos por igual
 Porque en mí la misma fe has de encontrar

Que hace a la noche seguir sin descanso al día
 Ya que alguna vez le ha de coger y no le dejará de los dientes
 Ya que alguna vez le ha de estrechar
 Como la muerte estrecha a la vida
 Te sigo como los fantasmas dejan de serlo
 Con el descanso de verte torre de arena
 Sensible al menor soplo u oscilación de los planetas
 Pero siempre de pie y nunca más lejos
 Que al otro lado de la mano

Jorge Eduardo Eielson (1921)

Primera muerte de María

A pesar de sus cabellos opacos, de su misteriosa delgadez,
 de su tristeza áurea y definitiva como la mía,
 yo adoraba a mi esposa,
 alta y silenciosa como una columna de humo.

Cuando la conocí, María vivía en un barrio pobre, cubierto de deslumbrantes y altísimos planetas, atravesada de silbidos, de extrañas pestilencias y de perros hambrientos. Humedecido por las lágrimas de María, todo el barrio se hundía irremediablemente en un rocío incontenible.

María besaba los muros de las callejuelas y toda la ciudad temblaba de un violento amor a Dios.

María era fea ; su saliva, sagrada.

Las gentes, sin confesarlo, esperaban ansiosas el día en que María, provista de dos alas blancas o montada en un animal divino, abandonara la tierra sonriendo por primera vez a los transeúntes.

Pero los zapatos rotos de María, como dos clavos milenarios, continuaban fijos a la tierra.

Durante la espera, la muchedumbre impaciente escupía la casa, la pobreza y la melancolía de María.

Una noche María fue embestida por un ciego, como por un árbol lleno de flores, María tomó una flor y de su perfume vivió varios años.

Con tal perfume, una botella de leche y un perro macilento—Isaías—María alimentaba su corazón y su cuerpo y vivía apartada en una cabaña de madera.

Hasta que aparecí yo como un caballo sediento y me apoderé de sus senos. La virgen espantada derramó su leche y un río de perlas sucedió a su tristeza.

Perseguida por mil velos pálidos, como un nupcial cometa, su rostro inocente aparecía y desaparecía entre un bosquecillo de naranjos en flor.

Sin que ella lo supiera, durante un minuto fulgurante, la virgen acababa de estrenar su incorruptible, mortal belleza : María se convirtió en mi esposa.

Pero su felicidad duró tan poco como su belleza.

Todas las noches yo rompía una botella de leche en mi habitación mientras María lloraba su inocencia perdida.

Poco a poco conseguí alejar de su memoria el inefable perfume del ciego y asesiné a Isaías de un golpe en el estómago.

Unos días más tarde, María caía a tierra envuelta en una llamarada :

Esposo mío—me dijo—un hijo de tu cuerpo devora mi cuerpo. Te ruego, señor mío : devuélveme mi perfume, mi botella de leche, mi perro miserable.

¡ Pobre esposa mía, su cuerpo sediento se debatía entre la llamas, asfixiado por el peso viviente de mi amor !

El instante de belleza perduraba en ella convertido en sangre, en tejidos, en una carne viva y dolorosa como la mía y como la suya.

Yo le acerqué su botella de leche y le hice beber unos cuantos sorbos redentores. Abrí las ventanas y le devolví su perfume adorado. Casi simultáneamente Isaías saltó a sus brazos, hambriento como siempre, moviéndole la cola, oliendo como la infancia, como la soledad, como la virgen que sólo él había venerado.

Luego una criatura de mirada purísima abrió sus ojos ante mí, mientras María cerraba los suyos, cegados por un planeta de oro : la felicidad.

Yo abracé a mi hijo llorando y caí de rodillas ante el cuerpo santo de mi esposa : devorado por un fuego imposible, apenas quedaba de él un hato de cabellos negros, una mirada, una mano fría sobre la cabeza caliente de mi hijo. María, María—grité—nada de esto es verdad, regresa a tu barrio pobre, a tu melancolía, vuelve a tu cabaña, amor mío, a tus callejuelas oscuras, a tu incomprensible llanto de todos los días !

Pero María no respondía. Isaías temblaba solitario en una esquina, como en el extremo de un cono de luz divina.

Toda la ciudad, en el otro extremo, me reclamaba a mi hijo, repentinamente henchida de amor a María.

Yo confié mi hijo al abrigo y la protección de algunos bueyes, cuyo aliento cálido me recordaba el cuerpo tibio y la impenetrable pureza de María.

Nocturno terrenal

*« Te he buscado, Tesoro,
he cavado en las noches profundas. »*
Rainer María Rilke.

Amo cierta sombra y cierta luz que muy juntas, creo yo, azulan las casas profundas de los muertos, amo la llama y el cabo de la sangre, porque juntas son el mundo y hacen de mí un muro que separa la noche del día.

He visto los rojos campos labrados por el cielo azul, la antigua naturaleza desflecada y húmeda de vino, de rocío, mortalmente hecha con racimos de amor, tal un lecho donde ardiera lo deseado, pero debajo de todo, siempre despierta, un agua pura pensando por nosotros contra un árbol de dolor.

Y las cosas cuya última luciérnaga ha volado con nuestro último sueño, que tienen todavía, como un templo majestuoso, el gran consuelo de su polvo donde nada ni nadie ha osado penetrar sino los muertos.

Amo todavía aquello que habla lejos, como los astros de terciopelo, al oído del viento, aún las rosas y la luz y todo lo que igual a una plaga, inextinguible pero real transcurre entre los hombres y agita su plumaje.

CeDInCI

El arco iris

«Y cuelga en el Atlántico del Norte, alto y brillante sobre el revuelto mar.
Alianza concertada a no más de 100 millas, viejo diluvio que nuestra nave ignora.
Delfines y peces voladores y pájaros de algún pelado islote en las oscuras aguas.»
¿Qué mas he de escribir?

Son las 5 y 40, puedo probarles mi amor por el AI :
Cuando estaba en el baño vi los siete colores—más o menos— desde un ojo de buey,

y a pesar del gran frío corrí hasta la baranda.

«Alto y hermoso AI, sólido como estas aguas—más negras y revueltas que el pellejo de un oso.»

Y después, en el puente del timonel, miré su largo cuerpo durante media hora.
El frío me pesaba en las orejas.

Qué oferta tan amable :

Un mar de lodo hirviendo, la historia de una alianza entre Yavé y los hombres,
y un Arco de primera calidad.

Mas ya todo está escrito.

El AI conmueve,
el AI entusiasma,
el AI se parece a la amada de frente o de perfil,
el AI nos guarece de las lluvias,
el AI anuncia el Arca de la Alianza
el Armisticio en Viena
la Pipa de la Paz,

muchos vieron su vida en el AI,
el AI hace los días fastos y las noches propicias.

Sólo Buncken

—un holandés del siglo XVII—vió bajar del AI a los fieros arcángeles del Juicio.
Nada puede turbarme.

«Dulce curva el AI entre el
oscuro techo y este mar de petróleo.»

Luz en el Atlántico del Norte a las 5 y 40.

Buena cosa el A.I. Después de todo,
Buncken Hant sólo era un holandés casi ignorado.

Poema sobre Jonás y los desalienados

Si los hombres viven en la barriga de una ballena
sólo pueden sentir frío y hablar
de las manadas periódicas de peces y de murallas
oscuras como una boca abierta y de manadas
periódicas de peces y de murallas
oscuras como una boca abierta y sentir mucho frío.
Pero si los hombres no quieren hablar siempre de lo mismo
tratarán de construir un periscopio para saber
cómo se desordenan las islas y el mar

v las demás ballenas—si es que existe todo eso.
Y el aparato ha de fabricarse con las cosas
que tenemos a la mano y entonces se producen
las molestias, por ejemplo
si a nuestra casa le arrancamos una costilla
perderemos para siempre su amistad
y si el hígado o las barbas es capaz de matarnos.
Y estoy por creer que vivo en la barriga de alguna ballena
con mi mujer y Diego y todos mis abuelos.

La araña cuelga demasiado lejos de la tierra

La araña cuelga demasiado lejos de la tierra,
tiene ocho patas peludas y rápidas como las mías
y tiene mal humor y puede ser grosera como yo
y tiene un sexo y una hembra—o macho, es difícil
saberlo en las arañas—y dos o tres amigos,
desde hace algunos años
almuerza todo lo que se enreda en su tela
y su apetito es casi como el mío, aunque yo pelo
los animales antes de morderlos y soy desordenado,
la araña cuelga demasiado lejos de la tierra
y ha de morir en su redonda casa de saliva,
y yo cuelgo demasiado lejos de la tierra
y eso me preocupa : quisiera caminar alegremente
unos cuantos kilómetros sobre los gordos pastos
antes de que me entierren,

y esa será mi habilidad.

In caelum et in infernum canis : sextina ayacuchana

Tiempo duro cincel

Tallando su forma entre las lajas :

Un mercader o un soldado son las piedras,

Y los años se anidan en los arcos

Como el ángel se atasca entre las torres

Y el demonio se posa entre las casas.

He despertado,

y todos los perros—mansos y bravos—una larga noche

mordieron y pelearon bajo mi ventana ;

y he sido amenazado con viajes a países lejanos

más allá del regreso y aún más allá

del lugar somnoliento donde aún volvemos la cabeza

he sido cruelmente despertado, he sido herido malamente con palabras

y aun en la vigilia no he podido saberlo :

¿ Era sueño esa pelea, eran de mis sueños

el pulso inquietante de la distancia,

la voz de la incertidumbre, el ángel de la neurosis y la desesperación ?

¿ O aquella gresca era un lío entre los hombres

y yo he perdido medio brazo en el campo de batalla ?

He despertado

y visto rugosos y tensos a los ángeles y a los demonios,

de par en par abiertos cielo y purgatorio,

infierno de par en par con treintaitrés iglesias

limpias y deshabitadas.

Y solitariamente me he acercado a la ventana, medido mis opciones al milagro

pero sólo hay la centella naranja en que vivimos menos de cien años,

los tiernos demonios de la sangre.

(Han bebido demasiado

un vino muerte-en-vida Isolé cosecha 1541,

y han salido a carajearse a las calles con su gorro de felpa,

han perdido las riendas

mientras el sacerdocio está quieto

escuchando el mensaje y tejiendo una manta para las alimañas :

hay un alacrán sobre la piedra, una sirena en el muro,

un santo-en-hornacina :

San Sebastián, San Carlos o San Ignacio de Loyola

y un torbellino de polvo asfixiante sobre la Plaza de Armas).

Tiempos duros, casas

Hechas con golpe, látigo y cincel

Desde el feroz tatuaje de las torres

Sobre el poroso blanco de las lajas

Hasta las dulces curvas de los arcos.

Ya ya ni paz ni calma ni silencio,

Ni descansan son las piedras.

He soñado con una limpia escalera de piedra,

con los molles de Huanta y aún más atrás

el río Mantaro tiene la vida larga y fría como una espada de hielo,

y aún más atrás

había un carnero de tres desordenados cuernos subiendo y bajando

la limpia escalera de piedra ;

yo he visto a los muertos que me hablan y agitan la noche con su griterío

« Hemos construido muros, afilado esferas,

sacado punta a los muros, colgado las esferas,

tomado las piedras y una sobre otra con la clara de unos huevos

pero el mar estaba a muchos días de camino,

y tuvimos que emigrar con el tiempo

o morirnos con él

entre muros oblicuos y grandes esferas de piedra. »

Y yo estoy despierto y he visto a unos perros matarse bajo mi ventana,

he tenido miedo y no he encontrado en mi fuerza el cerrado misterio de la calma,

he cerrado los ojos ;

pero he de saber ciertamente si es sueño, si es imaginación,

o si en efecto algo se ha perdido entre los truhanes de la villa.

Tiempos duros, piedras

Grabadas yacen entre las grandes casas

Mientras el diablo ondula entre los arcos

Como una sierpe. Y a cincel

Han sido aradas estas negras lajas.

Y un cuerno suena entre las altas torres.

y he sido amenazado

no sé si entre sueños o vivo

o si en esta casona bermeja que dice que no regresaré.

Pero he logrado acercarme a la ventana,

y he visto una mañana nueva y una calle desierta

con viento almacenado entre los muros, y en un jardín,

oculto,

junto a un querubín montado sobre un cisne sin cabeza,

he creído ver a alguien enamorando a un acólito, he creído ver,

he creído ver...

Y entonces ábranse, dije,

de par en par las puertas del averno,

en vano es volar tan alto entre los hilos de la noche,

en paz con el demonio hay dulce trigo flotando verde bajo los olivos,

y quiero ver ese fuego,

esa rama de molle incendiando la tarde con sus pepitas rojas,

Pues vano es volar entre las negras torres :

La muerte puede más entre las piedras,

El tiempo es la viruela de las lajas,

¡ Ah ! perder el tiempo entre las nobles casas,

Dejar la vida quieta, y a purísimo cincel

Soltar la mano entre los grandes arcos.

Para luego despertar y tener que secarme la risa de los ojos

(dicen que el sueño de un loco es alegre y festivo como los bailes de Marzo),

oír una historia macabra sobre las afueras

(unos curtidores malignos

y 18 000 perros sueltos cavando una tumba entre sus huesos).

Y el diablo vive entre los muchos arcos :

Los mercaderes han construido torres,

Los artistas dejado su cincel

*Junto a sus obras ; y las muchas piedras
Serán por siempre adorno de las casas :
El diablo mora entre las bellas lajas.*

He soñado

con terribles noticias sobre barcos hundidos y extrañas correrías
de hombres sin patria que murieron como perros entre las montañas,
y el frío nocturno trajo unos cantos
monótonos avanzando como el viento entre los pastizales ;
y no hubo lluvia por tres años.
y las cruces se doblaban hacia el suelo sobre las colinas
y yo estaba presente,
pero silencioso y parado frente a una ventana
con perros abajo saltando y mordiéndose los rostros y los corazones. ¡ Ay !
todo ha sido soñado y todo ha sido visto : las plazas
perfectamente irregulares,
las tejas unas sobre otras montadas como tortugas enmohecidas,
con pan de oro y granito
(no hay fantasmas no gloriosos vestigios de martirio,
aquello que se siente ululando es el peso de la historia
cargando contra un templo de piedra reblandecida por el moho).
*Y ángel con diablo lustran estas lajas,
Nobles querubines de flexionados arcos,
El incubo y el súcubo en las casas,
Demonios lanzallamas en las torres,
Un virrey invertido entre las piedras,
Y a cincel*

SERA DESHECHO ESTE ANTIGUO REINO

Y tengo que saber,
¿ Han ladrado en la noche cien perros buscándose la muerte ?
¿ Se acerca la violencia o la violencia ha sido ?
tengo que saber,
para mandar las cenizas de Enero volando hacia las puertas del infierno
y pedir mis disculpas,
o tímidamente acercarme a los míos y decirles al oído :
los perros han ladrado, la realidad y el sueño están por empezar.

Contra Natura

Leggierissima

toda ojos entraste a mi tienda
cubierta de flores/oh animal olfativo/
así el color que atrae a las pequeñas bestias
así casco de pavorreal
y recordé : deseo cinético
stasis en la contemplación de un cuerpo
milenaria repetición así la mariposa y el coleóptero
& en tu sexo/el mar/thrimetilamina
& en tu pecho jugaban cervatillos de colores
ojos de pez : te vi y lo supe
un coup de cheveux y ruedo por tierra
& antes había entrado en ti y ví : un universo líquido
mareas dentro tuyo
nuestros cuerpos imitando el movimiento del mar
El Pez y la Luna
arriba un cielo podrido jusqu'au bout
pero las estrellas

hombre errante

Adieu
governalle/ancla/astrolabio
& más allá aún atrás in the no man's land del orgasmo
el pez sueña

así :

amiboide forma líquida indiferenciada
atracción implacable

in suo esse perseverare conatur

Spinoza dixit

no sexo no el olor metálico del celo

but

amor abominable odio hermoso

¡ Nada, gameto mío ! Remonta el río líquido

hasta el origen

La calcárida y la salamandra

: para que yo abra mi tienda

y un oleaje de muslos rescate toda una vida perdida.

II

& te enviaron a mi tienda

& yo era un pastor de cabras

podrido por la violencia igualmente

ánima sola

& miraba las estrellas en silencio/entorpecido

y así te vi venir :

no hembra que mata al macho no la que cría perros

no l'heritage de la araña no la disputa nonsense de la presa
pero

complicidad de sangre
así jugabas tocándote tu cuerpo

ojos oscuros/aromas de milenios : mirra y sodomía/
cunilingum así

pude decir : soy el más solo de los animales

un coup de cheveux y ruedo por tierra. but

III

& todo pudo ser distinto en la naturaleza
comedores de hierbas y raíces

tuvimos que imitar a los grandes carnívoros :
tu cuerpo es una presa/el cazador será jefe del C.I.A. y de la O.T.A.N.
anamorfosis no metamorfosis

Vegetarianos & Salvation Army & Hippies
no detendrán las guerras

la tarea es reparar lo ocurrido en milenios
hija de Betulia : plegaria

mis cabellos son largos como los tuyos
la paz y la belleza de este mundo se han extendido sobre mí
nuestros cuerpos

ánima sola sucesivos intemporales hommages al alba de la vida

& vi el hacha en tu túnica
pero quise rescatar en una noche/thalassa oh thalassa/
toda una vida perdida.

Notas

Artes plásticas

Marta Traba

Las aventuras de la soledad

Carlos Franqui

Calder : la libertad

Libros

Renga

Julia

El obsceno pájaro de la noche

La rueda de fuego

Condenados de condado

Cazabandidos

Fundadores de la nueva

poesía latinoamericana

Contra natura

Cine

Voto + fusil

La creación artística es un proceso donde quedan involucrados el artista, el espectador y la sociedad; y sólo en la medida en que sea realizada verídica y hondamente, podrá atender con eficacia esas tres exigencias; rendir cuenta de la personalidad del artista, transmitir al público algo dotado de sentido y expresar a través de ello las aspiraciones de una comunidad.

Por eso, al hacer la escogencia de artistas plásticos que representen el actual trabajo artístico en Colombia (1), solo he pensado en aquellos que, a través de una tarea ya profesional, han podido comunicar sus ideas y visiones del mundo que los rodea, con relativa seguridad. Numerosos artistas jóvenes que no han afinado todavía una forma individual de lenguaje, han quedado por fuera de la selección, como también quienes, pese a todo su empeño, no han conseguido trasponer el nivel artesanal aunque alimenten regularmente el consumo interno de arte en Colombia. Por tratarse de una exhibición para el exterior, no se incluyeron algunos nombres de extranjeros tan valiosos como Wiedemann, por ejemplo, pintor alemán que, aunque enseñó a ver el arte expresionista y el abstracto a varias generaciones colombianas, permaneció entre ellas sin influenciarlas. Ya se está viendo, por consiguiente, que la selección no es la lista telefónica de la unión de escritores y artistas, ni un panorama general, ni un recuento por generaciones; es una escogencia que busca dar una medida cierta y coherente de las intenciones y la capacidad expresiva colombiana en artes plásticas.

Esa medida no estará dada ni por falsas exaltaciones ni por gustos de modestia igualmente convencionales. Desde ya la ubico, además, en lo cualitativo y no en lo cuantitativo, pese a ser Colombia uno de los países del continente más prolíficos en artistas plásticos. El primer indicio para definir esa medida debe ser, a mi juicio, el rechazo sistemático por parte de los artistas colombianos situados entre veinte y cincuenta años, de lo que se ha dado en llamar el *arte de vanguardia*. De facto, Colombia ha usado muy poco la palabra vanguardia, y sólo fueron considerados vanguardísticos los tímidos y olvidables tanteos por la abstracción realizados hace ya cerca de treinta años. Después nadie ha hablado de vanguardias, bien sea para vituperarlas o para ensalzarlas. Los críticos serios coinciden en ver en Obregón el primer artista

(1) Exposición de Arte Colombiano Actual (Galería El Morro, Instituto de Cultura Puertorriqueño, San Juan).

moderno colombiano, pero nunca se pensó calificarlo de vanguardista. Tampoco los más nuevos se consideran a sí mismos vanguardia, y cuando revisitan la apariencia de la novedad y se internan (poco) en campos experimentales, adoptan siempre un aire divertido y voluntariamente insustancial, sin dejarse llevar en ningún momento por la tentación del dramatismo con que avanzan las vanguardias. Durante muchos años he tratado de explicar, ante públicos latinoamericanos afectados del complejo común de *quedar atrás*, de europeos primero y norteamericanos después, por qué Colombia carecía de vanguardia y por qué esto, lejos de ser una desgracia nacional, se constituía en el primer testimonio de un comportamiento válido y dotado de sentido. En el curso de tales explicaciones, hago antes que nada la aclaración de que los artistas colombianos correspondientes a las dos últimas décadas no han desdeñado la vanguardia a conciencia de sus aporías, como las denomina Enzensberger; es decir, dichos artistas no han descalificado la vanguardia por su falsedad, su anacronismo, su rigidez doctrinaria y, sobre todo, por los servicios, seguramente involuntarios, que presta a la misma sociedad que pretende tan pueril y frívolamente impugnar. Tan meditada descalificación de la vanguardia sería, realmente, una toma de conciencia que los artistas colombianos están bien distantes de haber asumido. ¿Cómo explicar, entonces, ese rechazo sistemático del *estar al día* que, para colmo, se opera febrilmente en Caracas, la capital más próxima física y sentimentalmente a Bogotá? Los artistas colombianos no sienten la vanguardia porque ésta funciona dentro de una precisa y clara noción de tiempo que, lisa y llanamente, no se da en Colombia.

Vanguardia es, realmente, sinónimo de «*estar al día*»; estar al día es ganar tiempo sobre la propia modernidad, adelantarse al que queda rezagado, apuntar linealmente hacia una meta. Por el contrario, el proceso interno del arte colombiano carece de estas intenciones; es lento y está lleno de retornos, lo cual no debe confundirse con inseguridad, porque los únicos artistas seguros son quienes están apoyados en el presente, no los que se proyectan en futuros imprevisibles.

El arte colombiano no es *futurista*, no apuesta al futuro; desconfía profundamente de los cambios espectaculares y no avanza a saltos, como pasa frecuentemente en el arte moderno, sino en movimientos circulares. El tiempo redondo no es una invención de García Márquez; es una invención de

Colombia (o un hecho congenital colombiano) que él, por supuesto, relievó genialmente. Ese tiempo es el marco global donde se insertan todos los comportamientos individuales del arte actual colombiano. He dicho ex-profeso *comportamientos* y no *generaciones*, porque no siendo visible un caminar hacia adelante, sino un andar en redondo, el concepto generacional, de sucesivos avances y sus correspondientes liquidaciones, tampoco funciona. Obregón no tiene nada que ver con Ana Mercedes Hoyos; Lugo o Evelia Medina no tienen nada que ver con Botero; pero sus comportamientos, sin embargo, se emparejan en dos aspectos fundamentales; sus respectivas constancias consigo mismos, y la indeclinable ironía con que miran la escalada exterior hacia los metalenguajes que hoy son abandonados hasta por sus propios inventores.

Se podría aducir que la condición de *pais ostra*, la vida endogámica de la cultura colombiana y su voluntad de pervivir, en 1970, dentro del tiempo mítico, son modelos de anacronismos. Muchas veces me lo han dicho; y me ha tocado defender encarnizadamente el sentido del arte colombiano examinándolo a la luz de las contradicciones del arte actual, donde resulta cada vez más claro que la escalada hacia los metalenguajes no sólo fue una locura insensata y demencial, sino que se convirtió en el mejor instrumento para que la sociedad industrial castrara a su peligroso enemigo, el artista y lo obligara a cantar en el coro con una angélica voz de niño; en revancha, también se va aclarando que solo un arte resuelto a expresar situaciones peculiares bajo la forma de mensajes poéticos propios, alcanza el pleno valor estético. La resistencia del arte colombiano a participar de la escalada ha sido su salvación; pero la terquedad y obstinación en convalidar sus singulares procesos, le plantearon también la urgencia de crear un conjunto de signos plásticos al cual perfectamente podemos llamar *lenguaje colombiano*. Los artistas plásticos colombianos, aunque no hayan conseguido una creación tan fulgurante como *Cien años de soledad*, logran hacer un claro señalamiento de su país a través de sus obras. Los elementos de familiaridad y recíproca connivencia que se advierten en dichas obras aclaran su existencia como lenguaje. Gran cantidad de referencias, por ejemplo, aluden a situaciones estancadas y formas enormes; otro grupo destruye delicadamente los hinchados propósitos de un autoritarismo retórico, encaramado desde siempre a los tronos desde donde se imparte el

poder; en varios se registra el propósito de traer a la superficie dos corrientes reprimidas por el arcaísmo de la sociedad colombiana; el erotismo y el humorismo. Unos y otros signos se van tramando en un texto que, a medida que se agranda y enriquece con los aportes de los más jóvenes, va adquiriendo poder de decir y consistencia para decirlo. La visión transformada, la realidad puesta en entredicho, el espíritu corrosivo y una sensualidad pesada y algo bárbara, el experimento descalificado por la risa, un irracionalismo (nunca misticismo) latente bajo las apariencias; ningún deseo de explicar la sociedad, como tampoco de hacer afirmaciones sobre ella; todo esto se va concentrando en una volutad de decir las cosas, casi irremediablemente, desde un *punto de vista* colombiano.

El punto de vista que emerge de las obras se ha formado solo, sin que lo programaran las nuevas burguesías adineradas, como pasó en Venezuela, ni los institutos dispensadores de privilegios, como ocurrió en Buenos Aires, ni el obsoleto oficialismo mexicano siempre dispuesto a apoyar la mediocridad. Quiero decir que, a diferencia de otras situaciones latinoamericanas, el arte colombiano careció lo mismo de fuertes estímulos como de fuertes resistencias.

Quizás también por esa misma razón se fué enroscando sobre sí mismo, deslizándose de las concepciones simbólicas y atemporales de Obregón hasta las tareas solitarias de los jóvenes; el solitario morir de Pedro Alcántara, el amar solitario de Luis Caballero, los solitarios desiertos de Ana Mercedes Hoyos, las diversiones solitarias de Beatriz González, Clemencia Lucena, Sonia Gutiérrez, Cajigas, Mónica Meira. Los lenguajes necesariamente formales de la escultura, representados en sus dos vertientes, geométrica y libre, por las obras de Negret, Ramírez Villamizar y Feliza Burztnyn, así como en las cajas-objetos de Bernardo Salcedo, viven desamparadas dentro de una comunidad cuyas aspiraciones se esfuerzan en representar.

Por esta razón es muy difícil hablar de tendencias dentro del arte actual colombiano. Así como los artistas responden poco a la moda, por su cautela respecto a la vanguardia, también responden poco y mal a las formaciones de grupo, por esa vocación o destino solitario. Evidentemente, hay una superioridad de lo figurativo sobre lo abstracto; una requisitoria de la figuración; un predominio del diseño sobre el color, cada vez

mayor a medida que se produce una verdadera explosión demográfica de artistas jóvenes; un interés creciente por el grabado y por sus posibilidades críticas. Pero nada de esto podría agruarse en tendencias, sin caer en clasificaciones arbitrarias y sin desatender el voluntario feudalismo de cada artista.

Si se lee con interés y cuidado este amplio repertorio de la expresión colombiana, no tardará en sobrevenir la fascinación de esa lectura. La originalidad de ese gran mundo aparte se patentiza al advertir que en la desesperada búsqueda de excepcionalidad que desasosiega y desquicia la vida artística de los centros internacionales, todo lo extravagante y novedoso se empobrece tan rápidamente, que las imágenes no pueden ni siquiera llegar a la formulación de un significado. Si aceptamos que el hacer artístico sigue su curso al margen de los grandes, culpables y perturbadores centros emisores, las cosas cambian. El derrotismo genérico y vago que ahora pretenden transmitir dichos centros, no tiene por qué mantenerse ante la vitalidad propia de las *regiones artísticas*. Las regiones como Colombia crean un lenguaje cuya fuerza está en relación directa con la condición de resistentes a las compulsiones programáticas que parten de los grandes centros; esa fuerza se manifiesta cuando prefieren alimentarse de las aspiraciones concretas de sus compañeros de ruta, más que de las ambiciones plurales e inasibles de sus contemporáneos universales; cuando el artista, como pasa en Colombia, no ha olvidado que el arte fue y sigue siendo, antes que cualquier otra cosa, un acto de fe en sí mismo. Lo que se hace en Colombia se expresa como un arte regional en la medida en que es regional el norteamericano o el japonés, porque en los

tres casos el lenguaje del artista coincide con los códigos de comprensión de una comunidad. Sin embargo, dentro de la concepción imperialista del mundo actual, tal definición de lo regional es sin cesar alterada y subvertida. Los imperios exigen a las regiones una rendición incondicional en materia cultural y la adopción indiscriminada de sus lenguajes, convengan o no a las otras comunidades. Aunque en este juego de masacre Colombia se haya defendido más por terquedad y aislamiento que por deliberación, lo que importan, al fin de cuentas, son los puntos de resistencia a través de los cuales se sigue anudando el tejido de la expresión contemporánea. Explico esto para alertar al público sobre la intención que ha dirigido la escogencia y presentación de arte colombiano en San Juan, Puerto Rico. Pienso que se expone algo importante y significativo, no por reunir determinada cantidad de obras de varios autores y dar la impresión anhelante de que Colombia *está al día*, sino precisamente por lo contrario. Sólo entendiendo bien dónde están los valores del arte actual colombiano, se podrán juzgar las obras de acuerdo a su verdadero sentido, por encima de una pura habilidad técnica que ya es patrimonio común y no puede ilusionar a nadie acerca de lo limitado de sus alcances. Ni los artistas ni la crítica están proponiendo un programa de trabajo para los demás, sino que están mostrando sus programas. Lo que sí puede señalarse como ejemplar es que únicamente en la resistencia al *estar al día* se puede dar un arte que, además de soporte e invención de formas, sea, primordialmente, *significado*.

Marta TRABA.

Calder : la libertad

Calder es la libertad. La libertad que no puede ser estática y Calder inventó los móviles para que la libertad se moviera.

Los móviles de Calder tienen una libertad física. Son un mundo material. *La Piedad Rondanini*, de Miguel Ángel, da dos sensaciones mágicas : una caída, sostenida por una subida, como corresponde a una obra metafísica, religiosa, que sugiere fe y cielo como soluciones.

Los movimientos del móvil son reales, hacia todas partes, más que caminar danzan.

No recorren una línea mecánica que se transita y repite a un solo ritmo.

No son la jaula de un pájaro ilusorio que imagina un canto que no se ve.

La rueda y el cero círculo, son dos invenciones de largo recorrido, que descubren formas, fórmulas, cambian la relación de las cosas e inventan el deseo de perfección.

De que parte de la rueda círculo, máquina, queda el hombre : dentro, sobre, tras, adelante o sobre y dentro, alante atrás, al mismo tiempo, es otra cosa.

En Calder—como en su colega Galileo Galilei— el arte : ¡ E pur, si muove !

Estos micromundos, osas mayores y menores, estos móviles sistemas planetarios, con órbitas danzantes, ascendentes-descendentes, circulares, de movimiento libre y humano, pájaros o bicicletas, hojas, árboles, peces, hombres, toros, canguros, animales, vegetales o minerales que danzan al ritmo del mar, toros que se mueven y rien al ritmo del viento, son dibujos físicos, hilos de libertad. Los artepuristas dicen : arte puro, sin drama.

Cada uno ve lo que quiere o puede ver...

Para mí son negación rechazo del mundo industrial, del gigantismo de hierro del mundo imperial norteamericano : máquina, fábrica, hierro, ciudad ; allá, aquí y en otras partes donde el hombre es comprimido, alienado en un mundo feo, brutal, de cemento, hierro, oro.

Los móviles no son prisioneros.

Son libres.

Han inventado, inventan a cada instante su libertad. Nos muestran a nosotros como es posible inventar mundos libres, transformar el material, sin ser alienados, comprimidos en su estructura y relaciones.

Con dos manos que actúan, unos ojos, una cabeza sin aserrín, se puede inventar un móvil o un mundo, se puede cambiar las cosas, los hierros, el mundo.

Calder nos propone la libertad. Nos la propone como un juego ; nos la enseña como una ley, un dibujo que tenemos que inventar nosotros mismos con nuestros ojos y nuestras manos.

Calder nos hace pensar en el por qué de que tantas cosas en el mundo no sean la casa del hombre sino su prisión.

El móvil es una invención maravillosa que desembarca en otros mundos antes de que los robot pusieran sus patas de hierro sobre las rocas lunares.

Los hombres robot o los robot hombres no son libres.

El móvil sí.

Calder no nos propone los mitos « norteamericanos » clásicos : el mito de la grandeza imperial, de la fuerza, el mito del poder, del dinero, del gigantismo. No nos propone un héroe, un protagonista, el personaje norteamericano clave.

Ni la guerra, la conquista, lo épico, el west, la acción por la acción.

Ninguno de los nuevos o viejos mitos imperiales de todas partes, tiempos y lugares.

Calder nos propone concretamente la libertad.

Ser libres de forma concreta, porque la libertad es movimiento total y hacia todas partes.

Una libertad que danza su alegría de ser libre, que tiene ojos, pies y manos.

Una libertad que existe, que está en nosotros, que espera por nosotros.

Una libertad que se reinventa a sí misma, diseñando su propio camino.

Stábiles.

Un « estable » sería un antimóvil.

Una definición que nació a consecuencia de otra, de la primera, por contraste, oposición o negación. Una anti-palabra.

No me parece una expresión apropiada, convincente.

Es limitada, parcial.

El estable sería un móvil que ha perdido la libertad, que no es libre.

Es una verdad. No la verdad.

Después de una lucha el estable crea, inventa también su propia libertad.

Porque los estables están en muchos móviles. Son su base, sus pies.

Calder un día decidió darles independencia, liberarlos.

Trabajar libremente, no en el exterior, sino en el interior.

Y hacer esos retratos—espejos—objetos que recha-

zan y crean el mundo y su propio mundo en esta la época del hierro.

Son la edad del hierro.

Un Zoo.

Un bestiario de hierro.

Animales, hombres, objetos, máquinas, ciudades, aviones, pájaros, hélices o cosas apesadas, comprimidas en el hierro duro, agresivo, cortante, deshumanizado.

Libertad que lucha con el hierro, que parece momentáneamente apesada, prisionera de su pesantez, de su fuerza, de su estructura y realidad. Testimonio de un conflicto, una lucha, una realidad, una subversión.

Los estables son tragedia de hierro, con la libertad luchando, la música : « *la soledad sonora* ».

Si en un paisaje desértico o atómico, simbólico o real, hoy o mañana, alguien encontrara estos monstruos de hierro, podría bien decir :

— Así que también hubo una época de hierro. Si el hierro : máquina ciudad, arquitectura, industria, avión, animal, hombre o cosa paraliza la libertad, le quita sus móviles, el creador, el hombre, el luchador se rebela, lucha, inmoviliza, domina, recrea, reinventa y transforma el hierro.

La relación del hombre con el hierro, del hombre con la máquina ciudad terminología represiva, es una relación de esclavitud miseria tiranía explotación.

Esclavitud en múltiples planos : trabajo robado, vida alienada, automatismo, repetición en la fábrica, en la oficina o el apartamento, en la escuela, en todas partes.

Y no sólo hay que liberar un solo plano : la operación económica, como creen algunos. No. Hay que humanizar la máquina, la industria, la ciudad, la casa.

No la liberación parcial ni la obediente liberación. La liberación múltiple, continua, total.

Ni opresor ni oprimido. Ni capitalista ni obrero. Ni burócrata-pueblo. Ni vencedor vencido.

Un hombre en comunicación con los otros, libre, creador en el trabajo, ante la naturaleza, la materia, la máquina, el estado, los hombres, en sí mismo.

El miedo a la libertad en cualquier parte del mundo es el miedo a la revolución continua y total. Zoo prehistórico contemporáneo.

Los estables me sugieren la presencia de un mundo contemporáneo donde los monstruos de hierro

retornan a la prehistoria : paquidermos diluvianos, como los jóvenes que buscan en el desierto formas primitivas e incontaminadas de vida, en un oscuro afán de comenzar de nuevo.

Jipies de hierro.

Porque la sociedad de la eficiencia, del consumo, de la producción y el confort se ha vuelto tan irrespirable en su interior mismo—antes lo era sólo para sus miserables y los esclavos del llamado « *mundo number 3* »—, ahora ha comenzado ella misma a verse la cara, a devorarse a sí misma.

En el Zoo de Calder, como en Zabriskie Point, de Antonioni, frente a la intolerancia total, un acto de amor sólo es posible en el paisaje desértico, solitario, y la comunicación ocurre en extrañas relaciones individuales-colectivas en el desierto donde los cuerpos se debaten en violentas formas de cohabitación prehistórica.

Hierro petrificado.

Calder es un Icaro que no se rompe las alas, porque vuela en el interior de sí mismo.

La compañía de un móvil.

Durante los años de la clandestinidad cubana, un móvil de Calder y algunos cuadros compartieron con el taller clandestino de « *Revolución* » y mi familia, el viaje de una casa a otra, mientras trabajamos y nos escondíamos de la policía.

En momentos de reposo y tensión, ese móvil fue nuestro compañero, mi psiquiatra, la bicicleta que no tuve de niño, el símbolo físico, concreto, de una libertad por la que luchábamos y moríamos. Los monstruos picasianos y lamianos eran lucha, violencia, rebelión : el hombre luchando contra siniestros paisajes de guerra o cañas.

El móvil era la libertad.

Los dibujos de un mundo futuro, libre.

El día que la policía batistiana encontró el taller, su furia no se limitó a la imprenta.

Aquellos extraños trazados, aquel raro aparato que se movía, preocuparon la ignorancia de la policía.

Aun en aquel momento dramático fue inevitable la discusión, ante el desprecio y la burla de los esbirros ignorantes.

Inventamos en Cuba caminos de libertad que hoy luchan por dibujarse en América Latina, y en la otra del norte, y por extraña coincidencia, todavía cuanto burócrata de cualquier parte del mundo pasaba por mi casa, reaccionaba exactamente como aquellos esbirros que aquel día quisieron destruir « *aquel mundo otro, que habitaba las paredes de mi casa* ».

La bandera de Cataluña libre.

Calder, atento a las cosas, creó una bandera a Cataluña libre, homenaje a Joan Miró, esa que Tapies y la intelectualidad catalana, situaron libre en Motserrat, solidarizándose con las luchas del ETA y por la libertad de España.

A las puertas del Infierno. Calder encuentra el viejo Dios a las puertas del Infierno (Una Casa Blanca, con una torre que se come una estrella roja).

English spoken

Ego sum qui sum

Ganarás el pan con el sudor de tu frente

El que no trabaja no come

Time is money

Soberanía limitada

Libertad limitada

U.S.A. - U.R.S.A.

Calder. — Viejo, e e e e m m u u u y y y t f f f e e e o o o.

El Viejo. — Se te había privilegiado asignándote ese país que me gusta tanto, (al cuore mio), E.E. U.U...

Calder. — Luisa, vamos a poner un móvil allí, unos estables aquí. Podemos usar la caldera aquella para modelar la ballena.

Esto está muy feo.

Este viejo, esta mu y y y i i e e j o o o o.

No te gusta nada.

Todo lo que te cae en la mano lo cambias.

No te gustaron mis sistemas planetarios y con esos alambritos me lo sustituiste.

Me cambiaste los animales.

No estás de acuerdo con nada.

Con esos yerritos que se mueven me cambiaste hombres, paisajes, mujeres...

No te gusta tu país y te investaste todo ese bestiario de hierro, de aviones, barcos, casas, ciudades, músicos, danzantes, hombres.

Y el circo

y todo.

Eres un atrevido.

Has sugerido a la gente : peuple, pipol, pueblo que hagan otro mundo.

Que cambien el mundo.

El mundo que yo y mis amigos al norte, al sur, al este como al oeste, hacemos y dirigimos.

Quieres cambiarlo todo.

Eres un anticongformista,

un rebelde

un...

un

No hay plaza para gente como tú aquí.

Fuera

F U E R A F F F U U U E E E R R R A A A A A

Calder. — El viejo se durmió. Me voy a llevar el Arca de Noe, para hacer un estable. Voy a desempolvar a todos estos viejos.

Son muy feos...

Y la ballena esa de Jonás me la voy a beber también...

Good by, viejo

Antes del diluvio

Y Y Y Y Y O O O O O

P U R R R R

Y Calder retornó a Saché, con Luisa, y su voz del otro mundo, y entonces dijo :

—Yo no camino más.

Y continuó creando nuevos mundos.

Dio una vuelta en redondo, girando, fijo sobre el mismo sitio. La segunda vez se abrió dando una vuelta más amplia, y así la tercera en relación con la segunda, la cuarta con la quinta hasta llegar a la décima, redonda siempre mayor. Al llegar al punto de partida, en vez de partir en redondo, partió recto, multiplicando la velocidad. Después marchó pausado por una línea irregular, junto a líneas paralelas, rectas cortadas por curvas, curvas atravesadas por rectas, metro a metro, punto a punto.

Carlos FRANQUI.

Renga, poema de Octavio Paz, Jacques Roubaud, Edoardo Sanguineti y Charles Tomlinson.

Gallimard, N.R.F., 1971.

Como el biombo japonés del Museo de Amsterdam: una franja negra de hilos minuciosos, paralelos, atraviesa una superficie de seda que repite invariables motivos de oro; en la parte superior del panel, un rectángulo, quizás un cuadro, muestra un paisaje convencional que mejoran hoy las cuarteaduras de la antigua laca. Nos desplazamos en la sala—antaño un asistente abría los paneles; estábamos sentados sobre cojines, junto a una mesa roja, muy baja—y el segundo panel completa la imagen: la franja negra es la cabellera lacia y brillante de la cortesana que, postergada en una reverencia—el rostro blanco roza la estera—marca su entrada; la superficie de seda—signos plegados—es la de su quimono; dos postigos abiertos enmarcan el rectángulo de la parte superior: una ventana que da a un jardín de invierno. El tercer panel fijará en la Historia el espacio a que abre esa ventana: con sus esferas armilares y sus anclas, con barbas y bombachos, distribuyendo latines y cruces, los portugueses desembarcan en Japón.

Como las paredes de tela blanca, corredizas, que organizan, segmentándolo o unificándolo, de acuerdo con los invitados y las horas, el espacio de la casa tradicional japonesa, los paneles del biombo abren o cierran—ofreciéndolo a la pluralidad de las lecturas o encauzándolo hacia el *ahora* y *aquí* de un evento—, disocian o concluyen la escena del sentido. Las ranuras del suelo, imperceptibles, por las que los muros se deslizan en silencio y las bisagras del biombo, aceitadas y minúsculas, son represas, diques: unifican o fragmentan espacio, nos evocan el tiempo sin datación del mito o nos insertan en una fecha.

Así viaja alrededor de una isla—el oleaje avanza y se retira, un anciano gimiente le dice adiós—el espectador del Nô; así el Bunrakú, el Teatro Lírico de Muñecas, «nos da a leer simultáneamente, en tres lugares del espacio, las tres escrituras separadas que practica: la marioneta, el manipulador y el vociferador: el gesto efectuado, el gesto efectivo y el gesto vocal (1)»; así la acción heroica no excluye a la de los tarugos en el Kabuki (2). Mondrian y Brecht comprendieron esta «lección de escritura».

Así progresa el renga. Los blancos que separan las estrofas—cada una a cargo de un autor diferente—son muros móviles, cada poeta tiene que desplazarlos con sutileza, «apoderarse»—el código así lo prescribe—del sentido de la estrofa anterior, integrarla a la suya sin brusquedad, sin ruido de bisagras.

El renga, poema colectivo, se desarrolló entre el período Heian (794-1192) y el período Moromachi, en el siglo XV. Sus reglas iban desde lo más simple—alternancia de poetas—hasta lo más complejo: el tema de la estación, si se trata de la primavera o del otoño, debe de estar presente en tres o en cinco estrofas, sólo en una o en tres si se trata del verano o del invierno; las palabras *pino*, *bambú*, *pantano*, tienen que estar separadas, por lo menos, por siete secuencias, etc.

Los poetas que se reunieron en París para componer el primer renga de Occidente adaptaron algunos de esos preceptos a los de nuestra poesía tradicional, transgredieron otros: se adoptó el soneto como forma canónica, cada participante escribió en su lengua, no hubo temas impuestos sino vagas sugerencias; por último, el soneto final no se escribió.

Quizás lo más interesante de este renga políglota es lo que a primera vista puede aparecer como su limitación: la poca amplitud del «*décrochage*», el despegue reducido, la referencia constante al momento y al lugar de producción, que ubica demasiado al texto y lo escande con sus insistentes tautologías.

Estas «*unidades*» de lugar y tiempo se articulan metonímicamente siguiendo series de términos que pueden codificarse y cuyos desplazamientos contiguos se advierten como «*puntos de anclaje*» en la trama semántica:

A partir del sema/hotel/(los poetas se reunieron en un hotel de la rive gauche) obtenemos → estación, sala de espera → interrupciones → referencias a viajeros: «*alguien, sin nombre, bajó, extraviado, a la cámara/subterránea, diciendo: je cherche une valise*».

A partir de metro/(el ruido del subterráneo próximo) → «*las metáforas de Homero sobre las tempestades del mar, los himnos védicos sobre el trueno, las cataratas de hierro de Joyce*», etc.; «*Rumor de río en cadenas: el metro./Yo pienso en ríos de lodo nácar/que sobre inmensas páginas de polvo—Punjab, Bihar/Bengala—escriben su discurso insensato...*»

A partir de sótano/(los poetas se reunieron en el

sótano del hotel) → Perséfone → Alceste → Polifemo → Alí Baba → Calipso → catacumba de conspiradores → celdas de acusados, gruta, matriz, vientre de ballena, cráter → ratones, gnomos, mineros, etc.

A partir de/París/ → connotaciones culturales, «*afrancesamiento*»: «*fountains and draperies of Goujon, water in flowing stone: city of Mansart, Lemerrier, Le Vau, Bruant*».

A partir de estos semas de base y de sus repercusiones—cadenas horizontales—, se establecen, coriándolas, cadenas verticales de desplazamientos y alteraciones fonéticas:

Ares	insetto	Charles Pope
↓	↓	↓
Eros	incerto	Pop
↓		↓
cereales		poet
↓		
Ceres		

Esta red ortogonal que, cada vez que se escapa, vuelve a fijar el desarrollo del texto a la circunstancia de su generación, al mantenerlo en su presente perpetuo, lo obliga a cumplir con su vocación: el propósito del renga, como el del haikai—en que se iban a convertir los tres primeros versos del *tanka*, combinación estrófica original del renga—, como el del ukiyoe—esas estampas japonesas que fascinaron a los impresionistas—, es la captación de una imagen precisa y única: la del instante que pasa, relámpago de la duración, del sentido, tan breve, tan profundo, que se ha visto en él, como en el satori del budismo Zen, el final del lenguaje, la exención del sentido.

El renga, presente en devenir, acción que se desarrolla en el ahora de cada página, corresponde pues con el gerundio. Un poeta lo presintió así, y esta afirmación es mucho más explícita si tenemos en cuenta la constancia de este modo verbal en el *Hai Kai en gerundio* de José Lezama Lima, como si el poeta quisiera señalarnos que su condición de gerundio no es una atribución más sino la condición primera de la forma estrófica japonesa.

Concluyo pues esta nota con el poema-definición de Lezama:

Hai Kai en gerundio.

El toro de Guisando
no pregunta cómo ni cuándo,
va creciendo y temblando.
¿Cómo?

Acariciando el lomo
del escarabajo de plomo,
oro en el reflejo de oro contra el domo.
¿Cuándo?

En el muro raspando,
no sé si voy estando
o si estoy ya entre los aludidos
de Menandro.

¿Cómo? ¿Cuándo?
Estoy entre los toros de Guisando,
estoy también entre los que preguntan
cómo y cuándo.

Creciendo y raspando,
temblando (3).

Severo Sarduy.

«*Julia*» por Ana María Moix
Ed. Seix Barral, Barcelona, 1970.

Lo primero que convendría advertir a propósito de esta novela es que su autora la escribió (según las fechas que constan al final) entre agosto y septiembre de 1968; es decir a los veintitún años. Se trata pues de un nuevo caso de precocidad que podríamos añadir a otros semejantes en una época bastante pródiga en novelistas excepcionalmente jóvenes, y no sólo en nuestra literatura. Recuérdese que Carmen Laforet y Ana María Matute tenían igualmente veintitún años cuando recibieron el *Nadal* respectivamente en 1944 y 1947; que Françoise Sagan contaba sólo diez y ocho cuando la publicación de *Bonjour tristesse* la convirtió repentinamente (tocada por la varita mágica de la publicidad parisien y su enorme caja de resonancia) en una celebridad tan relampagueante

(1) «*Une leçon d'écriture*», Roland Barthes, in «*L'Empire des signes*», Albert Skira, éditeur, Genève, 1970.

(2) «*Esta perspectiva en cambio constante—cortinas delante y detrás de otras cortinas—este espacio sujeto al ocultar-develar es el de la escritura japonesa añadamos los abanicos y esa forma suprema del mostrar-enseñar que es el vestuario; lo que se nos da a ver sobre todo es lo que no termina de impedirnos ver, y el espectáculo, al fin descubierto, no pesa en la mirada más que un dibujo sobre una pantalla de seda.*» François Wahl, «*Les catégories de l'exquis*» sobre el libro de Sei Shonagon *Notes de chevet*, en *La Quinzaine Littéraire*, 1-15, octubre, 1966.

(3) José Lezama Lima, *Poesía Completa*, p. 437, La Habana, Cuba, 1970.

como prematura; sin hablar del caso extremo y prodigioso de una Minou Drouet, de la que se discutió tanto y a la que nadie hoy recuerda. Ante la persistencia de un fenómeno semejante, en que lo excepcional se ha convertido casi en habitual, hay que deducir dos cosas: o que se es hoy muy poco exigente respecto al contenido y calidad de lo que se vende bajo la etiqueta de *novela*; o que la madurez mental y capacidad creadora de la especie humana se adquiere mucho más de prisa que antes y como de golpe y porrazo... Por mi parte—y en el mejor de los casos—creo que estas novelas prematuras hay que tomarlas por lo que en realidad suelen ser: una especie de autobiografías más o menos anoveladas, escritas en primera o tercera persona (es lo de menos) en las que lo principal y más interesante es justamente lo que el autor nos revela de sí mismo. De ahí que en tales obras contraste a menudo la naturalidad y veracidad de los sucesos y personajes vividos o conocidos directamente, con el tono falso y libresco de lo que el escritor se inventa—y ello por falta de una experiencia suficiente.

La novela de Ana María Moix no se escapa de esta regla. Todo cuanto se refiere a vivencias inmediatas de la *autora-protagonista*, al mundo que conoce, deja impresión de verdad, de autenticidad; hasta el estilo de la narración parece que se le aligera y fluye con mayor facilidad en este caso. Se siente que el escritor anda con pie seguro. Así acontece en lo que atañe al mundo escolar, estudiantil, ambiente de los colegios, vida universitaria, etc. En cambio, el personaje del abuelo don Julio (del que la autora se sirve como trujmán de ideas políticas, religiosas o sociales) resulta más bien pueril y falso. Hacer hablar y actuar a un hombre de setenta años por una adolescente de veinte no es tarea sencilla: la desproporción es demasiada y la falta de observación y de experiencia engendra un personaje incongruente, furibundo, un poco teatral y de una ingenuidad política impropia en un luchador de su experiencia. Otras veces, como ocurre con los padres de la protagonista (en los que debe haber su parte de invención) el personaje se queda un poco en el aire, nebuloso y falto de consistencia.

Pero al lado de estos errores—casi obligados—, la novela de A.M. Moix encierra muchos aciertos, y no sólo de orden literario. Por encima de la agilidad del diálogo, del interés que sabe despertar en la narración, yo pondría la autenticidad de

principio que preside la obra. La autora no se ha dejado embaucar por modas circunstanciales, ni seducir por el *último grito* literario ni por los últimos experimentos en boga. Desde este punto de vista *Julia* es una novela que podríamos calificar de *independiente y personal*, en cuanto no intenta salirse o extraviarse del ambiente humano y del medio social en que vive y escribe la autora. En efecto, *Julia* responde a una sociedad muy española en lo que se refiere a motivaciones y reacciones de los personajes, al mismo tiempo que refleja la sociedad catalana, en la que cierto desarrollo económico y «europeizante» no corresponde sin embargo a un desarrollo político paralelo, ni a una ideología y comportamiento afines. A este respecto sería curioso establecer, por ejemplo, una comparación—aunque fuese fugaz y somera—entre *Julia* y *Bonjour tristesse*, novelas igualmente primeras y precoces, pero extremadamente distintas por la diferencia del condicionamiento social a que ambas responden. La primera de ellas, a pesar de haber sido redactada con dos años más de edad que la segunda, deja la impresión de un libro de plena adolescencia, todavía infantil en muchos aspectos, concretamente en el enfrentamiento con la vida y con el problema de las relaciones sexuales—problema que la heroína aborda con una medrosa reticencia en la que se trasluce el sentimiento de culpabilidad (de pecado) inculcado por la educación y el medio ambiente. Frente a esta actitud, Cecilia (protagonista de la novela de Sagan) se comporta en cambio como una mujer adulta, emancipada, y sus relaciones con Cyril son más que de *novios*, de amantes. Y mientras en esta novela los personajes aparecen «*liberados*» de una serie de tabús y convencionalismos (lo que permite que entre hija y padre se forje una libre camaradería que desemboca en equilibrada y mutua comprensión), todo el drama de *Julia*, de la adolescente española Julia, estriba precisamente en el progresivo descubrimiento de la desavenencia e infidelidad existentes entre sus padres, hecho que dentro del mundo en que los personajes viven equivale a una catástrofe.

El mérito de A.M. Moix consiste—como dije más arriba—en haber sabido resistir a los cantos de sirena de la mimesis literaria, y a la colonización mental extranjerizante: errores que no supieron evitar algunos de nuestros jóvenes novelistas de la «*nueva ola*» con aquellas obras imitadoras de una *dolce vita* perfectamente libresca y pelicular,

imitativa, de importación, sin realidad ni raíces propias. *Julia* no se encasilla en ninguna de las últimas tendencias: ni realismo objetivo, ni anti-realismo, ni *nouveau roman*. Es posible incluso que esta novela constituya una superación de esa *nueva sensibilidad* que Castellet encontró en los poetas en ciernes que incluyó en su antología de *los nueve novísimos*, entre los que aparece representada nuestra autora por unos cuantos poemas curiosamente imitativos y americanizantes, hasta con sus títulos, nombres y versos en inglés para dar más color; y recurso que con intención política utilizaron poetas como Nicolás Guillén, pero que al repetirlo ya no tiene fuerza de voz, sino que resulta un eco.

Hay que saludar en Ana María Moix una nueva escritora de sensibilidad, una novelista llena de posibilidades.

J. Corrales Egea

José Donoso

El obsceno pájaro de la noche.

Seix Barral, 1970.

La novela hispanoamericana, como la novela americana en su día, parecería haber alcanzado una cierta entidad donde sus leyes se identifican con las de un previsible ritual. Subrepticamente la tradición ha ido acumulando una serie de caracteres, símbolos y situaciones tan familiares, que sólo la pasión del militante, la ajenidad del expatriado, la soledad del profeta retrospectivo parecen poder escapar a esta temible predestinación. Con *El obsceno pájaro de la noche* (1), José Donoso ha situado su nombre entre el de otros ilustres exploradores de una nueva frontera, unas nuevas dimensiones de lo narrativo. Humberto Peñaloza, el protagonista (?), reúne casi todas las dotes infernales que en la tradición literaria suelen marchar asociadas a la locura divina. Como el Oliveira de Cortázar o el capitán Aab de Melville, para citar sólo dos casos, Humberto ve sólo absolutos en un mundo gobernado por razones demasiado ostensibles. Capítulo tras capítulo, un pasado caótico invade y se derrama en el presente vacío. La evocación de Humberto Peñaloza es el plano donde la vida, la sociedad, el sexo, la religión, se despliegan para ser examinados. Donoso lleva adelante su investigación con un

celo escatológico, una firme determinación de no ahorrar ninguna visión por repugnante o terrible que ésta pueda resultar. Una de las características que más resaltan en el libro, en consecuencia, es la gravidez y riqueza de los detalles, el abigarramiento de una realidad que en todo momento parece dispuesta a romper un orden precario y saltar por los aires transfigurada en una metáfora del apocalipsis.

Como el *Paradiso* de Lezama Lima, la novela de Donoso es, en un cierto sentido, una aventura del lenguaje bajo la cual se esconde la historia de su república, el desaparecido—o crepuscular—mundo de la sociedad criolla. En esta dirección se sitúa la historia de los Azcoitia y la crónica de la capellanía fundada por la familia a fines del siglo XVIII, para preservar la tradición piadosa de la beata Inés o extipar las raíces de la leyenda que ha hecho de ella una niña bruja. Jerónimo de Azcoitia y una segunda Inés, su esposa, junto con una misteriosa y mítica perra amarilla y la magia sórdida de la Peta Ponce, sirven para establecer el nexo entre esa ominosa crónica patricia y la capellanía ya convertida en asilo de ancianas. Una casa demencial dominada por presencias seculares e imágenes sagradas, por el vacío y la sombra o por un grupo de viejas a punto de desencarnarse en el vacío y la sombra, es el lugar apropiado para interrogarse sobre las posibilidades de supervivencia de una sociedad, una casta o una razón malditas. El lugar está bien escogido: las múltiples imágenes de la disolución y la ruina son conjuradas desde la infrarrealidad de un hospicio de ancianas, evitando así el riesgo del documental plomizo y reiterativo normalmente asociado a experiencias de este tipo.

Don Jerónimo había soñado con un heredero que perpetuara el linaje de los Azcoitia. Pero en el mundo paradójico y aterrador de Donoso los hechos resultan siempre imprevisibles, y así en su hijo no le será dado ver ese dechado de perfecciones que aguardaba, sino un «*repugnante cuerpo sarmiento retorciéndose sobre su joroba, su rostro abierto en un surco brutal donde labios, paladar y nariz desnudaban la obscenidad de huesos y tejidos en una incoherencia de rasgos rojizos... era la confusión, el desorden, una forma distinta pero peor de la muerte*» (p. 161). Pero el temple de conquistador de un Azcoitia no se deja arredrar por el contratiempo. Si su hijo no puede regir el orden de la normalidad, el padre construirá para esa «*versión del caos*» un reino de

la monstruosidad. No en vano la de los Azcoitia, como su historia lo ilustra, ha sido siempre una estirpe de fundadores. Don Jerónimo manda reconstruir su feudo de La Rinconada con arreglo a los cánones de la monstruosidad. El parque es decorado con una Diana Cazadora gibada de mandíbula acromegálica y piernas torcidas, y un Apolo contrahecho de labio leporino y orejas asimétricas con un sexo descomunal colgante. Apolo deberá ser el ideal de perfección física para Boy, el heredero, y Diana igualmente quien despertó sus instintos a la epifanía del Eros. Humberto Peñaloza, secretario de don Jerónimo, es enviado a recorrer los ámbitos de la noche para reclutar enanos, jorobados y contrahechos de toda clase con quienes poblar este mundo alucinante. Boy nunca verá otra realidad que la de lo monstruoso. El único nexo de La Rinconada con el exterior será Humberto, quien por su mismo carácter de excepción será para Boy la efigie perfecta de lo anormal. «*Don Jerónimo cuidó todos estos detalles porque nada de lo que rodeara a Boy debía ser feo, nada mezquino ni innoble. Una cosa es la fealdad. Pero otra cosa muy distinta, con un alcance semejante pero invertido al alcance de la belleza, es la monstruosidad, por lo tanto merecía prerrogativas también semejantes*» (pág. 231). El objeto primordial es la fundación de una realidad sin antes ni después, sin por qué ni cómo, una burbuja eleática sustraída al devenir temporal y donde la inteligencia asuma los límites de la percepción. Un mundo donde no hallarán cabida las leyes de la causalidad ni los juicios de valor. La Rinconada pretende fáusticamente emular el prodigio de la Creación, es una réplica y un desafío, un avatar delirante de la razón acorralada.

El sexo invade todos los repliegues de este mundo, asume los rostros de la luz y de la sombra, es una maldición o una esperanza, destruye o edifica, corroe, abre las páginas de la novela y las cierra con la descripción de un alucinante viaje de regreso al útero materno. La omnipresencia del sexo coloca bajo una misma advocación los ritos de la Casa y el aquelarre de La Rinconada, esa Arcadia esquizofrénica a mitad de camino entre las estampas amables de un Watteau y el mundo de pesadilla de un Jerónimo Bosch. El sexo surge emancipado de las motivaciones del instinto. Uno de sus símbolos es ese fantasmagórico don Clemente que en el laberinto de la Casa a veces brota de las sombras y salta sobre cualquiera de las

viejas. Otro es la Peta Ponce, ese misterioso doble de Inés cuyos orígenes se pierden en la bruma de la leyenda. Y él es también quien establece una secreta correspondencia entre Jerónimo e Inés, por un lado, y Humberto y la Peta Ponce por otro. El mismo Humberto en algún momento lo declara: «*La Peta y yo quedamos excluidos del placer. Ella y yo, la pareja sombría, concebimos el hijo que la pareja luminosa era incapaz de concebir*» (pág. 224). Pero toda la vitalidad del Humberto testigo de la belleza naufraga en la regresión biológica del Humberto partícipe de la belleza. Para Humberto la posesión de Inés reviste distintos caracteres: es, entre otras cosas, una venganza contra sus imposibilidades para realizarse en el orden social y también el remedio contra una nostalgia de la belleza que se identificará finalmente con la nostalgia de los orígenes. Jerónimo destruyó su persona; Inés puede reconstruirla. Es la clave y la cifra de su yo destrozado. La posesión de Inés significa rescatar su identidad, aunque finalmente ese deseo, esa nostalgia, se salden con un retorno al útero materno que establece una coincidencia entre el acto de recuperar la identidad perdida y el acto de morir.

Existe una curiosa relación entre esta novela—y en general toda la obra narrativa de José Donoso—y un fascinante librito publicado por un joven, talentoso y polémico ensayista catalán. La obra aludida es «*Filosofía y Carnaval*» de Eugenio Triás. Triás propone la disolución del yo en una pluralidad de máscaras. No el disfraz del yo, sino su disolución. Cada máscara desarrolla una posibilidad, una dominante inédita en el yo abolido. La máscara no encubre el yo; es el yo, sirve para realizar la nostalgia de una carencia. De este modo la suma de las máscaras dibuja en hueco, en una suerte de vaciado o placa negativa, la imagen de un yo más verdadero. Así cuando, tras haber finalizado su arreglo con Romualdo, se coloca la cabeza del Gigante, mediante ese procedimiento anula «*con la nueva investidura toda existencia previa, todas, el Mudo, el secretario de don Jerónimo, el perro de la Iris, Humberto Peñaloza, el sensible prosista que nos entrega en estas tenues páginas una visión tan sentida y artística del mundo desvanecido de antaño cuando la primavera de la inocencia florecía en jardines de glicinas, la séptima bruja, todos nos disolvimos en la oscuridad de adentro de la máscara*» (págs. 89-90). Triás niega la existencia de un yo subyacente en las máscaras, y otro tanto ocurre con Donoso,

pero lo que en Triás reviste carácter de postulación, de designio, en Donoso es sólo el resultado de una constatación. Si Frías propone la disolución en las máscaras como alternativa frente a un yo cosificado, para Donoso esta disolución no es más que uno de los avatares de la decrepitud, porque Donoso describe un mundo alucinante de experiencias no integradas, de existencias quebradas por el lado del corazón, como diría César Vallejo. Porque los personajes de Donoso son seres en busca de una posibilidad abolida por un mundo desgarrado por las calamidades de la historia, los espejismos de lo real, las miserias de lo humano. Donoso habla sobre un mundo que se desmorona, describiendo el modo en que sus muros se agrietan, y la forma de esas grietas, con la pasión de un cartógrafo antiguo que recompone las complejas ramificaciones de un río, disuelto ya en delta, antes de que éste se desvanezca en el mar, con la impávida serenidad de un hombre en perfecto control de sus emociones. Como el Lezama de *Paradiso*, Donoso ha cavado hasta límites inconcebibles en la entraña de la experiencia. Como el Lezama de *Paradiso* Donoso ha construido su mundo con un derroche de imágenes en que la vitalidad del verbo se desborda es una imagen bajo control. No es la imagen expectante en el umbral de la auto-revelación, en busca de un sentido, la imagen como instrumento de su propia exploración, sino la imagen incorporada en el vértigo de una narración que disparada en la página inicial conoce desde el punto de partida el punto exacto del desenlace, y que hace de cada frase, de cada palabra, una suerte de metáfora de esa epifanía ulterior que retrospectivamente ilumina o incendia la servidumbre engañosa del verbo. Pero la música es la misma. Al colorido del trópico, a la incandescencia de la juventud y el instinto, a la pasión de Lezama que busca la verdadera creencia «*entre la superstición y el libertinaje*», Donoso opone su sinfonía de la opacidad, el gris macilento de su mundo austral, busca su propia creencia en algún lugar entre el ascetismo y la lucidez. A Donoso y Lezama los separa el método de la búsqueda, la praxis narrativa; pero los une no sólo la nostalgia de un pasado revelado sino también una misma coherencia hecha de austera esperanza e indeclinable rigor. Esta sumaria descripción naturalmente no agota—apenas insinúa—la insólita complejidad de la novela. En ella la realidad sufre un proceso de disolución paralelo al del yo bajo la multiplicidad

de sus máscaras, pues «*José Donoso es un escritor de obsesiones (no con obsesiones), y su obra no es una descripción de dichas obsesiones sino más bien una continua creación de las mismas*», Donoso siente una natural desconfianza hacia los espejismos de la realidad. Su obra, más que por datos, está poblada por alusiones, y siguiendo las prescripciones ya clásicas de Chejov, más que intentar dar una respuesta a los interrogantes que la realidad le formula, se contenta con formular lúcidamente una visión de la realidad que es en sí misma una incesante interrogación. Ese «*bosque salvaje donde aulla el lobo y chillan el obscuro pájaro de la noche*», aludido por el epígrafe de Henry James, sirve para fijar de algún modo límites de su mundo, o mejor aún, para marcar la ausencia de límites en esta investigación donde la decrepitud y la historia hallan cabida junto al horror y la magia. Novelista de la nueva frontera, Donoso ha sumado con su libro un nombre más a ese inextinguible manantial de sorpresas en que parecería haberse convertido la actual narrativa hispanoamericana.

Juan Carlos Curutchet.

Aquilino Duque

La rueda de Fuego.

Editorial Planeta, 1971.

Aquilino Duque (1931), parece encaminarse hacia la tenaz posesión de un mundo novelesco propio, genuino. Esto destaca inmediatamente durante la lectura de su última obra, *La rueda de Fuego*. Se trata de una repetición circular iniciada con *La operación Marabú*—breve esquema, casi un apunte—, con mayores vuelos en *Los consulados del más allá*. La repetición narrativa, el retorno con variantes a la misma parcela adquiere ahora un sólido peso con esta obra que comentamos. Al fin y al cabo la vida de un novelista (nos referimos, claro está, al que mantiene con la novela vastos parlamentos secretos, no al deudor de la simple epidermis mimética) no es más que la suma de las variaciones en torno a un mismo tema. Narrar es monótono; narrar es una tarea deslumbrante y monótona. Narrar es la suma de los buceos al centro de una profundidad propia.

En *La rueda de fuego* existen varios planos muy ordenados, superpuestos que inciden e iluminan un centro remoto, de origen mítico, que el lector, apoyado en la evidente voluntad de estilo del autor (fundamental el problema largo del lenguaje en esta novela), debe descubrir con una fuerte dosis de la lectura creadora, efectuando para ello un dilatado viaje más o menos secreto para el cual valen las teorías de Mircea Eliade—nos parece—, su concepción mítica del mundo, como base de comprensión y conocimiento. Aquilino Duque destruye la realidad, suplanta o sabotea la realidad-real para sustituirla por otra dimensión: la ficticia novelesca, la realidad mítica creada en un acto estético rebelde, sumamente pensado desde la cultura. Esta tarea, que es trabajo también circular, casi locura propia de los que desean ser «suplantadores de Dios», nada tiene que ver, como es natural, con las servidumbres del realismo concebido como estrechez. Pienso en Vargas Llosa, en su orden novelesco o en su madurez crítica cuando nos explica estas cosas en el prólogo admirable a *Tirant lo Blanc* o en su comprensión cabal de la obra de García Márquez.

Entre la subjetividad del novelista, poblada de fantasmas, desacuerdos o «demonios» y la obra objetivada y resuelta, entre la negrura rebelde y la claridad dócil, existe la voluntad de orden estético poniendo un ritmo. El orden de *La rueda de fuego* es, fundamentalmente, el estilo que nos permite bajar a un mundo mítico, a un tiempo diferente. Vocación de orden ofreciendo o haciendo posible un entramado de líneas muy bien trazadas, pues lo que induce a componer una novela de este corte es, entre otras cosas, la grave manía por reducir a claridad lo que es desorden intuitivo-irracional. Esta tarea, que separa a un novelista de un alucinado sin conciencia, se hace estilo en la composición, entendiendo como estilo la luz total que nos permite ver o intuir el mundo alucinante y claro de *La rueda de fuego*.

El tiempo visible, donde los personajes de la obra se mueven aparentemente, es sustituido por el tiempo mítico. Estos personajes parecen fundamentarse o adecuarse a la afirmación de Aureliano Buendía, cuando en cierta página de *Cien años de soledad* dice: «el tiempo no pasaba, sino que daba vueltas en redondo». Novela circular, giratoria rueda de fuego que nos descubre a un novelista joven, ducho en Europa, profundo sabedor, culto, ilustrando facetas míticas de varias soledades entrelazadas que bajan al infierno o a

su borde, en actitudes nocturnas, dionisiacas. Gira la rueda de fuego y Cayetano Rojas—fundamental eje de lo que pudiéramos llamar trama—pasa de Dallas a un Cádiz sitiado—mito de la historia y de la infancia, vuelta al estado auroral—, y la ciudad queda convertida en blanco navío fantasma. Voluntad de orden y estilo, repetimos, sirven al conflicto que produce la obsesión de rectificarle la plana a la realidad para sustituirla por un mundo autónomo. Aquilino Duque se funde entonces con la materia vital que lo constituye: desengaño de Europa, culturas, lenguajes, obsesiones, perfil de Andalucía, de una ciudad andaluza donde al estallar la primavera un personaje se integra en los círculos en páginas de admirable calidad en la escritura. Búsqueda de los orígenes y por lo tanto obra lejana a las leyes de la narrativa verista.

Aquilino Duque se aproxima a una conclusión: cuando el escritor es capaz de modificar y transformar la realidad, llega a una óptica evidentemente mítica, lo que significa una curiosa elevación en sus poderes de percepción y en los mecanismos expresivos. Desde este nivel, el novelista es ya un creador de universos cerrados y totales.

Julio M. de la Rosa.

Norberto Fuentes

Condenados de Condado.

La Habana, Casa de las Américas, 1968.

Cazabandido.

Montevideo, Libros de la Pupila, 1970.

Dos libros ha publicado Norberto Fuentes (nacido en 1943) sobre la lucha del ejército cubano contra los grupos de invasores contrarrevolucionarios: *Condenados de Condado* (1968) es una colección de relatos breves e intensos, y *Cazabandido* (1970) es una colección de crónicas periodísticas. Los relatos (centrados en torno al desierto pueblo de Condado) participan también de la naturaleza de la crónica, al menos en el sentido en que son recreaciones evidentes de uno de los capítulos más importantes de la Revolución Cubana: la ficción, por lo mismo, tiene la urgencia resonante de los hechos inmediatos, su vértigo y también su violencia. Y las crónicas (*Cazabandido* es el nombre de la operación militar contra los Cubanos invasores) no dejan de emplear técnicas narrativas, una formulación que pertenece al relato: hablar directamente de los hechos, reseñarlos,

exige al autor un proceso formal externamente más laborioso que en los mismos textos de su primer libro. La ficción, así, se apoya en la crónica y ésta a su vez en los mecanismos de la ficción. Ambos libros muestran a Norberto Fuentes como uno de los autores cubanos que más hábilmente ha sabido asumir el tema de la Revolución Cubana (o mejor dicho: su experiencia directa de la misma, como un «hijo de la Revolución»). Esa experiencia excepcional (Fuentes intervino como correspondal en la lucha) nos es comunicada desde una valiosa elaboración literaria, sobre todo en el libro de relatos. Pero Fuentes no actúa en ningún momento sólo como un escritor casualmente provisto de un tema: aunque en las crónicas paga tributo a la tradición y a la perspectiva del informe del correspondal de guerra, es evidente que esa experiencia de la lucha configura su propia naturaleza de escritor, cuestionando su uso de la ficción, porque el autor es aquí sometido al proceso complejo que reclama esa experiencia extrema, comprometida en el sentido más completo de esta palabra.

Por lo pronto, la experiencia del lector no es nada pasiva: estos libros creo que son los que más directamente nos introducen a situaciones características de la Revolución Cubana, y por lo mismo conforman una experiencia literaria diferente, por más que reconozcan tradición literaria tras suyo. Por momentos el lector puede creer que está ante un canto a la violencia; con vigor, el autor diseña episodios de esa lucha, más que en la tradicional confrontación de dos frentes, en la expectación de ese mismo encuentro, o en la breve descripción de desenlaces individuales; pero, sobre todo, los hechos no están nunca dilatados en el recuento sino mostrados en su presencia fatal, despojados. Sin embargo, el lector reconoce pronto que estos relatos rehusan la simple delectación en la fuerza, el peligro o la victoria, y que suponen una hábil y económica selección de materiales y situaciones: así, junto a la violencia desnuda aparece el aspecto más cotidiano de la lucha, incluso el humor piadoso y cálido de situaciones laterales o paralelas; tanto los relatos como las crónicas comprometen, por lo mismo, una zona más rica de experiencias y personajes, agudizados por la veracidad de esa lucha.

Es curioso que *Condenados de Condado* haya sido calificado (en Cuba) de un libro ambiguo ideológicamente, porque parece evidente que estos

relatos deducen la filiación socialista del autor, y más que eso, su personal y viva intervención en el proceso de la Revolución misma. Lo que ocurre, pienso, es que Fuentes ha ido un poco más lejos que otros autores cubanos en su visión de esa lucha: no se ha limitado a implicar su filiación política (que, parecería, para él ya no supone disyunciones, y más bien un contexto natural de formación y experiencia) sino que la ficción misma, el trabajo ficticio de la reelaboración de los episodios concretos, ha hecho que esa filiación se amplíe en una suerte de compromiso que problematiza, de modo más agudo que la crónica, la realidad asumida. Si se hubiese limitado a narrar el aniquilamiento de los grupos contrarrevolucionarios probablemente hubiese escrito un documento militar por varias razones emocionante, y hasta estremecedor. Pero al ir más adentro de esa posibilidad, al tratar de recuperar la violencia de los hechos pero también su espacio cotidiano, la «guerra justa» y la discordante situación de los alzados, el mismo hecho tácito de que ambos grupos en lucha son cubanos, la casi demencial aventura de los invasores y el peligro extremo que suponen, cierto compromiso humanista, en fin, que no puede rechazar—al asumir esa compleja confrontación, Fuentes nos entrega una saga no simplificada, enriquecida. No otra cosa se podía esperar, supongo, de un escritor valioso sumido en una experiencia extrema, casi alarmada, confrontada por la violencia y la muerte, y también por la piedad y el dolor. No es que Fuentes dude en ningún momento de la razón (¿ideológica?, ¿histórica?) que asiste a su experiencia, eso haría perder fuerza a su versión de los hechos: al contrario, desde esa firme posición en que a sí mismo se descubre, desde ese papel que la Historia le asigna, es que, como autor (como hablante que es un testigo), enfrenta su material para reconocer, en la escritura, que esa posición suya se reelabora en la ficción desde un sentimiento de la Historia haciéndose; y así los hechos de la violencia se justifican en la fe colectiva que supone la Revolución. Situación ésta excepcional para un escritor joven que rehusa el didactismo y el panfleto: pronto supera el mismo plano testimonial y formula desde la ficción el vigor suscito y pleno con que el lenguaje sabe aquí reconocer el reclamo extremo que le ha impuesto la Historia. *Condenados de Condado* (que obtuvo el premio cuento del concurso Casa de las Américas en 1968) lleva esta advertencia: «Las narraciones que

ahora vienen sólo se comprometen con mi imaginación aunque yo haya tocado esos hombres y esos muertos.» De este modo, el autor quiere deslindar entre los hechos mismos y la elaboración ficticia porque, como es evidente, la lectura tiende—ante la actualidad del tema—a ver testimonios inmediatos en esas narraciones; pero a poco que uno va adentrándose en el libro descubre que la desnudez plena de los hechos y la íntima coherencia de las situaciones—esa razón de necesidad en que se van organizando las escenas, sin concesiones a ningún naturalismo—sólo puede darse como una clara elaboración ficticia. Y, en efecto, al leer *Cazabandido*, el libro de las crónicas inmediatas, los episodios de esa lucha se muestran bajo una luz muy diferente: los hechos son más casuales, o por lo menos ya no son suscitados y ceñidos sino que corresponden a una mirada más cotidiana, y así el interés se desplaza hacia los individuos que fueron actores, que es, por cierto, la intención de la crónica. La comparación de ambos libros permite ver con mejor nitidez el grado de elaboración narrativa en los relatos. Esa elaboración permite sobre todo la eficacia de un lenguaje, la persuasión realista de los actos. Ese realismo no es, sin embargo, una operación simple y verista: el relieve del ambiente, la densidad suscita de las situaciones, el movimiento vivo de los personajes, no indica una necesidad de verismo (Fuentes rehuye siempre demorarse en los detalles) sino más importante necesidad: la de formular lacónica y nitidamente una experiencia personal que el lenguaje debería poder comunicar en su ya impersonal, independiente, y apasionada presencia. Porque la sola plenitud objetiva de un lenguaje parece poder recuperar aquella experiencia de modo válido. Lenguaje, por lo mismo, económico y sumamente resonante, cuya nitidez transparenta los hechos. Pero detrás de esa inmediatez de un lenguaje se advierte el funcionamiento más complejo y menos evidente de otros planos alusivos: como si la evidencia no fuera suficiente y como si recortando el discurso ese lenguaje ampliase su resonancia significativa. Por eso estos cuentos no son expositivos ni declarativos: actúan casi por sobreentendidos, presuponiendo ya el contexto y recuperando con igual intensidad los actos decisivos y también los hechos mínimos a la luz de ese contexto que es una situación de emergencia. Así, lo más válido del libro creo que radica en la capacidad de ese lenguaje vibrante

y eficaz, en el cual se resuelven todos los efectos de una persuasión verosímil y el diseño metafórico de una coherencia que subyace. El ritmo suscito y el coloquio cálido, la nitidez sobria y la objetividad plena, imponen la misma economía formal de los textos, impiden la digresión o el desarrollo, demoran la intensidad en la sola nominación, en la misma presencia ceñida. Otra vez, así, el lenguaje de la evidencia es también el lenguaje de una formulación muy elaborada.

El primer relato, «El capitán descualzo» es característico del conjunto. Una bandido llega a la casa del campesino llamado Capitán Descualzo: huye del cerco de los cazadores y pide pan y agua. En un clima de fría simpleza y tensión abrupta, el campesino con su machete hiera el fugitivo: «La mano cayó sobre la tierra, sujetando el pedazo de pan. El hombre quiso recoger su mano, pero un nuevo machetazo, esta vez en la nuca, hizo que el grito del hombre se ahogara en borbotones de sangre que se coagularon en la boca». Aparece el grupo de soldados y el jefe habla con Descualzo: nos enteramos que su mujer ha muerto hace poco; que es, en efecto, un Capitán pero que prefiere seguir siendo un campesino porque en La Habana debe usar botas: «Pero por mucho que intento, no puedo andar con zapatos. No sé, me sucede algo así como si me faltara la respiración». Al final, cuando los otros quieren seguir la persecución, Descualzo dice: «Yo le digo a usted que no hay apuro, porque se me ocurre que Magua Tondike está echándose a perder bajo el sol de mi labranza».

En *Cazabandido* la crónica «Mi capitán» desarrolla a este mismo personaje. Típicamente, la crónica parte de un elogio al individuo y sus hazañas. «Los decimeros de la Sierra cuentan que Fidel Castro invitó a Descualzo a pasarse una temporada en La Habana. Pusieron un automóvil y tres escoltas a su disposición. Y le regalaron unas botas relucientes.—A usted hay que cuidarlo, capitán—le dijeron.» Pronto el campesino se quita las botas y descualzo por las calles, concitando la curiosidad amistosa de la gente que le pide contar de la lucha contra los bandidos. El individuo tiene, pues, una resonancia legendaria. Esta crónica nos informa también que la mujer de Descualzo, en efecto, había muerto. Se nos cuenta asimismo cómo él prosiguió una batalla, solo. Pero la acción descrita en el relato no aparece en la crónica: cabe suponer que es ficticia.

Este cotejo de ambos textos permite, sobre todo,

una importante precisión: el personaje Descualzo del relato tiene más fuerza convincente que el individuo Descualzo de la crónica. El primero parece más real, al lector, que el segundo. Y esto no es una paradoja sino una consecuencia expresiva: el personaje del relato posee una presencia más grave, lacónica, muy ligada a su medio; se trata de un campesino antes que de un soldado, o más bien: se ha hecho un soldado para defender su condición de campesino. Percibimos, por otra parte, que la fría violencia con que actúa (de modo casi fatal) no es un hecho fortuito sino una respuesta desde su experiencia más personal, desde su otra lucha tácita por la sobrevivencia en un medio hostil.

Al final de la crónica el individuo nos es mostrado accionando su arado: «La desesperación del arado contra las piedras», observa el cronista. «Y ahí encuentra las piedras, el surco, la tempestad y la gratitud del matojo que brota.» Esa realidad del individuo no es menos dramática en el personaje; es importante este primer párrafo del cuento: «El campo labrado se hundía en el cañón de la montaña y lindaba con un maniguazo tupido donde el marabú se enlazaba con el limón y el limón con el almácigo y el almácigo con la enredadera y la enredadera con la marihuana y la marihuana con el cigüelón y el cigüelón con el café y el café con el marabú.» Leemos también: «Un trillo roto a filo de machete enlazaba el campo de labranza con la casa del Capitán Descualzo».

— ¿Y cómo anda en el trabajo?

— No se anda muy bien, ¿sabe? El maíz ha venido malo con esta seca y el café tiene el precio muy bajo. No, no ando muy bien. Además, ya estoy viejo y los surcos no me salen rectos».

De este modo, el personaje tiene una constitución severa y dramática, dictada por su relación al medio, mientras que el individuo en la crónica parecería más animado por los honores de la guerra, si bien al final el autor no deja de situarlo en su medio más propio, luchando ya con el arado en las manos.

Por último, no es casual que la línea final del cuento recupere la metáfora inicial: el bandido, dice Descualzo, «está echándose a perder bajo el sol de mi labranza».

Vemos, así, que la violencia del personaje tiene una motivación más honda, y no es, de ningún modo, una conducta mecánica. Esa motivación es la defensa de aquella labranza que ocupa sus días:

Descualzo, en el cuento, actúa más como un campesino que como un militar. Y esta implicancia del cuento no aparece, por cierto, declarada, sino sugerida como la coherencia quizá más firme del libro: porque a lo largo de estos relatos creo que funciona una metáfora subyacente que tiene su centro en la realidad sórdida y desértica del pueblo de Condado. Las primeras líneas del libro (primeras del cuento, que cité) refieren el infierno enmarañado de una zona salvaje contra la cual el hombre debe pelear armado de un machete, palmo a palmo, defendiendo su labranza y también ampliándola. Y esa imagen se completa en otra: las rocas, las piedras, la tierra árida, se abren entre esa selva, duplicando así la metáfora de una naturaleza enemiga.

Pienso que Condado es como la metáfora del subdesarrollo que enfrenta Cuba: la lucha contra el medio—el viejo tema épico de la narrativa «de la tierra» adquiere aquí una nueva versión, desde la realidad nueva de un país rehaciéndose—es también la imagen de una actividad más amplia. ¿Quiénes son los condenados de Condado? Apparentemente, los muertos en una guerra dura y dolorosa, en la que pelean cubanos contra cubanos; luchan (como Descualzo) por ampliar su labranza contra los que quisieran diferir esa lucha, quebrando su coherencia, su respuesta. Por eso, en el relato «Los condenados» esta metáfora de la naturaleza hostil se declara con todo su vigor desolado en la descripción del desierto que rodea al pueblo, cerca del cementerio.

Entre las imágenes sórdidas del desierto y del cementerio, del subdesarrollo y de la guerra, está el campamento de los soldados: milicianos de una guerra más amplia, así, atrapada por esa pelea cruenta contra los bandidos, pero señalada por una lucha más completa. Me parece que a este nivel el libro logra su persuasión más válida, más problemática: trasciende la anécdota, asume la discordia de las situaciones de violencia, y anuncia, un trabajo en marcha contra los bandidos, contra la selva, contra el desierto. Anuncio, por lo mismo, basado en la fuerza de un lenguaje que ha sabido cuajar en imágenes centrales, en una metáfora del subdesarrollo combatido a varios frentes.

Cazabandido tiene, obviamente, el interés de su tema, si bien uno diría que pierde la gravedad más ceñida con que el autor asume la misma experiencia en los relatos. Porque en las crónicas hay quizá una cierta delectación en el tema mismo, que en algunos momentos parece minar la dimensión trá-

gica de los hechos. *Cazabandido* es también interesante a otro nivel : la lucha no está vista maniqueamente sino que el autor trata de ser fiel a la complejidad de las situaciones y de los individuos, y por lo mismo no teme declarar aspectos positivos en los bandidos (como el valor) y algunos de ellos pueden ser, por su coraje o por su ingenuidad, héroes errados.

Las motivaciones de la lucha de los bandidos aparecen un tanto confusas, y generalmente estos hombres actúan sin una clara conciencia, acaso como víctimas de una alienación suicida; la motivación más firme parece ésta : « *Los exilados quieren que se mate mucha gente en Cuba, para levantar presión con los americanos, y empujarlos a una guerra.* » Las notas del Diario de uno de los alzados indica, además, el absurdo y más bien ingenuo anticomunismo de esa gente. En un apéndice (« *Fichero* ») el autor precisa esas motivaciones : organizados por la C.I.A., explica, los bandidos debían apoyar la invasión de una fuerza expedicionaria. Pero el desembarco de esa fuerza, en Bahía de Cochinos, fue aplastado en 72 horas; y sin embargo la lucha contra los invasores y alzados persistió durante 6 años más en Cuba. En siete años de combate murieron 500 soldados al capturar o matar a 3.591 bandidos; 800 millones de pesos fue la pérdida por actos de sabotaje. Este libro no intenta ser un análisis de los varios aspectos de ese episodio; se limita a mostrar sobre todo individuos en su aventura de alzados o milicianos en sus actos de cacería : el hecho es que el lector percibe en los bandidos confusión ideológica (no menos peligrosa, claro) más que una coordinación contrarrevolucionaria. Lo cual no quiere decir que la conciencia ideológica sea más clara o evidente en los mismos milicianos. Incluso, en muchos casos, los soldados y los bandidos parecen gente de la misma extracción social. (Hay un episodio, por lo demás, en que un soldado dispara a otro confundiendo con un bandido). Todo ello—que señalo sólo en relación al mismo texto—indica la zona conflictiva de esta lucha, ubicada en la época inicial de formación de la Revolución Cubana, «hecho por lo tanto decisivo para la conciencia de esa formación. No es que los bandidos aparezcan aquí como « *inocentes* » sino que en muchos casos parecerían « *errados* », y por eso también esto funciona en el contexto alienado del subdesarrollo, en el cual la precisión de una conciencia (ideológica o de cualquier otro tipo) se complica en la insularidad social y hasta

en las relaciones de parentesco.

Pero se trata, esencialmente, de precisar que este libro tiende a asumir la misma confusión de unos y otros como una situación natural, y hasta piadosamente irónica, como un síntoma dramático de un proceso de cambio profundo. El autor no se deja ganar por ningún esquematismo externo o por necesidad didáctica alguna : busca recuperar a los individuos en su dimensión más personal y viva ; no es, naturalmente, un testigo neutral, todo lo contrario, pero tampoco es un simple cronista militar : el compromiso que le plantean estas gentes discordantes es más amplio; al final, requiere justificar unas y otras muertes, pues nada sería más absurdo que la gratuidad de las mismas. El último relato de *Condenados de Condado* sugiere, con habilidad, el absurdo de la lucha por sí misma, y no hay otro modo de combatir ese absurdo sino oponiéndole el deseo de vivir : « *Era el último día de operaciones. El último cerco. Y ninguno de los cazadores quería morir.* » « *Que esos muertos, bandidos y cazadores, sean para algo* », reclama al final de *Cazabandido*, y ese reclamo no es nada retórico sino precisamente dramático.

El hecho es que la misma ingenuidad o confusión puede ser recuperada desde el proceso de una revolución haciéndose. Así, el soldado Mongo Treto, que asiste a las clases de Instrucción Política, pregunta allí :

« Mongo Treto afiló su mirada, iba a introducirse en un complejo problema :—Compañero maestro, si ese comunismo que usted dice es tan bravo, tan bonito, entonces usted me quiere explicar...—Mongo Treto cruzó los brazos sobre el pecho—¿ para qué estamos construyendo el socialismo éste que nos cuesta tanto trabajo ? » Este mismo soldado sabe, sin embargo, algo decisivo : « Mordió su tabaco apagado, húmedo, y se sentó al lado del trillo, con el checo M-52 a su lado. Se repitió sus viejas palabras :—Todo el que lucha por una revolución tiene enemigos ».

Estas crónicas fueron publicadas en diarios de La Habana entre 1963 y 1967 y han sido reescritas, dice el autor, para esta edición. También entre esos años está fechado *Condenados de Condado*. Ambos libros son pues coincidentes en su escritura, si bien parece claro que las crónicas de algún modo amplían a los relatos y que éstos, algunos de ellos, pueden muy bien partir de aquellas. Los amplían en el sentido de una actitud más expositiva de parte del autor : tanto su filiación de « hijo de la Revo-

lución », como su necesidad de recobrar una experiencia integrada, aparecen ahora como centrales frente al tema. Pero al mismo tiempo acaso simplifican esos relatos al explicitar algunas zonas de ficción que en la crónica pierden su valor trágico. Son, es obvio, libros muy diferentes y es el de relatos el que permite sostener interés por este autor. Sin el libro de cuentos, pienso que las crónicas podrían parecer, por momentos, hasta cierto punto exhibicionistas y quizá complacientes. Porque precisamente en los cuentos el vigor de la mesura se ha impuesto como un código expresivo que relleva las situaciones, de modo nitido y ceñido ; y uno puede incluso percibir que los personajes están poseídos por un destino subyacente, que los señala, aunque jueguen a veces con el mismo. Pero, por otra parte, estas crónicas permiten también advertir el proceso literario de los relatos : sobre el paisaje humano a veces casual o confuso, el autor ha sabido recuperar una visión clara y consistente. Por eso los hechos de la ficción cubjan en aquella imagen de una Revolución que formándose a sí misma modifica a sus hombres. Porque entre el cementerio (la lucha) y la tierra enemiga (el subdesarrollo, la selva de los bandidos) los milicianos pelean una más amplia batalla, desde la ficción que los proyecta : son los personajes de una aventura colectiva creándose a sí misma, de un lenguaje reconociendo el riesgo y la pasión de la Historia.

También es evidente que no todos los relatos de *Condenados de Condado* poseen el mismo nivel. Pero no lo es menos que este libro es de los más eficaces en asumir una experiencia entrañable de la Revolución.

Julio Ortega.

Saúl Yurkievich

Fundadores de la nueva poesía latinoamericana.

Barral Editores, 1971.

En la tradición crítica latinoamericana todavía son comunes los trabajos que tratan de la poesía como de un fenómeno abordable con criterios puramente formales. La crítica se ha construido con frecuencia sobre ciertas abstracciones en que el objeto poético se ve como separado de la Historia y, a veces, demasiado cercano de la biografía.

Por ese camino sólo se puede llegar a un comentario aproximativo de las intenciones poéticas. La impresión que deja la lectura de este volumen es muy distinta. Saúl Yurkievich se sitúa en el extremo opuesto de la superficialidad y la aproximación en los ensayos que ahora publica Barral Editores. La exégesis se plantea al nivel de las estructuras de lenguaje, barajando todas las posibilidades semánticas de la combinatoria lingüística y, al mismo tiempo, con conciencia de que la frase poética implica y proyecta una cierta teoría y una visión. Yurkievich afirma con acierto que la información estética no es codificable en su totalidad, pero se obliga a que la « *deleitosa admiración* » que siente por los maestros sea comunicable como experiencia viva y rigurosa, que rescate la coherencia de la creación poética en nuestro continente.

De los ocho ensayos del volumen, de extensión muy variada, los dos más largos son inéditos y abarcan la mitad del libro para dar cuenta de dos poetas singularmente importantes en lo que va del siglo : Vicente Huidobro y Pablo Neruda. El primero pasa revista a los antecedentes que convirtieron a Huidobro en el verdadero iniciador del vanguardismo en América Latina, desde los avatares del creacionismo hasta la ruptura completa del sintagma poético tradicional y, por consiguiente, de todos los correlatos de sentido, en ese poema sinfónico que es *Altazor*. La palabra se desintegra y queda despojada de su función social, de su virtualidad como lenguaje, para convertirse en idiolecto, en habla pura, si pensamos en el esquema de Saussure que el crítico argentino utiliza con frecuencia. Huidobro, romántico y agónico, usa el humor como última máscara en *Altazor* antes de entregarse al ensimismamiento de sus últimos libros, en que la dualidad entre poesía personal y subjetiva alterna con la fascinación por la impersonalidad del lenguaje, el « *misterio* » de la arbitrariedad del signo, cosas que no serán conciliadas jamás en él.

El segundo ensayo es un notable esfuerzo de síntesis en busca de los centros vitales de la vasta producción nerudiana. Yurkievich insiste es el rasgo distintivo de las primeras obras poéticas : una poesía que desde siempre trata de recuperar la naturalidad de la palabra, de ponerla en relación profunda con la naturaleza. Desde la infancia de Temuco, en el sur de Chile, la poesía de Neruda recogerá transformaciones, pululación de energías recónditas, miasmas vegetales, sonoridades y sensaciones que muestran la energía primera de la

creación y que la conciencia poética trasmite en un estado de enajenamiento liberador de los mitos. El ensayista sabe que Neruda emprende un trabajo de signo contrario al de Paz o de Borges. La mitología nerudiana busca afincarse en lo natural desde mucho antes de las *Residencias* y al mismo tiempo liberarse de todo andamiaje cultural, de todo historicismo que impida el surgimiento de la interioridad profunda de las cosas; es así como el poeta da rienda suelta a « las fuerzas metafóricas que generan la visión mitológica ». « *La oscura intimidad de la materia* », la lluvia constante del Sur, la presencia del océano, expresan la idea de lo líquido que en *The Sacred and the Profane* se relaciona con el origen mítico del mundo y que es una de las constantes de esta poesía. El ensayo incluye un análisis importante del poema fundamental que es « *Galope muerto* ». Se trata de explicarlo en torno a la actualización de los mitos cosmogónicos, lo cual más lejos que el clásico análisis hecho por Amado Alonso en *Poesía y estilo de Pablo Neruda*.

El resto de los ensayos está constituido por trabajos publicados en diversas revistas de Perú, Argentina, Estados Unidos, Venezuela y Francia en fechas relativamente recientes. Todos poseen unidad interna y revelan una reflexión apasionada y sostenida sobre el tema. Destacan entre ellos « *En torno de Trilce* » y, particularmente, « *César Vallejo y su percepción del tiempo discontinuo* ». Ellos se levantan contra la caracterización que la crítica formal o « filosófica » ha hecho del poeta peruano. Quedan atrás los intentos por reducir la poética de Vallejo a un caso puramente mallarmeano (se reconoce, como es lógico, la presencia de la traducción española de « *Un coup de dés...* », pero se la presenta como una hipótesis secundaria de lectura). En el fondo, Vallejo crea un verbo confuso y caótico que no es producto del idealismo filosófico y que sólo colateralmente toca las literaturas de vanguardia. Aquí la lengua es un instrumento expresivo que intenta incorporar toda la arbitrariedad de la vida, todo el fragmentarismo y la anormalidad perceptiva del hombre moderno. Vallejo lleva a su máxima tensión la expresividad de lo común, de lo corriente, de la poesía como totalidad y reduce al máximo la distancia entre significantes y significados, a pesar de tener conciencia del límite de silencio que lleva en sí todo discurso poético.

Paz, en cambio, es visto como un esteta para quien la palabra es carnadura y ensamble, pero que

está siempre referida a la disquisición de tipo conceptual. Para él la creación es inseparable de su crítica al igual que en Pound, Elliot, Mallarmé, Saint John Perse. Los ensayos sobre el poeta mexicano son de un insuperable virtuosismo crítico e iluminan el verdadero contexto de los últimos trabajos de Paz, incluyendo *Blanco y Topoemas*.

El libro de Yurkievich parte de una necesidad instrumental muy típica en América Latina, pero logra proyectar un *continuum* crítico que no es frecuente. La amplia referencia cultural en que se apoya—Bachelard, Della Volpe, Mircea Eliade, U. Eco, Northrop Frye—se equilibra con la dedicación minuciosa al texto analizado, impidiendo la atomización crítica o las generalidades. El resultado es una *visión crítica* de la poesía contemporánea en el continente americano, que da cuenta de la unidad de un proceso en la diversidad de cada sistema expresivo particular.

Raúl Silva Cáceres.

Rodolfo Hinostroza
Contra Natura.

Barral Editores, 1971.

Contra Natura se llama el libro con que Rodolfo Hinostroza ganó el primer Premio Maldoror en 1970. El título, retomado de uno de sus ciclos de poemas, alude a la desnaturalización del hombre, de aquel hervíboro recolector y nómada compulsado a volverse carnívoro y destructor, sujeto a la coacción y a la agresión de los poderes estatales, desterrado de la paz y la belleza, expulsado del paraíso, privado de un medio corporal propicio, uterino, maternal, amoroso, perfecto y circulante como el universo líquido del alba de la vida, arrojado al « *opaco continuum cotidiano* », al desorden, al mundo hostil y tóxico de la desintegración, al avasallamiento de la historia cesárea, imperial, a la opresión despótica y guerrera de los gobiernos y sus fuerzas represivas, al « *juego pragmático y salvaje* », al constreñimiento, al terrorismo de las sociedades opresoras, cortado del Arbol de la Vida, desvinculado del « *centro magnético del universo* », cercenada su plenitud primigenia.

Pero *Contra natura* es un título polivalente. Tam-

bién podría interpretarse, después de frecuentar los poemas de Hinostroza, como reacción contra el naturalismo en la escritura, como una voluntad de asumir los mecanismos de la producción textual sin ocultarlos. *Contra natura* se distancia al máximo de la expresión espontánea, del automatismo psíquico, de esa poesía mimética que quiere remedar el flujo de una conciencia sin cesuras ni censuras. Los textos de Hinostroza muestran de inmediato un despliegue formal que los hace aparecer a simple vista como objeto literario, como artificio trabajosamente fabricado, como producto de una voluntad retórica. Creo que en esta escritura omnicompreensiva, que se diversifica al máximo, que aprovecha de todas las posibilidades lingüísticas, de todos los sistemas de señalamiento gráfico para multiplicar los niveles de significación, para enriquecer el mensaje, para tornar plural e inestable la representación, reside el principal aporte de Hinostroza.

La disolución de las formas regulares, el desmantelamiento de la columna versal están aquí llevados a tal extremo que apenas se puede hablar de versos. Las palabras se despliegan en el espacio con técnica ideográfica. Se rompe la linealidad desmantelando el verso, con aprovechamiento de los blancos que lo escanden rítmicamente o que valorizan semánticamente palabras cuya significación se quiere destacar. Se hace variar los tiposgramas. Además de los habituales signos usuales en literatura—barras, llaves, rayas, corchetes, etc.—, se emplean figuras geométricas, signos matemáticos, químicos, biológicos, astrológicos, alquímicos. A menudo la expresión adquiere el estilo apodictico, sentencioso y suscito de las formulaciones científicas. Las abreviaturas refuerzan esta tendencia a la economía. Pero paradójicamente, este discurso, formalizado al máximo como para lograr la máxima abstracción, univocidad y universalidad propias de los enunciados científicos, como para evitar el despilfarro y la entropía de la comunicación naturalmente articulada, en los poemas de comunicación. Hinostroza aumenta la incongruencia sugestiva, enrarece y produce extrañamiento. La concatenación de estos mensajes está lejos del rigor silogístico, del infalible raciocinio que busca la impersonalidad, la neutralidad psicológica. Hinostroza propone una comunicación poética donde las ideas se entretrejen inextricablemente con imágenes y sentimientos, las visiones se funden y confunden con voliciones, terrores y rechazos, donde las relaciones más que

intelectivas u objetivamente empíricas, son analógicas, imaginativas, míticas. Aquí los recursos extraídos de la simbología extraliteraria diversifican, ramifican la hilación, introducen hiatos, aumentan al apartamiento del texto poético con respecto a la llamada expresión natural. Amplitud de registro, movilidad, fluctuación, polimorfismo, discontinuidad, discurso desflecado, desarticulación del continuo lógico, interferencias, rupturas, máximo enriquecimiento de la comunicación; lo singular del caso es que este arsenal, esta constante variación del medio expresivo sirve en última instancia a una concepción idealista que propone una suprema armonía integradora de la heterogeneidad en un orden místico; que reitera la sacralidad de la vida, del amor, de la belleza y los poderes redentores del arte capaz de concebir « *la forma inagotable que purifica inagotablemente* ». El caos, la inestabilidad, la oscuridad, la incongruencia apuntan por fin a sus opósitos; aspiran, quieren transmitir el cosmos, la permanencia, la transparencia, la congruencia.

Hinostroza adapta a la expresión poemática otros protocolos que los literarios. En *Gambito de rey*, por ejemplo, elige un discurso formalizado preexistente: la descripción cifrada de una partida de ajedrez, llena de implícitos simbólicos. El poeta entabla un combate contra el Maestro—pedagogo, guía, factum, fatum y factotum, equiparable al destino—. Vida y arte son, como el ajedrez, un juego. El código del ajedrez es como el literario un juego reglado, sometidos ambos a variantes imprevistas dentro de un decálogo preadmitido. Las alusiones se entremezclan estableciendo una compleja intertextualidad con referencias a autoridades literarias y ajedrecísticas. La lidia, la pugna, la batalla plantea una problemática ontológica y epistemológica que desdibuja las fronteras entre lo real y lo lúdico; la realidad se convierte en « *impetuosa fantasmagoría* »; el yo es « *una metáfora hedonista* »; la historia, una « *licencia poética* » sujeta a progreso o repetición, a un avance dialéctico o a una cíclica y anuladora redundancia. La partida es decisiva:

« *Sabes lo que jugamos?* » preguntó el Negro « *Qué?* » dije estúpidamente. « *Tu fe. Y tu futuro.* » (13).

pero a la vez, inútil porque no existe evasión salvadora ni retroceso hacia la plenitud del comienzo. Pero hay que vivir, reincidir, volver a jugar, volver a equivocarse.

En el *Horóscopo de Karl Marx*, en estilo oracular,

con discurso fragmentado por la técnica de mosaico, se ensamblan des géneros, el retrato y la biografía, con citas político-económicas de Marx y fórmulas astrológicas que infunden al texto un aura de misterio adivinatorio.

Pero, por otra parte Hinostrza apela en *Imitación de Proporcio* a los modelos clásicos; paródicamente remeda, actualizándolo, el estilo mayestático del poeta cortesano para contraponer los dos poderes: el poder político opuesto al poder de la palabra poética. El uno es el poder imperial, despótico, que engendra destrucción y corrupción, que sojuzga; el otro es el liberador ligado a la energía cósmica, el de Tao y utopía, el de los sueños, de los ritos órficos, el que exalta el amor a la vida en todas sus manifestaciones, la confraternidad universal:

y no cantaremos César poderes temporales
sino el total del diálogo

o rien du tout (28)

pero el mar se retira y la otra margen
acaso alcanzaremos

no más la historia del Poder pero de la
armonía

millones de utopistas marchan silenciosamente.

NSE & O

piedra embebida en sangre que lloramos
oh piedras levitadas

por amor

la otra margen acaso alcanzaremos (29)

Prima en *Contra natura*, a pesar del despliegue estilístico, de su amplitud de vocabulario, de su expresión tan polimorfa, el estilo noble, áulico, casi diría isabelino por las múltiples referencias a Shakespeare. Resuenan ecos de Pound y de Eliot. Pocas veces aparecen exabruptos; casi nunca el lirismo de Hinostrza desciende a lo coloquial y popular.

Hinostrza no se contenta con complicar los códigos sémicos introduciendo la máxima variedad de signos y señales. Si consideramos su expresión propiamente lingüística comprobamos que tampoco se ciñe al ámbito del castellano. Nos propone una poesía translingüística mechada de locuciones francesas, inglesas, italianas, alemanas, latinas. A veces se trata de la intercaladura de frases o expresiones idiomáticas en distintas lenguas; otras veces los extranjerismos se infiltran en el sintagma castellano o crean un sintagma interlingüístico:

la soledad del cuerpo, la poderosa
au bout de la angustia

entre la necesidad del aniquilamiento
crazy

reventando por los cuatro costados (55)

Hinostrza quiere, como otrora Vicente Huidobro, abolir las aduanas idiomáticas, transitar libremente atravesando todas las fronteras. Postula un cosmopolitismo reforzado por la variedad de referencias geográficas que su libro indica. Anhela una hermandad internacional, un mundo abierto a la total circulación del amor y la belleza. Retoma una tradición latinoamericana, reedita aquel internacionalismo del que Rubén Darío hacía gala, aquella ostentosa universalidad que se manifestaba en una poesía de viajeros políglotos propia de la era de las comunicaciones, de una realidad que, merced al progreso tecnológico, se expandía a escala planetaria. Hinostrza no está exento del deslumbramiento geográfico, de la reverencia a los lugares prestigiosos, como lo muestran sus periplos parisinos, sus peregrinajes europeos, su turismo romántico. En varios poemas alude a la condición del perpetuo exilado, del habitante del orbe que no quiere aceptar compartimentos étnicos, nacionales o lingüísticos, la supremacía de un estado, de una raza, de una lengua en detrimento de las otras:

todos somos negros/judíos/vagabundos
ningún dios vale tanto

Las puertas no prevalecerán

arrastramos un total una fuerza

no morirán conmigo las praderas (39)

no amo no tradición

todo renace al alba

los astros han girado

no me reconozco

nadie tiene autoridad

no es mejor una serpiente que

un camello

Un hombre que otro hombre

He hablado Amor (40)

La intención de Hinostrza es infundir a su poesía el máximo de amplitud espacial y temporal. « *Bizancio Babilonia Texacoatl Jerusalem* » alternan con múltiples referencias al mundo más contemporáneo, el de los slides, el autostop, las covergirls, los supermarkets, los hippies, los Hells's Angels, la US Army, la polución. Hinostrza mezcla códigos, mezcla lenguas, mezcla civilizaciones, religiones, doctrinas esotéricas con la filosofía y la ciencia propiamente dichas, mezcla épocas, comarcas tendiendo a conciliar los opósitos, a concertar lo distinto y lo distante a través

de « *la mística armonía/la exacta ubicación del vidente frente al universo* » a través de la sublimación, del estado de gracia que produce una iluminación « *donde todo el laberinto se ve y se explica* ».

Es decir que en *Contra natura* las rupturas del continuo lógico, las fracturas de la coherencia discursiva, los quebrantamientos de la normalidad lingüística, el montaje disonante, la diversificación de los medios expresivos, los efectos de ubicuidad,

de velocidad, de simultaneidad no proponen una visión del mundo aleatoria, relativa e inestable; la arbitrariedad del lenguaje no presupone la arbitrariedad del mundo y la existencia humana; lo discontinuo, lo fragmentario y lo contradictorio apuntan por fin a su superación en el reino de las realidades puras y permanentes, a la trascendencia paradisiaca, a una concepción razonada y armónica del universo.

Saúl Yurkievich.

CeDInCI

Voto + fusil

Dirección : Helvio Soto (Chile).
 Imagen : Helvio Soto (Chile).
 Texto : Helvio Soto (Chile).
 Prod. : Telecinema, Santiago de Chile.
 35 mm, color.
 90 min.
 1971.

Presentada en el Festival de Cannes en 1971, y más tarde en la Quincena de Realizadores, *Voto + fusil* del Chileno Helvio Soto muestra, en estupendo color y 35 mm, los problemas de la toma de conciencia revolucionaria de un grupo de hombres que viven la alienación de la sociedad chilena. Estos seres llegan al momento decisivo del triunfo de la Unidad Popular, en septiembre de 1970, arrastrando su frustración y escepticismo y, naturalmente, una dosis de esperanza. Llama la atención que Chile haya producido como primer testimonio cinematográfico de este suceso, una película de alto entretenimiento formal que debió ser filmada, con toda seguridad, a medida que los sucesos políticos se precipitaban en el país y no un trabajo directo, testimonial. La exposición es legítima, sin embargo, y su honradez, cabal. El subjetivismo acentuado del lenguaje cinematográfico creado por Soto recurre con frecuencia al *découpage* para encontrar en el pasado del protagonista y su mujer las razones de su frustración. Confusamente aparece entonces la época en que Chile se dio un efímero gobierno de Frente Popular en 1938, o bien, aquella en que el Partido Comunista fue declarado fuera de la ley en 1947 y las persecuciones políticas alcanzaron a toda la izquierda chilena. Con ellas se mezclan los antecedentes inmediatos del triunfo electoral de 1970, en una especie de buceo rudimentario de las motivaciones históricas de varias conductas individuales. El fervor, la incredulidad y desconfianza, al igual que la indiferencia, son desnudadas con el acontecer político, pero no se logra obtener su sentido colectivo, es decir, la visión de una sociedad entera empeñada en cambiar su destino. El personaje de la prostituta y la poeta son más que nada casos particulares, dolorosos, casi patibularios, diríamos, de una fauna que prolifera en la noche santiaguina y de la cual ha dado cuenta la narrativa profusión.

La anécdota en esta película argumental existe como un soporte de la expresión formal, de cierto

technicolor desrealizador que hasta cierto punto la acerca a las obras de Costa Gravas. Es el drama de toda una generación de hombres que se encuentran de pronto frente a una revolución en marcha y tienen que inventar un lenguaje que ayude a catalizar el proceso político en el futuro inmediato. Pero inventar un lenguaje implica un cierto tipo de inocencia, un salirse de sí mismo, una inmersión más que un distanciamiento, que no ha logrado todavía Helvio Soto. En cambio, puede decirse que su nuevo film ha perdido la ingenuidad de trabajos anteriores tales como *Galiche sangriento*, exhibida en 1970 en el mismo festival. La llamada final del simpatizante con la lucha armada que desea adherir al proceso de la Unidad Popular, aunque condicionando su apoyo, es una puerta abierta para la incorporación de una masa ausente, de los marginados, del subproletariado que no ha sido integrado a los sindicatos ni a los partidos de izquierda. La película es un llamado a la ampliación de la base social de la Unidad Popular.

El nivel técnico del film es muy superior a todo lo visto hasta ahora en el cine que proviene de Chile y es de desear que señale su ingreso en el reducido grupo de países americanos que pueden lograr una audiencia internacional. La cámara se mueve esta vez con soltura y los defectos de sonorización son menores. Los cortes en la secuencia temporal comprometen la atención del espectador, le dan una extraña modernidad a la historia. Sólo el comienzo es problemático porque el abuso de planos múltiples produce confusión en la percepción de la historia. El mazo de temas se va perfilando y asentando a medida que transcurre la acción y logra comunicar la vibración psicológica de esos fantasmas remecidos por la ola en apariencia tranquila de una revolución de sufragios, pero que llama a la vigilancia del fusil, en caso de que se pretenda invalidar el triunfo popular.

Raúl Silva Cáceres

vient de paraître

CHOMSKY

GUERRE EN ASIE

Les nombreuses
 conséquences
 de la guerre
 des Etats-Unis
 en
 Indochine

HACHETTE
 LITTÉRATURE

chez votre libraire : 34 F.

MANTENGASE EN VANGUARDIA,
 SIGA A BARRAL



¿ Ha leído ?

EL AZAR Y LA NECESIDAD, de Jacques Monod.

El primer best-seller científico ; tres ediciones a los tres meses de su aparición.

I CHING.

El más viejo oráculo y el más peligroso de los juegos.

¿ Sabe Vd. qué debe leer ?

SOLEDAD BROTHER, CARTAS DE PRISION DE GEORGE JACKSON.

La víctima de San Quintín se explica en alto nivel literario.

EN VIDA, de Haroldo Conti.

Premio Barral de Novela 1971.

No todos los premios literarios son un aparato publicitario.

GARCIA MARQUEZ, HISTORIA DE UN DEICIDIO, de Mario Vargas Llosa.

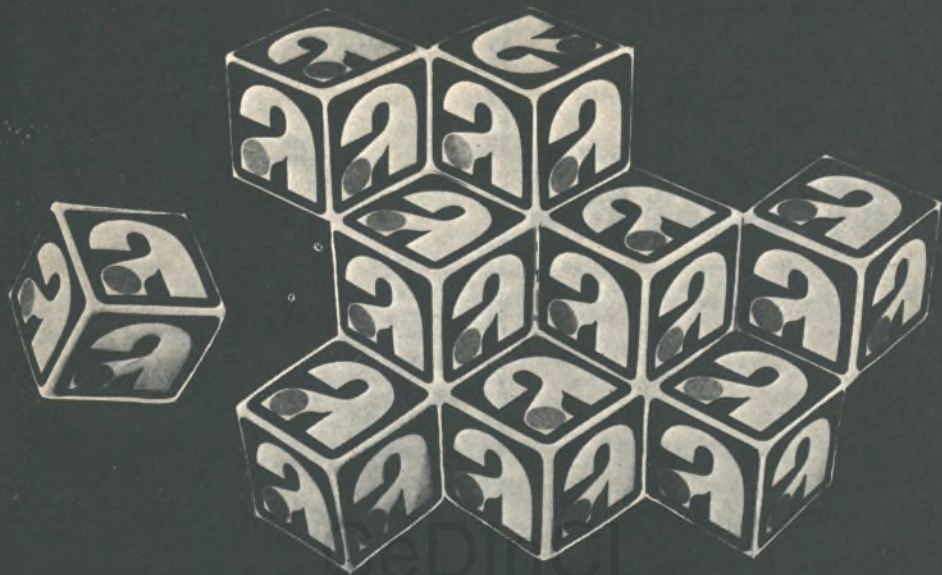
Explorando un gran autor, define la novela y explica el milagro de la literatura latinoamericana.

¿ Conoce Vd. los grandes títulos de Breve Biblioteca de Reforma ?



SIGA A BARRAL EDITORES

el libro proximo, antes...



NOVEDADES :

Mario Benedetti
GRACIAS POR EL FUEGO
(6a. ed.)

La novela que muestra el desgarramiento generacional en la sociedad latinoamericana.

German Espinosa
LOS CORTEJOS DEL DIABLO (2a. ed.)

Una historia de brujos e inquisidores en la América mítica y colonial narrada con lenguaje mágico.

Henry Miller
DIAS TRANQUILOS EN CLICHY

Miller y Montmartre en los nostálgicos recuerdos rabelesianos del sexo cotidiano en un París feliz.

Herbert Marcuse

LA AGRESIVIDAD EN LA SOCIEDAD ACTUAL

El fenómeno social actual y su violencia bajo el análisis implacable del pensador político más polémico del momento.

PROXIMOS TITULOS :

George Pendle
HISTORIA DE LATINOAMERICA

La trayectoria del continente en un manual eficaz, desde los Incas a la Revolución Cubana.

LeRoi Jones
EL SISTEMA DEL INFIERNO DE DANTE

La vida de un negro en los arrabales de Newark, en Estados Unidos ; un inventario de violencia y sórdida poesía.

Mario Benedetti
LA TREGUA (7a. ed.)

La visión del desamparo existencial bajo una anécdota de amor frustrado.

Adonias Filho
EL FUERTE

Una casa poblada de duendes y de historia que durante tres siglos sirve de trinchera, hospital y asilo de la poética recreación de la ciudad de Bahía.

EDITORIAL

alfa s.a.

Ciudadela 1389
MONTEVIDEO
Uruguay

casterán

los REDACTORES DE "LIBRE" en
SEIX BARRAL

BIBLIOTECA BREVE

CARLOS BARRAL, <i>Figuración y fuga.</i>	140
JUAN GOYTISOLO, <i>Campos de Níjar.</i>	100
SEVERO SARDUY, <i>Gestos.</i>	120
MARIO VARGAS LLOSA, <i>La ciudad y los perros.</i>	165

NUEVA NARRATIVA HISPÁNICA

J. FLAKOLL Y CLARIBEL ALEGRÍA, <i>Cenizas de Izalco.</i>	140
MARTA TRABA, <i>Los laberintos insolados.</i>	130
MARIO VARGAS LLOSA, <i>Conversación en La Catedral.</i>	300

BIBLIOTECA FORMENTOR

MARIO VARGAS LLOSA, <i>La casa verde.</i>	220
-------------------------------------------	-----

BIBLIOTECA BREVE DE BOLSILLO

JUAN GOYTISOLO, <i>Fin de fiesta.</i>	50
---------------------------------------	----

notas de lectura en LIBRE

JOSÉ DONOSO, <i>El obsceno pájaro de la noche.</i>	275
ANA M. ^a MOIX, <i>Julia.</i>	120

el 18 de mayo próximo un jurado compuesto por
G. CABRERA INFANTE, LUIS GOYTISOLO, JUAN RULFO,
PEDRO GIMFERRER Y JUAN FERRATÉ

otorgará el

PREMIO BIBLIOTECA BREVE 1972

se admiten originales por duplicado hasta el 1 de febrero

EDITORIAL SEIX BARRAL, S.A.

Provenza, 219. Barcelona, 8.



- | | |
|--------------------------------------------------------------|----------------------------------------------------------------|
| 4 Debate
Libertad y Socialismo. | 89 Severo Sarduy
Cobra. |
| 5 Respuesta de Fernando Claudín. | 100 Darwin Flakoll-Claribel Alegría
Heridos y contusos |
| 9 Respuesta de Carlos Franqui. | 104 Daniel Moyano
Para que no entre la muerte. |
| 11 Respuesta de Salvador Garmendia. | 108 Rubén Bareiro Saguier
Caléndula |
| 13 Respuesta de Freddy Muñoz. | 110 Plinio Apuleyo Mendoza
El día que enterramos las armas. |
| 17 Jean Genet
Entrevista. | 113 Nélida Piñón
Oriente Próximo. |
| 21 Carlos Fuentes
La disyuntiva mexicana. | 118 Antología
Seis poetas peruanos. |
| 33 Juan Goytisolo
La novela española contemporánea. | 134 Marta Traba
Las aventuras de la soledad. |
| 41 Angel Rama
A quien leyere, extranjero. | 137 Carlos Franqui
Calder. |
| 47 José María Blanco White
Antología | 140 Notas de Lectura. |
| 79 Carlos Barral
Retrato a la sanguina sobre cartón gris. | |

Libre

Revista crítica trimestral para el mundo de habla española.

Oficina de Información :
26, rue de Bièvre, Paris 5°, tel. 325.26.45.

Sede social : Domaine de Sien, Echandens, Vaud, Suiza.

Suscripciones y pedidos
Países de América Latina :

26, rue de Bièvre, Paris 5°.

Otros países :

Editions du Seuil, 27, rue Jacob, Paris 6°, tel. 326.84.70, por giro postal C.C.P. 3 042-04 Paris, por cheque bancario, o por mandat lettre.

Valor del número : 18 francos.

Suscripciones para cuatro números : 70 francos.

Distribuidores en América Latina.

Argentina Librería Galerna, Tucumán 1 425, Buenos Aires.

Bolivia Editorial Difusión, Mariscal Santa Cruz 1 224, La Paz.

Colombia Producciones Díaz-Ercole, Apartado 7347, calle 23, n° 7-27, Bogotá.

Chile Editorial Universitaria, Casilla 10 220, San Francisco 454, Santiago de Chile.

Guatemala Librería Universal, 13, calle 4-16, zona 1, Guatemala.

Honduras Juan R. Funes, calle Las Damas, casa n° 620, Tegucigalpa.

México Editorial Oasis, Oaxaca 28, México 7, D. F.

Paraguay Estudio 70, Presidente Franco 670, Asunción.

Perú Norma Angles, General Cordova 1 776, Lince, Lima.

Puerto Rico Librería La Tertulia, Amalia Marín esq. av. González, Río Piedras.

República Dominicana Librería Paz y Alegría, Apartado 841, Santo Domingo.

Uruguay Editorial Alfa, Ciudadela 1 389, Montevideo.

Venezuela Distribuidora Latinoamericana de Ediciones, C. A., Apartado 50 304, calle San Antonio, Sabana Grande, Caracas.

Pagos por concepto de distribución y publicidad deben hacerse por giro o cheque al Banque Crédit Suisse, Ginebra, para abonar en la cuenta n° 225 093 de Editions Libres, S. A.

Advertencia

Salvo mención contraria, los materiales publicados en Libre son inéditos en español. Se prohíbe su reproducción total o parcial sin autorización previa. Todas las colaboraciones deben ser dirigidas a la oficina de información, 26, rue de Bièvre, Paris 5°. La revista no se hace responsable de manuscritos no solicitados. Las opiniones expresadas en los textos firmados sólo comprometen al autor.

Imprimé en France sur les Presses de l'U.P.I. - Bordeaux.

œuvres de la littérature latino-américaine

CHOISIES PAR CLAUDE DURAND ET SEVERO SARDUY

JOSE LEZAMA LIMA
Paradiso

REINALDO ARENAS
**Le monde
hallucinant**

JORGE-LUIS BORGÈS
Evaristo Carriego

G. GARCIA MARQUEZ
**Cent ans
de solitude**

Prix du Meilleur livre
étranger 1970

HEBERTO PADILLA
Hors jeu

J. GUIMARÃES ROSA
Buriti

**Les nuits
du Sertao**

Hautes plaines

ERNESTO SABATO
Alejandra

SEVERO SARDUY
Gestes

Ecrit en dansant

aux Editions du Seuil 27, RUE JACOB-PARIS 6°

CeDInCI